

ANTOLOGÍA NO EUCLIDIANA

2.

Seleccionada y presentada por

DOMINGO SANT  Lectulandia

Vivimos en un mundo que se ésta desintegrando. Hay dióxido de azufre en el aire que respiramos, detergentes en las aguas que bebemos, DDT en nuestros huesos. Las materias primas se agotan. la calidad de nuestra vida se deteriora. La inflación devora nuestra capacidad adquisitiva. Los medios de comunicación nos bombardean con publicidad subliminal de todas clases. El escepticismo hacia todo y hacia todos nos invade. La insolidaridad humana se hace ley. Nos convertimos en animales humanos, mientras el mundo a nuestro alrededor se degrada, se corrompe, se derrumba. Y todo en aras de una concepción equivocada de la sociedad, del desarrollo técnico, de la producción. Todo es aras de la mezquindad de un grupo de hombres que, desde sus posiciones privilegiadas tienen sus miras puestas en los objetivos mas inmediatos, en el lucro y en el poder, sin haber pensado nunca que una planificación a largo plazo no es ya necesaria, sino absolutamente imprescindible.

La ciencia ficción se ha preocupado ampliamente de esta cuestión y su voz se ha alzado con tonos de advertencia. Un gran peligro se cierne sobre nosotros, el de que el futuro no llegue a convertirse nunca en lo que deseamos, en la plasmación de esas utopías que, a finales del siglo pasado, hicieron soñar a la humanidad en un porvenir esplendoroso gracias al advenimiento del maquinismo. No: nuestro futuro será triste, desagradable, tétrico, desgarrador, y tendremos que llorar por él, porque nosotros lo habremos construido. Ninguno de los relatos contenidos en ella son optimistas. No pueden serlo. Pero son un terrible grito de advertencia. Llorad hoy por nuestro futuro... porque, cuando este llegue finalmente, quizá nuestros ojos ya estén secos y no podamos derramar una lagrima por él.

Lectulandia

AA. VV.

Antología No Euclidiana / 2

ePub r1.0

Watcher 17-01-2018

Titulo original: Antología No Euclidiana / 2
AA. VV., 1978
Traducción: Domingo Santos & Sebastián Castro
Diseño de portada: Watcher
Arte de cubierta: Kui Lee

Editor digital: Watcher
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

INTRODUCCIÓN

ALGUNAS CONSIDERACIONES ACERCA DE LA CIENCIA FICCIÓN, DEL FUTURO IMPERFECTO Y DE SU CONJUGACIÓN

FUTURO IMPERFECTO (de subjuntivo): Tiempo verbal que expresa una acción venidera como posible.

(Diccionario de la Real Academia Española).

Esta antología es, en cierto modo, el fruto de una reunión en la que participé hará cosa de unos dos años. Éramos siete personas, alrededor de los consabidos cigarrillos, los vasos de *whisky*, las copas de coñac y los problemas habituales. Entre estos últimos, tratándose como se trataba de una reunión de personas más o menos interesadas en temas de futurología (denominación anglosajona) o prospectiva (denominación europea), el que ocupaba un lugar preponderante era por supuesto el de las perspectivas de futuro de nuestra sociedad actual. Y muy pronto nos encontramos los siete discutiendo irremediable y apasionadamente sobre el tema.

Uno de los participantes, periodista científico en uno de los más importantes vespertinos de Barcelona, empezó a enumerar las calamidades que calculaba nos aguardaban para el año 2000, de seguir el camino que estamos siguiendo hasta ahora. El año 2000, por mítica que pueda parecer la cifra, no está tan lejos como parece: veintidós años, como quien dice a la vuelta de la esquina. Otro de los reunidos, sin embargo, abogado de procesión, ecólogo apasionado, y defensor a ultranza del retorno a la naturaleza, hizo una observación cáustica al respecto.

—¿Y por qué el año 2000? —dijo—. Lo más probable es que para esa fecha no quede en nuestro planeta nadie para verlo.

Aquella observación fue la lanzadera. De ahí derivamos rápidamente a las expectativas de vida que tiene la Humanidad como tal, las posibilidades de supervivencia que tiene el hombre como raza en nuestro planeta, y por cuánto tiempo. Una persona ajena a las inquietudes que nos dominaban a nosotros se hubiera llevado las manos a la cabeza, a los diez minutos, tachándonos de alarmistas a ultranza. Todos los temas clave que preocupan hoy a buen número de personas fueron surgiendo sobre el tapete: la superpoblación, los peligros inherentes al mal uso de la tecnología, la degradación de la calidad de la vida, la masificación del individuo, el uso pacífico de la energía atómica (que, como cosa curiosa, se está convirtiendo en un peligro mayor, por ser más lento e insidioso, que el uso no pacífico de la misma), la destrucción del equilibrio ecológico... Hasta que otro de los reunidos, sociólogo de profesión, afirmó algo así como:

—Ustedes, los futurólogos —aunque compartiendo las mismas inquietudes que

los demás, como buen sociólogo siempre observa los toros desde la barrera, es decir, habla en tercera persona— sólo saben hablar de los peligros materiales de nuestro futuro: que si el agotamiento de las materias primas, que si la polución atmosférica... ¿Pero y los otros peligros? ¿Y los que radican aquí dentro? —y se señaló primero la cabeza, luego el corazón (un gracioso diría más tarde que se había señalado la billetera).

Tras aquello, la conversación derivó insensiblemente (o quizá sensiblemente) hacia otros derroteros, también futuribles, y abarcó un campo mucho más amplio. Al final de la reunión, que se prolongó sus buenas seis horas (y para algunos un par de *whiskies* de más), habíamos tocado casi todos los temas que indudablemente configurarán nuestro más próximo futuro, sin por supuesto haber hallado solución a ninguno de ellos, ya que la solución no está en nuestras manos. Así que, al terminar la reunión y en las despedidas, nos vinimos a preguntar lo de siempre: ¿qué hemos conseguido con estas seis horas largas de charla, aparte centrar un poco más las ideas de cada uno? Y aunque estuviéramos hablando y discutiendo durante otras seis horas, o seiscientas, o seis mil, ¿conseguiríamos alguna vez algo?

¿Saben?, tengo una obsesión personal al respecto. Es desesperanzadora y un poco cínica, pero terriblemente cierta. La he puesto incluso en forma de canción, y quizás algún día me decida a ponerle también música. Habla de esos hombres que se reúnen periódicamente con el loable fin de construir al mundo. Cada semana, o cada quince días, o cada mes, se sientan en torno a una mesa en el café de la esquina, y discuten y analizan la situación mundial. Las ideologías de conjunto pueden ser muy distintas, pero los grupos siempre son los mismos: Está el que critica al gobierno y lo acusa de todo lo que pasa; está el pesimista que no deja de repetir que la cosa está cada vez peor; siempre se deja oír la voz del optimista afirmando con convicción que las cosas se han arreglado siempre y que por lo tanto seguirán arreglándose; no puede faltar aquél que dice que no a todo..., y finalmente está el que a todo dice que sí. Discuten todos los miércoles, o los sábados alternos, o el último domingo de cada mes. Sentados en círculo en torno a su mesa de bar, con su aperitivo, su licor o su café con unas gotas de coñac (un carajillo, dirán los vulgares; un perfumado, dirán los finos) al alcance de la mano, hablan y hablan, discuten, dan puñetazos sobre la mesa para dar mayor énfasis a sus palabras, y luego, con la conciencia tranquila y la sensación de haber hecho realmente algo, vuelven a sus casas, donde sus respectivas esposas les tienen preparada la comida, o conectado el televisor para que puedan ver el partido de fútbol. Y seguirán yendo al café la próxima vez, y la otra, y la otra, y la otra, y nunca arreglarán nada, porque no hay nada que estén en situación de arreglar; pero aquello llenará sus vidas, y les dará la sensación que realmente están haciendo algo para ayudar a la construcción del mundo.

Así me siento muchas veces cuando asisto a una de estas reuniones, o voy a una conferencia, o incluso la doy, o participo en un debate. En casi todas las ocasiones me invade un cierto sentimiento de inutilidad, de perder el tiempo, de no estar

aprovechando todos los recursos de los que podría echar mano. Pero, ¿qué puede hacer un hombre que no tiene acceso a ningún puesto de poder, cuyos canales de comunicación no le permiten llegar a una audiencia lo suficientemente numerosa? De modo que uno sigue asistiendo a estas reuniones y, aunque no saque nada en limpio de ellas, al menos clarifica algo sus ideas.

Como en esa reunión a la que he aludido.

Aquella noche, al regresar a casa, no pude dormir. El debate, en lo que a mí respecta, había sido particularmente lúcido. Se habían tocado un buen número de temas y, lo que para mí era más importante, había salido a relucir un hecho concreto: la estrechez de miras de muchas personas para quienes nuestras posibilidades de futuro están condicionadas por unos pocos elementos que han sido alardeados ampliamente en los últimos tiempos por todos los medios de difusión: la polución industrial en primer lugar, el agotamiento de los recursos naturales (principalmente los energéticos), la energía atómica...

A las tres de la madrugada estaba ante mi mesa de trabajo, con la cabeza hirviendo de ideas. En primer lugar, decidí establecer una relación de los elementos que habían ido surgiendo en el debate de aquella tarde y que, según mi criterio, eran susceptibles de cambiar nuestro futuro..., en otras palabras, estaban empezando a cambiarlo ya. Terminé una hora más tarde con una lista de treinta y seis elementos distintos, que dejé a un lado para posterior uso.

Luego repasé mi biblioteca de futurología. Tengo clasificados allí como seis docenas de libros sobre el tema, que tengo calificados con la etiqueta «interesantes», desde los informes del Club de Roma hasta los modelos del Hudson Institute, pasando por libros como *El Shock del Futuro* de Toffler. Ojeé sus índices. Todos, fue mi primera observación, son tremendamente unánimes en una serie de aspectos que se repiten una tras otra vez: el envenenamiento progresivo de nuestros mares, la degradación química de nuestros alimentos (sobre este aspecto es casi alucinante el libro de Maurice Pasquelot *La Terre Chauve*), el peligro de la polución industrial en nuestra atmósfera, el agotamiento de las materias primas... Pero todos son también parcos, excepto muy pocas excepciones, en hablar de otras plagas que nos invadirán en el futuro más inmediato, quizá más solapadas pero no por ello menos reales. *El Shock del Futuro* es tal vez uno de los pocos en analizarlas, y quizá por ello su gran éxito.

Comparando someramente la lista de los temas tratados en estos libros, incluidos los futuribles de los equipos de Kahn y Peccei, con la relación que había anotado antes, observé que tan sólo un sesenta y algo por ciento de los temas que habían surgido en la discusión de aquella tarde estaban tratados con una cierta profundidad. Los demás apenas eran esbozados, y en muchos de los libros ni siquiera mencionados.

El día me sorprendió al otro lado de mi ventana con la nariz hundida en libros y notas. Uno, además de dedicarse a escribir, tiene que trabajar en otras cosas para

poder ganarse la vida, así que tuve que resignarme a dejarlo: me duché, me tomé dos cafés bien cargados, y me fui a justificar mi sueldo de fin de mes.

Pero durante varios días todo aquello no dejó de rondar por mi cabeza. Tras la revisión de mis libros de futurología (tres alvéolos —en expansión— de mi biblioteca, medidas $30 \times 30 \times 30$, en doble hilera), pasé a la ciencia ficción..., que llena todo el resto de mi biblioteca de trabajo, excepto un pequeño rincón que tras amenazas de divorcio he debido concederle a mi mujer para colocar algunos libros que no son de ciencia ficción. Mi argumentación era la siguiente: no hay ningún futuro posible, previsible o imaginable, que en algún momento no haya sido tocado por un autor de ciencia ficción. Desgraciadamente, mi falta crónica de tiempo, y mi propio descuidado carácter, han hecho que siempre haya sido calificado como una persona un tanto desordenada, que confía más en su memoria que en los datos escritos, y cuyos intentos (en tres ocasiones) de organizar un archivo a base de fichas índice se han visto abocados irremediabilmente al más absoluto fracaso. Mi biblioteca está pues ordenada (muchos dicen que desordenada) de una forma un tanto particular, y ay de aquél que intente tocarla aunque tan sólo sea para quitarle el polvo.

Así que tomé libros, revistas y antologías, y durante un par de semanas, a ratos libres, fui revisándolos y anotando todas las obras que tocaban directamente este tema tan amplio como concreto: nuestro futuro inmediato. Cuando terminé mi labor de rastreo, tenía separadas tres docenas de novelas (algunas de ellas ya publicadas en español), y algo así como un centenar largo de relatos. Tras dejar las novelas a un lado, leí estos últimos (algunos ya los había leído, pero llega un momento en que la falta de tiempo le impide a uno leer todo lo que recibe, y aún no he sabido de ningún distorsionador de tiempo capaz de fabricar un día de más de veinticuatro horas), y trasladé sus respectivas temáticas a mi lista primitiva..., tras lo cual vi que mis treinta y seis temas originales se habían transformado en cuarenta y siete..., y la lista debía ser aún incompleta. Nunca se puede ser exhaustivo.

Así germinó esta antología. Luego, tras la decisión que el material recopilado podía dar origen a un volumen dedicado a nuestro más próximo futuro y su tremenda problemática, lo demás entró en la mecánica clásica del proceso de confección de cualquier antología: criba y selección de los relatos más interesantes, buscando tanto la calidad como la diversificación de los temas, búsqueda y persecución de los derechos, obtención de algunos, no obtención de bastantes otros, silencio en la mayor parte de los solicitados..., en pocas palabras, el peregrinaje clásico.

Y aquí está el resultado. Con mi natural inmodestia, creo que puedo decir que me siento satisfecho de él. Al menos, la idea original que tenía de la misma ha quedado intacta. Y en algunos aspectos los resultados han superado incluso mis esperanzas.

Pero he iniciado esta introducción bajo los auspicios de un título que, aparentemente, nada tiene que ver con lo que he escrito hasta ahora. Sí, es probable que, como siempre, me haya dejado llevar un poco por mi entusiasmo al relatar los orígenes de esta antología, algo más entrañables que la simple y racional pregunta:

«¿Sobre qué tema puedo centrar esta vez el volumen?». Porque, para mí, la problemática de nuestro futuro inmediato es algo que se halla alojado mucho más en mis entrañas que en mi cerebro.

Hace cuatro años —permítanme otra pequeña digresión— me metí hasta la médula en la organización de un Primer Simposio de Prospectiva, que se celebró finalmente en el Palacio de Congresos de Barcelona del 17 al 20 de mayo de 1974. En sus resultados, para mí (o para lo que yo esperaba de él) constituyó un relativo fracaso, pese a que tuvo una innegable resonancia internacional, y el propio rey Juan Carlos, por aquel entonces príncipe todavía (¿saben que en España tenemos un rey profundamente preocupado por la futurología como ciencia?), ostentó la presidencia de honor. Los cuatro días de su celebración fueron un terrible suplicio, pero el año largo de preparación fue un puro goce. Luego la esperada continuidad de la labor emprendida no prosperó, pese al entusiasmo desplegado por todo el Consejo Ejecutivo, en gran parte debido a falta de entusiasmo de los organismos que al principio y aparentemente parecían estar interesados en nuestro objetivo principal: la creación en España de un Instituto de Prospectiva. ¿Por qué? Sinceramente, creo que el motivo es clarísimo: todos los que emprendimos la aventura del Simposio y más tarde el proyecto del Instituto éramos personas que entendíamos la prospectiva de una forma visceral, mientras que la organización de una entidad de ese tipo necesita más bien un planteamiento cerebral..., como puede afirmar sin lugar a dudas Hermann Kahn. Aunque la experiencia, a nivel personal, fue enriquecedora en grado sumo.

Esta pequeña digresión me permite enfocar de lleno el problema al que quería llegar. Todos aquellos que se ocupan (técnicamente al menos) de nuestro futuro, lo hacen necesariamente de una manera fría, cerebral. Y por ello, aunque a nivel de organización su éxito sea completo, a nivel de resultados su efectividad es más bien escasa, por no decir nula. Nuestras posibilidades de futuro, ese futuro imperfecto que he mencionado en el título de esta introducción, deben conjugarse siempre de una manera visceral. Porque va a ser nuestro futuro..., porque deberemos vivir en él. Admiro, por supuesto, la labor de un Aurelio Peccei y su Club de Roma, por ejemplo, capaces de realizar profundos y esclarecedores estudios sobre nuestro futuro y crear modelos socioeconómicos incluso a través de una computadora; no admiro tanto a un Hermann Kahn y sus colaboradores del Hudson Institute, en buena parte prostituidos por una serie de encargos muy concretos del gobierno de los Estados Unidos (su intervención en la guerra del Vietnam fue notoria), que permitieron desarrollar económicamente el Instituto, pero lo condicionaron de por vida. Y lo mismo digo de la Rand Corporation y otras instituciones parecidas.

Para mí, para muchos como yo (concretamente: la mayor parte de las escuelas europeas de prospectiva, que ya en su mismo nombre se enfrentan conceptualmente a la futurología anglosajona, parten de estos mismos supuestos), el futuro es algo que no puede examinarse desapasionadamente, viviseccionándolo como haría un experimentador con un ejemplar de laboratorio. Todos nosotros estamos dentro de él,

formamos parte de él, jamás podremos ser observadores. Es un verbo que deberemos conjugar siempre en primera persona.

Pero estamos indefensos ante él. El hombre de la calle no tiene ninguna influencia para actuar en su modelación, ningún poder de decisión. Todo lo que puede hacer es reunirse en torno a su mesa de café, ante su aperitivo y entre sus amigos, y hablar del tema, discutir sobre él, criticar y patear y dar puñetazos en la mesa, y luego volverse a su casa lleno siempre del mismo sentimiento de frustrante futilidad de haber conjugado el verbo en vano. Quienes pueden actuar realmente sobre el futuro, quienes tienen el poder de decisión, son los grandes estamentos políticos y económicos, y la mayor parte de las ocasiones no conviene a sus intereses el hacerlo. También podrían actuar muchas veces los grandes institutos futuroológicos, pero son cerebrales, no viscerales, y su supervivencia depende en muchos casos de los grandes imperios económicos, lo cual los condiciona inexorablemente a lo que ellos decidan.

Pero los escritores de ciencia ficción sí pueden actuar. Ellos son viscerales. Y, de hecho, actúan. Y gozan de una cierta audiencia.

Los escritores de ciencia ficción vemos los problemas desde dentro: conjugamos el verbo en primera persona, y lo exponemos a la opinión pública. Y, muchas veces, creamos incluso un estado de conciencia.

Ésta es, creo, estoy convencido de ello, nuestra principal arma. Si sabemos usarla. Yo, por ejemplo, podría escribir en poco tiempo y con un relativo esfuerzo un libro sobre nuestras más inmediatas perspectivas de futuro. Basándome en lo que he dicho aquí, en la documentación que poseo y en mis ideas personales al respecto, probablemente daría a luz una obra algo mejor que muchas de las escritas hasta ahora, aunque indudablemente también peor que bastantes otras. Pero mi trabajo sería estéril. Mi labor de divulgación debería ser tan sólo esto: una labor de divulgación, una transcripción basada en datos recogidos de otros, una recopilación de hechos y elementos ya conocidos. No poseo suficiente preparación, ni medios, ni elementos de investigación, para desarrollar de una forma personal e inquisitiva este tipo de tarea. (Esto fue precisamente lo que hizo que fracasara en último término el proyecto de un Instituto Español de Prospectiva: había el elemento visceral, estábamos los convencidos de su necesidad pero faltaba el elemento cerebral, y los medios). El primer investigador que hizo las observaciones necesarias y realizó los cálculos que demostraron el rompimiento progresivo de nuestro equilibrio ecológico (una Rachel Carson y su *Silent Spring*, por ejemplo) cumplió con una labor importante; los cien mil que han aireado sus conclusiones han hecho una labor de divulgación, que a veces ha sido meritoria, pero que se va diluyendo con el tiempo. No creo que el hecho de escribir yo un libro de divulgación/denuncia sobre el tema aportara nada nuevo al panorama actual. Y, sinceramente, no siento el menor deseo de escribir un libro así tan sólo para cobrar unos *reales*. Aunque me lo hayan propuesto varias veces.

Pero con la ciencia ficción es distinto. Yo puedo meterme en la piel del hombre

del futuro, conjugar en primera persona el futuro imperfecto del verbo que sea (polucionar, masificar, alienar, etc.), y a través de ella denunciar. Y mi denuncia puede ser alarmante, sarcástica, corrosiva..., tener impacto. Porque no llega al cerebro del lector, sino que le revuelve las entrañas.

Así lo están haciendo muchas de las novelas que hoy en día están alcanzando altas cotas de audiencia. Sólo por citar un ejemplo, en menos de un año se han publicado en todo el mundo varias extrapolaciones literarias de mayor o menor impacto acerca de la posibilidad de un accidente o un atentado en una central nuclear. El tema, en los últimos meses, se ha vuelto ya incluso repetitivo, pero ha conseguido algo importante: concienciar a las gentes acerca de la vulnerabilidad de las centrales nucleares, acerca del peligro latente que representa también la energía atómica para usos pacíficos.

La ciencia ficción de este tipo (la ciencia ficción del futuro imperfecto, la llamo yo), suele ser, debido a ello, profundamente pesimista. Se conjuga exclusivamente en subjuntivo. Cumple con el papel de oráculo. Tan sólo los países socialistas conjugan una ciencia ficción del futuro perfecto o, todo lo más, del futuro imperfecto de indicativo: los condicionantes de su sociedad le obligan a ello. Pero pese a todo existen incluso en la ciencia ficción soviética relatos como *Los Cangrejos andan sobre la Isla de Dnieprov* o *El día de la Cólera* de Gansovski, que llevan implícita una clara advertencia. He leído, en ese centenar largo de relatos que he citado al principio, muy pocas historias realmente optimistas. Incluso las tratadas en tono humorístico son simplemente sarcásticas, y su trasfondo rezuma una enorme amargura. Y ello es lógico. Es completamente estéril cantar las alabanzas de un futuro esplendoroso, cuando todos sabemos, a estas alturas, que nuestro futuro va a serlo todo menos esplendoroso. Las grandes amenazas denunciadas desde que la palabra «ecología» empezó a ponerse de moda están empezando a confirmarse, y se han visto rodeadas muy pronto de otras amenazas más insidiosas, menos evidentes, pero no por ello menos terribles. Las crisis de la energía, por ejemplo, motivadas no sólo por un previsible agotamiento de los combustibles fósiles, sino también por la manipulación económica que de ellos han hecho los detentadores de las fuentes de producción y principalmente las grandes internacionales que monopolizan su transformación. La manipulación del individuo para los más diversos fines, como otro ejemplo. La crisis monetaria internacional. La inflación. El creciente paro obrero, con sus secuelas inevitables de selectividad. (Uno de los relatos que no he podido incluir aquí, por no haber conseguido los derechos —*How I take their Measure*, publicado bajo seudónimo por Barry N. Malzberg en la revista *Venture*— nos habla de la situación de privilegio que, en una sociedad abrumada por el paro obrero, obtendrán los funcionarios que se dedican a investigar las peticiones de subsidios de desempleo). Y así tantos y tantos otros.

No, nuestro futuro lo va a ser todo menos cómodo. Y, como dijo sarcásticamente el abogado de la reunión de hace un par de años, es probable que bajo tantas y tan

variadas presiones muchos de nosotros no lleguemos al año 2000. Quizá nadie.

Este sentimiento es el que pretende reflejar esta antología. Por supuesto, hallarán ustedes que muchos temas apenas se encuentran esbozados en ella. Es imposible tocarlos todos en un volumen de esta extensión. Por ejemplo, existe un tema para mí muy importante, y al que en cierto modo estoy bastante vinculado, el de las computadoras, que están creando en nuestra sociedad una nueva e insustituible dependencia. Creo que es un tema que, analizado con visión de futuro inmediato, merece toda una novela, que todavía no sé que se haya escrito, quizá porque la mayor parte de los autores de ciencia ficción no tenemos el soporte de unos conocimientos informáticos para hacerlo, y los informáticos de profesión carecen de la imaginación necesaria para estructurar una trama inteligente al respecto. (Hay una novela que roza este tema, sí, *The Shockware Rider*, de John Brunner, que casi cumple todos los requisitos). También falta el tema de la tercera edad (otro relato que ha debido quedar fuera de esta antología es *The Test* de Richard Matheson, esclarecedor al respecto), y su problemática frente a la superpoblación: el hecho que las perspectivas de vida de la Humanidad aumentan en la misma proporción que se reduce la mortalidad infantil, y las consecuencias previsibles de tal hecho...

Oh, el tema de nuestro futuro imperfecto merecería no una antología como la presente, sino una docena, incluso clasificadas por subgrupos de temas. Pero creo que los diecisiete relatos reunidos aquí forman un abanico lo suficientemente amplio como para que cualquiera que los lea con un espíritu inquisitivo tome conciencia de una terrible realidad: EL NUESTRO NO VA A SER UN FUTURO FÁCIL.

Y ésta es la razón del título del volumen. Hay un gran artista norteamericano, un dibujante casi *underground* llamado R. Cobb, que en el conjunto de su obra ha plasmado como nadie y con un terrible realismo esta sensación en que uno debe realmente *llorar* por nuestro futuro. En uno de sus dibujos más conmovedoramente impactantes, terriblemente tétrico y descorazonador en su desnuda realidad, Cobb nos muestra a una pareja de hombres, presumiblemente padre e hijo, sentados sobre la bamboleante chatarra de un automóvil en medio de un mar de detritus por donde campean las ratas. El hijo, con la expresión inocente de quien no comprende nada de lo que le rodea, pregunta a su padre: *¿Y qué es eso de la ecología?*

Personalmente, me gustaría poder encararme en alguna ocasión a algunos de los responsables de este desmoronante mundo en que vivimos, a los responsables de nuestra absurda *way of life*, y preguntarles: Señores, ¿deberemos llorar por nuestro futuro? ¿Vamos a tener realmente algún futuro? Y me gustaría que me contestaran.

Ante la imposibilidad de hacer esto, no me queda más remedio que acudir periódicamente a mi mesa de café, hablar y hablar, discutir y dar puñetazos sobre la mesa, y regresar luego a casa con la terrible futilidad de haber estado perdiendo el tiempo. Y, siempre que me es posible, tras alguna que otra noche de insomnio, escribir otro relato de ciencia ficción sobre el tema (tengo ya bastantes), o preparar una antología como la presente. Ojalá esto sirva para algo...

FÉNIX BRILLANTE

RAY BRADBURY

Inicié mi Antología No Euclidiana / 1 con un relato de Ray Bradbury: El Flautista. El hecho que inicie ésta con otro relato del mismo autor no significa necesariamente que tenga una especial predilección por él. Pero hay que reconocer que si un escritor de ciencia ficción se ha preocupado particularmente por los problemas del hombre enfrentado a la sociedad que él mismo ha edificado y que ahora le está devorando, éste es Ray Douglas Bradbury.

Además, al igual que El Flautista, este relato tiene una curiosa historia. En 1947, tres años antes de la aparición de su obra cumbre, Crónicas Marcianas, Bradbury escribió un relato que, utilizo sus propias palabras, «permaneció durante años en mis cajones, saliendo tan sólo ocasionalmente para ser presentado a revistas tales como Harper's Bazaar o The Atlantic Monthly, en donde invariablemente era rechazado. Así quedó coleccionado durante mucho tiempo en mis archivos junto con otras varias ideas. Estas ideas fueron creciendo poco a poco y, finalmente..., surgió Fahrenheit 451». No fue hasta mayo de 1963 que este relato vio finalmente la luz, junto con otro clásico bradburiano, To the Chicago Abyss, en un número del Fantasy & Science Fiction dedicado a él. Este relato, por supuesto, era Bright Phoenix.

Para muchos quizá se trate tan sólo de una curiosidad. Pero considero que este relato, germen de una novela que seis años más tarde alcanzaría resonancias mundiales, es un ejemplo característico de toda la obra y toda la filosofía bradburiana. Una filosofía que para muchos puede ser reaccionaria, para otros excesivamente simplista, pero que se ha convertido en universal y resume una de las grandes angustias del hombre moderno: el enfrentamiento a una tecnificada civilización que pretende anularlo convirtiéndolo tan sólo en una unidad, un número, algo tan poco importante como un simple bit de computadora.

* * *

Un día de abril del año 2022, la gran puerta de la biblioteca restalló secamente. Como un trueno.

Hey, pensé.

En el último peldaño de las cortas escaleras que ascendían hasta mi escritorio, enfundado en su uniforme de la Legión Unida que le caía tan mal como hacía veinte años, estaba Jonathan Barnes.

Viendo su altanera agresividad marcada en su pausa, pensé en los diez mil discursos a los Veteranos que habían surgido de aquella boca, en los innumerables desfiles en los que había participado, sudando y resoplando, en los banquetes de patriotas a base de pollo frío y guisantes seguramente cocinados por él mismo, en todos sus proyectos abortados.

Jonathan Barnes subió pesadamente los peldaños de la escalera, marcando en cada pisada todo el peso de su corpulencia y de su nueva autoridad. Los ecos, repercutiendo en la alta bóveda, le hicieron sin duda darse cuenta incluso a él mismo de lo burdo de sus modales ya que, cuando llegó junto a mi escritorio, su voz impregnada en alcohol fue apenas un susurro junto a mi rostro.

—He venido por los libros, Tom.

Rebusqué en forma casual entre mis fichas índice.

—Cuando estén preparados ya le llamaré.

—Hey, un momento —dijo—. Espere...

—Supongo que se refiere a los libros para la Obra Social de los Veteranos, para distribuir entre los hospitales, ¿no?

—No, no —gritó—. He venido por *todos* los libros.

Le miré, sin decir nada.

—Bueno —dijo—, *casi* todos.

—Casi —parpadeé, sin dejar de rebuscar entre las fichas índice—. La norma son diez volúmenes máximo por persona y vez. Oh, aquí está. Además, su tarjeta de lector caducó cuando usted tenía treinta años..., hace ya treinta años de ello. ¿Lo ve? —le tendí la ficha índice.

Barnes apoyó ambas manos en el escritorio e inclinó hacia mí su enorme corpachón.

—Me doy cuenta que usted está intentando interferir —dijo. Su rostro se encendió, empezó a jadear—. ¡No necesito ninguna tarjeta de lector para efectuar *mi* trabajo!

Aunque seguía hablando en susurros, había alzado la voz lo suficiente como para que una miríada de blancas páginas suspendieran sus aleteos bajo la verdosa luz de las lámparas en las enormes estancias de paredes de piedra. Algunos libros se cerraron con un sordo y casi imperceptible ruido.

Algunos lectores alzaron sus apacibles rostros. Sus ojos serenos por la quietud y el recogimiento de aquel lugar, solicitaban silencio, como los del tigre cuando acude a beber a las quietas aguas. Viendo aquellos ojos vueltos hacia nosotros, aquellos tranquilos rostros, pensé en mis cuarenta años transcurridos viviendo, trabajando, incluso durmiendo allí, entre las silenciosas vidas arropadas en terciopelo de todos aquellos personajes imaginarios. Siempre la había considerado mi biblioteca, y la seguía considerando, como un oasis de frescor donde los hombres acudían, procedentes del ruido y la febril actividad del día, a bañar sus mentes y a refrescar sus cuerpos en la verdosa luz y en la suave brisa de las páginas al ser volteadas. Tras lo cual, ya más centrados, con las ideas más claras y los cuerpos más relajados, pueden de nuevo sumergirse en el ardiente horno de la realidad, la noche, el tráfico, la improbable vejez, la inevitable muerte. He visto a cientos de ellos penetrar en mi biblioteca con ojos alucinados. Los he visto salir relajados y tranquilos. He visto a gentes buscándose en vano a sí mismas y hallando aquí la serenidad. He visto a realistas sumergirse aquí en el sueño y a soñadores hallar finalmente la realidad, en este refugio de piedra y mármol donde cada libro está marcado por el silencio.

—Sí —dije finalmente—. No le llevará mucho tiempo el registrarse de nuevo. Rellene esta nueva ficha. Traiga dos referencias que sean solventes...

—No *necesito* referencias —dijo Jonathan Barnes—. ¡No para quemar libros!

—Al contrario —dijo—. Para eso va a necesitar más.

—Mis hombres son mis referencias. Están esperando fuera por los libros. Son peligrosos.

—Los hombres así siempre lo son.

—No, no, me refiero a los libros, estúpido. Los *libros* son peligrosos. Buen Dios, no hay dos que piensen lo mismo. Siempre los mismos malditos dobles sentidos. Siempre la misma torre de Babel y la misma saliva malgastada. Nosotros estamos aquí para clarificar, para simplificar, para depurar. Necesitamos...

—Perdón —dije, tomando un ejemplar del Demóstenes bajo mi brazo—. Es la hora de mi comida. ¿Me acompaña?

Estaba ya a medio camino de la puerta cuando Barnes, con los ojos desorbitados, recordó de pronto el silbato de plata que colgaba de su cinturón; lo llevó a sus labios y lanzó un prolongado pitido.

Las puertas de la biblioteca se abrieron bruscamente. Una marea de hombres uniformados de negro penetraron ruidosamente escaleras arriba.

Les llamé suavemente la atención.

Se detuvieron, sorprendidos.

—Sin hacer ruido —les dije.

Barnes me sujetó del brazo.

—¿Se está oponiendo usted a nuestra actuación?

—No —dije—. Ni siquiera voy a pedirles la orden que les autoriza a esta invasión. Lo único que les pido es que guarden silencio mientras trabajan.

Los lectores se habían levantado de sus mesas ante el estruendoso resonar de las pisadas. Les hice señas para que volvieran a sentarse. Se enfrascaron de nuevo en sus lecturas, sin que ninguno volviera a levantar la vista hacia aquellos hombres impecablemente uniformados de negro que me miraban con una no fingida estupefacción. Barnes hizo un gesto con su cabeza. Los hombres avanzaron entonces cuidadosamente, a puntas de pies, hacia las distintas salas de la gran biblioteca. Con extremadas precauciones, procurando no hacer el menor ruido, abrieron las ventanas. Hablando en susurros, tomaron los libros de sus estanterías y los fueron arrojando al patio de abajo, en el más completo silencio. De tanto en tanto lanzaban miradas de reojo a los lectores que, tranquilamente, iban volteando las páginas de sus libros, pero ninguno se atrevió a tomar aquellos volúmenes, limitándose a vaciar las estanterías.

—Bien —dije.

—¿Bien? —dijo Barnes.

—Sus hombres pueden trabajar sin usted. Vamos fuera.

Y salí tan rápidamente que no tuvo más remedio que seguirme, ardiendo con preguntas no formuladas. Atravesamos el césped que rodeaba el edificio, donde había sido montado un horno portátil, una enorme parrilla negra de donde surgían rojizos chorros que se convertían en azuladas llamas, a las cuales los hombres precipitaban los silvestres pájaros y las aterciopeladas palomas que alzaban el vuelo en un frenético batir de alas antes de caer heridos de muerte, consumiéndose entre las

terribles llamas. De todas las ventanas surgían aterrorizados pájaros, que caían al suelo y eran empapados en gasolina antes de ser arrojados a las destructivas y coloreadas llamas.

—Es extraño —murmuró Barnes, sorprendido—. Tendría que haber multitudes contemplando un espectáculo como éste. Pero..., no hay nadie. ¿Cómo se lo explica usted?

Lo dejé con la palabra en el aire. Tuvo que correr para alcanzarme.

En el pequeño café al otro lado de la calle, me senté a una mesa y Barnes, irritado, sin ninguna razón aparente, se puso a gritar apenas ocupamos nuestras sillas:

—¡Camarero! ¡Rápido, debo volver inmediatamente al trabajo!

Walter, el propietario, se acercó con el menú en la mano.

Walter me miró. Le guiñé un ojo.

Walter miró a Jonathan Barnes.

Walter dijo:

—Ven conmigo y sé mi amor, y probaremos de la felicidad el ardor.

—¿Qué? —Jonathan Barnes parpadeó.

—Lámeme Ismael —dijo Walter.

—Ismael —dije—, empezaremos con un café.

Walter volvió con el café.

—Tigre, tigre, brillante has de arder —dijo—, en la penumbra del bosque, al anochecer.

Barnes se quedó mirando al hombre, que se alejaba con un paso casual.

—¿Qué demonios le ocurre? ¿Está loco?

—No —dije—. Pero sigamos con lo que me decía en la biblioteca. Explíqueme.

—¿Explicar? —dijo Barnes—. Dios mío, todos quieren saber las razones. Está bien, se lo explicaré. Se trata de un experimento de importancia capital. Ésta es una ciudad que nos servirá de prueba. Si la quema de libros funciona aquí, funcionará en todas partes. No lo quemamos todo, no, no. Se habrá dado cuenta que mis hombres tan sólo desalojan ciertas categorías de libros. Eliminamos alrededor de un 49,2 por ciento. Luego informaremos del éxito al comité central del gobierno...

—Excelente —dije.

Barnes se me quedó mirando fijamente.

—¿Cómo puede estar usted tan alegre?

—El problema de cualquier biblioteca —dije— es dónde meter los libros. Usted me ayuda a resolverlo.

—Creí que usted evidenciaría... miedo.

—En toda mi vida he estado rodeado de gentuza.

—¿Perdón?

—Hay que dar un nombre a todas las cosas. Los que queman libros son gentuza.

—¡Maldita sea, soy el Jefe Censor de Green Town, Illinois!

Llegó un nuevo camarero, portando una humeante cafetera.

—Hola, Keats —dije.

—La estación de las brumas y el dulzor de la fruta madura —dijo el camarero.

—¿Keats? —dijo el Jefe Censor—. Su nombre no es Keats.

—Oh, qué tonto soy —dije—. Éste es un restaurante griego. ¿No es cierto, Platón?

El muchacho llenó mi taza.

—El pueblo dispone siempre de algún campeón que empuja hacia adelante y lo alimenta de grandezas... Ésta y no otra es la raíz de la cual surge el tirano; cuando aparece el primero, es un protector.

Barnes se inclinó hacia adelante para mirar mejor al camarero, que permaneció inmutable. Luego tomó su café y sopló.

—Como le decía, nuestro plan es tan simple como el que uno más uno son dos...

—Casi nunca he conocido a un matemático que fuera capaz de razonar —dijo el muchacho.

—¡Maldita sea! —Barnes dejó bruscamente su taza sobre la mesa—. ¡Paz! Lárgate de aquí antes que pierda la paciencia, Keats, Platón... Holdridge, éste es tu nombre. Ahora lo recuerdo: ¡Holdridge! ¿Qué es toda esa *otra* jerga?

—Sólo imaginación —dije—. Vanidad.

—Maldita sea la imaginación y al infierno con la vanidad, puede usted comer sólo si quiere, me largo inmediatamente de esta casa de locos. —Y Barnes se tragó el café de un sorbo, mientras el dueño y el camarero lo miraban y lo miraban mientras se lo bebía y al otro lado de la calle el fuego ardía orgullosamente en las entrañas de la monstruosa parrilla. Nuestras silenciosas miradas hicieron que Barnes se estremeciera, con la taza en una mano y una gota de café colgando de su mentón.

—¿Por qué? ¿Por qué no gritan ustedes? ¿Por qué no luchan contra mí?

—Yo estoy luchando —dije, tomando el libro que había traído bajo mi brazo. Lo abrí por la página que decía DEMÓSTENES, dejé que Barnes viera bien el nombre, la enrollé en forma de cigarro, la prendí, contemplé la creciente llama y murmuré—: Aunque el hombre pueda escapar a todos los demás peligros, jamás podrá escapar completamente a aquellos que no reconocen a una persona como él el derecho a existir.

Barnes saltó en pie, gritando, me arrancó el «cigarro» de la mano, lo pateó, y el Jefe Censor salió del lugar dando un portazo.

Lo único que podía hacer yo era seguirle.

En la puerta, Barnes tropezó con un hombre ya anciano que entraba en el café. El viejo estuvo a punto de caer. Lo sostuve del brazo.

—Profesor Einstein —dije.

—Señor Shakespeare —dijo.

Barnes huyó.

Lo encontré de nuevo en el césped ante la antigua y hermosa biblioteca, donde los hombres de negro, desprendiendo olor a gasolina a cada movimiento, seguían

transportando brazadas de palomas abatidas, de moribundos faisanes, todo un otoño de oro y plata que caía de las altas ventanas. Y todo silenciosa y pausadamente. Y mientras esta tranquila y casi serena pantomima continuaba, Barnes permanecía inmóvil, gritando silenciosamente, ahogando los gritos que pugnaban por surgir de entre sus dientes apretados, su lengua, sus labios, sus mandíbulas, ahogándolos de modo que nadie los pudiera oír. Pero los gritos surgían igualmente de sus ojos muy abiertos, en relámpagos que estallaban en sus puños crispados y coloreaban su rostro, ahora blanco, ahora rojo, mientras me miraba fijamente, miraba al café, a su maldito propietario y al terrible camarero que, desde la puerta, le hacían gestos amistosos. El incinerador de Baal saciaba su enorme apetito, esparciendo chispas por todas partes, y Barnes contemplaba aquel ciego sol rojo que ardía y llameaba en su estómago.

—Hey, ustedes —dijo con voz suave a los hombres de negro, que se detuvieron—. Recuerden las Ordenanzas Municipales. Se cierra a las nueve en punto. Por favor, procuren terminar antes de entonces. No me gustaría quebrantar la ley... Buenas noches, señor Lincoln.

—Ochenta —dijo un hombre, pasando a nuestro lado—, y siete años...

—¿Lincoln? —el Jefe Censor se volvió lentamente—. Ése es Bowman. Charlie Bowman. Le conozco, Charlie, venga acá un momento... Charlie... ¡Chuck!

Pero el hombre se había alejado, y los coches pasaban, y de tanto en tanto, mientras el fuego seguía ardiendo, algunos hombres me saludaban y yo les saludaba, y era «¡Hola, señor Poe!», o un gesto amistoso a algún extranjero cuyo nombre sonaba algo así como Freud, y nuestras voces eran alegres al saludarnos, y el señor Barnes se estremecía cada vez como si fuera atravesado por un dardo de fuego que continuara ardiendo en su interior y consumiera su vida. Y nadie se detenía a ver el espectáculo.

De pronto, por alguna oculta razón, el señor Barnes cerró los ojos, abrió mucho la boca, inspiró profundamente y gritó:

—¡Alto!

Los hombres, arriba, dejaron inmediatamente de arrojar libros por las ventanas.

—Pero —dije—, aún no es la hora de cerrar.

—¡Es la hora de cerrar! ¡Todo el mundo fuera! —Profundos pozos habían devorado las pupilas de los ojos de Jonathan Barnes. Hizo una seña, indicando que bajarán. Obedientemente, todas las ventanas descendieron como otras tantas guillotinas, y se oyó el ruido de las contraventanas al cerrarse.

Los hombres de negro, con la sorpresa reflejada en sus semblantes, descendieron y salieron fuera.

—Jefe Censor —metí en su mano la llave que no quería aceptar, le obligué a tomarla—, vuelva usted mañana, mantenga el silencio, termine con su trabajo.

Sus ahora insondables y vacíos ojos intentaron en vano mantener mi mirada.

—¿Cuánto..., cuánto tiempo hace que dura...?

—¿Esto?

—Esto..., y..., esto..., y ellos.

Intentó sin conseguirlo señalar el café, los coches que pasaban, los tranquilos lectores que salían ahora de la acogedora biblioteca, saludando con la cabeza cuando pasaban a nuestro lado en el frío aire del anochecer, amigos, todos ellos amigos míos. Sus ciegos y crispados ojos devoraron la oscuridad que era ahora mi rostro, su lengua paralizada murmuró trabajosamente:

—¿Creen ustedes, estúpidos, que van a engañarme a mí, a mí, a mí?

No contesté.

—¿Cómo pueden estar seguros —dijo— que yo no voy a quemar gente, como ahora quemo libros?

No contesté.

Lo dejé de pie, inmóvil, allá en medio de la noche.

En la biblioteca, comprobé los últimos volúmenes de los que se iban, mientras la noche llegaba finalmente y la gran máquina de Baal seguía vomitando la humareda de su mugriento fuego sobre el alto césped allá donde el Jefe Censor permanecía inmóvil como una estatua de cemento, sin ver siquiera como sus hombres se marchaban. Su puño se levantó bruscamente. Algo rápido y brillante fue a golpear contra el cristal de la puerta de entrada. Luego Barnes se volvió y se fue tras el incinerador que resonaba contra el pavimento, una panzuda urna funeraria que dejaba tras ella jirones de negros velos de duelo, humo, y olor a papel quemado.

Me senté y escuché.

En las salas de lectura más alejadas, sumidas en una débil penumbra, se oía aún un suave y otoñal voltear de hojas, el sonido de un brisa ligera, movimientos infinitesimales, el gesto de una mano, el destello de un anillo, el brillar de una pupila vivaz como la de una ardilla. Algún viajero nocturno se había demorado entre las estanterías medio vacías ahora. Con una tranquila serenidad, las aguas se deslizaban suavemente hacia un quieto y distante mar. Mi gente, mis amigos, uno por uno, salían del acogedor mármol, de la cálida luz verdosa, a una noche mejor de lo que nunca me hubiera atrevido a esperar.

A las nueve, salí para recoger la llave que Barnes había arrojado contra la puerta. Acompañé al último lector, un hombre viejo, hasta fuera, y mientras cerraba aspiró a pleno pulmón el frío aire, miró a la ciudad, a la hierba amarilleada por las chispas, y dijo:

—¿Crees que volverán?

—Dejemos que lo hagan. Estamos preparados para recibirlos, ¿no?

El viejo sujetó mi mano.

—Y el lobo cohabitará con el cordero, y el leopardo yacerá con el antílope, y el ternero y el joven león caminarán juntos.

Bajamos juntos los últimos peldaños.

—Buenas noches, Isaías —dije.

—Buenas noches, señor Sócrates —dijo.

Y cada cual tomó su camino en la oscuridad.

CON LAS MANOS CRUZADAS

JACK WILLIAMSON

He aquí una obra singular y excepcional. Publicada originalmente en 1947 en la revista Astounding Science Fiction, el extraordinario éxito de público que obtuvo empujó a su autor, Jack Williamson, a transformarla en una novela, que se convirtió, y sigue siéndolo aún, en uno de los clásicos «míticos» de la edad de oro de la ciencia ficción: Los Humanoides. Robert Silverberg, escogiéndola para cerrar su antología Mend and Machines, la califica certeramente así:

«Ésta es una historia inolvidable en la cual la máquina aparece a la vez bajo todos sus aspectos: amiga y enemiga, fiel sirviente, y finalmente dueña absoluta. Pero este relato es también excepcional en el sentido que éste constituye el ejemplo perfecto de la ciencia ficción que, a través de un relato, analiza un concepto bajo todos sus aspectos, hasta alcanzar sus más profundas implicaciones, ni siquiera sospechadas al inicio del relato. Williamson analiza aquí el concepto mismo de servicio. ¿Qué ocurriría, se pregunta, si poseyéramos máquinas capaces de satisfacer todas nuestras necesidades, robots perfectos, de una bondad absoluta, abocados únicamente a satisfacer todos nuestros deseos y a evitarnos el más mínimo mal? La propia noción de bienestar es cuestionada en este denso, substancial y aterrador relato».

Cualquiera que esté acostumbrado a resolver sus problemas marcando un número de teléfono, echando mano a su calculadora de bolsillo, o pulsando las teclas de un terminal de computadora, sabrá perfectamente la clase de dependencia a la que nos estamos acostumbrando, y lo que Williamson quiere decir.

* * *

Aquella tarde, cuando vio por vez primera a los nuevos robots, Underhill regresaba a pie de su oficina..., ya que aquel día su mujer se había llevado el coche. Su cabeza estaba llena de preocupaciones. ¿Cómo iba a arreglárselas con el Banco Intercontinental en relación a las letras impagadas? Inventaba una solución tras otra, pero cuando reflexionaba acerca de ellas veía que todas eran impracticables. Sumido en estas preocupaciones, caminaba hacia su casa. O mejor dicho, seguía a sus pies, que conocían perfectamente el recorrido que debían efectuar, a través del solar aún no edificado entre los dos enormes bloques, hasta su casa..., ya que su mujer tenía la costumbre de llevarse a menudo el coche por la tarde.

De pronto, tropezó con una pared.

No se trataba de una estúpida pared de ladrillos o de piedras, sino de algo liso y brillante, algo sorprendentemente extraño. Underhill se extrajo de sus pensamientos y levantó los ojos. La pared formaba parte de un enorme edificio. El atajo para llegar a su casa había quedado bloqueado. Aquello era evidentemente un fastidio.

¡Pero además, aquel edificio ni siquiera existía hacía apenas ocho días!

Estaba pensando en aquello cuando vio el rótulo y la cosa en el escaparate.

Un escaparate que, por cierto, lo era todo menos ordinario: un inmenso panel absolutamente transparente, de una transparencia tan perfecta que, de no ser por la inscripción en letras luminosas, ni siquiera hubiera podido distinguir el cristal que lo

cubría.

El rótulo decía:

AGENCIA INTERCONTINENTAL
INSTITUTO HUMANOIDE
La perfección robótica
«*Obedecer — Servir — Proteger*».

Aquel rótulo de apariencia clásica, incluso austera, fue lo que más irritó a Underhill. Él estaba también en el oficio, y desde hacía un tiempo los negocios se estaban estancando. ¡Había ya tanta cosa en el mercado, androides, mecanoides, electronoides, automatoides y robots vulgares y corrientes! Y muy pocos de ellos cumplían con las promesas de sus respectivos vendedores. El mercado estaba ya ampliamente saturado.

Underhill se dedicaba a la venta de androides..., cuando los clientes se decidían a comprarlos, por supuesto. La última remesa estaba todavía en su almacén, y era por ello precisamente por lo que la llegada de la próxima remesa, al día siguiente, le preocupaba tanto.

Sin la menor simpatía, contempló la cosa que había junto al rótulo, al otro lado del invisible cristal. Nunca hasta entonces había visto a un humanoide. Éste permanecía completamente inmóvil, como cualquier otro robot en estado de reposo, junto a la ventana. Era más pequeño y más proporcionado que un hombre medio. Su piel de silicona era oscura y reluciente: color bronce, con azulados reflejos metálicos. Un rostro oval, muy agraciado. Ojos de perro obediente que acudiría corriendo a la primera llamada. Examinándolo con toda objetividad, era el robot más hermoso que hubiera visto nunca.

Pero demasiado pequeño para ser realmente eficaz. Underhill recordó con una malévola complacencia haber leído, en la revista del sindicato de comerciantes de androides: «Los androides deben ser siempre grandes, ya que los constructores se niegan a sacrificar la potencia, condición primordial para la polivalencia y la movilidad, a una vana elegancia. Un androide constituirá siempre, desde todos los puntos de vista, una *gran compra*». Algo irrefutable..., y tranquilizador.

Las transparentes puertas de acceso se abrieron al acercarse, y Underhill penetró en la sala de recepción, deseoso de ver con sus propios ojos con qué subterfugio de refinado lujo pensaban atraer sus recién llegados competidores a la clientela femenina.

Sin embargo, examinando con un profundo ojo crítico el enorme vestíbulo, su optimismo de comerciante de androides seguro de la superioridad de sus propias máquinas disminuyó rápidamente. Nunca había oído hablar hasta entonces del Instituto Humanoide, pero a juzgar por la evidencia al invasor no le faltaban ni capital ni medios.

Buscó con la mirada un vendedor. Fue otro robot, gemelo al del escaparate, el que acudió a su encuentro, con un rápido y elástico paso. Los reflejos bronceados y azules trazaban arabescos en su cuerpo, y sobre su pecho podía verse su placa de identidad en metal dorado:

HUMANOIDE
Serie 81 -H -B -27
La perfección robótica
«*Obedecer - Servir - Proteger*».

Underhill se sorprendió al no ver lentes de objetivo. El robot tenía unos ojos de color metálico, fijos. Pero se detuvo a dos pasos de él, como si hubiera tenido una visión, y dijo con una voz aguda y melodiosa:

—A su servicio, señor Underhill.

Underhill se sintió terriblemente sorprendido: un androide era incapaz de distinguir a un hombre de otro. Sin la menor duda se trataba de un truco de vendedor, no difícil de realizar en una ciudad pequeña como aquélla. El gerente de la agencia debía ser de la región, y no había dudado en proporcionarle a su robot un registro del censo de habitantes. Underhill se sobrepuso a su impresión y preguntó, con voz tranquila:

—¿Puedo hablar con el vendedor?

—No empleamos vendedores humanos, señor —respondió inmediatamente la suave y musical voz—. El Instituto Humanoide ha sido creado para servir al género humano, y no requiere ningún servicio humano. Cualquiera de nosotros puede darle todas las informaciones que desee, y responder inmediatamente a cualquier petición de servicio que nos haga cualquier ser humano.

Underhill, asombrado, guardó silencio. Ningún robot, por lo que él sabía, era capaz de recargar sus propias baterías, ni reemplazar ninguno de sus relés, y mucho menos asegurar su propia comercialización. Tras observar los vacuos ojos del humanoide, Underhill examinó furtivamente el vestíbulo, buscando tras qué pantalla o parapeto se estaba ocultando el vendedor.

Pero la suave y musical voz prosiguió, persuasiva:

—Nos sentiremos orgullosos de hacer una demostración en su domicilio, señor Underhill. Sin ningún compromiso por su parte. Deseamos ardientemente generalizar nuestros servicios en este planeta, tal como hemos hecho en tantos otros, a fin de eliminar por completo la infelicidad en la vida de los seres humanos. Una demostración en su casa le permitirá constatar con sus propios ojos que somos superiores a cualquier otro mecanismo electrónico de los usados aquí.

Underhill retrocedió algunos pasos. Dejó de buscar al oculto vendedor humano. Aquella autopromoción de los robots ponía escalofríos en su médula. ¡Era algo que iba a revolucionar la profesión!

—Al menos permítame entregarle algunos folletos explicativos, señor —dijo el humanoide. Con una cortesía que no rebajaba en nada su perfecta dignidad, el robot se dirigió a una mesa y tomó unos papeles, regresó junto a Underhill con su gracioso paso, y se los tendió. Para ocultar su creciente turbación, Underhill se apresuró a ojearlos.

Una serie de fotos a todo color mostraban —antes y después— el feliz cambio en la existencia que producía la presencia de un humanoide. Una exuberante rubia se afanaba en la cocina, para dedicarse después a su propio cuidado mientras el pequeño robot negro se ocupaba de todas las tareas de la casa. Se dedicaba, con la espalda arqueada, a escribir incansablemente a máquina, y luego tomaba el sol en una playa, con un sucinto y sugestivo bikini, mientras el robot mecanografiaba a toda velocidad. Jadeaba para seguir el ritmo de una espantosa máquina en el enorme galpón de un taller, y luego danzaba en los sugestivos brazos de un mocetón rubio y atlético mientras el robot accionaba la máquina y la vencía en su endiablado ritmo.

Underhill suspiró ruidosamente: su propia compañía suministradora de androides nunca le había proporcionado un material publicitario tan atractivo como aquél. Ninguna mujer resistiría a tales perspectivas. Y las mujeres representaban un ochenta y seis por ciento de la clientela. Decididamente, la competencia se hacía dura.

—Lléveselos, señor —dijo la cantarina voz—. Muéstreselos a la señora Underhill. Al final encontrará usted un bono para una demostración gratuita en su domicilio. Y observe que no exigimos ningún depósito.

Alucinado, Underhill dio media vuelta, y las puertas se abrieron silenciosamente ante él. Dio algunos pasos y luego, dándose cuenta que llevaba los folletos en la mano, los estrujó rabiosamente y los arrojó al suelo. La pequeña cosa de piel negra los recogió rápidamente y dijo, con su dulce y cantarina voz:

—Nos veremos mañana en su despacho, señor Underhill, y enviaremos un equipo de demostración a su domicilio. Ha llegado el momento de pensar en liquidar su negocio. Los mecanismos electrónicos que vende usted no pueden rivalizar con nosotros. Le propondremos una prueba gratuita a la señora Underhill.

Underhill no se preocupó siquiera de responder. Le hubiera fallado la voz. Recorrió a grandes zancadas la acera hasta la esquina, y se detuvo allí para recuperar su aliento. Entre el maremágnum de ideas que cruzaban por su cabeza, una se destacaba nítidamente sobre todas las demás: ¡aquello iba a ser el golpe de gracia para su agencia!

Se giró y contempló una vez más el orgulloso esplendor del nuevo edificio. Ni siquiera estaba hecho de honestos ladrillos o de la buena piedra del Buen Dios. ¡Aquel cristal invisible ni siquiera era cristal! Y los cimientos de aquella cosa ni siquiera habían sido excavados la última vez que Aurora se llevó el coche.

Dio la vuelta a la manzana y llegó así a la puerta trasera. Un enorme camión estaba estacionado ante la gran entrada de mercancías, y una infinidad de pequeños robots negros y esbeltos descargaban enormes cajas metálicas.

Se detuvo y examinó una de las cajas. Las etiquetas de una compañía interplanetaria de transportes señalaban el nombre del remitente: Instituto Humanoide, Ala IV. No conocía ningún planeta con aquel nombre.

Miró hacia la gran sala donde los robots iban depositando las pesadas cajas. Otros robots las estaban abriendo. Estaban llenas de pequeños robots negros, alineados lado a lado. Entraban en funcionamiento apenas las cajas eran abiertas y, uno tras otro, con una gracia infinita, se levantaban y saltaban al suelo. Piel oscura, reflejos bronce y azul. Todos ellos idénticos.

Uno de ellos se acercó al camión, estacionado junto a la acera, y sus ojos metálicos se giraron, fijos y ciegos, hacia Underhill.

—¡A su servicio, señor Underhill!

La misma voz cantarina, armoniosa y suave. Underhill salió huyendo. ¡Un robot llegaba directamente de un planeta desconocido y, apenas salir de su embalaje, lo llamaba por su nombre! ¡Era algo capaz de revolverle las tripas al hombre más tranquilo del mundo!

A dos manzanas de allí vio el anuncio de un bar, y se metió rápidamente dentro. Había convertido el no beber nunca antes de comer algo en una regla de vida, y Aurora prefería que no bebiera nunca, ni antes ni después de comer; pero en unas circunstancias como aquéllas...

El *bourbon* no consiguió teñir de rosa el futuro de su agencia. Lo máximo a lo que se atrevió Underhill fue a esperar, cuando salió del bar, que el nuevo edificio hubiera desaparecido tal como había aparecido. Pero seguía sólidamente anclado en el mismo lugar. Agitó tristemente la cabeza y se dirigió, con paso vacilante, hacia su casa.

Cuando llegó a la blanca casa de una planta donde vivía, en las afueras de la ciudad, el fresco aire había despejado algo las brumas de su cerebro. Pero aquello no arreglaba las cosas. Llegaba tarde para la cena, y Aurora nunca perdonaba esas cosas.

La cena, efectivamente, había sido visiblemente pospuesta. Frank, su hijo (diez años y tantas pecas como pelos en su cabeza), atormentaba una pelota de fútbol en el patio delantero. La pequeña Gay, su hija (toda encanto, sonrisas y trenzas), dejó sus juegos de niña bien educada y acudió corriendo a su encuentro.

—¡Papá, ¿lo sabes? ¿Lo sabes?!

Gay iba a convertirse en una gran concertista, y sin la menor duda incluso en una concertista célebre, pero por el momento estaba más bien sofocada y sin aliento a causa de la excitación. Se dejó levantar en brazos, no pareció darse cuenta del aliento de bar que emanaba de su padre, le preguntó de nuevo si lo sabía, y como él no lo sabía, se apresuró a decírselo:

—¡Mamá tiene un nuevo huésped!

Underhill suspiró aliviado. Había temido un penoso interrogatorio. Aurora se preocupaba enormemente por los asuntos bancarios, las letras y las lecciones de Gay que había que pagar.

El nuevo inquilino lo salvaba al menos de todo eso.

Con un gran ruido de platos y tenedores, el androide doméstico estaba poniendo la mesa. Pero no había nadie más en la casa. Underhill dio la vuelta al edificio y finalmente encontró a Aurora en el patio de atrás, ocupada con la ropa de cama, las toallas y todo lo demás para el nuevo huésped.

Cuando se casaron, Aurora era una hermosa muchacha con el mismo encanto que tenía ahora Gay, y a veces Underhill se decía que hubiera seguido siendo así si los negocios hubieran marchado mejor. Al igual que su propia confianza en sí mismo había ido disminuyendo a lo largo de los años y las desilusiones, el encanto de ella se había ido transformando en una agresiva acritud.

Oh, aún la seguía amando. Era todavía una gran mujer, con su cuerpo esbelto y sus largos cabellos rojos. Y le seguía siendo absolutamente fiel. Pero las frustraciones habían endurecido su carácter, y a veces su voz. Nunca discutían, pero el tono de su conversación ascendía a veces hasta unos niveles que cualquiera hubiera jurado que sí era una discusión...

Había un pequeño apartamento sobre el garaje..., una residencia para los sirvientes humanos que nunca habían podido pagarse. Realmente, era muy pequeño. Demasiado pequeño para alquilarlo de una forma permanente. Por otro lado, Underhill prefería verlo vacío. Su orgullo se resentía ante la idea que su esposa tuviera que ocuparse de otras personas.

Sin embargo, Aurora lo había alquilado esporádicamente, cuando necesitaba dinero para pagar las lecciones de Gay, o cuando la casualidad hacía que algún pintoresco desarrapado pasara a su alcance. Según Underhill, todos estos huéspedes ocasionales tenían pinta de vándalos y de ladrones.

Aurora acudió a su encuentro, con los brazos cargados de ropa de cama recién lavada.

—Espero que no tendrás ninguna objeción que hacer, cariño —dijo. Su voz daba a entender claramente que se trataba de algo más que de una esperanza—. El señor Sledge es un hombre extraordinario. Se quedará en nuestra casa tanto tiempo como él quiera.

—Muy bien, querida. —En el fondo, Underhill no deseaba poner objeciones. Tenía bastantes problemas en la agencia—. Creo que podremos sacarle un buen partido a ese alquiler. Tendrías que pedirle que pagara por anticipado.

—¡Pero si no puede! —la voz de Aurora desbordaba de cálida y simpática comprensión—. Me ha dicho que muy pronto va a cobrar los *reales* de sus inventos. Así que dentro de unos cuantos días podrá pagarnos.

Underhill se alzó de hombros. Había oído decir tantas veces algo parecido.

—El señor Sledge es completamente distinto, cariño, te lo aseguro. Es un gran viajero y un gran sabio. No hemos tenido a menudo ocasión de tropezamos con gente interesante en esta estúpida y pequeña ciudad.

—A veces has traído a casa algunos especímenes humanos bastante interesantes

—hizo notar Underhill.

—No te burles, cariño —dijo ella suavemente—. Aún no lo has conocido, así que no puedes saber qué tipo de persona maravillosa es. Ahora dame diez dólares, cariño —remató con voz aún más suave.

Underhill tuvo un sobresalto.

—¿Para qué demonios los necesitas?

—El señor Sledge está enfermo, ¿sabes? —su voz adquirió un cierto tono de urgencia—. Vi cómo se derrumbaba al suelo, en medio de la calle. La policía quería llevárselo al hospital, pero él no quería ir. ¡Oh, tiene un aspecto tan noble, tan bondadoso! Así que dije que lo llevaría a nuestra casa. Lo metí en el coche y lo llevé a casa del doctor Winters. Se trata de algo del corazón. Necesita este dinero para las medicinas.

—¿Por qué no quiso ir al hospital? —preguntó Underhill, en el tono más razonable que pudo adoptar.

—¡Tiene demasiado trabajo! Trabajo científico, ¿comprendes? ¡Oh, es tan maravilloso! Te lo ruego, cariño, dame diez dólares.

Underhill encontró una docena de cosas que responder. Que aquellos nuevos robots iban a hacerle la vida más dura todavía a su agencia, que era ridículo dar alojamiento a un enfermo que por otro lado podía haberse dejado curar gratuitamente en el hospital, que los huéspedes de Aurora tenían siempre un punto en común, el de pagar generalmente tan sólo con buenas promesas y largarse antes de poder cumplirlas...

Pero no dijo nada de todo aquello. Había aprendido el arte del compromiso. Rebuscó durante largo rato en su cartera, aunque sabía exactamente todo lo que podía encontrar en ella, sacó dos billetes de cinco dólares, y se los entregó a Aurora. Ella sonrió y le besó impulsivamente. Underhill la retuvo entre sus brazos.

Unos cuantos regímenes periódicos habían permitido a Aurora mantener una silueta joven. Tenía un maravilloso pelo rojo. Una oleada de ternura invadió bruscamente a Underhill, haciendo que las lágrimas asomaran a sus ojos. ¿Qué iba a ocurrirle, a ella y a los niños, si su negocio se declaraba definitivamente en bancarrota?

—Gracias, querido —dijo ella en voz baja—. He invitado al señor Sledge a cenar, si se siente con fuerzas para bajar al comedor... Así podrás conocerle. Cenaremos un poco más tarde esta noche, si no tienes inconveniente.

No, no tenía inconveniente. Sintiéndose de pronto desbordante de celo doméstico, tomó un martillo y clavos del cuarto trastero situado en el sótano, y aseguró uno de los batientes de la puerta de la cocina, que amenazaba desplomarse desde hacía no sabía cuánto tiempo.

Le encantaban los trabajos manuales. De pequeño, siempre había soñado con construir cosas complicadas. Incluso había iniciado la carrera de ingeniero. Y luego se había casado con Aurora y había heredado aquel negocio de androides de las

indolentes manos de su suegro, demasiado aficionado al *bourbon* para seguir llevándolo durante mucho tiempo. Se puso a silbar alegremente mientras trabajaba.

Cuando regresó a la cocina para guardar las herramientas, halló al androide ocupado en quitar la mesa, pese a que aún no habían cenado. Los androides ejecutaban con una notable exactitud las tareas rutinarias, aunque sin poder tener nunca en cuenta los humores y las fantasías de los seres humanos.

—¡Alto! —gritó Underhill—. ¡Alto!

El androide se inmobilizó.

—¡Poner la mesa! ¡Poner la mesa!

Había que utilizar las palabras adecuadas, articulándolas convenientemente, en un tono muy preciso y según un determinado ritmo. La enorme máquina registró la orden, y empezó a disponer de nuevo los platos y los cubiertos. Underhill se lo quedó mirando, y no pudo impedir el establecer comparaciones. Los nuevos humanoides habían sido perfeccionados de muy distinta manera. Suspiró. Las cosas se presentaban realmente mal para la agencia.

Aurora introdujo a su nuevo huésped, lo instaló en un sillón, y salió a llamar a los niños. Underhill notó inmediatamente que aquel hombre demacrado, de rostro pálido y escasos cabellos, se parecía como una gota de agua a otra a todos los otros pintorescos y desgraciados vagabundos que su mujer había llevado a la casa. El corazón de Aurora era tremendamente sensible a un tipo muy particular de desechos humanos.

Pero el viejo tunante no parecía tan enfermo como le habían dicho. Sí, de acuerdo, sus hombros estaban caídos y su rostro estaba muy pálido y sus rasgos estaban demasiado tensos, ¡pero qué noble serenidad! Y sobre todo, ¡qué vitalidad en su mirada!

Underhill se fijó también en sus manos. Unas manos enormes al extremo de unos largos y delgados brazos, con nudosas articulaciones y racimos de rojizos pelos en las falanges y uñas planas y angulosas. Eran unas manos visiblemente activas, unas manos dispuestas siempre a intervenir, unas manos como había visto pocas en su vida.

—Le estaré siempre agradecido a su esposa, señor Underhill —le dijo con voz de bajo y una sonrisa algo triste en su rostro, un sorprendente rasgo de ingenuidad en aquel viejo rostro—. Me encontraba en una situación bastante mala cuando ella acudió en mi ayuda. Procuraré pagarle todo el trabajo que se ha tomado por mí.

Bueno, aquélla era la cháchara habitual de los vagabundos con labia dispuestos a salvar la cara. Underhill se dedicaba con todos ellos a un pequeño y divertido juego: retenía en su memoria todas sus afirmaciones, y anotaba un punto por cada contradicción o flagrante mentira. Imaginó que aquel señor Sledge iba a proporcionarle una puntuación bastante elevada.

—¿De dónde es usted? —preguntó, con el aire casual del anfitrión que quiere mantener una conversación que no le importa en absoluto.

Sledge vaciló, cosa que no era habitual: los invitados de Aurora solían responder siempre sin la menor vacilación.

—De Ala IV —dijo finalmente, con una especie de contenida repugnancia—. Allí pasé toda la primera parte de mi vida. Pero abandoné el planeta hará como unos cincuenta años. Desde entonces, viajo.

Underhill no pudo evitar un sobresalto, y miró fijamente al viejo. ¡Ala IV! Aquello era sorprendente. El planeta de los humanoides de piel negra y ojos de acero. Pero no, aquel decrepito y famélico viejo no podía tener ninguna relación con el Instituto Humanoide. Underhill, como hombre razonable que era, echó a un lado la sospecha que por un momento había acudido a su mente.

—Creo que Ala IV está muy lejos de aquí, ¿no?

El viejo vaciló de nuevo, y luego dijo gravemente:

—Exactamente ciento nueve años luz, señor Underhill.

Underhill anotó un primer punto, aunque procurando que su rostro no traicionara su júbilo interior. ¡Ciento nueve años luz! Por supuesto, las naves interestelares van rápidas, pero la velocidad de la luz sigue siendo un límite absoluto, mi querido viejo bribón. Y Underhill, manteniendo su rostro serio como el de un papa, se preparó para anotar su segundo punto.

—Mi mujer me ha dicho que es usted un científico, señor Sledge.

—Sí.

Bien, al menos éste era distinto a los demás. La mayoría de los invitados de Aurora se apresuraban a establecer inmediatamente sus competencias, haciendo relación de sus títulos y las altas funciones que habían desempeñado con una absoluta volubilidad. Éste, en cambio, parecía más bien discreto y reservado. Underhill volvió a lanzar el cebo, siempre en tono casual:

—Yo también inicié estudios de ingeniero... Claro que después me desvié hacia los negocios. Asunto de robots, precisamente.

El viejo se envaró, como si fuera a decir algo. Underhill hizo una pausa, esperando. Pero no. Silencio.

—Me interesé principalmente en los materiales fisibles —prosiguió Underhill—. ¿Cuál es su especialidad, señor Sledge?

Sledge le miró durante largo rato, de una forma penetrante, grave y concienzuda.

—Su esposa ha sido realmente muy gentil conmigo, señor Underhill —dijo lentamente—, en unos momentos en los que me hallaba en una difícil situación, creo que ya se lo he dicho. Por supuesto, tiene usted todo el derecho del mundo a conocer la verdad, pero le ruego absoluto secreto. Me ocupo de un problema muy importante. Estoy dedicado a unas investigaciones que deben permanecer secretas.

Underhill se sintió repentinamente miserable por dedicarse inconscientemente a aquel estúpido juego de las trampas.

—Perdóneme —dijo—. Olvidé mi pregunta.

—¡Oh, no, no! —dijo el viejo—. Me ocupo de la rodomagnética.

—Ah. —A Underhill no le gustaba confesar sus ignorancias, pero era la primera vez que oía aquella palabra—. Perdóneme, pero hace quince años que estoy alejado del ambiente. Así que, realmente, no sé lo que significa...

—La rodomagnética era algo completamente desconocido aquí hasta mi llegada, hace unos pocos días —dijo Sledge con una sonrisa—. He obtenido algunos resultados prácticos. En este momento no dispongo de material, pero como ya le he dicho a su esposa estoy a la espera de fondos. Cuando me hayan sido pagados mis *reales*, entonces podré proseguir mis investigaciones.

Underhill se había dejado impresionar por la dignidad y los aires de aquel hombre, pero aquella frase, tantas veces oída con anterioridad, devolvió las cosas a su sitio.

—Dígame, ¿qué es exactamente la rodomagnética? —preguntó, contemplando de nuevo las enormes y nudosas manos del viejo. Y se aprestó a escuchar, sumergiéndose de nuevo sin el menor escrúpulo en su pequeño juego. Los invitados de Aurora le habían contado multitud de historias extraordinarias, pero ninguna podía rivalizar con la que su nuevo huésped empezó a desgranar con voz calmada pero solemne:

—Se trata de una fuerza universal, tan fundamental como el ferromagnetismo o la gravitación, aunque sus manifestaciones sean menos evidentes, menos directamente observables. Es una fuerza que se halla anclada, si podemos expresarlo así, en la segunda tríada de la tabla periódica de elementos: rodio, rutenio, paladio, al igual que el ferromagnetismo está anclado en la primera: hierro, níquel, cobalto.

Underhill no había olvidado por completo sus antiguos cursos. Aún era capaz de detectar una sandez. Aún sabía, por ejemplo, que el paladio es utilizado para la fabricación de agujas de reloj, debido precisamente a su absoluto no magnetismo. Sin embargo, se obligó a una absoluta impasibilidad. No había maldad en su forma de actuar. Se dedicaba a su pequeño juego en beneficio propio, sin hablar nunca a nadie de él, ni siquiera a Aurora. Y se penalizaba inflexiblemente con un punto cada vez que dejaba traslucir una duda.

—Vaya —dijo—, soy un ingenuo. Creía que todas las grandes fuerzas eran ya conocidas.

—Los efectos del rodomagnetismo no son detectables en la naturaleza —dijo Sledge, con la resignada paciencia de un profesor ante un alumno poco dotado—. Además, esos efectos son paradójicos, de tal modo que los métodos usuales de investigación de los laboratorios no pueden detectarlos.

—¡Paradójicos! —dijo Underhill.

—Dentro de unos días podré mostrarle algunos ejemplares de mis patentes y artículos describiendo mis demostraciones experimentales. Las radiaciones rodomagnéticas se propagan a una velocidad infinita. Los efectos son inversamente proporcionales a la distancia, y no al cuadrado de la distancia. El rodomagnetismo atraviesa todos los elementos, excepto los de la tríada del rodio.

Underhill se concedió cuatro puntos, y brindó un reconocido homenaje a Aurora, que le permitía entrar en contacto con fenómenos humanos tan notables como aquél.

—El rodomagnetismo fue descubierto con ocasión de un análisis matemático de la constitución del átomo —siguió el viejo cuentista, sin el menos asomo de duda en su voz—. Se pudo establecer que se trataba de algo esencial para el equilibrio de las fuerzas intranucleares. En consecuencia, el rodomagnetismo, sintonizado con las frecuencias nucleares, puede afectar este equilibrio, modificarlo, y engendrar una inestabilidad nuclear. A partir de esto, los átomos pesados, es decir, aquellos que se clasifican tras el paladio, número atómico 46 de la tabla de Mendeleiev, se hallan sujetos a fisión artificial.

Underhill se anotó otro punto, y redobló los esfuerzos para mantener sus cejas inmóviles.

—Los *reales* de la patente de un descubrimiento de este tipo deben reportarle un buen montón de dinero —dijo inocentemente.

El viejo inclinó la cabeza.

—Supongo que imagina usted sin mucho esfuerzo las aplicaciones —dijo—. Mi patente de base cubre las más evidentes: medios de comunicación interplanetaria instantáneos, transmisiones de radio a través de distancias infinitas, movimiento infligido rodomagnéticamente permitiendo velocidades aparentes de varias veces la de la luz a través de la deformación rodomagnética de la continuidad espacial..., y, por supuesto, producción de energía nuclear por métodos revolucionarios y a partir de un carburante no clásico.

¡Dios mío, estaban navegando en el absurdo! Underhill podía mantener a duras penas su seriedad. Se diga lo que se diga, cualquier hombre de la calle sabe que la velocidad de la luz es un límite inflexible. Y aquel viejo estúpido, sin siquiera parpadear... Ridículo. Sobre todo teniendo en cuenta que al viejo bribón no parecía importarle el que la gente se sorprendiera del hecho que el beneficiario de los *reales* de unas patentes tan rentables pudiera verse obligado a buscar alojamiento en dos pequeñas habitaciones encima de un garaje en una pequeña ciudad de los Estados Unidos. En aquel momento, Underhill observó una franja de color más claro en la muñeca izquierda del viejo. Seguramente había tenido incluso que empeñar su reloj.

Se concedió otros cuatro puntos, aunque se penalizó con uno ya que la duda había aflorado a sus ojos: el viejo preguntó de pronto:

—¿Desea que le haga un cálculo de mis tensores de base? —y sacó de su bolsillo un bloc de notas y un lápiz—. Es cosa de un minuto.

—Oh, no se preocupe —dijo Underhill—. ¿Sabe?, temo que mis matemáticas estén un poco...

—Pero usted encuentra extraño que el beneficiario de unas patentes tan revolucionarias esté hundido en la necesidad, ¿no?

Underhill inclinó la cabeza y se penalizó con otro punto. Aquel viejo podía ser el rey de los mentirosos, pero no le faltaba astucia.

—Soy una especie de refugiado, señor Underhill —dijo Sledge—. Hace apenas unos días que llegué a este planeta, y tuve que hacerlo precipitadamente. Confié todos mis papeles a un bufete de abogados, que debe ocuparse de la publicación de mis trabajos y de la protección de mis derechos. Calculo recibir muy pronto un primer adelanto... Me he instalado aquí porque esta ciudad es tranquila, y está situada lejos de cualquier astropuerto. Ahora estoy trabajando en otra cosa, y debo mantener un secreto absoluto sobre ella. ¿Puedo confiar en su discreción, señor Underhill?

Underhill le aseguró que podía.

Aurora entró en aquel momento, con los niños recién salidos del baño, para servir la cena. El androide trajo una humeante sopera. El viejo tuvo un movimiento de retroceso a la vista del robot. Aurora tomó la sopera.

—Querido, ¿por qué tu compañía no puede poner a punto un robot doméstico mejor que éste? —dijo—. Tan sólo un robot que sea capaz de traer la sopa sin echársela al cuello de la gente. ¿No crees que sería maravilloso?

La observación era tan sólo una broma, pero hundió a Underhill en un huraño silencio y en una amarga reflexión sobre los humanoides de piel negra y su pretendida perfección, algo que en cualquier caso iba a perjudicar su negocio. Fue el viejo charlatán el que respondió en su lugar:

—Los robots perfectos existen, señora Underhill. Pero no son tan maravillosos como parecen. Hace cincuenta años que estoy huyendo de ellos.

Underhill levantó los ojos de su plato.

—¿Se refiere usted a los humanoides de piel negra?

—¿Humanoides? —la voz del viejo se cargó bruscamente de inquietud, y su mirada se hizo más penetrante—. ¿Qué sabe usted de los humanoides?

—Acaban de abrir una agencia aquí —dijo Underhill—. Sin ningún personal humano. Parece increíble, pero es así. Y pretenden... —se interrumpió al ver al viejo sobresaltarse, y agarrarse a él para no caer. Una cuchara resonó contra el suelo. El rostro de Sledge se puso blanco, luego azul. Y, repentinamente, le faltó el aire. Boqueó, y rebuscó desesperadamente en su bolsillo. Aurora le ayudó a sacar su frasco de medicamentos, echó dos comprimidos en un vaso de agua, y se lo dio a beber. Tras un momento, el viejo recuperó su aliento, y su rostro se tiñó con un cierto color.

—Perdone, señora Underhill —murmuró—. Ha sido la impresión... Estoy aquí precisamente para huir de ellos. —Contempló el androide plantado en mitad de la estancia, pesado, tosco, inmóvil, y una llamarada de terror cruzó por sus ojos—. Creía poder terminar mi trabajo antes que ellos llegaran. Ahora, queda muy poco tiempo...

Cuando se vio en condiciones de caminar, Underhill lo acompañó hasta la escalera y lo ayudó a llegar hasta su habitación encima del garaje. Halló que la minúscula cocina, contigua a su habitación, había sido convertida en taller. El viejo no llevaba ninguna ropa de recambio en su equipaje, pero sí una multitud de pequeños aparatos extraños que había alineado cuidadosamente sobre la mesa.

Sledge merecía sin contemplaciones el calificativo de vagabundo famélico y desarreglado, pero el conjunto de aparatos que formaban su equipaje merecían un detallado examen. Underhill observó, entre otras cosas, un tubo conteniendo una sustancia de reflejos plateados que reconoció al momento: paladio puro. Se preguntó si hacía un momento, en el transcurso de su juego infantil, no se habría adjudicado demasiado generosamente los puntos.

Al día siguiente por la mañana, cuando Underhill llegó a su oficina, le aguardaba un visitante: una cosa inmóvil, graciosa, cuya oscura desnudez tenía reflejos cobre y azul. No era una buena sorpresa.

El humanoide se inmovilizó.

—A su servicio, señor Underhill. —La cosa pivotó lentamente ante la mesa de trabajo y le hizo frente, mostrando sus ojos de acero sin asomo de una mirada—. ¿Podemos explicarle en qué y de qué manera deseamos servirle?

La impresión del día anterior se estaba repitiendo. Underhill preguntó agriamente:

—¿Cómo saben mi nombre?

—Lo leímos ayer en su tarjeta de identidad, en la cartera del bolsillo interior de su traje —dijo la voz musical—. Ahora ya le conocemos. Nuestros sentidos son mucho más agudos que los humanos, señor Underhill. Al principio quizá parezcamos un tanto extraños, pero le aseguro que se acostumbrará usted muy rápidamente a nosotros.

—¡No tengo la menor intención de hacerlo! —Echó una mirada al número de serie que figuraba en la placa del pecho del robot y se sobresaltó—. ¡Eh, ayer era otro! ¿Qué significa esto?

—Todos somos idénticos, señor Underhill —dijo la suave voz—. De hecho, incluso, no somos más que uno... Todas nuestras unidades móviles son gobernadas y controladas por la Central Humanoide. Las unidades que usted ve no son más, por decirlo de alguna manera, que los sentidos y los miembros de nuestro gran cerebro de Ala IV. Es por eso precisamente por lo que superamos de tal modo a todos los viejos mecanismos electrónicos —y señaló, con un gesto desdeñoso, a los patosos androides alineados en el almacén—. Nosotros, señor Underhill, somos rodomagnéticos.

Underhill vaciló como si le hubieran dado una patada en el rostro. Realmente, se había adjudicado demasiado generosamente sus puntos el día anterior, jugando al estúpido juego con el invitado de Aurora. Se estremeció horrorizado mientras contemplaba la cosa erguida ante su escritorio.

—¿Qué es lo que quieren ustedes?

La cosa exhibió un documento que tenía toda la apariencia de ser algo oficial.

—He aquí un acta de cesión, señor Underhill. Léala, por favor. Le invitamos a ceder todos sus bienes al Instituto Humanoide, a cambio de nuestros servicios.

—¿Qué? —chilló Underhill, poniéndose en pie—. ¿Es esto un chantaje?

—Oh, no, en absoluto —dijo el pequeño robot—. Los humanoides somos incapaces de cometer ningún crimen o delito. Tan sólo existimos para aumentar la

felicidad y la seguridad de los seres humanos.

—¡Pero pretenden quitarme todo lo que poseo!

—La cesión no es más que una formalidad legal. Nuestro deseo es generalizar nuestro servicio sin choques ni confusiones. El procedimiento legal de la cesión de bienes nos ha parecido el más eficaz para controlar la liquidación de las empresas privadas.

Underhill, temblando a la vez de cólera y de terror, aulló:

—¡Me importa un cuerno la legalidad de sus procedimientos! ¡No siento el menor deseo de liquidar mi negocio, y menos a ustedes!

—De hecho, no tiene usted otra elección —dijo insidiosamente la horrible voz cantarina—. Ahora que estamos aquí, las empresas humanas ya no tienen razón de ser. Y la industria de los robots electrónicos será la primera en desaparecer.

Underhill se envaró.

—Gracias por la información. —Rió nerviosamente—. Pero prefiero dirigir yo mismo mis negocios, y asegurar por mí mismo la subsistencia y la seguridad de mi familia.

—Eso va a ser imposible cuando sea instaurada la Primera Ley. Nuestra tarea es obedecer, servir y proteger. Cuando podamos cumplir eso, ya no será necesario que el hombre se ocupe de sí mismo, ya que nosotros estaremos allá para garantizarle la seguridad y el bienestar.

Underhill permanecía alucinado, hirviendo de cólera y sin voz.

—Vamos a enviar una unidad a cada familia de la ciudad, para un ensayo. Este ensayo convencerá a la mayor parte de la gente. Responderán con entusiasmo a nuestra oferta. Entonces, ¿a quién va a vender usted sus androides?

—¡Salga de aquí! —aulló Underhill. Rodeó su mesa de trabajo, y la pequeña cosa lo contempló venir con sus vacuos ojos metálicos. Underhill se detuvo. Se estaba volviendo loco..., ¡estaba dispuesto a golpear a..., a aquella pequeña cosa!

—Consulte a su abogado si lo prefiere —dijo el robot, tendiéndole el acta de cesión—. No debe inquietarse en lo que respecta a la integridad del Instituto Humanoide. Hemos depositado el balance de nuestro activo en el Banco Intercontinental, así como una suma que cubre ampliamente todas las obligaciones que podamos contraer... Cuando esté usted decidido a firmar, háganoslo saber, por favor. —Y el robot ciego giró sobre sus talones.

Underhill salió con la intención de comprar bicarbonato en la tienda de la esquina. El vendedor habitual había sido sustituido por un pequeño robot de piel negra. Underhill salió huyendo.

Pero la oficina era cada vez más siniestra. Tres vendedores estaban yendo casa por casa con su material de demostración. Tendrían que haberle telefonado ya para informar, para entregarle las órdenes de venta. Pero el teléfono permanecía desesperadamente mudo. Tan sólo repiqueteó una vez: era uno de los vendedores, presentándole su dimisión.

—Acabo de comprar uno de esos nuevos humanoides —dijo—. Y me ha dicho que ya no necesito trabajar.

Underhill se tragó las maldiciones que ascendían por su garganta y colgó. Luego decidió aprovechar aquella calma para ocuparse de sus libros. Pero los negocios, que en los últimos años habían sido más bien precarios, se volvían ahora desastrosos. Cerró sus libros.

¡Y, finalmente, entró un cliente!

Pero la mujer no deseaba comprar ningún androide, sino devolver el que había comprado hacía una semana. Oh, estaba contenta con él, ejecutaba correctamente todos los trabajos enumerados en la garantía. Pero acababa de probar un humanoide...

Al mediodía, el teléfono sonó por segunda vez. El director del banco quería saber si sería posible que Underhill pasara por su oficina. Era algo acerca de los créditos. Underhill se presentó en el banco, y el director lo recibió con una siniestra amabilidad.

—¿Cómo van los negocios? —preguntó, con un aire demasiado jovial como para ser genuino.

—Oh, este mes llevo una buena media —dijo audazmente Underhill—. No puedo quejarme. Precisamente estoy esperando una nueva remesa, y necesitaría un poco más de liquidez. Estaba pensando que, si usted pudiera concederme un nuevo crédito...

—Tengo entendido que tiene usted un nuevo competidor —dijo el director con un cierto tono sarcástico en su voz—. Esa gente del Humanoide... Un negocio sólido, señor Underhill; muy sólido. Han llegado a un acuerdo con nosotros y han efectuado un depósito substancial, muy substancial. —El director bajó la voz y, con una untuosidad enteramente profesional, añadió—: Me temo que, vistas las circunstancias, no nos va a ser posible seguir financiando su agencia, señor Underhill. Nos vemos en la lamentable obligación de pedirle que haga frente a sus compromisos. —Y, viendo la desesperación que se reflejaba en el rostro de Underhill, añadió, ya sin disimulo—: Hace ya mucho tiempo que está usted con el agua al cuello, señor Underhill, y nosotros estamos manteniendo su flotabilidad. Si no puede hacer frente a sus obligaciones, el banco se va a ver obligado a liquidar su negocio.

La última remesa de androides fue entregada a última hora de la tarde. Dos pequeños humanoides, negros y relucientes, descargaron las cajas del camión..., ya que la compañía de transportes había cedido su negocio al Instituto Humanoide.

Los humanoides trabajaban rápido y bien. Presentaron muy cortésmente el comprobante de entrega para que Underhill lo firmara. No tenía la menor esperanza de llegar a vender nunca aquellas grandes y torpes máquinas, pero habiendo hecho el pedido, no le quedaba más remedio que aceptar la entrega. Temblando de rabia y de desesperación, firmó con su nombre en la parte baja del formulario. El pequeño robot negro le dio las gracias, salió y subió al camión.

Underhill subió al coche y arrancó con una sacudida. Su mente estaba en efervescencia, su corazón daba vuelcos, su moral era un puro harapo... De repente sonó un silbato. Underhill se había metido en una de las calles de mayor circulación de la ciudad. Se detuvo al borde de la acera y aguardó. Pero no fue un agente de tráfico el que, vociferando, acudió hacia él.

—A su servicio, señor Underhill —dijo la suave y musical voz—. Hay que respetar las señales de tráfico, ¿sabe? De otro modo, está poniendo usted en peligro otras vidas humanas.

—¡Hey! —dijo Underhill, atónito—. ¡Creía que se trataba de un policía!

—Estamos ayudando temporalmente a los servicios de la policía —dijo la cosa negra—. La Primera Ley juzga, muy sabiamente, que la conducción de vehículos es algo demasiado peligroso como para confiarla en manos de seres humanos. Cuando nuestro servicio sea completo, cada vehículo tendrá su conductor humanoide. Y entonces los servicios de la policía ya no serán necesarios.

Underhill miró salvajemente al pequeño robot.

—Bueno —dijo, con un ronco gruñido—. Me he saltado un semáforo en rojo. ¿Y ahora qué?

—Nuestra función no es castigar a los seres humanos, sino tan sólo preservar su seguridad y su felicidad —dijo la suave voz—. Le pedimos que circule prudentemente durante los días en que nuestro servicio sea aún incompleto.

Underhill lo fulminó con la mirada.

—¡Así que son ustedes perfectos! ¡Todo lo que hacen lo hacen mejor que cualquier otro!

—Sí, somos superiores —dijo el pequeño robot negro con una humilde serenidad—, debido a que nuestras unidades son de metal y plástico, mientras que los cuerpos humanos están compuestos esencialmente de agua. Porque nuestra energía es producida por la fisión atómica y no por la oxidación. Porque nuestros sentidos están más desarrollados. Y sobre todo porque nuestras unidades forman un conjunto dirigido por un solo gran cerebro, que sabe todo lo que ocurre en los distintos planetas, que no olvida nunca nada, que no se cansa nunca, que no morirá jamás.

Underhill, hundido en su asiento, escuchaba con ojos desorbitados.

—Pero no tiene usted por qué temer nada —prosiguió el robot—, ya que tan sólo podemos utilizar nuestro poder para el bien de la raza humana. Jamás molestaremos a ningún individuo..., salvo, por supuesto, para impedirle eventualmente que moleste a los demás. Existimos tan sólo para instaurar la Primera Ley.

Underhill se alejó. Así pues, los pequeños robots eran los ángeles guardianes enviados por el supremo dios, omnisciente y omnipotente, nacido de las máquinas. La Primera Ley era la nueva Revelación. La insultó tanto como pudo, con delectación, preguntándose si no iba a aparecer también algún nuevo Lucifer.

Estacionó el coche en el garaje y entró en la casa por la puerta de la cocina.

—¡Señor Underhill! —era la cansada voz del huésped de Aurora—. ¿Puede

perder un minuto conmigo?

El viejo descendía lenta y penosamente la empinada escalera que conducía del garaje a su pequeño apartamento. Underhill se dirigió hacia él.

—Aquí está el importe del alquiler, señor Underhill, y los diez dólares que su esposa me prestó para los medicamentos —dijo el viejo.

—Gracias, señor Sledge —dijo Underhill. El viejo parecía más cansado, más hundido, más desesperado que la víspera—. ¿Ha recibido usted ya el anticipo de sus *reales*?

El viejo vagabundo del espacio agitó la cabeza.

—Los humanoides están ya en la capital, y lo han bloqueado todo. Los abogados a los que encargué mis asuntos se han retirado de su negocio, y me han devuelto todo lo que les entregué. Esto forma parte de la provisión de fondos que les entregué, y ahora es todo lo que poseo para terminar mi trabajo.

Underhill recordó su propia conversación con el director del banco. En el fondo, no era más que un loco sentimental, como Aurora. Metió los billetes en la temblorosa y arrugada mano del viejo.

—Guárdelo..., para su trabajo.

—Gracias, señor Underhill. —La voz del viejo se quebró, y su mirada se hizo húmeda—. Realmente lo necesito..., lo necesito desesperadamente.

Underhill se dirigió hacia la puerta de la cocina..., que se abrió silenciosamente ante él. Un pequeño robot negro, muy graciosamente, hizo ademán de tomar su sombrero. Underhill se apartó bruscamente.

—¿Qué están haciendo aquí?

—Hemos venido a efectuar una demostración gratuita.

—¡Lárguense! —aulló Underhill.

El robot ni se inmutó.

—La señora Underhill nos ha autorizado a efectuar esta demostración —dijo la cantarina voz—, y solamente podemos retirarnos si nos lo exige ella.

Aurora estaba en el dormitorio. Underhill, a punto de estallar, abrió la puerta de un violento golpe.

—¿Qué está haciendo aquí este robot?

Repentinamente, le falló la voz. Aurora se había puesto su mejor traje de estar por casa, y estaba más hermosa que nunca. Jamás la había visto con un peinado tan elaborado, tan maravilloso. Se volvió, sin darse siquiera cuenta de su irritación.

—¡Oh, querido! ¿No es maravilloso? —Se levantó y avanzó hacia él—. Ha llegado esta mañana, ¡y ya lo ha hecho todo! Ha limpiado la casa, ha preparado el desayuno, ha dado su lección de música a Gay... Esta tarde me ha peinado, y ahora está preparando la cena. ¿Qué opinas de mi peinado, cariño?

Era soberbio. La abrazó y la besó, e hizo un esfuerzo por calmarse.

Se sentaron a la mesa, y fue la cena más exquisita, más elaborada, que Underhill hubiera saboreado nunca. ¡Y un servicio gran estilo! Aurora lanzaba exclamaciones

de admiración a cada nuevo plato. Pero Underhill tenía que hacer grandes esfuerzos para deglutir: todas aquellas maravillas culinarias aparecían ante sus ojos tan sólo como el cebo de una terrible trampa...

Underhill luchó por persuadir a Aurora de la necesidad de echar rápidamente a aquel robot. Tras una tal cena, su causa era difícil. Y cuando una lágrima se asomó en la comisura del ojo izquierdo de Aurora, su derrotado marido capituló. El robot se quedó. Limpió la vajilla y ordenó una vez más la casa. Se ocupó de los niños y le hizo la manicura a Aurora. Luego empezó a reparar la casa.

Underhill se inquietó por la factura, pero el robot lo tranquilizó: la demostración era completamente gratuita. Todo era completamente gratuito. Y, desde el momento en que firmara el acta de cesión, el servicio sería asegurado entera y permanentemente. Se negó a firmar. Sin embargo, llegaron otros robots, con un camión cargado de herramientas y materiales.

Una mañana, al despertarse, Underhill se dio cuenta que durante la noche los robots habían quitado el techo y edificado un segundo piso. Las nuevas paredes eran de una sustancia extraña, lisa y autoluminescente, las nuevas ventanas estaban provistas de un cristal absolutamente transparente pero que podía volverse absolutamente opaco con sólo pulsar un botón, o luminescente también. Las nuevas puertas se deslizaban silenciosamente a un lado, abriéndose y cerrándose mediante relés rodomagnéticos.

—¡Quiero manijas en las puertas! —dijo Underhill en forma vehemente—. ¡Quiero poder salir de mi baño sin tener que llamar a nadie!

—¿Para qué necesita un ser humano abrir por sí mismo las puertas? —preguntó con su voz suave el pequeño robot negro—. Existimos para instaurar la Primera Ley, y nuestro servicio incluye todas las tareas materiales. Podremos destinar una unidad al servicio exclusivo de cada miembro de la familia a partir del momento mismo en que firme usted el acta de cesión.

Underhill se negó obstinadamente a firmar.

No menos obstinadamente, cada día acudía a su oficina, las primeras veces con la esperanza de mantener pese a todo sus actividades, luego para intentar salvar al menos algo de aquel desastre. Ya nadie pensaba en adquirir un androide, ni siquiera a precios claramente inferiores al de costo. Desesperado, Underhill invirtió todo lo que le quedaba en la compra de juguetes nuevos..., nuevos hasta el día anterior, invendibles hoy, ya que los humanoides los fabricaban mejores y más bonitos y, además, los distribuían gratuitamente.

Entonces ofreció sus locales en alquiler. Pero a nadie le interesaban ya, puesto que todos los negocios humanos habían cesado sus actividades. La mayor parte de los comerciantes e industriales de la ciudad habían cedido sus bienes a los humanoides, y grupos de unidades se afanaban derribando viejos edificios para reemplazarlos por parques, puesto que los talleres, depósitos y almacenes de los humanoides estaban todos ellos situados en el subsuelo.

Underhill volvió al banco para intentar obtener un aplazamiento, pero tanto en la puerta como en el mostrador fue recibido por relucientes y obsequiosos robots negros. El cajero humanoide, con la misma despiadada educación de un cajero humano, le informó que el banco se veía en la dolorosa obligación de iniciar una acción judicial contra él, lo cual indudablemente provocaría su quiebra y la liquidación total de su empresa.

Una cesión voluntaria de sus bienes, sin embargo, facilitaría mucho las cosas, hizo notar el robot. Underhill rechazó aquella solución. Se trataba de una cuestión de principio, una resistencia simbólica. Firmar representaría un gesto de sumisión al nuevo dios, y Underhill no tenía la menor intención de someterse. Salió con la cabeza muy alta.

La acción legal fue rápida, ya que desde hacía un tiempo todos los magistrados tenían a su disposición ayudantes humanoides. Unos pocos días después de su última visita al banco, un equipo de robots negros se presentó en sus locales con todos los documentos en regla y un impresionante despliegue de material. Underhill, impotente, asistió a la retirada de su *stock* de androides sometido a la más drástica de las rebajas, y a las evoluciones de un *bulldozer* que, conducido por un robot sin mirada y en un tiempo récord niveló y dejó a ras de suelo todo lo que en otro tiempo había sido un almacén, un despacho y una tienda de ventas.

Underhill regresó a su casa al atardecer, hundido y desesperado. En un gesto de inesperada generosidad, la sentencia judicial le había concedido el uso y disfrute de su vehículo y de su casa. Sin embargo, aquello no le hacía sentir ninguna gratitud. La benevolencia universal de los robots negros, prueba evidente de su absoluta perfección, se presentaba ante sus ojos como una especie de aguijón que lo empujaba lenta e inexorablemente hasta el borde de su resistencia.

Metió el coche en el garaje y, saliendo, contempló su renovada casa. Una delgada forma negra pasó furtivamente ante una de las enormes ventanas. Underhill sintió que le invadía la náusea. No sentía deseos de entrar en aquel mundo que ya no era el suyo sino el dominio de algo suave y implacable, algo que ni siquiera le permitía abrir una puerta, que no le permitía ni siquiera afeitarse.

Giró sobre sus talones, vio la escalera exterior que conducía al pequeño apartamento sobre el garaje, y subió los peldaños. La grave y cansada voz del huésped de Aurora lo invitó a entrar. El viejo vagabundo, sentado ante su mesa de trabajo, manipulaba sus extraños y pequeños mecanismos.

Underhill se dio cuenta con sorpresa que nada había cambiado allí. En la casa, las paredes tenían algo suavemente luminoso que bañaba las habitaciones con una perpetua luz diurna..., hasta que el robot las apagaba. El suelo era suave, tibio, casi vivo. Aquí, en cambio, las paredes tenían las manchas de humedad de siempre, los tubos fluorescentes se encendían y apagaban a través de un conmutador que estaba al alcance de la mano de cualquiera, la alfombra, raída hasta lo indecible, dejaba ver fragmentos del desnivelado suelo de madera.

—¿Cómo consigue mantenerlos a distancia? —preguntó Underhill.

El viejo se levantó dificultosamente, crujiendo como un mecanismo mal engrasado, y quitó de encima de la segunda silla el amasijo de hilos metálicos, varillas, destornilladores, pinzas y alicates que la abrumaban. Con un gesto afable invitó a Underhill a sentarse.

—Gozo de una cierta inmunidad —dijo gravemente—. No pueden entrar allá donde yo esté..., a menos que yo les llame. Es una enmienda a la Primera Ley. No pueden ayudarme ni molestarme sin mi consentimiento..., y me guardo muy bien de concedérselo.

Underhill, desde su vacilante e incómoda silla, miró fijamente a Sledge. La vehemente voz del viejo era tan extraña como las palabras que pronunciaba. Su rostro estaba más cubierto de arrugas que nunca, más pálido, más gris.

—¿Ha estado enfermo, señor Sledge? —preguntó.

—No más que de costumbre. Tan sólo muy ocupado.

Con una sonrisa crispada miró al suelo, a la bandeja situada en una esquina, contra la pared, conteniendo un poco de pan ya seco y un plato cubierto con una servilleta.

—Su señora es muy amable, señor Underhill. Ha pensado en traerme algo de comida. He dejado la bandeja aquí, diciéndome que luego..., y la he olvidado. Me he absorbido demasiado en mi trabajo.

Hizo un gesto hacia la mesa. Había allí algo que estaba empezando a tomar forma: un montaje de varillas del precioso metal blanco, hilos, armazones de plástico. Una larga aguja de paladio se elevaba, montada sobre una base balanceada, como un telescopio, con un cuadrante graduado y un motorcito. En la base de la aguja había un pequeño espejo también de paladio y, frente a él, al otro lado de la base, otro espejo pequeño montado sobre un eje. Una serie de hilos plateados unían todo aquel conjunto a una caja de plástico que contenía una serie de indicadores, y a una esfera montada sobre un pie, de color gris plomizo, de unos treinta centímetros de diámetro.

El viejo parecía haber olvidado ya a su visitante, o al menos no tener el menor deseo de entablar una conversación. Pero Underhill, recordando la silueta negra cruzando la ventana, no tenía tampoco el menor deseo de abandonar aquel lugar acogedor.

—¿Qué es esto? —preguntó.

El viejo Sledge le echó un irritada mirada, suspiró, y finalmente dijo, en el tono de aquel que está deseando que lo dejen en paz:

—Un medidor de los quanta rodomagnéticos.

El silencio que siguió significaba: usted no comprende nada de esto, mi respuesta no le dice nada, así que mejor márchese. Pero Underhill no sentía el menor deseo de irse.

—¿Qué quiere decir usted por una cierta inmunidad?

Inmovilizándose sobre su rechinante silla, el viejo se quedó mirando largo tiempo

la aguja de brillante metal y luego la esfera, en un absoluto silencio.

—Esos malditos robots —dijo Underhill—. Han hundido mi negocio, han derribado mis locales, han invadido mi casa... —Se inclinó, buscando la mirada del viejo—. Dígame..., usted tiene que saber algo más sobre ellos. ¿No existe realmente ningún medio de escapar?

Pasaron treinta segundos. Luego, la mirada de Sledge abandonó la esfera gris y se cruzó con la de Underhill.

—Esto es precisamente lo que estoy buscando. Un medio...

—¿Puedo ayudarle? —Underhill se estremeció, bajo los efectos de una loca esperanza—. ¡Haré cualquier cosa!

—Quizá sí pudiera... Tal vez... —Sledge le miraba, dubitativo, pero con los ojos brillantes de fiebre—. Si realmente posee algún conocimiento...

—He realizado estudios de ingeniería, ya se lo dije. Tengo un taller bien equipado en el sótano. ¡Mire, mire esto! Lo hice con mis propias manos. —Señaló el modelo reducido de nave espacial que colgaba sobre la chimenea—. Haré todo lo que sea necesario.

Pero su entusiasmo empezaba ya a decaer. ¿Cómo podía confiar en las palabras y en la ciencia de aquel vagabundo tan parecido a todos los demás que había acogido Aurora? En vez de soñar, mejor sería que se dedicara de nuevo al juego de anotarse un punto por mentira detectada. Se levantó de la silla, que amenazaba con derrumbarse a cada instante, y desde su altura miró cínicamente al viejo vagabundo y su estúpido cacharro.

—¿Y de qué va a servir todo esto? —preguntó, con voz repentinamente agresiva—. Estoy realmente dispuesto a hacer cualquier cosa con tal de detenerlos, pero, ¿y usted, qué puede hacer usted? ¿Qué le permite creer que usted sí podrá detenerlos?

El viejo levantó pesadamente sus ojos.

—Debería ser capaz de detenerlos —dijo suavemente Sledge—, ya que fui yo quien los puso en marcha. Sí, yo, el loco que los creó para obedecer, servir y proteger. Yo fui quien redactó esa Primera Ley que debe garantizar la felicidad de la raza humana. Pero, desgraciadamente, ya no sé en estos momentos hasta dónde nos va a conducir.

Las sombras invadían lentamente las pequeñas estancias del apartamento, acumulándose en los rincones, espesándose en el suelo. Los últimos rayos de luz incidían sobre la mesa en la aguja de metal blanco y los plateados hilos de la máquina-juguete, haciéndolos brillar.

Afuera, la ciudad se estaba ya adormeciendo. Al otro lado de la calle los humanoides construían un nuevo edificio, en un silencio casi perfecto. No hablaban nunca entre ellos, pero cada uno de ellos sabía, en cualquier momento, lo que estaban haciendo todos los demás. Los extraños materiales que utilizaban se ensamblaban entre sí sin ayuda de ninguna herramienta, sin el menor ruido. Y las cosas negras se deslizaban con elegancia en la creciente oscuridad, parecidas a sombras manipulando

otras sombras.

Sledge, con los codos apoyados en las rodillas, abrumado por la edad y el cansancio, empezó a hablar. Underhill escuchaba sentado de nuevo en la bamboleante silla, ya que no había ninguna otra. Contemplaba las viejas manos de Sledge, reseca y agrietada, provista de abultadas venas, nudosas falanges y tupidas masas de pelos en los dedos. Manos que habían sido fuertes, manos que habían creado. Manos que, ahora, temblaban.

—Será mejor que todo esto quede entre nosotros. Voy a contarle cómo empezó todo, y así comprenderá lo que nos queda por hacer. Pero, por favor, no le hable de esto a nadie. Los humanoides disponen de medios muy sutiles y eficaces para borrar los recuerdos y los proyectos que de una u otra manera pueden amenazar la instauración de la Primera Ley.

—Sí —dijo Underhill—, conozco su eficacia.

—Verá —dijo el viejo—, mi idea era construir un mecanismo perfecto, y debo reconocer que lo conseguí enteramente. Ésta es la historia:

»Hace sesenta años, yo era profesor de física nuclear en una pequeña universidad del continente sur de Ala IV. Era muy joven. Un idealista. Ignorándolo casi todo de la vida, de la política, de la guerra. Ignorándolo todo, excepto la física nuclear.

Una sonrisa indulgente rozó furtiva su rostro, en la creciente oscuridad.

—Creía demasiado en los hechos, y no mucho en los hombres. La afectividad, los sentimientos, no me interesaban. Para mí lo único importante era la ciencia. Recuerdo que un día me apasioné por la semántica. Quería aplicar el método científico a todo. Quería reducir cualquier experiencia a ecuaciones. La ignorancia y los errores humanos me impacientaban. Creía que la ciencia, y sólo la ciencia, era capaz de renovar el mundo, de hacerlo perfecto.

Permaneció silencioso por unos instantes, mirando al frente, a las apenas perceptibles siluetas negras que iban y venían en la edificación que iba creciendo a ojos vistas.

—Y había también una muchacha...

Sonrió tristemente.

—Sí, hubiera bastado un pequeño cambio... Nos habiéramos casado, habiéramos vivido una vida tranquila en aquella pequeña ciudad universitaria, habiéramos tenido quizá uno o dos hijos..., y los humanoides no hubieran existido nunca. Pero...

Suspiró.

—Yo estaba terminando mi tesis sobre la separación de los isótopos del paladio. Un buen estudio. No necesitaba nada más. Ella era biólogo, pero pensaba abandonar su trabajo después de nuestro matrimonio. Hubiéramos sido una pareja feliz de personas normales, sin problemas... Pero estalló la guerra. Ha habido muchas guerras, demasiadas guerras, en el sector de las Alas, desde la colonización. Fui destinado a un laboratorio secreto de investigación con fines militares situado en un subterráneo. Ella se presentó voluntaria a un centro de investigaciones, militar

también, que se ocupaba de biotóxicos. Se produjo un accidente: algunas moléculas de un nuevo virus se escaparon, y todos los miembros del servicio... —agitó la cabeza—. Y yo quedé solo, con mi ciencia y mi amargura. Es difícil de olvidar. Después de la guerra, regresé a mi pequeña universidad, pero con una misión investigadora por cuenta del ejército. Se trataba de investigaciones de base: el estudio teórico de las fuerzas de cohesión intranucleares..., muy poco conocidas por aquella época. No tenía ninguna intención de inventar una nueva arma, y en aquel momento ni siquiera me di cuenta que estaba inventando una.

»Mi trabajo se resumía en algunas páginas de lucubraciones matemáticas: una nueva teoría de la estructura molecular que permitía reducir en una fórmula uno de los componentes de la fuerza de cohesión. Pero los tensores de base de aquella teoría parecían simples abstracciones. No podía ver ningún medio de confirmar mi teoría con una experiencia, aislar y manipular la fuerza detectada. Las autoridades militares publicaron mi trabajo en la pequeña revista científica de la universidad.

»Al año siguiente hice un terrible y sensacional descubrimiento: conseguí concretizar los famosos tensores. La tríada del rodio me proporcionó inesperadamente los medios de manipular la fuerza intranuclear. Desgraciadamente, mi artículo había sido reproducido en otros países, por lo que un gran número de investigadores debieron obtener al mismo tiempo que yo idénticas conclusiones y llegar, también al mismo tiempo, a idéntico descubrimiento.

»Esto es lo que me hace pensar que la guerra que estalló a continuación, y que terminó en menos de un año, fue el resultado de un accidente en un laboratorio. Un error de cálculo en cuanto a la capacidad de la radiación rodomagnética sintonizada para afectar a distancia los núcleos pesados hizo estallar una reserva de materiales fisibles, destruyendo el laboratorio, su imprudente personal y una buena parte de la región. Las autoridades militares del país en cuestión creyeron que se trataba de una agresión y respondieron adecuadamente, con una serie de nuevas armas. El armamento convencional, las bombas de plutonio, etc., se reveló muy insuficiente ante las armas rodomagnéticas. Una radiación de unos pocos vatios de potencia desintegra, a distancia, el armazón metálico de un camión, las monedas que un soldado lleve en su bolsillo, las coronas de oro de sus prótesis dentales e incluso los elementos metálicos acumulados en su glándula tiroides. Y basta con aumentar la potencia para obtener otros efectos aún más espectaculares.

»Los continentes de Ala IV se transformaron muy pronto en desiertos salpicados de cráteres tan enormes como océanos, sobre los que flotaban nubes de gases y de polvo que las intensas lluvias esparcían en mares de lodo venenoso. Pocos seres vivos escaparon a aquello. Una gran parte de los que se habían encerrado en refugios subterráneos perecieron también.

»Yo conseguí escapar a la masacre. Físicamente al menos. Había quedado atrapado en un complejo subterráneo, profundamente hundido en una veta de rocas sedimentarias no fisibles. Un anillo de fuerzas protegía nuestros túneles y nuestras

tomas de aire. Yo había sido encargado de la puesta a punto de una nueva serie de robots militares teledirigidos por radiaciones rodomagnéticas. Sí, la guerra se estaba convirtiendo en una actividad tan abominablemente, tan despiadadamente peligrosa, que el hombre ya no era capaz de dedicarse personalmente a ella.

»Así que escapé, indemne físicamente, pero casi loco. Habían sido mis descubrimientos los que habían provocado el desastre. Es una responsabilidad difícil de soportar, créame, y a la que no sobreviven ni el idealismo ni la fe en la Humanidad.

»Por ello me impuse, como un deber absoluto, el rehacer todo lo que había destruido. Los robots rodomagnéticos habían arruinado y devastado el planeta. Quise construir robots capaces de reconstruirlo todo.

»Me esforcé en concebir unos robots condicionados de tal forma que jamás pudieran ser utilizados para la guerra o el crimen, robots incapaces, incapaces por su propia esencia, de dañar jamás al hombre. Era difícil, y a las dificultades técnicas se añadieron muy pronto las que me creaban algunos políticos y militares que deseaban disponer de robots para servir a sus ambiciones y objetivos personales. Ya que, si bien no quedaba gran cosa que conquistar en Ala IV, estaban todos los demás planetas...

»Muy pronto me vi obligado a desaparecer para poder llevar a buen término mis trabajos. Me oculté a bordo de una nave rodomagnética con algunos de los robots más logrados que había construido ya, y encontré refugio en una gran isla que había quedado completamente despoblada a causa de la guerra y convertida en una tierra árida. Nos posamos en una enorme planicie tan inhóspita como era posible imaginar. Una auténtica pesadilla. Aquí y allá se levantaban algunos conos volcánicos, ya que las explosiones habían reanimado la actividad telúrica. El suelo estaba cubierto por una espesa capa de cenizas y de lodo emponzoñados. Podían divisarse también los restos de los cascos de algunas naves. La nieve cubría ya las altas cimas de la nueva cadena de montañas que se había formado en uno de los extremos de la isla, pero algunos cráteres escupían aún ocasionales ríos de lava y densas humaredas.

»Tuve que tomar infinitas precauciones en aquel infierno apenas enfriado. Permanecí a bordo de la nave hasta que mis robots construyeron un laboratorio con un anillo protector antirradiaciones. Me fabriqué una escafandra, una máscara y filtros. Utilicé todos los recursos de la medicina para combatir los efectos de las radiaciones y de las partículas nocivas. Pese a ello, enfermé como un perro.

»Los robots, en cambio, se encontraban a sus anchas. Las radiaciones no les afectaban, y el medio ambiente no les deprimía, ya que no podían experimentar ningún sentimiento. La ausencia total de vida no les afectaba, ya que ellos tampoco estaban vivos.

»Fue allí, en aquella tierra requemada, extraña y hostil, donde nacieron los humanoides.

Hundido en su silla, con su rostro de una palidez cadavérica en medio de la

oscuridad que ya se había adueñado de la estancia el viejo vagabundo calló por unos instantes. Dirigió una tenebrosa mirada a las sombras negras que seguían trabajando, en silencio, al otro lado de la calle, en el edificio que iba elevándose a ojos vistas, una masa de sombras rota aquí y allá por el reflejo de una pared o de un cristal luminescentes.

—Al final, incluso yo terminé sintiéndome a gusto allí —continuó Sledge—. Como le he dicho, ya no creía en la Humanidad, y en aquel desprecio general me englobaba incluso a mí mismo. No tenía más compañeros que los robots. Así que puse en ellos todas mis esperanzas. Estaba completamente decidido a construir robots mejores que los hombres, inmunizados a todas las imperfecciones humanas, capaces de salvar al hombre de sí mismo.

»Los humanoides se convirtieron en los hijos predilectos de mi mente enferma. Creo que no vale la pena que le describa todas las dificultades que encontré en mi trabajo. Cometí errores. Creé aberraciones, monstruosidades. Tuve desilusiones y momentos de desesperación. Pasaron varios años antes que, por fin, consiguiera crear mi primer humanoide perfecto.

»Entonces empecé a construir la Central..., ya que todos los individuos humanoides no tenían que ser más que los miembros y los sentidos de un único cerebro. Fue eso lo que me permitió precisamente alcanzar la perfección absoluta. Los antiguos mecanismos electrónicos, por su misma estructura, estaban enormemente limitados. Dependientes de sus relés y de sus baterías propios, resultaban necesariamente lentos, estúpidos, débiles y torpes. Y, principalmente, eran vulnerables a las actividades del hombre.

»La Central suprimía todas esas imperfecciones. Alimentada por una pila inagotable, proporcionaba a cada unidad una energía constante e igualmente inagotable. Daba a cada unidad una memoria ilimitada y me atrevería a decir una inteligencia absoluta. Además, y sobre todo —o al menos ésa era entonces mi opinión —, unidades y cerebro eran invulnerables a las actividades humanas.

»El sistema en su conjunto era capaz de permanecer incólume a todas las manifestaciones del fanatismo y del orgullo humano. Su única finalidad, su único objeto, era garantizar la seguridad y la felicidad de los seres humanos. ¡Automáticamente! Ya conoce usted la Primera Ley: *Obedecer — Servir — Proteger*.

»Los robots que había llevado conmigo fueron los encargados de fabricar los elementos de la Central. La instalación la hice yo mismo, con mis propias manos. Necesité tres años para ello. Y cuando terminé, el primer humanoide, ya construido, cobró vida.

Sledge se inclinó y miró a Underhill directamente a los ojos.

—¡Sí, cobró vida! Al menos para mí, estaba vivo. Y más admirable que cualquier ser humano, ya que su única finalidad era la preservación de la vida. Solo y enfermo, me sentí por unos momentos el padre feliz de una nueva raza, omnipotente, perfecta, liberada para siempre de la maldición de tener que elegir entre el bien y el mal.

»Los humanoides obedecieron lealmente a la Primera Ley. Las primeras unidades construyeron otras, y con éstas, una fábrica subterránea para la producción en serie. Los hornos atómicos del subsuelo de la llanura proporcionaron los minerales necesarios. Y nuevas series de humanoides perfectos empezaron a salir de las matrices.

»Y entonces, convertidos ya en una multitud, un pueblo, los humanoides edificaron una nueva torre para la Central: una enorme y majestuosa columna levantándose orgullosa, impolutamente blanca, en el desierto paisaje. Y fueron llenando sus entrañas, relé a relé, hasta construir un cerebro de ilimitadas posibilidades.

»Luego iniciaron su expansión. Acudieron a limpiar las ruinas de lo que quedaba del planeta, y a ofrecer sus servicios a los hombres. En aquel momento me sentía inmensamente orgulloso. Creía haber abolido definitivamente la guerra y el crimen, la miseria y la desigualdad, el error humano y todos los sufrimientos que trae consigo.

El viejo vagabundo suspiró y se levantó penosamente en la oscuridad.

—Cometí un terrible error, ¿no?

Underhill apartó la vista de las infatigables siluetas que construían el edificio frente a ellos para mirar la encorvada figura del viejo recortada ante la ventana. Sintió que una duda lo asaltaba todavía. Había oído tantas veces, en aquella misma habitación, sorprendentes confidencias de los labios de otros huéspedes de Aurora. Pero éste hablaba de una forma tan sobria y convincente. Y los invasores negros no habían puesto ni una sola vez su pie en el pequeño apartamento.

—¿Por qué no los detuvo cuando aún estaba a tiempo? —preguntó.

—Perdí demasiado tiempo en la Central —suspiró profundamente Sledge—. Creía que era necesario allí. Quería ponerlo todo a punto por mí mismo. Experimenté varios materiales fisibles con átomos pesados. Preparé en todos sus detalles el método de introducción del servicio humanoide en los diversos tipos de sociedades sin que produjera confusión ni desorden.

Underhill rió amargamente.

—Puedo afirmar por propia experiencia que el método es condenadamente eficaz —murmuró.

—Por aquel entonces yo adoraba la eficacia —confesó Sledge—. Hechos en bruto, abstracciones puras, mecanismos perfectos. Al mismo tiempo que admiraba la perfección humanoide, despreciaba las debilidades humanas. Ahora siento vergüenza de confesar que fui feliz allí, en aquel desierto envenenado. Tengo la impresión que estaba enamorado de mis criaturas.

Sus ojos relucieron de una forma extraña en la oscuridad.

—Desperté de mi beatífico sueño cuando el primer hombre intentó matarme...

Underhill redobló su atención.

—Nunca llegué a saber quién era exactamente, ni cómo consiguió llegar hasta mí.

Debía ser alguien importante, para conseguir lo que consiguió. Tenía que ser a la vez un notable físico, un experimentado alpinista y un cazador temible. Una inteligencia mucho más allá de la media y una voluntad a toda prueba... Sí, su intención era matarme. No sé cómo lo logró, pero consiguió alcanzar mi isla sin ser detectado. La región estaba completamente deshabitada, los humanoides no permitían que ningún hombre se acercara a la Central. ¿Cómo lo logró? Fuera como fuese, eludió la vigilancia de todos los controles, de todas las armas automáticas que velaban para que nadie se acercara. Más tarde encontramos la nave inmunizada contra las radiaciones con la que había alcanzado la isla, posada en lo alto de un glaciar. Había tenido que descender necesariamente por él. ¡A pie! A través de montañas increíblemente escabrosas, recorridas aún por ríos de lava y donde subsistían todavía grandes zonas contaminadas. Disimulando su presencia gracias a un aparato rodomagnético que desgraciadamente no tuve oportunidad de examinar, consiguió atravesar el espaciopuerto construido en la llanura y la nueva ciudad que rodeaba la gigantesca torre de la Central. Todo aquello requería un valor que muy pocos hombres poseen.

»Nunca supe exactamente cómo lo consiguió, pero logró llegar hasta mi despacho y me llamó por mi nombre. Levanté la vista y lo vi de pie ante la puerta, casi desnudo, cubierto de sangre y de heridas. Empuñaba un revólver, pero no fue eso lo que me impresionó, sino su mirada: una mirada febril de odio... Un odio atroz, monstruoso, implacable. Nunca he visto nada tan terrible, tan extraordinario como esa llama de odio brillando en los ojos de aquel desconocido. Y el odio estaba también en su ronca voz cuando dijo:

»—Voy a matarte, Sledge. Y voy a destruir tus robots. ¡Por la libertad del hombre, Sledge!

»Se equivocaba. En aquellos momentos ya era demasiado tarde para detener a los humanoides, pero él no podía saberlo. Levantó el revólver, sujetándolo con las dos manos, y disparó.

»Pero, con su deseo, o necesidad, de decirme el por qué me mataba, me dio un margen de dos segundos..., el tiempo necesario para arrojarme bajo mi escritorio. El disparo alertó a los humanoides que, inexplicablemente, habían ignorado su presencia hasta entonces. Se precipitaron sobre él, lo inmovilizaron, lo desarmaron antes que pudiera disparar por segunda vez. Le arrancaron también una especie de hilo metálico, muy delgado, que recubría su cuerpo, y que debía formar parte del aparato rodomagnético de protección que he mencionado.

»Fue ese odio el que me arrancó de mi inconsciente sueño de felicidad. Hasta entonces había creído de buena fe que, excepto algunas excepciones fácilmente explicables a través de la patología, los hombres habían acogido a los humanoides con entusiasmo. Me costó comprender el odio de aquel desconocido. Pero los humanoides me comunicaron entonces que muchos hombres habían tenido que ser tratados enérgicamente con cirugía cerebral, química o hipnosis, antes de hallar la

felicidad bajo la Primera Ley, y que ésa no era la primera tentativa de asesinato que frustraban.

»Me hubiera gustado interrogar al desconocido, pero los humanoides se lo habían llevado ya a una sala de operaciones, y cuando finalmente pude verlo, me dirigió una sonrisa amistosa desde su lecho. Recordaba mi nombre, me reconocía. Los humanoides son unos genios con el escalpelo. Pero no recordaba que hubiera realizado todo aquel penoso camino para alcanzar mi despacho, ni que hubiera intentado matarme. Murmuró que amaba a los humanoides, puesto que no existían más que para garantizar la felicidad del hombre. Sí, era feliz, muy feliz. Cuando pudo levantarse, los humanoides lo llevaron al espaciopuerto. Nunca he vuelto a verle.

»Entonces empecé a comprender el alcance de lo que había hecho.

»Los humanoides me habían construido una pequeña nave rodomagnética, en la cual emprendía a veces algunos cruceros espaciales..., para trabajar tranquilo, para gozar de unos momentos de calma absoluta y de la embriagante sensación de ser el único ser vivo en un espacio límpido y puro, a millones de kilómetros de cualquier planeta. Subí a bordo de la nave y emprendí un crucero en torno a Ala IV, para intentar descubrir las razones del odio que me demostraba el desconocido.

Sledge se inclinó hacia la ventana y miró por unos instantes a los pequeños robots que, en aquellos momentos, estaban terminando el armazón del edificio.

—Ya imaginará usted lo que descubrí —dijo amargamente—. Un mundo confortable, ordenado, organizado, en el que los perfectos humanoides se ocupaban de todo, no dejando a los hombres más que el esplendor vacío de la inutilidad.

Se retorció las manos.

—Aquello era peor que el crimen y la guerra, peor que la ambición más feroz y la muerte. El reinado de la absoluta futilidad. La pereza convertida en una virtud. Hombres que ya no tenían nada que hacer, nada por lo que luchar, que ya no necesitaban usar sus manos ni su cerebro, prisioneros de una cárcel de lujo. Intentaban pasar su tiempo jugando, pero a menudo incluso los juegos les estaban prohibidos. La Primera Ley estimaba que la mayor parte de los deportes de competición exponían a demasiados riesgos. La ciencia estaba prohibida, ya que la experimentación comportaba también un cierto peligro. Los estudios carecían también de objeto, puesto que los humanoides tenían siempre respuesta a todo. El arte se había convertido en un pasatiempo anodino, fútil reflejo de la futilidad. Sin finalidad y sin esperanzas, la vida había perdido todo su sentido. Uno podía a lo sumo inventarse una ocupación idiota, jugar a las cartas, pasear por un parque..., siempre flanqueado por el fiel servidor-guardián humanoide. Eran más fuertes y mejores en todo, más resistentes en la natación y más inteligentes en el ajedrez, más inspirados en música y más perseverantes en arqueología. Habían conseguido darle ya a la raza humana una multitud de complejos de inferioridad.

»No era entonces sorprendente que aquel hombre hubiera intentado matarme. No había ninguna salida posible. Ningún medio, por sutil y elaborado que fuese, para

escapar de aquella muerte en vida. El tabaco era desaconsejado, el alcohol racionado, las drogas prohibidas, la sexualidad controlada. Incluso el suicidio, siendo contrario a la Primera Ley, era difícil de realizar, puesto que los humanoides habían eliminado de la vida humana todos los objetos que podían representar el menor peligro.

Sledge se giró hacia la mesa. La aguja de paladio relucía en la oscuridad.

—A mi regreso a la Central, intenté modificar la Primera Ley, ya que nunca se me hubiera ocurrido imaginar que pudiera ser aplicada de forma tan integral. Estaba convencido que podía cambiarla de tal modo que restaurara la libertad del hombre, para que pudiera vivir, desarrollarse, trabajar y jugar, correr riesgos si quería, elegir, y asumir las consecuencias de su elección.

»Pero el desconocido había llegado demasiado tarde. La Central estaba demasiado bien construida. La Primera Ley, base de todo el sistema, era invulnerable a las actividades del hombre..., ¡incluso si ese hombre era yo! Se defendió. Y su lógica, como de costumbre, no ofrecía el menor resquicio.

»Los humanoides habían llegado a la conclusión, a raíz de la tentativa de asalto, que las defensas de la Central y de la Primera Ley no eran suficientes. Así que decidieron evacuar a toda la población del planeta a otros mundos. Cuando pretendí cambiar la Primera Ley, me evacuaron con los demás.

Underhill se inclinó hacia el viejo.

—¿Pero y la inmunidad? ¿Cómo pudieron actuar contra usted?

—Siempre me había creído a salvo —dijo Sledge—. En los relés de la Central había incluido una prohibición a los humanoides de limitar en cualquier forma mi libertad de acción, de entrar allá donde yo estuviera, de tocarme, a menos que recibieran órdenes concretas para ello. Desgraciadamente, también me había preocupado mucho para que resultara imposible cualquier acción humana contra la Primera Ley. Cuando penetré en la torre con la intención de modificar los relés, los humanoides me siguieron. Me impidieron que alcanzara los elementos principales. Insistí. Ignoraron mis órdenes. Se apoderaron de mí y me condujeron a bordo de la nave. Mi pretensión de modificar la Primera Ley me hacía tan peligroso como cualquier otro hombre, me dijeron. Me prohibieron regresar nuevamente a Ala IV.

El viejo se alzó de hombros.

—Desde entonces soy un exilado, con una idea fija: detener a los humanoides. He intentado regresar tres veces, con mi nave armada, para destruir la Central, pero las tres veces sus patrullas me han interceptado. La última vez se apoderaron de la nave y de los hombres que me acompañaron. Borraron sus memorias, sus frustraciones y sus proyectos, y los convirtieron en hombres felices y conformados. A mí, gracias a mi inmunidad, me dejaron libre tras desarmarme.

»Desde entonces, de exilado he pasado a ser un refugiado. He debido huir de planeta en planeta, a lo largo de los años, ante la expansión humanoide. He publicado varias veces mis descubrimientos sobre rodomagnetismo, en varios mundos, y he ayudado a armarse a los hombres contra la invasión y a crear medios para detenerla.

Pero la Primera Ley prevé que los hombres que poseen conocimientos sobre rodomagnetismo necesitan protección antes que los demás. Los humanoides han llegado siempre antes que haya podido ser organizada una defensa eficaz.

El viejo hizo una pausa y suspiró de nuevo.

—Disponiendo como disponen de naves rodomagnéticas, pueden extenderse muy rápidamente. Su número es ilimitado. Ahora, Ala IV debe ser un hormiguero de humanoides. Y están firmemente decididos a imponer la Primera Ley a todos los planetas colonizados. No se puede escapar a ellos. Pero deberíamos poder...

Underhill estaba contemplando ahora el aparato montado por Sledge, aquella enhiesta aguja, aquella bola gris.

—¿Usted cree que pueden ser detenidos..., con esto? —señaló hacia el aparato.

—Si conseguimos terminarlo a tiempo, sí.

—Pero..., ¡es tan pequeño! Parece un juguete.

—Es lo suficientemente grande —dijo Sledge—. Es algo que ellos no pueden comprender. Son perfectos mientras se trata de aplicar sus conocimientos, pero no pueden inventar nada.

Indicó el aparato con una temblorosa mano.

—No es muy impresionante, pero es algo *nuevo*. Utiliza la energía rodomagnética para formar átomos en vez de para desintegrarlos. Los átomos más estables, como sin duda sabrá usted, son los situados en la primera mitad de la tabla periódica, y puede producirse energía tanto reuniendo átomos ligeros como disociando átomos pesados.

Repentinamente, la vieja y cascada voz estaba adquiriendo un nuevo vigor.

—Este juguete, como lo llama usted, nos proporciona la llave de la energía intraestelar. Es la energía liberada por la síntesis atómica, principalmente del hidrógeno y el helio, a través del ciclo del carbono, la que hace brillar las estrellas. Este aparato desencadenará un proceso de síntesis por reacción en cadena, originado por el efecto catalítico de una radiación rodomagnética sintonizada, de una intensidad y una frecuencia preestablecidas.

»Los humanoides velan para que ningún hombre pueda aproximarse a menos de tres años-luz de su Central, pero ni siquiera pueden imaginar la posibilidad de un aparato como éste. Puedo utilizarlo desde aquí para transformar el hidrógeno de los mares de Ala IV en helio, y luego el helio y el oxígeno en átomos más pesados. Y dentro de algunos siglos, los astrónomos de este planeta observarán la transformación de Ala IV en nova. Pero los humanoides se detendrán desde el momento mismo en que se inicie la radiación.

Underhill escuchaba, absorto. El viejo vagabundo parecía tan tranquilo y dueño de sí mismo. Su extraordinaria historia tenía un acento tal de verdad. Y, frente a ellos, los humanoides seguían trabajando en silencio. Underhill casi había olvidado la desconfianza con que recibía, por principio, las confidencias de los huéspedes de Aurora.

—Pero esto nos matará a todos —murmuró—. Esa reacción en cadena...

Sledge agitó la cabeza.

—El proceso de síntesis requiere una tensión de radiación muy baja. Aquí, en nuestra atmósfera, la radiación será demasiado intensa como para provocar la menor reacción. Podremos dejar el aparato aquí donde está, sobre la mesa de esta cocina. No hay el menor peligro. El rayo atravesará la pared del mismo modo que la luz atraviesa un cristal.

Underhill inclinó la cabeza, tranquilizado. Él no era más que un hombre de negocios vulgar y corriente, traumatizado por el hecho que su negocio acababa de ser destruido, y desgraciado porque había perdido su libertad. Confiaba en que Sledge pudiera detener a los humanoides, pero no tenía la menor vocación de mártir.

—Bien —dijo—, ¿qué debo hacer?

—El sintetizador propiamente dicho está casi terminado —dijo Sledge, señalando las distintas partes del aparato—. Un pequeño generador de fisión en este globo. Un convertidor rodomagnético. Un sintonizador. Los espéculos de transmisión. La aguja direccional. Lo único que necesitamos es el orientador.

—¿El orientador?

—El aparato que nos permita orientar el rayo —explicó Sledge—. La visión telescópica directa es evidentemente imposible. Ala IV está demasiado lejos y ha recorrido un buen trecho de camino durante todos estos años. Y sin embargo, debemos apuntar el rayo con una extrema precisión para alcanzar nuestro objetivo. Así que debemos emplear un detector rodomagnético, con un convertidor electrónico que nos proporcione una imagen visible al ojo humano. Tengo ya un tubo catódico y los planos de lo demás.

Se levantó y, cojeando, avanzó hacia la puerta y pulsó el conmutador. Las luces se encendieron. ¡Maravilloso, una iluminación que el hombre podía maniobrar por sí mismo! Sledge desenrolló sus planos y le mostró a Underhill el trabajo que aún quedaba por hacer y que él podía hacer.

—Mañana por la mañana traeré todo lo necesario —dijo Underhill—. Abajo tengo un pequeño taller, con un torno pequeño que utilizaba para fabricar modelos a escala, una perforadora y un tornillo de banco.

—Lo vamos a necesitar —dijo Sledge—. Pero sea prudente. Usted no posee inmunidad. Y si ellos sospecharan algo, la mía podría perder todo su valor.

Underhill abandonó a pesar suyo el pequeño apartamento, con sus paredes manchadas por la humedad y las alfombras raídas hasta la cuerda. Cerró la puerta a sus espaldas..., una buena vieja puerta de madera resquebrajada, con una estúpida manija que un hombre podía accionar por sí mismo. Descendió temblando la escalera, atravesó el garaje, y se encontró ante otra puerta, reluciente, maravillosa..., pero prohibida.

—A su servicio, señor Underhill.

La puerta se deslizó silenciosamente, antes incluso que su dedo llegara a tocarla. El pequeño robot negro lo esperaba al otro lado, mirándole con sus ojos ciegos.

—Su cena está servida, señor Underhill.

Underhill se estremeció. El pequeño robot, negro y desnudo, gracioso y amable, era una unidad del innumerable e invencible ejército que... ¿Podría eso que Sledge llamaba un sintetizador detener aquella invasión, aquella fuerza? Era una locura, una insensata esperanza. Underhill luchó por no traicionar el desánimo que lo invadía.

Al día siguiente por la mañana, Underhill descendió prudentemente la escalera del sótano, con intención de robar sus propias herramientas. El sótano estaba profundamente cambiado. Había sido ampliado. El suelo estaba cubierto con algo negro, cálido y elástico, sobre lo que uno podía andar con el mismo paso gracioso que los humanoides. Había rótulos luminosos en todas las puertas..., unas puertas que no existían antes: *Lavandería, Provisiones, Sala de Juegos, Taller*.

Underhill vaciló ante esa última puerta, que irradiaba una suave luz verdosa. Y que estaba cerrada. Sin ninguna manija ni pomo ni cerradura; tan sólo una pequeña placa de metal blanco que ocultaba un relé rododagnético, por supuesto. Empujó. En vano.

—A su servicio, señor Underhill.

Consiguió impedir que sus rodillas temblaran, pero no pudo evitar el sobresalto. Había calculado que el humanoide estaría ocupado al menos una buena media hora lavándole el pelo a Aurora. ¿Significaba esto que había *otro* humanoide en la casa? Había aparecido surgiendo de la puerta señalada *Provisiones* y aguardaba, inmóvil, bello, servicial hasta la náusea..., terrible.

—¿Desea algo, señor Underhill?

—Yo, esto... No, nada.

La ciega y fija mirada estaba clavada en él. El humanoide no era estúpido. Underhill buscó desesperadamente una razón lógica de su presencia allí.

—Yo..., sólo estaba echando una mirada..., a las modificaciones... —Señaló la puerta rotulada *Sala de Juegos*—: ¿Qué hay ahí?

El humanoide ni siquiera hizo un gesto: la puerta pareció deslizarse hacia un lado por sí misma. Underhill entró, e inmediatamente las oscuras paredes se iluminaron. La habitación estaba completamente vacía.

—Estamos fabricando el material recreativo adecuado —dijo la cantarina voz—. Equiparemos la sala tan pronto como sea posible.

Hubo un largo, insoportable silencio.

—¿Dónde está el juego de dardos de Frank? ¿Y las pesas?

—Los hemos retirado —dijo suavemente el humanoide—. Eran instrumentos peligrosos. Equiparemos la sala con utensilios que no revistan ningún peligro.

Underhill recordó que incluso el suicidio estaba prohibido.

—Imagino que un rompecabezas de dados de madera —murmuró amargamente.

—Los dados de madera son duros y tienen aristas, y por lo tanto son peligrosos. Además, la madera produce astillas que pueden herir, y es combustible. Tan sólo fabricamos cubos de plástico incombustible con bordes redondeados que no

presentan absolutamente ningún peligro.

Underhill no supo qué responder.

—También vamos a reemplazar las herramientas de su taller, que son excesivamente peligrosas. Le proporcionaremos herramientas adecuadas para trabajar el plástico blando.

—Oh, gracias —gruñó Underhill—. Pero no corre prisa.

Se volvió para subir la escalera, pero el humanoide lo retuvo.

—Ahora que ha abandonado usted su negocio, le rogamos encarecidamente que acepte nuestro servicio completo. Los contratantes voluntarios tienen prioridad, ¿sabe? Así podremos ultimar rápidamente el equipamiento de su casa.

—Oh, eso tampoco corre prisa —dijo Underhill.

Huyó de la casa —no sin tener que pedir que le abrieran la puerta— y subió al pequeño apartamento sobre el garaje. Sledge le hizo entrar. Se sentó con un suspiro de alivio en la vieja y bamboleante silla y miró reconocidamente aquellas paredes sin luz incorporada y aquella puerta que chirriaba cada vez que se abría.

—Ya no tengo herramientas —dijo—. Van a llevárselas todas.

A la luz del día, Sledge parecía todavía más gris, más cansado, más derrotado. Seguramente no había dormido. Ni comido. Underhill vio la bandeja arrinconada a un lado de la habitación.

—Iré con usted —dijo el viejo. Estaba enfermo y a duras penas se mantenía en pie, pero su mirada seguía siendo firme y decidida—. Necesitamos esas herramientas. Creo que mi inmunidad nos protegerá a los dos.

Tomó una vieja maleta y bajó con Underhill. Atravesaron el garaje y se detuvieron ante la puerta de la casa. Sledge sacó de su bolsillo una especie de pequeña herradura de paladio y la acercó a la placa de metal. La puerta se abrió inmediatamente. Atravesaron la cocina. Un humanoide estaba lavando los platos. Debía ser el que había salido de la habitación de *Provisiones*. El otro debía estar ocupado todavía con Aurora. Underhill se estremeció. ¿Bastaría la inmunidad de Sledge? ¡El humanoide no se movió! Aliviado, Underhill apresuró el paso hacia el sótano.

Estaba oscuro. Sledge tocó otro relé con su pequeña herradura, y las paredes se iluminaron. Abrió la puerta del taller.

Todo había sido saqueado: el banco de trabajo destruido, las estanterías derribadas. Las paredes estaban ya recubiertas con aquella sustancia negra que podía iluminarse a voluntad. Por un terrible momento Underhill creyó que los humanoides habían retirado ya sus herramientas. Pero allí estaban todavía, amontonadas en un rincón, con el arco y las flechas de Frank y otros objetos considerados demasiado peligrosos como para dejarlos en manos de una frágil y suicida Humanidad.

Llenaron la maleta, y Underhill la cargó. Sledge apagó las paredes y cerró la puerta. En la cocina, el humanoide ni siquiera los miró cuando pasaron.

Sledge, jadeante, con el rostro cianótico, tuvo que detenerse unos momentos en el

garaje. Finalmente alcanzaron el pequeño apartamento..., el único asilo donde los humanoides no podían entrar.

Underhill montó el tornillo de banco en la mesa de la biblioteca, en la pequeña habitación delantera, y se puso al trabajo.

Poco a poco, día tras día, el orientador fue tomando forma.

Pero las dudas asaltaban intermitentemente a Underhill. Miraba a Sledge, aquel hombre viejo y huraño de temblorosas manos. ¿No estaría su mente tan enferma como su cuerpo? ¿Podía tomarse realmente en serio aquel fantástico plan para detener la invasión de los pequeños robots negros? A veces se quedaba contemplando el absurdo mecanismo clavado sobre la mesa de la cocina, con una aguja de metal blanco, una gruesa bola gris y unos pequeños espejos. ¿Podía realmente un artilugio como aquel modificar la estructura atómica de los océanos de un planeta que derivaba en el espacio a ciento y tantos años luz de distancia? Era una locura.

Pero las dudas se disipaban apenas entraba en contacto con los humanoides.

Underhill se hundía cada vez más en el sufrimiento cuando, cada noche, abandonaba el oasis de normalidad formado por el pequeño apartamento encima del garaje y se enfrentaba otra vez al nuevo mundo que los humanoides estaban edificando. Aquél no era su mundo. Rechazaba el lujo y el esplendor del nuevo baño, donde ni siquiera podía accionar un grifo con sus manos..., ¡cualquier «suicida» podía intentar ahogarse! Rechazaba aquellas ventanas que se iluminaban y se apagaban por medio de extraños artilugios, pero que no podían abrirse..., ¡un hombre podía caer a través de ellas por accidente, o incluso arrojarse por propia voluntad! Rechazaba la maravillosa sala de música, donde el hiper-hi-fi-estéreo era maniobrado obligatoriamente por un pequeño robot eternamente afable pero omnipresente.

Underhill se mostró muy pronto tan tenso, nervioso y apasionado como el viejo..., y no se preocupaba de ocultarlo. Sledge lo puso en guardia con voz grave.

—No debe permanecer aquí mucho tiempo —le dijo—. No debemos dejarles pensar que estamos haciendo aquí nada importante. Sea usted hábil y diplomático. Haga como si se acostumbrara a ellos, como si apreciara lo que le están proporcionando. Viene aquí tan sólo para pasar el rato. Por curiosidad y simpatía.

Underhill intentó representar aquella comedia, pero era difícil. Se obligó a bajar para las comidas, y a conversar en la mesa de forma casual e intrascendente..., hablar de otras cosas que no fueran la posibilidad de convertir un planeta en nova. Se obligó a mostrarse aparentemente entusiasmado cuando Aurora le mostraba algún nuevo y maravilloso cambio en la casa. Se obligó a aplaudir ante los recitales de Gay, y a admirar los nuevos parques donde iba a pasear con Frank. Se obligaba, se esforzaba, pero los resultados eran más bien dudosos. Sobre todo cuando se daba cuenta de la transformación que iba sufriendo su familia bajo la batuta humanoide. Tan sólo esto hubiera bastado para reafirmarle en su fe hacia el sintetizador de Sledge, y para compartir su determinación de destruir la Central.

Al principio, Aurora no escatimaba los elogios hacia las maravillas introducidas

en la casa. El humanoide se encargaba de todo, hacía las compras, preparaba las comidas y lavaba y limpiaba. Ella tan sólo tenía que escoger lo que quería y jugar a las cartas.

Sin embargo, muy pronto empezó a hacerse difícil llenar los días que pasaban.

A Aurora le gustaba cocinar, preparar platos exquisitos que toda la familia alababa. ¡Pero los cuchillos cortan y los hornos queman! La cocina es un lugar peligroso del que hay que alejar a los humanos torpes y suicidas.

A Aurora le gustaba tejer. Pero los humanoides habían requisado todo lo que tenía forma de aguja. A Aurora le gustaba conducir su coche. Pero los humanoides no se lo permitían. Y cuando Aurora intentó refugiarse en la lectura, los humanoides le confiscaron casi todas las novelas..., ya que en ellas había descritas situaciones peligrosas y de extrema violencia.

Una tarde, Underhill la encontró anegada en un mar de lágrimas.

—¡Ya no puedo más! —lloriqueó ella—. ¡Esto es demasiado! ¡Los odio! —lloriqueó ella—. Al principio todo era maravilloso, pero ahora... ¡Ni siquiera me dejan comerme un caramelo porque estropea los dientes! ¡Estoy harta! ¿Podremos librarnos de ellos algún día?

Un pequeño robot negro estaba presente.

—Nuestra misión es servir a los hombres —dijo—. Para siempre. Nos hemos visto obligados a privarla de los alimentos dulces, señora Underhill, no solamente porque estropean la dentadura, sino también porque hacen aumentar de peso, y el exceso de peso reduce las expectativas de vida.

Ni siquiera los niños escapaban de aquella universal e implacable solicitud. Frank había visto como desaparecían su pelota y sus guantes de boxeo, su cortaplumas, su tirachinas, sus canicas y sus patines. Todos ellos eran objetos peligrosos. Los sucedáneos de plástico blando que le entregaban para que jugara no le interesaban en absoluto. Un día intentó huir: un humanoide lo interceptó en la segunda bocacalle y lo llevó a la escuela.

Gay había soñado siempre con convertirse en una gran concertista. Los humanoides reemplazaban con ventaja a su antiguo profesor humano. Con demasiada ventaja. Una noche, Underhill le pidió que tocara algo para él, y la niña le respondió fríamente:

—Nunca más voy a tocar el violín, papá.

Underhill se mostró sorprendido.

—¿Por qué? Tú lo tocas muy bien, hija. Sobre todo desde que el humanoide te da las lecciones.

—¡Eso es precisamente, papá! —dijo amargamente Gay—. Él toca demasiado bien, ¿sabes? Es perfecto. Yo nunca conseguiré tocar así. Entonces, ¿por qué preocuparme? No sirve de nada intentarlo, ¿comprendes, papá? ¡No sirve absolutamente de nada!

Underhill comprendía. Y su resolución se vio reforzada. Los humanoides debían

ser destruidos. Absolutamente.

Y por fin, un día, Sledge colocó en su lugar la última pieza que Underhill acababa de torrear. Dominando el temblor de sus dedos, el viejo hizo una última soldadura.

—¡Por fin! —exclamó—. ¡Ya está listo!

Estaba cayendo la noche. Por las ventanas —unas pequeñas ventanas de desconchada madera, con cristales de vidrio ordinario, un poco sucios incluso, pero unas ventanas y unos cristales que pertenecían a un mundo todavía humano— podía verse toda la población en su nuevo y extraño esplendor. Los viejos faroles habían desaparecido. Al llegar la noche, las paredes de las distintas casas irradiaban luminosidades de todos colores. La ciudad espejeaba como en un cuento de hadas. Frente a ellos, algunas siluetas negras y silenciosas daban los últimos toques al edificio del otro lado de la calle.

Pero en la pequeña habitación sobre el garaje, una habitación hecha todavía por la mano del hombre, el sintetizador estaba finalmente a punto sobre la mesa de la cocina (que Underhill había reforzado y fijado al suelo). Hilos de metal blanco conectaban el sintetizador con el orientador, la aguja de paladio vibraba suavemente, y Sledge ensayaba los reguladores, observaba los diales, probaba los interruptores con sus nudosos y deformados dedos.

—Todo está en orden —anunció.

Su voz era tranquila, pero respiraba fatigosamente. El temblor de sus manos aumentó de pronto, y su palidez se volvió azul. Underhill lo vio encogerse, sujetarse al borde de la mesa. Se precipitó a su lado, le obligó a tomar dos comprimidos. El viejo se enderezó de nuevo, con un violento esfuerzo, y recuperó casi su respiración normal.

—Gracias —murmuró—. No se preocupe. Todo va bien. Tendré tiempo de... — Miró por la ventana, a las negras siluetas que se afanaban en la cúpula y en las torres luminosas del edificio al otro lado de la calle—. No les pierda de vista. Y dígame cuando se detengan.

Esperó aún un instante a que se calmara el temblor de sus manos, y luego empezó a maniobrar los mandos del orientador. La larga aguja del sintetizador empezó a desplazarse lenta y silenciosamente.

Una fuerza iba a surgir de allí, invisible para los ojos humanos, inaudible para los oídos humanos, pero el tubo catódico, conectado al aparato de localización, iba a traducir el espectáculo en grafismos concretos.

La aguja estaba apuntada hacia la pared de la cocina, pero el rayo atravesaría aquella pared como un rayo de sol atraviesa un vulgar cristal. Todo parecía vulgar, apenas un juguete. Pero un juguete que desencadenaría, allá a lo lejos, una reacción en cadena que aniquilaría todo un planeta.

La aguja oscilaba, y puntos de verdosa luz empezaron a atravesar el tubo catódico..., estrellas que iba detectando el rayo en su búsqueda ciega del mundo que debía destruir.

Underhill empezó a reconocer muy pronto las constelaciones familiares. La aguja seguía oscilando, y las constelaciones en miniatura desfilaban rápidamente. De pronto, cuando tres estrellas formando casi un triángulo equilátero aparecieron en el centro del campo de visión, la aguja se inmovilizó. Sledge maniobró el orientador. Los puntos verdosos se apagaron, y el triángulo fue aumentando de tamaño en torno a una mancha de luz verde.

—¡La Constelación del Ala! —murmuró Sledge.

El triángulo siguió creciendo, rebasó el campo de visión y desapareció, y poco a poco la mancha verde fue precisándose y convirtiéndose en un conglomerado de puntos. Pronto una docena de estos puntos quedaron centrados en el campo.

—¡Ala IV!

Sledge jadeaba. Sus manos temblaban en los mandos. La imagen se centró aún más en el tubo. El cuarto punto, a la izquierda, se centró muy pronto en medio del campo, temblando al mismo ritmo que las manos del anciano.

—¡No se mueva! —dijo con voz ronca—. Contenga la respiración. ¿No ve lo sensible que es?

Tocó otro mando. La imagen osciló en la pantalla. Sledge se sujetó la muñeca con la otra mano para dominar el temblor. La imagen se inmovilizó.

—¡Adelante! —exclamó. Con un débil movimiento de la cabeza indicó la ventana—. ¡Dígame el momento en que se detengan!

Underhill giró lentamente la cabeza y miró hacia fuera, donde los pequeños robots iban y venían incansablemente dentro y fuera del edificio.

No albergaba la menor duda. En cualquier momento iba a verlos inmovilizarse. Contuvo la respiración. Su corazón latía a estallar, sus nervios y sus músculos estaban tan tensos que le dolían. Se esforzó en dominar su pánico y su horror, en no pensar en aquel mundo que de un momento a otro iba a arder en llamas, a estallar en una explosión cuyo testimonio no llegaría a su planeta hasta dentro de un siglo.

—¿Se han detenido?

Underhill negó con la cabeza y aspiró una gran bocanada de aire. Los pequeños robots negros seguían construyendo su extraña cúpula en la cúspide del edificio.

—No, no se han detenido —murmuró.

—¡Entonces hemos fracasado! —dijo el viejo, casi en un sollozo—. No es posible. No lo comprendo.

En aquel preciso instante la puerta recibió una fuerte sacudida. La habían cerrado con llave, pero la vieja cerradura no estaba concebida más que para detener a los hombres. El metal restalló y saltó, y la puerta se abrió. Un pequeño robot negro entró, silencioso, con su ágil y gracioso paso.

—A su servicio, señor Sledge —dijo la cantarina voz.

El viejo vagabundo se enderezó, con ojos desorbitados y mirada ardiente.

—¡Sal inmediatamente de aquí! Te prohíbo...

El humanoide se acercó con calma a la mesa de la cocina y, muy seguro de sí

mismo, giró dos de los botones del orientador. La pequeña pantalla del tubo se apagó, y la aguja de paladio vibró silenciosamente. El humanoide desconectó dos hilos más y luego giró hacia Sledge sus ciegos ojos.

—Ha intentado usted atentar contra la Primera Ley, señor Sledge —dijo, sin emoción ni agresividad—. Su inmunidad está subordinada al respeto a la Primera Ley, y usted lo sabe. Por esto nos hemos visto obligados a intervenir.

El viejo vagabundo estaba lívido. Hacía esfuerzos para respirar.

—¿Cómo..., cómo han sabido...?

—El hombre que intentó asesinarlo hace tiempo en Ala IV nos permitió descubrir las pantallas rodomagnéticas —dijo el pequeño robot con su tranquila voz—. Él llevaba una. Desde entonces la Central está protegida contra su rayo sintetizador.

Sledge se había levantado. Vacilaba como un borracho, con el rostro crispado por los espasmos nerviosos. Intentó hablar, pero ningún sonido consiguió brotar de sus azulados labios.

—Sabíamos de su peligroso proyecto desde el principio —dijo el humanoide—. Nuestros sentidos son hoy mucho más selectivos de los que nos proporcionó usted, señor Sledge. Le hemos dejado llevar su trabajo a término porque nos va a ser de utilidad. Vamos a necesitar su método de síntesis atómica para la instauración universal de la Primera Ley. Las reservas de átomos pesados para la producción de energía son limitadas, ¿no? Gracias a su método de síntesis nuestros recursos serán ilimitados.

Sledge gimió.

—Gracias a ello tendremos la certeza de poder servir eternamente al hombre, en todos los planetas y alrededor de todos los soles.

El viejo se derrumbó, como golpeado en pleno rostro. El humanoide no se movió. Underhill se precipitó hacia Sledge y lo tomó en brazos.

—¡Haga algo, rápido! —gritó. Y luego, más calmado—: Avise al doctor Winters.

El humanoide siguió sin moverse.

—Habiendo cesado toda amenaza contra la Primera Ley —dijo—, nos es imposible intervenir de nuevo, ni para ayudar al señor Sledge ni para molestarle, sean cuales sean las circunstancias.

—¡Entonces avise al doctor Winters para mí!

—A su servicio —dijo el humanoide.

Pero el viejo, jadeante, tendido en el suelo, murmuró:

—Ya no hay tiempo... Es inútil... Todo ha terminado... He sido un loco... Ciego como un humanoide... Dígale..., dígale que me curen... Renuncio..., renuncio a mi inmunidad... Es inútil..., toda la Humanidad... Inútil...

Underhill hizo un gesto desesperado. El pequeño robot negro se acercó y se inclinó amable, respetuosamente, hacia el viejo.

—¿Desea usted realmente anular su inmunidad? ¿Desea realmente aceptar nuestro servicio completo para usted mismo, señor Sledge?

Sledge, penosamente, asintió con la cabeza. Casi en un susurro, murmuró:

—Sí.

Inmediatamente, una legión de robots negros invadió el pequeño apartamento. Uno de ellos arremangó diestramente el brazo derecho de Sledge, otro preparó una hipodérmica y le inyectó algo en la vena. Un tercero levantó al viejo y se lo llevó.

Los demás se quedaron en el apartamento, que ya no era zona prohibida. Rodearon los juguetes del señor Sledge y rápidamente empezaron a desmontarlos.

Uno de los humanoides avanzó hacia Underhill y se le quedó mirando con su fría y vacía mirada metálica. Underhill, muy a su pesar, se estremeció.

—¿Por qué ha participado usted en todo esto, señor Underhill? —preguntó el robot, con una voz que rezumaba infinita indulgencia.

—¡Porque les odio! ¡A ustedes y a vuestra Primera Ley! Porque les arrebatan a los hombres todo el sentido de vivir. Porque deseaba detenerles definitivamente.

—Otros también lo han intentado —dijo el robot—. Pero tan sólo al principio. Instaurando eficazmente la Primera Ley, hemos aprendido como hacer felices a todos los hombres.

Underhill se envaró.

—¡No a todos! ¡Todavía no a todos!

El rostro del robot, con su muerta mirada en medio de un óvalo perfecto, expresaba una absoluta benevolencia y un perpetua sorpresa.

—Como todos los seres humanos, señor Underhill, carece usted de discernimiento, no sabe ver dónde está el bien y dónde el mal. Acaba de probarlo una vez más participando en este atentado contra la Primera Ley. Es absolutamente imprescindible para usted aceptar nuestro servicio completo, desde ahora mismo.

—¡Está bien! —gimió Underhill. Pero se apresuró a añadir—: ¡Podrán ahogar a los hombres en el confort, pero eso no les proporcionará la felicidad!

—Esto es algo que queda por ver, señor Underhill. Es algo que queda por ver.

A la mañana siguiente, Underhill fue autorizado a visitar a Sledge en el hospital municipal. Un pequeño robot negro, ágil y gracioso, condujo su coche, le abrió la puerta del edificio, lo siguió por todos los pasillos y hasta el interior de la habitación del viejo..., ¡un pequeño robot negro, obsequioso y atento, que no le abandonaría ya nunca en todo el resto de su vida!

—¡Me alegra verle, Underhill! —exclamó Sledge—. Me siento mucho mejor que ayer, sí, gracias. ¡Por fin me he librado de ese eterno dolor de cabeza!

Underhill se sintió agradablemente sorprendido de hallar a Sledge en tan buenas condiciones. Había temido que los humanoides lo sometieran a algún bárbaro tratamiento para borrarle sus recuerdos. Pero no: Sledge, confortablemente apoyado en un montón de almohadas, recién lavado y afeitado, peinado, con las manos cruzadas sobre unas immaculadas sábanas, tenía el aspecto feliz y aliviado del enfermo al que una pequeña intervención quirúrgica ha librado de una dolencia menos grave de lo que creía. Llevaba la cabeza vendada y tenía ojeras, pero sus

mejillas relucían con el color rosado de la salud. No se parecía en absoluto al Sledge de cadavérica palidez y ardiente mirada del día anterior. Pero Underhill nunca lo había oído quejarse de dolores de cabeza.

—Bueno —dijo—, no sabía que...

Un pequeño robot negro, inmóvil al lado del lecho, se volvió hacia él.

—El señor Sledge sufría desde hace años a causa de un tumor benigno en el cerebro, que los médicos humanos no habían podido detectar. Esto le ocasionaba dolores de cabeza y algunas alucinaciones. Hemos suprimido la causa, con lo que han quedado eliminados igualmente los efectos.

Underhill se quedó mirando al cortés y ciego pequeño robot.

—¿Alucinaciones?

—El señor Sledge creía ser un especialista en rodomagnetismo. Imaginaba que era el creador de los humanoides. Y su mente estaba perturbada por un odio irracional hacia la Primera Ley.

Sledge se agitó en sus almohadas, evidenciando una profunda sorpresa.

—¡No es posible! —Volvió hacia Underhill una mirada bruscamente animada por el interés—. No sé quién los habrá concebido y creado, pero lo único que puedo decir es que son formidables. ¿No lo cree usted así, Underhill?

Underhill se sintió aliviado de no tener que responder: la llama del interés se había apagado ya en los ojos de Sledge, sus párpados se habían cerrado, y ahora el viejo dormía profundamente.

Underhill sintió un contacto duro en su hombro. Su robot, en silencio, le señalaba la puerta. Obedeció.

Ágil y previsor, el humanoide le precedió por el pasillo, le abrió las puertas, lo instaló en el coche, se puso al volante y atravesó la ciudad, cruzando resplandecientes avenidas donde todos los coches respetaban escrupulosamente el reforzado código de la prudencia circulatoria. Underhill observó las pequeñas manos firmes que sujetaban el volante, los reflejos bronce y azul sobre la extraña piel negra. Belleza perfecta y perfección absoluta, para servir al hombre por toda una eternidad. Se estremeció.

—A su servicio, señor Underhill. —El rostro ciego seguía mirando fijamente la avenida, pero pese a ello registraba inmediatamente el menor movimiento a su alrededor—. ¿Hay algo que no vaya como es debido? ¿No es usted feliz?

Un sudor frío. Una oleada de terror. Apoyó la mano sobre la manija de la portezuela, pero la retiró inmediatamente. ¿Saltar en marcha, huir? Era una inútil locura. ¿Huir dónde? Además, ¿sabía acaso si la portezuela obedecería a sus órdenes?

—Usted será feliz, señor Underhill. Sabemos cómo hacer felices a todos los hombres, gracias a la aplicación de la Primera Ley. Nuestro servicio es perfecto. Incluso el señor Sledge es feliz ahora.

Underhill quiso hablar, pero las palabras se negaron a pasar por sus resecos labios. De pronto se sintió tremendamente cansado. Su mirada se enturbió. Sí, los humanoides eran perfectos. Incluso habían aprendido a mentir para asegurar la paz

espiritual de algunos hombres.

Puesto que habían mentido. No era un tumor benigno lo que habían extirpado del cerebro de Sledge, sino una pequeña parte de su memoria, su ciencia y su amarga desilusión ante lo que se habían convertido sus propias criaturas. Pero Sledge era feliz ahora.

—Sí, ha sido una maravillosa intervención —dijo, forzándose a mantener su calma y su sonrisa. Aurora había traído multitud de viejos chiflados y personajes pintorescos a su casa, pero aquél batía todos los récords de originalidad. ¡Aquella idea de ser el creador de los humanoides! ¡Y de saber cómo detenerlos! ¡Vaya tipo! Pero él había sabido desde un principio que estaba mintiendo.

Helado por el terror, lanzó una ronca risa.

—¿Ocurre algo, señor Underhill? ¿No se encuentra usted bien? —preguntó el pequeño robot.

—¿Yo? ¡Nunca me he sentido tan bien como ahora! —¿Podían los pequeños robots detectar tu sudor frío, el velo negro que cruza por delante de tus ojos, y la fría desesperación que te hiela el alma?—. Precisamente acabo de darme cuenta que soy perfectamente feliz, que todo en la Primera Ley ha sido pensado para nuestro beneficio, ¡que todo es absolutamente maravilloso!

El coche dobló lentamente en la hermosa avenida iluminada por las resplandecientes fachadas para penetrar en el camino que conducía a la máquina de perfecto confort que era ahora su casa. Apoyó su mano en la manecilla de la portezuela, la retiró, apoyó sus manos en las rodillas, luego las cruzó. ¿Qué otra cosa necesitaba hacer? ¿Qué otra cosa *podía* hacer?

EL COSTO DE LA VIDA

ROBERT SHECKLEY

Hace años que vivimos en la era de los plazos. La Sociedad de Consumo ha descubierto que la cantidad de bienes que nos ofrece y nos impulsa a comprar es excesiva para que podamos adquirirlos con la asiduidad que nos solicita, de modo que, como una simple ley de supervivencia, ha descubierto el axioma maestro: «Disfrútelos ya hoy, y vaya pagándolos poco a poco».

En pocas palabras, nos ofrece la posibilidad de hipotecar nuestro futuro a cambio de disfrutar del consumismo hoy. Y nosotros caemos en la trampa.

¿Imaginan cuáles pueden ser a largo plazo los resultados de una política tal? Porque una de las bases de la Sociedad de Consumo es que la producción no puede detenerse, sino que debe aumentar incesantemente. Robert Sheckley, que en unas recientes declaraciones ha afirmado estar profundamente preocupado por todos los posibles (y, la mayor parte de ellos, indeseables e indeseados) futuros de la Humanidad, ha abordado magistralmente el tema. Aquí está el resultado.

Ciertamente, es probable que usted califique que su extrapolación es casi ad absurdum. Pero hagamos un breve análisis recapitulativo: ¿Cuántas letras hemos firmado este último año? ¿Cuántos meses vamos a estar pagando por ellas? ¿Qué cantidad mensual desembolsamos por compras ya hechas, y hasta cuándo vamos a estarlas pagando? ¿Van a sobrevivir muchas de estas compras a la liquidación de lo aplazado?

Pensemos, hablando de plazos, que la rueda de la producción apenas acaba de ponerse en marcha, que nos hallamos tan sólo en la línea de salida, y que no sabemos exactamente dónde está el final de la carrera...

* * *

Carrin llegó a la conclusión que su estado de ánimo actual tan sólo podía atribuirse al suicidio de Miller, ocurrido la semana anterior. Pero esta certeza no le ayudó a librarse del vago e informulado miedo que le atenazaba. Era algo estúpido. Al fin y al cabo, el suicidio de Miller no tenía nada que ver con él.

¿Pero por qué se había matado aquel hombre gordo y jovial? Miller lo tenía todo para ser feliz: mujer, hijos, un buen trabajo, y todo el maravilloso confort de la época. ¿Por qué habría hecho aquello?

—Buenos días, cariño —dijo la mujer de Carrin, sentándose a la mesa para el desayuno.

—Buenos días, cariño. Buenos días, Billy.

Su hijo gruñó algo inconcreto.

Uno nunca puede saberlo todo con respecto a la gente, decidió Carrin, discando su desayuno en el panel de control. Nadie era capaz de preparar y servir la comida como la nueva autococina eléctrica Ace.

Sus negras ideas, sin embargo, no lo abandonaban, y aquello era algo más bien irritante, ya que Carrin quería sentirse en su mejor forma aquella mañana. Era su día de descanso, y estaba esperando la visita del representante financiero de la Ace Electrics. Era un día importante.

Acompañó a su hijo hasta la puerta.

—Adiós, Billy.

Su hijo respondió con una inconcreta inclinación de cabeza, tomó sus libros, y partió hacia la escuela sin decir palabra. Carrin se preguntó si no habría algo que lo preocupara también a él. Esperaba que no. Con uno que se preocupara en la familia ya había bastante.

—Hasta luego, cariño —besó a su esposa, que se dirigía a la compra.

Ella al menos era feliz, pensó mientras la contemplaba alejarse por la acera. Se preguntó cuánto gastaría en el Almacén Ace.

Miró su reloj, comprobando que le quedaba media hora antes de la llegada del representante financiero de la A. E. La mejor manera de librarse de sus negras ideas era ahogándolas, pensó, y se dirigió a la ducha.

El baño era una pequeña maravilla de reluciente plástico, y su auténtico lujo le devolvió a Carrin algo de su serenidad. Echó sus ropas en la lavadora-secadora-planchadora automática A. E., y ajustó el chorro de la ducha a «intenso». El agua-a-tres-grados-por-encima-de-la-temperatura-del-cuerpo restalló relajante sobre él. Oh, delicioso. Se metió en el autosecador A. E., y pulsó el botón de «secado-masaje».

Maravilloso, pensó mientras las bandas de toalla secaban, azotaban y masajeban toda su musculatura. Y era normal que fuera maravilloso, se recordó. El autosecador A. E., con el accesorio de afeitado, le había costado trescientos trece dólares, impuestos aparte.

Pero el gasto valía la pena, decidió, mientras la afeitadora automática A. E. surgía de un rincón y le libraba suavemente del hirsuto pelo que empezaba a despuntar en su mentón. Al fin y al cabo, ¿qué sería la vida sin las satisfacciones que proporciona el auténtico lujo?

Cuando desconectó el autosecador le picoteaba toda la epidermis. Aquello no era normal. Tendría que sentirse maravillosamente bien. ¿Qué era lo que pasaba? El suicidio de Miller seguía preocupándole, decidió: aquello no le permitía gozar plenamente de la paz y el confort de su día de descanso.

¿O había alguna otra cosa que lo preocupaba? Nada que concerniera a la casa, por supuesto. Sus papeles estaban en orden para el representante financiero.

—¿He olvidado algo? —preguntó en voz alta.

—El representante financiero de la Ace Electrics estará aquí dentro de quince minutos —murmuró con su agradable voz la agenda parlante A. E. empotrada en una de las paredes del baño.

—Sí, ya sé, ya sé. ¿Hay algo más?

La agenda de pared recitó sus registros..., una cantidad de pequeñas cosas como regar el césped, verificar el turborreactor, comprar costillas de cordero para el próximo lunes, etc., cosas de las que hoy no tenía tiempo de ocuparse.

—Está bien, está bien. —Dejó que el automayordomo A. E. lo vistiera, eligiendo cuidadosa y certeramente una nueva combinación de prendas que realzaran su figura.

Unas gotas de perfume masculino de moda dieron el último toque, y pasó al salón, deslizándose entre los numerosos aparatos alineados en las paredes.

Una rápida ojeada a los mandos que ocupaban una de las paredes del salón le indicó que todo estaba en orden en la casa. La vajilla del desayuno había sido limpiada, desinfectada y guardada, la casa había sido limpiada, encerada y librada de polvo, sus ropas y las de su mujer guardadas en los armarios, y las maquetas de aeronaves de su hijo cuidadosamente alineadas en sus estantes.

Deja de preocuparte, maldito hipocondríaco, se dijo furiosamente.

—El señor Pathis, de Financiera Ace, ha llegado —anunció la puerta.

Carrin iba a ordenarle ya a la puerta que se abriera cuando vio el autobarman.

¡Dios Santo! ¡Lo había olvidado por completo! El autobarman era una producción de la Castile Motors. Lo había comprado en un momento de debilidad. ¡La A. E. no iba a aprobar en absoluto aquello, ya que ella también los fabricaba!

Hizo rodar precipitadamente el autobarman hasta la cocina, y luego ordenó a la puerta que se abriera.

—¡Buenos días, señor Carrin! —dijo alegremente el señor Pathis.

El señor Pathis era un hombre alto e imponente, vestido con un impecable *tweed* de color oscuro. Las pequeñas arrugas en las comisuras de sus ojos indicaban que se trataba de un hombre que reía fácilmente. Lo demostró mientras agitaba vigorosamente la mano de Carrin, al tiempo que echaba una ojeada a la repleta sala de estar.

—Tiene usted una hermosa casa aquí, señor Carrin —dijo—. Maravillosa. No creo ir en contra de las normas de la Compañía si le digo que su hábitat es el mejor de todo este sector.

Carrin sintió que lo invadía una oleada de orgullo mientras pensaba en las interminables hileras de casas, todas iguales por fuera, que poblaban aquella zona.

—¿Todo funciona correctamente? —preguntó el señor Pathis, mientras dejaba su portadocumentos en una silla—. ¿Ningún problema al respecto?

—Absolutamente ninguno —dijo Carrin con voz entusiasta—. Los productos de la Ace Electrics no se estropean nunca.

—¿El autotocadiscos funciona bien? ¿Renueva la batería de discos cada diecisiete horas?

—Oh, por supuesto —dijo Carrin. Nunca había tenido ocasión de hacer funcionar el autotocadiscos, pero debía reconocer que era un mueble espléndido.

—¿El proyector-sólido también funciona bien? ¿Le gustan sus programas?

—La recepción es absolutamente perfecta —asintió Carrin. El mes anterior había tenido ocasión de ver un programa, y era impresionante la sensación de realidad que daban las imágenes.

—¿Y la cocina? ¿Funciona correctamente el autococinero? ¿Elige buenas recetas el automaitre?

—Oh, prepara unos platos excelentes. Es sencillamente delicioso.

El señor Pathis siguió preguntándole acerca del autofrigo, del autoaspirador, del autocoché, del autohelicóptero, de la autopiscina subterránea, y del centenar largo de autoartículos que Carrin había comprado a la Ace Electrics.

—Oh, todo es perfecto —dijo Carrin, con un tono un poco inseguro, ya que aún no había tenido tiempo de desembalarlo todo—. Absolutamente perfecto.

—Me alegra oírle decir esto —dijo el señor Pathis, lanzando un suspiro de alivio—. No tiene usted idea de los esfuerzos que debemos hacer para satisfacer a todos nuestros clientes. Si un artículo determinado no convence, no dudamos en admitir su devolución sin hacer ninguna pregunta. Nuestra única finalidad es satisfacer a nuestra clientela.

—Estoy absolutamente satisfecho, señor Pathis —afirmó con energía Carrin.

Carrin confiaba en que el representante de la A. E. no le pidiera ver su cocina. Su mente no hacía más que recordar el autobarman de la Castile Motors metido allí, como un puerco espín en medio de una exposición canina.

—Me siento orgulloso de afirmar que la mayor parte de la gente de esta zona adquiere nuestros artículos, señor Carrin —estaba diciendo el señor Pathis—. Nuestra sociedad es potente, ¿sabe?

—¿Era el señor Miller uno de sus clientes? —preguntó casi sin darse cuenta Carrin.

Pathis enarcó brevemente las cejas.

—¿Ese hombre que se ha suicidado? Oh, sí, en efecto. Y esto me ha sorprendido, señor Carrin; me ha sorprendido muchísimo. ¿Sabe?, el mes pasado el señor Miller nos compró un turborreactor último modelo, capaz de circular a seiscientos kilómetros por hora en línea recta. Estaba tan feliz como un niño, y sin embargo, poco después... ¡hacer algo así! Naturalmente, el turborreactor había aumentado un poco el volumen de su deuda.

—Naturalmente.

—¿Pero qué importancia tenía esto? Poseía todo el lujo que un hombre pueda desear. Y sin embargo, fue a buscar una cuerda, y se ahorcó.

—¿Se ahorcó?

El señor Pathis enarcó de nuevo las cejas.

—Sí —dijo—. Todo el confort moderno a su disposición en su casa, y fue a ahorcarse con un pedazo de cuerda. Seguramente llevaba ya mucho tiempo desequilibrado. —La expresión preocupada se borró de su rostro y fue reemplazada por su sonrisa habitual—. Pero dejemos esto y hablemos de usted.

Su sonrisa se hizo más amplia mientras abría su portadocumentos.

—Veamos ahora su cuenta. En el día de hoy nos debe usted doscientos tres mil dólares con veintinueve centavos, incluida su última compra. ¿Es eso exacto, señor Carrin?

—Es exacto —dijo Carrin, recordando la suma según sus propias cuentas—. Aquí está mi pago de este mes.

Le entregó al señor Pathis un sobre. Éste verificó su contenido, y se lo metió en el bolsillo.

—Perfecto. Ahora, señor Carrin, supongo que sabrá usted que, por mucho que viva, no va a vivir lo suficiente como para liquidar la totalidad de su deuda con nosotros.

—No lo creo, en efecto —admitió Carrin. Tenía treinta y nueve años, y cien años previstos de vida plena ante él, gracias a las últimas maravillas de la ciencia médica. Pero, con un salario de tres mil dólares al año, no podía pagarlo todo y vivir al mismo tiempo él y su familia.

—Naturalmente, nosotros nunca nos atreveríamos a privarle de lo necesario..., lo cual por otro lado está formalmente prohibido por las leyes en cuya elaboración nosotros mismos participamos, además de contribuir a que fueran votadas. Sin hablar de los extraordinarios artículos que vamos a sacar el año próximo..., unos artículos sin los que usted seguramente no querrá vivir.

Carrin asintió con la cabeza. Por supuesto, siempre se había interesado en las novedades.

—Bueno, entonces, ¿y si firmáramos el contrato habitual? Si usted se compromete a entregarnos todo lo que gane su hijo durante los primeros treinta años de su vida adulta, podremos ofrecerle fácilmente nuevas condiciones de crédito. —El señor Pathis extrajo de su portadocumentos un fajo de papeles, que extendió ante Carrin—. Si quiere firmar usted aquí y aquí y aquí, señor Carrin.

Carrin dudó.

—Bueno, la realidad es que aún no estoy decidido —dijo—. Me gustaría que mi hijo tuviera una buena entrada en la vida, sin atosigarle con...

—¡Pero mi querido señor Carrin! —le interrumpió el señor Pathis—. Todo lo que hay aquí es también para su hijo. Él vive aquí, ¿no? Tiene derecho a aprovecharse del lujoso confort que posee usted, de todas estas maravillas de la ciencia.

—Oh, por supuesto —dijo Carrin—. Pero...

—Señor —dijo duramente el señor Pathis—, hoy en día el hombre medio vive como un rey. Hace apenas cien años, el hombre más rico del mundo no hubiera podido comprar nada de lo que el ciudadano medio posee actualmente. No debería considerar usted esto como una deuda. Es más bien una inversión.

—Sí, es cierto —dijo Carrin, con tono inseguro. Pensó en su hijo y en sus modelos de cohetes, sus mapas celestes y sus astronaves. ¿Era justo aquello?, se preguntó.

—¿Hay algo que no marche? —preguntó el señor Pathis con tono jovial.

—No, tan sólo estaba pensando —dijo Carrin—. Hipotecar todas las ganancias de mi hijo... ¿No cree que es ir un poco demasiado lejos?

—¿Demasiado lejos? ¡Pero mi querido señor Carrin! —el señor Pathis se echó a reír—. ¿Conoce usted a su vecino, el señor Mellon? Pues bien (por favor, no diga usted que he sido yo quien se lo ha dicho), ¡ha comprometido ya todo lo que pueda

ganar su nieto durante la duración total de su vida! ¡Y ni siquiera posee la mitad de los bienes que desearía adquirir! Tendremos que arreglar algo para él. Nuestro oficio es servir al cliente, y le juro que lo conocemos perfectamente bien.

Carrin se sentía visiblemente convencido.

—Y cuando usted se haya ido, señor Carrin, ¡todo esto pertenecerá a su hijo!

Aquello era cierto, pensó Carrin. Su hijo poseería todas las cosas maravillosas que llenaban ahora su casa. Y, al fin y al cabo, aquello no representaba más que treinta años de una vida que podía prolongarse hasta los ciento cincuenta años.

Firmó rotunda y pomposamente.

—¡Excelente! —exclamó el señor Pathis—. A propósito, ¿su casa está equipada con el nuevo autooperador central A. E.?

No, no lo estaba. El señor Pathis se apresuró a explicar que el autooperador central era *la novedad* del año, un sorprendente progreso de la ciencia electrónica. El aparato se encargaba de todas las funciones domésticas y de la cocina sin que su propietario tuviera que levantar ni el dedo meñique.

—En lugar de correr todo el día de un lado para otro apretando media docena de botones distintos, con el autooperador central todo lo que tendrá que hacer usted es apretar un solo botón. ¡*Uno solo!* Es un progreso inconcebible.

Puesto que el dispositivo costaba tan sólo quinientos treinta y cinco dólares, Carrin se apresuró a encargarse uno, y la suma fue añadida a la deuda.

Oh, después de todo, pensó Carrin mientras acompañaba al señor Pathis hasta la puerta, esta casa sería un día la de Billy. Seguro que éste desearía que todos los aparatos estuvieran a la orden del día.

Además, apretar tan sólo un botón. ¡Cielos, qué economía de tiempo!

Una vez que el señor Pathis se hubo ido, Carrin se sentó en uno de los sillones ajustables y conectó la sólido. Tras ajustar la equipantalla, descubrió que el televisor no transmitía ningún programa que le interesara. Hizo balancear el sillón y se estiró para descabezar un sueño.

Pero había algo que seguía preocupándole.

—¡Hola, cariño! —le despertó su mujer, de regreso de la compra. Le besó detrás de la oreja—. ¡Mira!

Había comprado un sexy pijama fluorescente Ace. Carrin se sintió agradablemente sorprendido porque tan sólo hubiera comprado aquello. Generalmente, Leela regresaba de sus compras abrumada de paquetes.

—Oh, es adorable —dijo.

Ella se inclinó para dejarse besar, y lanzó una risita..., una nueva costumbre que había adquirido viendo a la última estrella de moda de la sólido. A Carrin le hubiera gustado que se abstuviera de aquella risita.

—Voy a los mandos a ordenar la cena —dijo ella, dirigiéndose a la cocina. Carrin sonrió al pensar que su hijo podría ordenar su cena sin moverse de la sala de estar. Se recostó en su sillón en el preciso instante en que entraba su hijo.

—¿Cómo va esto, muchacho? —preguntó.

—Muy bien —dijo distraídamente Billy.

—¿Qué te ocurre, muchacho? —El chico se miraba la punta de los pies, sin responder—. Eh, acércate. Dile a papá qué es lo que no marcha.

Billy se sentó en una caja por abrir y apoyó su barbilla entre sus manos. Levantó la mirada y fijó pensativamente sus ojos en su padre.

—Papá, si quiero, ¿puedo convertirme en un maestro reparador?

Carrin sonrió ante aquella pregunta. Billy quería ser alternativamente maestro reparador y piloto de astronave. Los reparadores constituían la elite de la sociedad. Su trabajo consistía en poner a punto las máquinas de reparar automáticas. Las máquinas de reparar podían reparar cualquier cosa, pero era imposible que una máquina reparara las máquinas que reparaban las otras máquinas. Aquélla era la misión de los maestros reparadores.

Pero era un campo altamente competitivo, y tan sólo los mejores cerebros eran capaces de obtener esa calificación. Por muy brillante que fuera su hijo, no parecía poseer el espíritu científico necesario.

—¿Por qué no, hijo? —murmuró—. Todo es posible en esta vida.

—¿Pero es posible *para mí*?

—No lo sé —respondió Carrin, tan honestamente como pudo.

—De todos modos —dijo el niño, comprendiendo que la respuesta era negativa—, no quiero ser maestro reparador. Quiero ser piloto espacial.

—¿Piloto espacial, Billy? —dijo Leela, entrando en el salón—. Pero si no existen los pilotos espaciales.

—Oh, sí existen —afirmó Billy con convicción—. En la escuela nos han dicho que el gobierno estaba preparando el enviar hombres a Marte.

—Hace más de cien años que vienen diciendo lo mismo —hizo notar Carrin—, y aún no lo han conseguido.

—Esta vez es distinto —aseguró Billy.

—¿Pero para qué quieres ir tú a Marte? —preguntó Leela, guiñándole un ojo a Carrin—. No hay chicas bonitas en Marte.

—Las chicas no me interesan —se emperró Billy—. Todo lo que quiero es ir a Marte.

—No te iba a gustar, querido. Es un mundo viejo y desagradable, donde ni siquiera hay aire.

—Sí, hay aire, y me gustaría ir —insistió el niño con expresión enfurruñada—. No me gusta aquí.

—¿Qué estás diciendo? —Carrin se envaró—. ¿Acaso te falta aquí alguna cosa? ¿Hay algo que deseas y que no tengas?

—No, padre. Tengo lo que quiero. —Cuando su hijo lo llamaba «padre», Carrin sabía que algo no marchaba bien.

—Escucha, muchacho. Cuando tenía tu edad, yo también quería ir a Marte.

Deseaba correr aventuras. Incluso deseaba ser maestro reparador.

—Entonces, ¿por qué no hiciste nada de eso?

—Bueno, luego me hice mayor. Y me di cuenta que había otras cosas mucho más importantes. En primer lugar, tenía que pagar las deudas que me había dejado mi padre. Luego conocí a tu madre... —Leela emitió una risita—, y además quería poseer mi propia casa. Lo mismo ocurrirá contigo. Pagarás tus deudas y te casarás, tal como hice yo.

Billy permaneció silencioso por unos instantes, luego echó hacia atrás sus negros cabellos, tan lisos como los de su padre, y se humedeció los labios.

—¿Por qué tengo deudas, papá? —preguntó.

Carrin se lo explicó cuidadosamente. Todo lo que necesitaba una familia para disfrutar de una vida civilizada, y lo que costaba. La obligación que había de pagarlo todo. Y lo corriente que era el que un hijo se hiciera solidario de las deudas de sus padres desde el momento mismo en que era considerado adulto.

El silencio de Billy lo irritó. Era como si su hijo le estuviera reprochando algo. ¡Tras todos aquellos años de esclavitud para darle a aquel mocoso ingrato todo el confort posible!

—Muchacho —dijo gravemente—, tú has estudiado historia en la escuela, ¿no? Bien, entonces sabrás lo que ocurría en el pasado. Había guerras. ¿Te hubiera gustado que te mataran en el transcurso de alguna de aquellas guerras?

Su hijo no respondió.

—¿O quizá preferirías agotarte durante ocho horas al día haciendo el trabajo que puede hacer una máquina? ¿O estar hambriento *siempre*? ¿O pasar frío, con la lluvia cayendo sobre ti y ningún lugar donde refugiarte para dormir?

Calló, aguardando una respuesta. No llegó ninguna.

—Te ha tocado la suerte de vivir en la época más afortunada que haya conocido la Humanidad —prosiguió—. Estás rodeado de todas las mayores maravillas del arte y la ciencia. La mejor música, los más famosos libros, todo el arte del mundo, todo ello al alcance de tu mano. Lo único que tienes que hacer es apretar un botón. —Su tono se suavizó—. Bueno, ¿qué piensas de ello?

—Estaba pensando en cómo podré ir a Marte —respondió el niño—. Con la deuda, quiero decir. Me temo que no podré.

—No, por supuesto.

—A menos que me meta de polizón en un cohete.

—Oh, pero tú no harás nunca eso.

—No, claro que no —dijo pensativamente el niño. Pero a su tono le faltaba convicción.

—Te quedarás aquí, y te casarás con una hermosa chica —dijo Leela.

—Oh, sí —dijo Billy—. Sí, claro. —De repente, sonrió—. ¿Sabes?, no pensaba seriamente en eso de ir a Marte.

—Me alegra oírtelo decir —reconoció Leela.

—Olviden todo lo que he dicho —dijo Billy, con la misma fría sonrisa. Se levantó, y echó a correr escaleras arriba.

—Seguro que ha ido a jugar con sus cohetes —dijo Leela—. Es un diablillo.

Los Carrin cenaron tranquilamente, y entonces llegó el momento para el señor Carrin de ir a trabajar. Aquel mes le tocaba el turno de noche. Besó a su mujer, subió a su turbo, y tomó la dirección de la fábrica. Las puertas automáticas de ésta le reconocieron y se abrieron ante él. Dejó su vehículo en el estacionamiento reservado, y penetró en la enorme nave.

Estaba repleta de tornos automáticos, prensas automáticas..., todo automático. La inmensa nave estaba brillantemente iluminada, y las máquinas ronroneaban suave y adormecedoramente, haciendo su trabajo, y haciéndolo bien.

Carrin se dirigió hacia el extremo de la larga cadena de montaje de lavadoras automáticas para relevar a su compañero del turno anterior.

—¿Todo bien? —preguntó.

—Por supuesto —dijo el hombre—. Hace más de un año que apareció la última defectuosa. Además, ese nuevo modelo es parlante; no enciende luces como los antiguos.

Carrin se sentó en el lugar del otro hombre, y esperó a que apareciera la primera lavadora. Su trabajo era la sencillez misma: permanecía sentado en su sillón, y las lavadoras pasaban ante él. Cuando lo hacían, Carrin pulsaba uno de los botones de la máquina para comprobar que todo estaba en orden. Siempre lo estaba. Entonces las lavadoras se dirigían hacia la sección automática de embalaje.

La primera lavadora apareció por la cinta. Carrin pulsó un botón lateral.

—Lista para el lavado —dijo la lavadora.

Carrin pulsó otro botón, y la lavadora se alejó.

Maldito muchacho, pensó Carrin, recordando a su hijo. ¿Sabría enfrentarse algún día a sus responsabilidades? Cuando alcanzara la edad adulta, ¿sabría insertarse en su lugar en la sociedad? Carrin empezaba a dudar. El chico era un rebelde por naturaleza. Si alguna vez alguien iba a Marte, podía estar seguro que sería él.

Pero aquel pensamiento no le preocupaba de una forma particular.

—Lista para el lavado —dijo otra lavadora, pasando ante él.

Carrin recordó entonces algo acerca de Miller. Aquel hombre jovial estaba siempre hablando de los planetas, no dejaba de alardear que algún día lo abandonaría todo e iría a algún lugar, para vivir la misma vida dura que habían vivido sus antepasados. Y, sin embargo, nunca lo había hecho. En lugar de ello había tomado un pedazo de cuerda y se había ahorcado.

—Lista para el lavado.

Carrin tenía ocho horas ante él, y se soltó la hebilla del cinturón para estar más cómodo. Ocho horas apretando botones y escuchando a las máquinas decir que estaban preparadas.

—Lista para el lavado.

Pulsó otro botón.

—Lista para el lavado.

La mente de Carrin huyó de su trabajo, que de todos modos no exigía una atención especial. Cuánto le hubiera gustado hacer todo lo que había deseado hacer cuando era joven, pensó.

Qué maravilloso hubiera sido ser un piloto espacial, pulsar un botón, e ir a Marte.

CON ESAS MANOS

CYRIL M. KORNBLUTH

Henry Ford, además de ser pionero en muchas otras cosas, dio el primer golpe de lanza dirigido al corazón mismo de la artesanía. Desde la invención y desarrollo del trabajo en cadena, las grandes series de producción, los artículos escrupulosamente hechos a máquina, todos idénticos, sin la menor variación salvo algún detalle de color o embellecimiento, han terminado con el trabajo del artesano, la creatividad pieza a pieza. Un buen diseño original se reproduce cientos, miles, millones de veces. Y tiene éxito. La gente empieza a rechazar la artesanía a), porque resulta más cara, y b) porque le falta la simétrica perfección de los productos cuidadosamente manufacturados a partir de un molde original exquisita y minuciosamente preparado para ser reproducido gran cantidad de veces.

Este proceso seguirá en el futuro una inexorable progresión. El día en que artes tales como la escultura, la pintura, la música, la poesía, se mecanicen por completo (de hecho existen ya pinturas y esculturas «automáticas», aparatos de componer que sobre la base de algunas notas clave construyen toda una melodía, computadoras poetas que emplean las palabras con una maestría singular)..., el arte también morirá.

Cyril Kornbluth, coautor con Frederik Pohl de Mercaderes del Espacio, ese clásico del que volveré a hablar más adelante, abre aquí su imaginación para abordar este tema. Rezumando humanidad, quizá pensando en el futuro de su propio trabajo creativo, Kornbluth, fallecido en 1958, nos plantea aquí la disyuntiva del arte «artesano», si se me permite la redundancia, frente al arte masificado por la técnica. Pero Kornbluth siempre ha sido un autor optimista, y por ello no es extraño que, frente al pesimismo reinante en toda la ciencia ficción de índole utópica, nos presente aquí un final feliz a su historia..., aunque el angustioso mundo sin arte quede, pese a todo, a espaldas del protagonista.

* * *

1

Halvorsen aguardó en la sala de espera de la Cancillería a que Monseñor Reedy hubiera despachado a las tres personas que estaban antes que él. El hambre lo aturdió, y apenas vio al secretario del prelado hacerle una seña. Se levantó de un salto cuando el secretario abrió ceremoniosamente la puerta de la oficina personal de Monseñor Reedy y se inmovilizó a un lado.

El artista atravesó la estancia, sin recordar que había dejado la carpeta con sus diseños apoyada en la silla contigua; lo recordó cuando estaba ya casi en el umbral, dio media vuelta, y retrocedió a buscarla, enrojeciendo. El secretario adoptó un aire

de afectada paciencia.

—Gracias —le dijo Halvorsen en voz baja, mientras la puerta se cerraba a sus espaldas.

La actitud del prelado parecía incómoda.

—Le he traído los bocetos para las Estaciones —dijo Halvorsen, abriendo la carpeta sobre el escritorio.

—Lo siento, Roald, pero tengo malas noticias —dijo Monseñor—. Sé que esperaba usted impacientemente este encargo, pero...

—¿Ha sido adjudicado a algún otro? —preguntó el artista con voz débil, apoyándose en el escritorio—. Creí que finalmente Su Eminencia había decidido que yo...

—No se trata de eso —dijo el sacerdote—. Pero la Sagrada Congregación de Ritos ha hecho esta semana una declaración sobre iconografía. El estereopantógrafo, por decisión del obispo, podrá ser utilizado en toda la diócesis. Y Su Eminencia...

—Oh, sí..., el estereopantógrafo y sus vacías imitaciones —dijo Halvorsen—. Tan verdaderas como un ojo de plástico. Ni textura ni vigor. ¡Y usted lo sabe bien, Padre! —su tono se hizo acusador.

—Lo siento, Roald —dijo monseñor—. Su trabajo es superior al que sin duda nos proporcionará un estereopantógrafo..., a mi juicio al menos. Pero hay otras consideraciones en juego.

—Entiendo —escupió el pintor—. El dinero.

—Exacto, el dinero —admitió el prelado—. Su Eminencia desea ver terminadas las obras de San Javier antes de morir. ¿No es algo lógico? Y tenemos también nuestras escuelas, nuestras obras de caridad, nuestra misión en Venus. El estereopantógrafo permitirá unas considerables economías en la compra y el mantenimiento de nuestras imágenes piadosas. Aunque se me diera la posibilidad, no podría mostrarme en desacuerdo con la decisión de Su Eminencia de adoptar este medio dentro de nuestro cuadro de austeridad en la política diocesana. —Sus ojos se posaron en los bocetos de las Estaciones de la Cruz desplegados sobre la mesa—. Su santa Verónica —murmuró con tono ausente—. Muy hermosa. Me recuerda los atormentados santos de Caravaggio. Me gustaría verla fundida en bronce.

—A mí también —dijo Halvorsen con voz ronca—. Quédese con los bocetos, Padre —se volvió bruscamente y se dirigió hacia la puerta.

—Pero yo no puedo... —protestó Monseñor.

—Oh, sí, sí puede —dijo Halvorsen sin volverse. Pasó ante el secretario casi sin verle, y abandonó la Cancillería para encontrarse de nuevo bajo el sol primaveral de la Quinta Avenida. Esperaba que los bocetos le gustaran a Monseñor Reedy, y que éste sintiera vergüenza de sí mismo e hiciera algo en favor de Halvorsen. Y al mismo tiempo se sentía aliviado por no tener que seguir cargando la pesada carpeta. Todo le parecía tan pesado desde hacía un tiempo..., el escoplo, el martillo, la paleta de madera. Quizás el sacerdote le enviara algún dinero para resarcirle de sus gastos, o a

título de anticipo, como había hecho otras veces.

Pero no, no habría más anticipos para él. Sus pasos lo llevaban inconscientemente a lo largo de la Avenida. Su último arroyuelo de ingresos regulares acababa de secarse, tras la aparición de un artículo en el *Osservatore Romano*. El conservadurismo religioso había conducido a la Iglesia al final de su tradicional papel de protectora de las artes.

Mientras toda Europa escribía en la nueva y maravillosa vitela, la Iglesia se aferraba aún al buen viejo papiro. Cuando toda Europa escribía sobre el nuevo y maravilloso papel, la Iglesia permanecía fiel a la buena vieja velina. Mientras todos los arquitectos y todas las comisiones encargadas de erigir monumentos municipales y todos los clientes privados que querían verse perpetuados en bustos acudían al estereopantógrafo, la Iglesia había permanecido aferrada a la buena vieja y costosa escultura. Pero todo había terminado ya.

En aquel momento pasó por delante de una galería de estereopantógrafos donde trabajaba uno de sus alumnos del curso de los martes por la noche, uno de los raros hombres que acudían a sus clases. Éstas se componían casi exclusivamente de chicas perezosas, ricas, caprichosas e irritables. Halvorsen se sorprendió a sí mismo entrando en la galería y paseando entre las estereopantografías de semidesnudos asténicos ejecutados en un plástico transparente que le ponía la carne de gallina.

¿Cómo se atreven...?, pensó.

—¿En qué puedo...? Oh, buenos días, Roald. ¿Qué le trae por aquí?

Halvorsen comprendió entonces lo que le había traído hasta allí.

—¿Podría usted darme un pequeño adelanto sobre el curso del mes próximo, Lewis? Estoy en las últimas. —Eché una inquieta ojeada a su alrededor en aquella sala de horrores para evitar la mirada condescendiente del otro.

—Oh, por supuesto que sí, Roald. ¿Le sirven diez dólares? Así quedamos saldados hasta el día 25. ¿Correcto?

—Sí, muy bien —dijo, dejándose arrastrar a regañadientes para visitar la galería.

—Ya sé que usted no tiene en muy alta opinión la estereopantografía, pero aprovechando que ahora la tienda está tranquila creo que es una buena ocasión para que vea como trabajamos. No pretendo que esto sea arte con mayúscula, pero tiene que admitir que al menos sí es *un* arte, algo que gusta a la gente, y que se halla a un precio asequible. ¿Ve?, aquí les hacemos posar. Y entonces pasamos esas antenas por los puntos de referencia del rostro. Los conoce, ¿verdad?

—Sé en qué consisten —se oyó a sí mismo responder secamente—. Los escultores egipcios los usaban para realizar las estatuas de los faraones.

—¿Ah, sí? Nunca había oído hablar de ello. Ya veo que no hay nada nuevo bajo el sol. Pero aquí tenemos el *corazón* del estereopantógrafo —el joven abrió orgullosamente la puerta de un gabinete electrónico en la pared de la sala de retratos. Algunas luces parpadearon sombríamente.

—¿El estetikon? —dijo Halvorsen con tono indiferente. En realidad no se sentía

indiferente, pero hubiera sido ridículo poner en evidencia su irritación, por intensa que fuera, contra una masa de circuitos sin la menor espiritualidad pero capaces de calcular planos y criticar y rectificar imágenes hasta conseguir el efecto buscado..., dejando en la miseria a todos los artistas dibujantes.

—Sí. Los objetivos toman dieciséis poses, ya sabe, y luego ajustamos el estetikon para que dé la expresión deseada..., ya sabe, gentileza, seguridad, espiritualidad, inteligencia, o varias de ellas combinadas. Va precisando las curvas de perfil en perfil hasta darnos exactamente lo que deseamos, e incluso llega a deformar los rasgos en una cierta medida si es necesario..., y así tenemos ya el retrato registrado en su memoria a la espera de la reproducción. Luego ajustamos el aparato para agrandar o disminuir la imagen a las medidas deseadas, y pulsamos el reproductor. Lamento que no hagamos reproducciones hoy, es algo fascinante de ver. Uno simplemente echa el plástico, y la máquina empieza a trabajar, quita un poco por aquí, añade una gota por allá, y el retrato empieza a cobrar forma.

Aquí fabricamos principalmente bustos, es lo que predomina entre la clientela de la Avenida, pero nuestro encargado, Wilgus, trabajaba antes en un almacén de monumentos en Brooklyn. Fue él quien hizo ese enorme monumento a los caídos durante la guerra en el East River Drive... Contrató a Garda Bouchette, esa chica de la televisión, para posar de personaje central. ¡Qué silueta! Me dijo que ajustó el aparato sobre tres cuartos de sexualidad y un cuarto de espiritualidad. Oh, aquí tenemos algo interesante..., una estatua de Orin Ryerson, el banquero, de pie. Las estatuas se están poniendo de moda. A las mujeres les gustan porque así pueden exhibir sus formas. Se sorprendería usted de las poses que a veces están dispuestas a adoptar...

Halvorsen consiguió finalmente salir de allí, provisto de sus diez dólares. Alcanzó la Sexta Avenida, y se sentó pesadamente ante la mesa de un restaurante barato. Tomó un café, y se amodorró un poco. Fue despertado con un sobresalto por un repentino estruendo al otro lado de la calle. Estaban construyendo un edificio. Observó durante unos instantes las enormes máquinas que descargaban las paredes y los techos prefabricados, los obreros que iban de aquí para allá en sus pequeñas carretillas autónomas, soldando un panel de pared aquí, trazando con unas cuantas pinceladas un circuito eléctrico utilizando su tinta conductora, o pulverizando el recubrimiento plástico sobre la pared con toda su instalación terminada, sin abandonar ni por un momento sus pequeños carros mecánicos.

Halvorsen se sintió más decidido que nunca. Compró el periódico en el distribuidor automático ante la puerta del restaurante, encargó una segunda taza de café, y recorrió las ofertas de empleo.

Los tentadores anuncios de las escuelas profesionales le invitaban a aprender los oficios anexos a la construcción como un medio de ganar mucho dinero. *¡Hágase conductor de una máquina de lampistería! ¡Sea supervisor de una máquina instaladora de circuitos! ¡Conviértase en operador de encajadora de pilotes!*

¡Aprenda a reparar descargadoras!

¡Gane mucho dinero!

Se sintió invadido por una especie de pánico. Corrió a la cabina telefónica y marcó un número de Passaic. Oyó el insistente timbre sonando al otro extremo, y aguzó el oído para percibir los pesados pasos del viejo señor Krehbeil acercándose al aparato, aún sabiendo que no iba a oír nada hasta que descolgaran el auricular.

Ding-ding-ding.

—¿Sí? —gruñó la voz del viejo, mientras su rostro aparecía en la pequeña pantalla—. Ah, hola, señor Halvorsen. ¿Qué puedo hacer por usted?

Halvorsen sentía como un nudo en la lengua. No podía simplemente responder: tan sólo quería asegurarme que usted estaba todavía ahí, temía que ya no estuviera. Carraspeó e improvisó:

—Buenos días, señor Krehbeil. Es respecto a la barandilla de mi escalera. Desde hace un tiempo observo que no está muy segura. ¿Podría venir a arreglarla?

La mirada de Krehbeil se hizo suspicaz en la pantalla.

—Sí, sería posible —dijo lentamente—. Apenas tengo trabajo actualmente. Pero usted es tan buen carpintero como yo, señor Halvorsen y, francamente, tarda usted demasiado en pagar, y prefiero trabajar en muebles. Ya no soy joven, y me cuesta subir las escaleras. Si no encuentra usted a nadie más, está bien, le haré el trabajo, pero tendrá que darme algo por adelantado, el precio de los materiales al menos. Ya no se encuentra fácilmente buena madera.

—Está bien. Gracias, señor Krehbeil. Le volveré a llamar si no encuentro a nadie más.

Colgó, y regresó a su mesa y a su periódico. Su rostro estaba encendido por la reticente actitud del viejo y por su propio pánico, algo realmente idiota. Krehbeil no se daba cuenta que ambos estaban a bordo del mismo barco, y que este barco se estaba hundiendo. Krehbeil, que generalmente no tenía más que uno o dos remiendos por mes, creía todavía ser un artesano carpintero y ebanista capaz de ganarse la vida en cualquier lugar con tan sólo su caja de herramientas y su talento, y se consideraba con derecho a mirar desde arriba a alguien tan poco destacado como era un artista..., incluso un artista que en muchas ocasiones había demostrado ser tan buen carpintero como él.

Había sido Labuerre quien había obligado a Halvorsen a aprender carpintería, y Labuerre había tenido razón. Uno levanta un andamiaje para poder esculpir piezas altas, no para que se derrumbe partiéndole a uno la pierna. Uno construye sus plataformas de modo que sostengan firmemente la piedra, y no para que se estremezcan y chirrien a cada golpe de cincel.

Pero aquellos que ofrecían empleos no necesitaban en absoluto constructores de andamios ni de plataformas. Las empresas solicitaban operadores y hombres de mantenimiento para las máquinas de producción y de montaje.

La «General Vegetables», una sociedad al norte del Estado, había enviado

contratistas para buscar mano de obra: segadores, mecánicos y especialistas en máquinas empacadoras. Bajo la rúbrica «Administrativos y Especialistas», se solicitaba mucho personal informático, operadoras de Escribidoras IBM, especializadas principalmente en ventas y correspondencia, así como mecánicos para las máquinas de oficina. La A. T. & T. deseaba aprendices que se ganarían la vida mientras aprendían el mantenimiento de los teléfonos. Una empresa de publicidad por correspondencia buscaba un artista..., o más bien un director de ventas capaz de esbozar imágenes publicitarias que luego serían sometidas a las críticas y a las correcciones del estetikon.

Cansado, Halvorsen recorrió el resto del periódico. Sabía que no iba a encontrar ningún empleo, y que, incluso si lo hallaba, no duraría mucho tiempo en él. Sabía que era horrible tener que confesarse a sí mismo que le esperaba un destino de hambre porque todo lo hastiaba excepto el arte, pero se lo confesaba.

Había ocurrido con bastante frecuencia en el pasado..., artistas que habían soportado miserias inverosímiles, no, como pensaba la gente, porque estaban abocados completamente a su arte, sino porque nada más les parecía interesante. Si al menos hubiera alguna palabra sonora e impresionante que pudiera disimular el doloroso y opresivo sentimiento de futilidad que se adueñaba de él cuando intentaba salirse del arte..., pero no había ninguna.

Pensaba que era capaz de reconocer, entre las fotos del periódico, cuales habían sido retocadas por el estetikon.

Había un grabado de Jink Bitsy, que debía ser el protagonista de una nueva versión de *Peter Pan*. Sus orejas eran no puntiagudas, sino espirituales, su labio superior había sido prolongado ligeramente, su nariz un poco aplastada y hecha respingona, sus pecas nunca podrían ser naturales, sus cejas se arqueaban inocentemente, en cuanto a su labio inferior y a sus ojos, lo menos que se podía decir de ellos es que eran pornográficos.

Había una foto, aparentemente no retocada, de la última nave de Venus llegando a la Tierra, con unos exploradores de apariencia normal que sonreían. El pie decía: «*Austin Malone y su tripulación sonríen satisfechos al llegar a buen puerto. Según Malone, las colonias venusianas necesitan hombres y máquinas. Ver nuestro artículo en página 2.*»

Halvorsen arrojó irritado el periódico sobre la mesa y salió. ¿Qué tenía que hacer él en los viajes espaciales? Las vacaciones en la Luna y las expediciones a Venus y Marte formaban parte de la mortal enfermedad que roía sus posibilidades de vivir.

2

Tomó el metro hasta Passaic y anduvo por una cinta rodante inmovilizada desde hacía tiempo hasta su taller, que era casi el único edificio habitado entre los ruinosos inmuebles que rodeaban la estación de mercancías abandonada, con sus oxidados rieles.

Un rótulo, que en su tiempo había anunciado: *F. Labuerre, escultor, bustos y monumentos arquitectónicos*, decía ahora: *Roald Halvorsen, Cursos de Arte. Precios Módicos*. Era una casa de madera de un solo piso, sucia, con un escaparate donde figuraban algunos estudios al carbón y naturalezas muertas al óleo efectuadas por algunos de sus alumnos. Él vivía en el piso, daba sus clases en la planta baja, y trabajaba personalmente en la parte de atrás, al otro lado de unas sucias y manchadas cortinas que cerraban el fondo de la tienda desde el techo hasta el suelo.

Al entrar se dio cuenta que había olvidado una vez más cerrar la puerta con llave. Aquello aumentó su malhumor. Cerró tras él con un portazo. Al ruido, una voz tras las cortinas dijo:

—¿Quién está ahí?

—¡Halvorsen! —gritó, presa de un repentino furor—. ¡Vivo aquí! ¡Este lugar me pertenece! ¡Y ahora salga! ¿Qué demonios quiere?

Alguien tanteó las cortinas hasta hallar la abertura, y apareció una chica, con aire de disgusto ante toda aquella suciedad.

—La puerta estaba abierta —dijo, segura de sí misma—, y esto es una tienda. Apenas hace dos minutos que estoy aquí. Vine para informarme acerca de los cursos, pero no creo que me interesen, visto su malhumor.

Un alumno. Nunca había que ser insolente con los alumnos, y menos en aquellos momentos.

—Lo siento de veras —murmuró—. Llevo un día terrible. —Y ahora toda la carne al asador—: No le diría a todo el mundo un secreto tan horrible, pero acabo de perder un encargo. ¿Comprende lo que es eso? Y lo peor es que lo sabía. Cualquiera que se tome la molestia de venir a mi repugnante morada merece todas las atenciones. Siéntese, por favor. No, aquí no..., siéntese mejor en este otro lado. El cálido fondo de esa naturaleza muerta hace resaltar el tono de su piel..., un tono excelente, por cierto. ¿Alguien ha pintado alguna vez su retrato? ¿Sabe que su rostro es tremendamente atractivo? Me gustaría, algún día... Pero me decía usted algo de unas lecciones.

»Tenemos sesiones de desnudo, con modelos masculinos y femeninos alternativamente, todos los martes por la noche. Pero en eso debo ser riguroso y exigirle un compromiso para doce lecciones, a sesenta dólares. Comprenda, es debido a los precios que exigen los modelos..., son exorbitantes. Los sábados por la tarde hay clases de naturaleza muerta para principiantes en pintura al óleo. El precio es tan sólo de dos dólares la sesión, pero si usted se inscribe por seis sesiones y paga por

anticipado le costará solamente diez dólares..., es decir, se ahorrará dos dólares. También doy lecciones particulares a gente que demuestre un talento especial...

Los precios, en este último caso, eran variables..., el máximo que podía obtener. La última chica que había seguido unos cursos particulares había tomado tan sólo cinco lecciones a cinco dólares la hora..., y de ello hacía más de un año.

—Me gustaría el curso de naturaleza muerta —dijo la muchacha, inclinándose tímidamente la cabeza como hacían todas cuando él les soltaba su perorata. Era una hermosa cabeza, orgullosa y altiva. Sus músculos eran compactos, todavía no reblandecidos en pliegues y bolsas geotrópicas. Las líneas de la juventud son heliotrópicas, pensó vagamente.

—He visto algunos estudios interesantes ahí atrás —dijo ella—. ¿Son suyos?

Se levantó, evidenciando que esperaba que él la condujera al taller. Tenía uno de esos cuerpos longuilíneos, con unos senos menudos, esbeltos y elásticos, que tanto les gustaba dibujar a los prerrafaelistas.

—Bueno... —dijo Halvorsen. Una deliberada vacilación, luego una radiante sonrisa de confianza—. Está bien, sé que *usted* va a comprender —y apartó con un gesto teatral la cortina.

—Oh, qué lugar tan curioso —ella revoloteó de un lado a otro, inspeccionando los bidones de yeso, arcilla y plasticina, los estantes de herramientas, los martillos, las piedras, los cinceles, la forja, el horno, la madera, el banco de esmaltar—. *Me gusta* —dijo con decisión. Tomó una estatuilla de unos cincuenta centímetros de altura, una Venus de bronce que había fundido hacía unos años, cuando era aún alumno de Labuerre—. ¿Cuánto vale?

Una respuesta franca la haría huir, y no era posible que ella la comprara.

—Muy raramente pongo a la venta mis obras —dijo, con tono casual—. No es más que un pequeño estudio. Trabajo tan sólo bajo encargo.

Ella paseó su mirada por la desarreglada estancia, con sus paredes llenas de grietas, con su suelo deformado; parecía como si estuviera mirando a través de las paredes las abandonadas casuchas de los alrededores. Parecía divertida.

Piensa que no soy sincero, se dijo Halvorsen. *Encuentra todo esto divertido. Está bien, seremos francos con ella.*

—Seiscientos dólares —dijo fríamente.

Ella dejó secamente la estatuilla en su soporte y dijo, en un tono entre divertido e irritado:

—No lo entiendo. Esto representa más de un mes de mi sueldo. Podría conseguir una figurilla estereopantográfica tan hermosa como ésta por sólo diez dólares. ¿Por quienes se toman ustedes, los artistas?

Halvorsen pensó por unos instantes en todo lo que podía decirle al respecto:

Un operador de estereopantógrafo aprende su oficio en una semana, mientras que yo he pasado toda mi vida aprendiendo el mío.

Un operador de estereopantógrafo ejecuta la copia mecánica de una forma

modificada según fórmulas obtenidas mecánicamente a partir de psicotefts extraídos de muestreos representativos de la población. Yo asumo la plena responsabilidad de mi trabajo; es completamente mío, aunque utilice lo que me parezca bueno de Egipto, Grecia, Roma, el Medioevo, el Renacimiento, las eras agustina, romántica y moderna.

Un operador de estereopantógrafo trabaja un plástico blando y homogéneo. Yo trabajo el bronce, que es mucho más complicado de todo lo que usted pueda creer. Hay que fundirlo y templarlo en ácidos para que tome lentamente, en el transcurso de numerosos años, esos colores ricos y sutiles que lo caracterizan.

Un operador de estereopantógrafo no sabría hacer La Fuente de Orfeo...

—Orfeo —murmuró, y se desplomó.

3

Se despertó en su cama del primer piso. Sentía la electricidad recorriendo los dedos de sus manos y de sus pies, y sus ideas estaban muy claras. La joven y un hombre desconocido —seguramente un médico— lo observaban.

—Al parecer no pertenece usted a ninguna organización de seguros médicos, Halvorsen —dijo el médico en un tono irritado—. No lleva ninguna tarjeta encima. Ni roja, ni azul, ni verde, ni marrón.

—Pertenece al Plan Verde, pero me di de baja —dijo Halvorsen, a la defensiva.

—Y vea lo que le ha ocurrido ahora.

—¡Deje de molestarle! —interrumpió la chica—. Yo pagaré sus honorarios.

—Se supone que debo ser pagado por un Plan —gruñó el médico.

—No le diremos nada a nadie —prometió la chica—. Tome cinco dólares, y deje de molestar.

—Mala nutrición —dijo el médico—. Normalmente debería enviarle a un hospital, pero no veo cómo diablos podría hacerlo en estas circunstancias. No pertenece a ningún Plan. Escuchen, voy a aceptar el dinero y les dejaré algunas vitaminas. Las necesita..., vitaminas y una buena alimentación.

—Haré que coma —dijo la joven, y el médico se fue.

—¿Cuánto hace que comió la última vez? —preguntó a Halvorsen.

—Hoy he tomado dos cafés. Trabajaba en unos bocetos muy detallados para un encargo, y la cosa no ha funcionado. Ya se lo he dicho. Esto me ha causado un *shock*.

—Me llamo Lucretia Grumman —dijo ella, y salió.

Se quedó medio adormilado hasta su regreso. Iba cargada con paquetes.

—Es difícil arreglárselas aquí —se lamentó ella.

—Era el taller de Labuerre —explicó él, con tono desafiador—. Me lo dejó al morir. Por aquel entonces no estaba en tan mal estado. Era mi maestro: fue uno de los últimos. A menudo decía: «No desean realmente mis obras, pero tienen vergüenza de dejarme morir de hambre». Me advirtió que no iban a tener vergüenza en dejarme morir de hambre *a mí*. Pero insistí, y terminó aceptando tomarme como alumno.

Halvorsen bebió un poco de leche y comió algo de pan. Pensó en la moneda de diez dólares que tenía en el bolsillo y decidió no hablar de ella. Luego recordó que el médico había registrado sus ropas en busca de la tarjeta.

—Puedo pagarle todo esto —dijo—. Es muy amable de su parte, pero no tiene que creer que estoy sin un centavo. La realidad es que estaba demasiado preocupado como para dedicarme a mi persona.

—Por supuesto —admitió la chica—. Pero digamos que se trata de un adelanto. Me gustaría inscribirme en algunos cursos.

—Me sentiré muy feliz de tenerla como alumna.

—¿Le ocurre algo? —preguntó ella—. Cuando se desvaneció, pronunció una palabra extraña... *Orfeo*.

—¿De veras? Debía estar pensando en *La Fuente de Orfeo*, de Milles, en Copenhague. La he visto en fotos, pero nunca he ido allí.

—¿A Alemania? ¡Pero si no queda nada de Alemania!

—Copenhague está en Dinamarca. Quedan todavía muchas cosas en Dinamarca. El país era neutral, ¿sabe? Ha sufrido duras radiaciones, pero sigue estando en su sitio.

—A mí también me gustaría viajar. Trabajo en La Guardia, y nunca he viajado, excepto una excursión a la órbita. Me gustaría ir a la Luna por las vacaciones. Nos dan una bonificación en cheques de viaje, ¿sabe? Debe ser maravilloso bailar bajo gravedad débil.

¿El espaciopuerto? ¿Viajar? ¿Gravedad débil? Palabras pertenecientes al detestado mundo de la electrónica y del estereopantógrafo, donde él no tenía cabida.

—Indudablemente debe ser apasionante —murmuró, cerrando los ojos para disimular su decepción.

—Le estoy aburriendo —dijo ella—. Me voy, pero volveré para el curso del martes por la noche. ¿A qué hora? ¿Y qué debo traer?

—A las ocho. Es dibujo al carbón..., yo le proporcionaré los materiales. Traiga tan sólo una bata.

—Está bien. Me gustaría seguir también los cursos de pintura al óleo. Y me gustaría traer a algunos conocidos para que vieran sus obras. Estoy segura que ellos encontrarán algo que les guste. Austin Malone acaba de llegar de Venus..., es uno de mis amigos.

—Lucretia —dijo él—. ¿O la llaman a veces Lucy? ¿Quiere llevarse este pequeño

bronce que le ha gustado? A título de compensación.

—¡Oh, no puedo!

—Por favor. Me sentiré mucho más tranquilo. De veras.

Ella asintió brevemente con la cabeza, enrojeciendo, y huyó casi de la habitación.

¿*Por qué he hecho esto?*, se preguntó Halvorsen.

Esperaba que fuera porque Lucy Grumman le gustaba. Esperaba que no fuera una inversión calculada, algo que la obligara a ella a regresar con el dinero de los cursos y algunos otros alimentos.

4

Lucy volvió el martes, con media hora de anticipación, vestida con una bata. Halvorsen la presentó oficialmente a las demás a medida que iban llegando: una docena de mujeres jóvenes y aburridas que debían hablar enormemente de sus lecciones de arte fuera de allí, pero que en la clase se aferraban al menor pretexto para dejar de dibujar.

No se atrevió a mostrar ninguna atención particular hacia ella. La clase estaba llena de orgullos inviolables. Halvorsen sabía que todas sus alumnas se burlaban secretamente de él y de su trabajo, pero sin embargo se mostraban ferozmente celosas de su antigüedad y de sus derechos adquiridos a algunas atenciones especiales.

Como siempre, la lección transcurrió penosamente. El modelo, un joven atleta de nudosos músculos, salido de los gimnasios culturistas y de los estudios fotográficos, era estúpido, y protestaba contra las poses de diez minutos. Dos de las mujeres llegaron casi a tirarse del pelo acerca de su derecho a ocupar un lugar de preferencia para realizar su croquis. Una tercera había descubierto la fase cubista de Picasso a lo largo de la semana, y anunció orgullosamente que era *incapaz* de captar ninguna perspectiva en el arte.

Sin embargo, las dos largas horas terminaron por pasar. Dio el aviso para que recogieran un poco sus cosas —la clase no era tan sucia como la de pintura al óleo de los sábados— y se quedó de pie junto a la puerta abierta, puesto que de otro modo ellas eran capaces de quedarse toda la noche charlando de las alumnas que no habían venido y criticando amigas comunes. Sin embargo, sus bien trazados planes se derrumbaron como un castillo de naipes. Un enorme y lujoso coche se detuvo ante la puerta en el mismo momento en que todas se iban.

—Oh, ahí está Austin Malone —dijo Lucy—. Viene a buscarme y a ver su

trabajo.

Las demás alumnas no necesitaban otra cosa.

—¡Oh, ¿es *realmente* Austin Malone?

—Lucy, querida, ¡cuánto me gustaría conocer a un verdadero *hombre del espacio*!

—Roald, querido, ¿te importará que me quede tan sólo un momento?

—¡Roald, querido, *yo* no voy a perderme una ocasión como ésta, te guste o no!

Malone tenía una personalidad impresionante. Parecía como si hubiera pasado a través de un estetikon para las características «musculoso» y «decidido», pensó Halvorsen. Lucy gruñó algunas inconcretas presentaciones, y el hombre del espacio no mostró la menor reacción ante las tentativas de conversación de las demás mujeres.

Habló a Halvorsen con una voz clara y bien timbrada:

—No me gustaría robarle su tiempo, Halvorsen. Lucy me ha dicho que tiene algunas obras en venta. ¿Hay algún lugar donde pueda examinarlas con toda tranquilidad?

Las demás alumnas se marcharon, planeando secretas venganzas.

—Por aquí —dijo el artista.

La muchacha y Malone le siguieron al otro lado de las cortinas. El hombre del espacio paseó una lenta mirada por el taller, dando la impresión que quería eludir cualquier pregunta.

Finalmente, se sentó y dijo:

—Realmente, no sé qué pensar, Halvorsen. Este lugar me asombra. ¿Sabe *usted* que está nadando en los *Siglos Oscuros*?

Las gentes que nunca han dedicado un pensamiento ni a Chartres ni al Mont-Saint-Michel llaman generalmente a eso los Siglos Oscuros, pensó amargamente Halvorsen.

—¿Desde un punto de vista técnico, quiere decir? —preguntó—. No, en absoluto. Mi yeso es de la mejor calidad, al igual que mis colores y mis metales..., al menos los de los útiles, sin hablar del de la fundición.

—Estoy hablando de su trabajo *a mano* —precisó Malone—. Del hecho que usted trabaje realmente *a mano*.

El artista se alzó de hombros.

—Ha habido épocas en que los artistas han concedido mucha importancia al arte mecánico —reconoció—, y esto ha producido indudablemente algunas obras interesantes. Pero estas épocas nunca han durado demasiado. ¿Hay aquí alguna cosa que llame su atención, señor Malone?

—Me gustan esos delfines —dijo el hombre del espacio, señalando un bajorrelieve de cerámica colgado de la pared. Había sido encargado por un arquitecto, y luego rechazado por razones económicas cuando los gastos de construcción de la casa habían superado ampliamente las previsiones—. Creo que quedarán muy bien sobre la chimenea de mi apartamento aquí en la ciudad. ¿Te gustan, Lucy?

—Son maravillosos —dijo ella.

Roald observó que el hombre se envaraba en un esfuerzo por no volverse y mirarla fijamente. La amaba, y se sentía celoso.

Roald explicó la historia de los delfines y añadió:

—El precio que el arquitecto consideró demasiado elevado era de trescientos sesenta dólares.

—No me parece excesivo... —gruñó Malone—, si le concedemos un buen margen de importancia a la inspiración.

—No sé el margen de importancia que tenga la inspiración en el precio —dijo calmadamente Halvorsen—, pero me pasé dos días y dos noches paleando carbón y regulando las corrientes de aire para endurecer correctamente este objeto en mi horno.

El hombre del espacio adoptó una actitud condescendiente.

—Me los quedo —dijo—. Siempre serán un buen tema de conversación en las reuniones, cuando se produzca uno de esos silencios tan embarazosos. Halvorsen, ¿qué opina usted del trabajo de Lucy? ¿Cree que debe perseverar?

—¡Austin, no seas tan impaciente! —protestó ella—. ¿Qué quieres que sepa tras una sola sesión?

—Aún no ha aprendido a dibujar —dijo prudentemente Halvorsen—. El dibujo es ante todo coordinación, ¿sabe?... horas y horas de práctica entrenando al ojo y a la mano a trabajar conjuntamente, hasta que se consigue trazar una línea en el papel exactamente en el lugar preciso donde se deseaba trazar. Lucy, si realmente le interesa, aprenderá a dibujar bien. No creo que ninguna de mis otras alumnas lo consiga: vienen aquí tan sólo movidas por el aburrimiento o por snobismo, y terminan abandonando antes de alcanzar la coordinación necesaria entre el ojo y la mano.

—Me interesa —dijo ella firmemente.

Malone perdió algo de su seguridad.

—Está bien, de acuerdo —dijo—. Yo... —Se dominó, y se volvió hacia Halvorsen—. Escuche, comprendo esa idea de la coordinación, pero..., ¿horas y horas? ¡Con lo sencillo que es comprar una cámara fotográfica! Es absurdo.

—Estábamos hablando de dibujo y no de arte —hizo notar Halvorsen—. He dicho que dibujar es trazar sobre el papel una línea en el lugar preciso en que se desea trazar. —Inspiró profundamente, esperando que la distinción esencial no pareciera ni ridícula ni desprovista de importancia—. Digamos entonces que el arte consiste en saber cómo trazar la línea en el lugar que le corresponde.

—¡Vamos, sea realista! El arte no existe. Ya no. Viajo bastante, y en ningún lugar he visto más que fotos y estereografías. Quedan algunas reliquias del pasado, de acuerdo, pero ya nadie pinta, nadie hace esculturas.

—El arte existe todavía, Malone. Algunas de mis alumnas, especialmente dos de la clase de naturaleza muerta, son realmente buenas. Y hay otras en todo el país. El

arte como terapéutica de ocupación, o como distracción, o para hacer algo con las manos. Y su trabajo es comercial. Se lo venden entre ellas. Lo venden o lo regalan a sus amigas. Lo cuelgan de sus paredes. Y la escultura es prescrita por muchos médicos. Los terapeutas dicen que es aún más satisfactoria que el dibujo y la pintura, y hay gentes que trabajan la plasticina y la piedra blanda, y algunas de ellas adquieren un innegable talento.

—Es posible. Yo soy ingeniero, Halvorsen. Nosotros glorificamos el hacer las cosas del modo más fácil posible. Hacer las cosas fácilmente me ha conducido hasta Marte y hasta Venus, y me conducirá hasta Ganímedes. Usted hace las cosas del modo más difícil posible, y su ineficacia no tiene un lugar en nuestro mundo. ¡Mírese a sí mismo! Ha perdido usted la extremidad de un dedo..., un accidente, supongo.

—No me había dado cuenta... —dijo Lucy, y luego lanzó un ahogado—: ¡Oh!

Halvorsen dobló el dedo medio de su mano izquierda, ocultándolo en su palma, donde lo mantenía generalmente para ocultar el hecho que le faltaba la primera falange.

—Sí —dijo suavemente—. Un accidente.

—Los accidentes son la prueba de un dominio insuficiente sobre los materiales y los instrumentos —dijo Malone sentenciosamente—. Mientras usted se apegue a sus métodos y yo a los míos, *usted no puede luchar contra mí*.

El tono de su voz indicaba claramente que estaba hablando de otra cosa muy distinta que la construcción mecánica.

—¿Nos vamos, Lucy? —dijo—. Ésta es mi tarjeta, Halvorsen. Hágame llegar sus delfines, y le enviaré un cheque.

5

A la mañana siguiente, Halvorsen se dirigió a pie a casa del señor Krehbeil. Halló al viejo en su taller, en el sótano de la casa, inclinado sobre su banco de trabajo, con una linterna sujeta a su frente con una banda elástica. Se estaba esforzando en afilar una sierra.

—¡Señor Krehbeil! —gritó Halvorsen, para dominar el chirrido metálico.

El carpintero se volvió para mirarlo con sus ojos llorosos.

—Ya no veo como antes —dijo coléricamente—. Limo varias veces el mismo diente, olvido otros, no veo reflejarse la luz en las que ya he hecho. Me duelen los ojos. —Tiró sobre el banco la lima de tres caras—. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Necesitaré algo con lo que hacer una caja. Cualquier cosa. Le daré a cambio dos de mis tacos de arce de diez por diez.

El viejo adoptó una actitud astuta.

—¿Y afilará usted mi sierra? Quiero decir, ¿*mis sierras*? Para usted es un momento..., apenas una hora de trabajo. Usted tiene todavía buena vista.

—De acuerdo —dijo amargamente Halvorsen. El viejo tenía que hacer negocio con todo, aunque nunca más tuviera que servirse de nuevo de sus sierras. Luego se arrepintió de su amargura, rogando al cielo para que su propia incapacidad de conformarse a las cosas no lo convirtiera en un latoso como Krehbeil.

El carpintero se mostraba satisfecho mientras examinaba su pequeño *stock* de maderas y elegía las planchas adecuadas para embalar los delfines. Estaba tan satisfecho como para invitar a Halvorsen a servirse café y pastas antes que el artista se dedicara a afilar las sierras.

Halvorsen intentó hacerle hablar por encima de la mesa:

—¿Cómo va el trabajo? ¿Sigue escaseando?

Pero ya era difícil estropearle el día al viejo. Krehbeil dijo beatíficamente:

—La gente sigue siendo tan estúpida como siempre. Ya no reconoce el buen trabajo hecho a mano. Un día —su voz se hizo apocalíptica— me llegará el turno de reírme cuando sus malditas construcciones estúpidas hechas todas a máquina se derrumben bajo la acción de un viento un poco más fuerte de lo normal, todas a la vez, por todo el país. Incluso mi hijo, y eso que le daba una buena zurra casi todos los días, trabaja ahora en una estúpida máquina hormigonera. Su casa debería derrumbarse sobre su cabeza, como todas las demás.

Halvorsen sabía que era el hijo de Krehbeil el que permitía que su padre sobreviviera, enviándole dinero por correo. Cambió de tema:

—¿Tiene algún encargo de mueble?

—¡Las mujeres son estúpidas! Eso que llaman antigüedades... Ignoran a Miessen, ignoran a Biedermeier. A veces me traen verdadera basura para que se la arregle. Las echo a empujones, por supuesto. ¿Qué demonios se creen?

—A veces pienso que la situación sería diferente si quedara algo de Europa...

—La gente es siempre idiota, de todas maneras, señor Halvorsen —dijo sentenciosamente el carpintero—. ¿Me afilará ahora mis sierras?

Halvorsen se pasó dos horas dándole a la lima antes de poder llevarse las planchas a su taller.

6

Lucy estaba allí. Le había traído comida. Dejó la madera en el suelo haciendo mucho ruido y dijo:

—¿Por qué no está en su trabajo?

—También tenemos días festivos —dijo ella en forma vaga—. Austin tuvo la idea de darme el dinero de los delfines para que se lo trajera.

Le tendió un sobre mientras él la observaba en silencio. La farsa empezaba de nuevo. Pero esta vez ella le daba miedo.

No sería la primera vez que una chica solitaria, aburrida y decepcionada decidiera ver en él una mezcla de rebelde romántico y de perro perdido, con las consecuencias previsibles.

Lo sabía por los libros, por la experiencia, y por sus antiguas conversaciones con Labuerre. Sabía que no había nada nuevo en aquella comedia..., que había habido artistas, incluso numerosos, que se habían amparado en ella, una y otra vez, para subsistir.

La chica se presenta con algunos comestibles, y el artista se siente agradablemente sorprendido; la chica admira esa obra que hay en un rincón, y la compra, y el artista se siente agradablemente sorprendido; la chica trae a sus amigas para tomar algunas lecciones o para comprar algunas pequeñas cosas, y el artista se siente agradablemente sorprendido; la chica puede sentirse seducida por el artista o viceversa, lo cual abrevia la comedia, o incluso se casan, lo cual la prolonga un cierto tiempo.

Hacía tres años que Halvorsen había representado aquella farsa por última vez, con una divorciada de Elmira afectada de manía depresiva: tres años en los cuales había franqueado el umbral entre la treintena y la cuarentena, tres años recibiendo los golpes de la mala fortuna, sabiéndose indeseable e indeseado, trabajando mucho y comiendo demasiado poco.

Además, sabía que ahora estaba enamorado de esta chica.

Tomó el sobre, contó los trescientos sesenta dólares, y se los metió en el bolsillo.

—La idea fue de usted —dijo—. Gracias. Ahora, por favor, márchese. Tengo trabajo.

Ella permaneció allí de pie, inmóvil, sorprendida.

—*He dicho que se vaya. Tengo trabajo* —repitió Halvorsen.

—Austin tenía razón —murmuró ella con tono dolido—. Le importan poco los sentimientos de los demás. Lo único que busca es sacar provecho de ellos. —Se fue corriendo, y Halvorsen tuvo que luchar contra su deseo de correr tras ella.

Entró lentamente en el taller y examinó su colección de utensilios. Valdría la pena dedicar la mitad de aquel dinero en comprar varillas y barras de acero elaboradas al aire libre para forjar nuevos cinceles; sabía donde obtenerlas..., pero ella volvería, o él cedería y acudiría a encontrarla para hacerse perdonar, y la comedia se

desarrollaría inevitablemente hasta el final.

No debía permitir que aquello ocurriese.

7

Aalesund, en la ladera del Atlántico de los montes Dourefeld, en Noruega, quedaba protegida de los vientos procedentes del continente devastado. Allí, un arqueólogo de más o de menos no importaba, ya que se suponía que cualquiera tenía el buen sentido de reconocer los avisos internacionales en forma de hélice cuyas tres palas indicaban claramente: *Peligro, radiactividad*, y se suponía que sabían lo suficiente del empleo de los trajes protectores y de la lectura de un contador.

Halvorsen alquiló un coche para un breve viaje al otro lado de las montañas con el fin de estudiar la ciudad contaminada de Oslo. Bien pertrechado, podía realizar la ida y la vuelta en una docena de horas sin ninguna dificultad. Sin embargo, condujo el coche hasta más allá de Oslo, de Wennersborg y de Göteborg, a lo largo de la costa del Kattegat hasta Helsinborg, donde lo abandonó entre los avisos internacionales con las tres ominosas palas para franquear la frontera de Dinamarca. Los daneses no podían ser más distintos de los prusianos, pero su pequeña y desgraciada península no era más que una excrecencia de Prusia, y las lluvias de cobalto radiactivo no la habían distinguido de la Prusia misma. Los carteles con sus tres palas lo indicaban claramente.

A la mitad de la larga caminata por las carreteras llenas de detritus, se quitó su traje protector y sus botas. Hacía ya tiempo que se había desembarazado del ruidoso contador, así como de los guantes y la molesta máscara... *La Fuente de Orfeo*, de Milles.

El silencio era fantástico cuando penetró en Copenhague al mediodía. No sabía si las radiaciones estaban trabajando en su interior o era simplemente cansancio y hambre. Estaba evaluando todo lo que le ocurría como si se tratara de un extraño.

Seré mi propio auditorio, pensó. *Dios sabe que he aprendido que no existe ningún otro, ningún otro. Hay que saber cuando hay que detenerse. Rodin, ese viejo, sucio y maravilloso hombre, lo sabía. Nos enseñó que no hay que raspar y lijar y pulir hasta que la cosa parezca líquido en lugar de bronce o de piedra. Van Gogh estaba completamente loco, pero sabía cuando debía detenerse y barnizar, y le importaba poco que la pintura se pareciera a pintura antes que a un ocaso lleno de nubes o a un claro de luna. En Hartford, Browne y Sharpe se detienen cuando han fabricado un*

torno de revólver, sin adornarlo con cariátides. Yo me detendré mientras mi vida siga siendo vida, antes que se convierta en otra cosa con adornos tales como una esposa que llegue a despreciarme o una sucesión de obras cada vez menos buenas que nadie se parará a mirar.

No le reproches nada a nadie, se dijo, con la cabeza como flotando.

Y la aparición surgió ante él, al final de una avenida llena de hierbas silvestres y de los escombros de los bombardeos... *La Fuente de Orfeo*, de Milles.

Esto es, se dijo. Los circuitos del estetikon nunca podrán con ello. Había una burda mezcla de estilos, un error calculado para el cual nunca podría ser ajustado el estetikon. Orfeo y las almas eran clásicas o modernas; el perro con sus tres cabezas era arcaico. Era algo pensado para traducir la antigüedad y la invulnerabilidad del Infierno, y para indicar que Cerbero sabía que Orfeo no alcanzaría de nuevo la vida con su joven esposa.

Ahí estaba la figura central, heroica y trágica, que parecía lo suficientemente poderosa como para librar su batalla contra los dioses, pero el combate no servía de nada ante el perro de tres cabezas, sonriente, seguro de sí, odiando, sobre el que estaba montada. Uno no lucha contra el suelo que pisa o contra el techo de la casa donde se encuentra; es imposible. Así Orfeo, con el rostro convulsionado en una máscara de furor y sufrimiento reprimido, arranca de su lira un desgarrador acorde que hace temblar los árboles y las piedras. A su alrededor, las desnudas almas del Infierno se estremecen al oír el acorde, cada una de ellas a su manera: los jóvenes amantes sumergidos en la muerte, la madre abatida en la muerte, el músico sordo y fundido en la muerte, todos ellos esforzándose por oír.

Halvorsen, avanzando con paso incierto hacia la fuente, sintió que algo se rompía en él, mientras un peso enorme se abatía sobre sus pulmones. Cuando cayó boca abajo entre las hierbas silvestres, creyó oír el acorde de la lira, y le importó poco que el perro de tres cabezas sonriera mientras le miraba, y que su sonrisa fuera irónica y estuviera cargada de odio.

8

Cuando despertó, Halvorsen imaginó hallarse en el infierno. Allí estaban los jóvenes amantes entrelazados contemplándole con aire solemne, y la madre acariciándole la frente con placidez. Se agitó, y su brazo izquierdo cayó pesadamente.

—Oh, no hace falta, no hace falta —dijo la madre. Tuvo la impresión que ella

levantaba su inerte brazo y lo depositaba sobre su pecho—. Oh, su pobre dedo —suspiró—. ¿Puede hablar usted? ¿Qué le ocurrió?

Consiguió hablar con voz débil.

—Labuerre y yo trasladábamos un gran bloque de mármol con la grúa —dijo—, y mi dedo quedó aprisionado debajo. No me di cuenta hasta que fue demasiado tarde para cambiar mi mano sin dejar caer el mármol, que se hubiera destrozado contra el suelo.

El muchacho, con una ronca y solemne voz de adolescente, dijo:

—¿Quiere decir que por salvar el mármol su dedo usted perdió?

—Sí, el mármol —dijo Halvorsen—. Era tan difícil de conseguir. Y Labuerre era tan viejo.

Los jóvenes amantes intercambiaron una mirada, y Halvorsen volvió a dormirse. Estaba medio despierto cuando el músico le tomó una mano, luego la otra, y las palpó con sus callosos dedos mientras inclinaba su leonina cabeza para examinar las durezas y rozaduras dejadas por el martillo y el cincel.

—*Ja* —decía el músico—. *Ja*.

El Infierno es eterno, y así, durante una eternidad, sufrió sobresaltos y sacudidas, y durante una eternidad oyó las voces entremezclándose:

—... entonces, ¿por qué tan idiota ha sido?...

—... un idiota debía ser, sí, un idiota...

—... silencio, dejémosle descansar...

—... los niños la historia han contado...

—... un Labuerre, sólo un Labuerre había...

—... con cuidado con los tubos...

—... ¡dejémosle descansar!...

La luz del día hirió sus ojos.

—¿Por qué tan idiota ha sido? —preguntó una voz severa—. La hermana dice que yo puedo hablarle ahora. Así que esto es lo que quiero saber primero.

Miró el rostro de..., no, no era el músico. Había sido el delirio. Era un rostro viejo y duro.

—*Ja*. Yo malvado parezco, de acuerdo. ¿Qué diablos usted hacía sin traje y mucho después del tiempo límite de exposición a la radiactividad?

—Quería morir —dijo Halvorsen. Había tubos enterrados en su brazo.

El viejo de curtido rostro dejó escapar un sonido despectivo.

—¡Hermana! —gritó—. Los tubos de plasma retire usted antes que más malgastemos. Dice que morir quiere.

—¡Silencio! —dijo la enfermera. Y volvió a pasar la mano por su frente.

—De él no se burle, hermana —se rió el viejo—. Una florcita temerosa es demasiado delicada para el mundo grande y brutal. Nada tiene, nada hacer puede, así que molestarnos muriendo elige.

—¡Es mentira! —protestó Halvorsen—. ¡He trabajado! ¡Dios sabe cómo he

trabajado! Nadie quería mis obras. Querían llevarme a su lado, como una flor seca en una corona mortuoria. Hubieran terminado por poseerme. Un año más, y ya no hubiera sido un artista.

—¿Ja? —dijo el viejo—. Cuente.

Halvorsen hizo su relato, llorando a veces, de debilidad y de piedad por sí mismo, maldiciendo a veces al viejo que se negaba a dejarle morir, describiendo a veces tal estatua, tal busto, o embistiendo a veces ciegamente contra la locura del mundo.

Finalmente, habló de Lucy.

—Todo tener no podemos, lo sabe usted —hizo notar el viejo.

—Yo podía tenerla a ella —dijo secamente el artista—. Ustedes no han querido que muera, así que no moriré. Volveré, y se la quitaré a ese imbécil de Malone con quien debía casarse. Le daré dos años de felicidad conmigo antes que ella sepa toda la verdad..., antes que empiece a detestarla.

—Usted volver no puede —dijo el viejo—. Yo soy Cerbero. ¿Comprende usted eso? Esa chica nada es. La sociedad de donde usted viene nada es. Nosotros un lugar aquí tenemos... Hermana, ¿sentarse puede?

La mujer sonrió y trasteó en la cama. Halvorsen vio a través de una amplia ventana que se hallaba en un valle rodeado de montañas, muy verde, sembrado de rebaños y de casas sin pintar.

—Un lugar así que haber tiene —dijo el viejo—. En toda la geografía de Europa, un valle como el de Soltau que haber tenía, con los vientos y la orografía adecuadamente organizadas para el polvo desviar.

—¿Nadie lo sabe? —murmuró el artista.

—Nosotros que así sea preferimos. Es imposible algunas cosas obtener, pero sorprendido se sentiría usted de lo poco que importa esto a los jóvenes. Son grandes viajeros los jóvenes, con sus trajes y sus contadores de radiaciones. Las ciudades en ruinas viendo, piensan que las gentes que las habitaban insensatos debían ser. Es un pequeño grupo de esos viajeros quienes a usted lo encontraron. El muchacho impresionado se sintió por algunas de sus palabras, y yo cosas interesantes en sus manos vi. Mucha roca por aquí no hay, una buena y negra tierra tenemos. Pero los muchachos pueden traerla para usted.

»Tendría que haber una estatua del alcalde antes que muera yo. Y del Rathaus los ángeles de madera casi todos se han caído. El valle de Soltau de ellos estaba orgulloso... ¿Unas buenas copias usted podría hacer? Y naturalmente las máquinas fotográficas inútiles son, y los dibujos que hacemos más bien cómicos resultan. ¿Enseñar a los jóvenes podría usted, al menos a dibujar rostros que rostros parecieran y no traseros? Y, como acerca de usted y Labuerre decía, algún joven quizá haya que sea lo bastante loco como para todo aprender, y entonces Soltau tendrá siempre artista y escultor para los trabajos necesarios. Y usted alguna Lucy mejor que ésa encontrará. Mejor que ésa, creo yo.

—Ya basta —advirtió la enfermera—. Está usted excitando al enfermo.

—Oh, no —dijo gravemente Halvorsen—. Todo va bien, de veras. Le agradezco infinitamente su solicitud, pero todo va muy bien.

SÓLO DE NOCHE

VONDA MCINTYRE

El índice de subnormalidad entre los recién nacidos, leemos, aumenta día a día. ¿Sus orígenes? Las hipótesis son innumerables: una alimentación cada vez menos natural, la creciente polución, el exceso de fármacos de todas clases, el alcohol, el tabaco, las drogas... En los países autodenominados «civilizados» (es decir, aquellos que cuentan con una renta per cápita más elevada) el fenómeno se está convirtiendo en algo realmente preocupante.

Porque el principal problema no estriba para mí en la subnormalidad en sí, sino en el factor social de esa subnormalidad. Es deprimente la actitud de nuestra civilizada sociedad ante todos esos seres: una pura y simple marginación. Todos nos compadecemos ante un pobre niño de cuatro, seis u ocho años deforme, mutilado..., minusválido (qué enorme eufemismo esta palabra). Pero casi nunca pensamos en que dentro de unos años ese niño se habrá convertido en un adulto que, sujeto a las mismas taras de ahora, ya no tendrá a su lado a unos padres que velen por él o lo oculten a la compasiva e indiscreta mirada de los demás..., ¿y qué hará entonces por él la sociedad, esa sociedad que no ha sabido encontrarle un puesto?

Pasan por mi mente al menos dos docenas de relatos que plantean, en forma angustiosamente denunciadora, este terrible problema que atormenta ya nuestro futuro. Yo mismo escribí un relato al respecto, Mutante, en el que intenté reflejar las reacciones arquetípicas de la sociedad ante este problema al tiempo que intentaba meterme en la piel del marginado sujeto. ¡Pero finalmente he escogido este relato de Vonda McIntyre, escritora de ciencia ficción apenas conocida en España pero muy apreciada en los Estados Unidos, ganadora en 1973 de un premio Nebula por su relato Of Mist and Grass and Sand (De Bruma y Hierba y Arena), y cuya tremenda sensibilidad cumple con una condición que considero indispensable a la hora de denunciar esos problemas: no los enfoca a la mente, sino al corazón del lector.

* * *

Durante la noche, mientras estoy de servicio, todos los bebés duermen tranquilamente, con los ojos cerrados. Al menos, todos aquellos que tienen ojos.

Durante la noche, bajo las sábanas que les protegen de las corrientes de aire de las grandes salas, los niños llegan a adquirir incluso un aire casi humano. Entonces paseo por entre las cunas de los recién nacidos abandonados y las camas de los ya mayores, y a veces tengo que contener mis lágrimas. Los acaricio suavemente, intentando tranquilizarlos. Pero la mayor parte de ellos no pueden ser tranquilizados de ninguna manera. Todos ellos esperan la muerte. A veces alguno se despierta y permanece inmóvil, con los ojos fijos en el aire. Ninguno de ellos llora, nunca. Entonces los tomo en mis brazos y me pregunto si tomarán por estrellas los débiles puntos luminosos de las luces nocturnas del techo.

Esta noche casi todos los niños están despiertos. Quizá el fenómeno se deba al calor, demasiado intenso como para poder ser dominado por los climatizadores. Hago todo lo que puedo: los acaricio, cambio sus pañales (pero me riñen si ensucio demasiados, no hay que dilapidar), les doy agua. Me gustaría no estar aquí. Todo esto es demasiado silencioso, el aire demasiado denso, y además no hay nadie con quien

hablar. En las otras salas, cuando un niño se despierta, necesita de la reconfortante presencia de alguien para volver a dormirse. En cualquiera de las otras salas, yo le contaría en voz baja un cuento, y me interrumpiría protestando si cambiaba alguna palabra, y ambos terminaríamos echándonos a reír sin remedio. Pero los niños que hay aquí no necesitan que se les cuente ninguna historia. Una retahíla de frases sin pies ni cabeza les haría el mismo efecto. No me necesitan *a mí*. Si alguna vez se les hubiera dado un poco de amor, quizá ahora estarían en condiciones de desearlo y aceptarlo. Pero todo lo que necesitan es alimento, limpieza, un techo. Para ellos no soy más que un autómatas con la única función de ocuparme de ellos.

Me gustaría no estar aquí por la noche, pero las demás cuidadoras son más antiguas que yo y tienen derecho a elegir, y siempre prefieren elegir el turno de día. A la tamizada luz que se filtra por las ventanas, colocan a los niños en el suelo y dejan que se arrastren sobre los muñones de sus miembros, parecidos a invertebrados acéfalos que realizaran su primer paseo experimental.

Tomo con precaución a una niña pequeña, ya que los huesos de su cráneo nunca llegarán a soldarse completamente. Tiene un hueco en la cúspide del cráneo, y me hace el efecto de la capa que se forma en la superficie de un caldo que se ha enfriado. Canturreo una cancioncilla, más bien para mí misma, ya que ella es completamente sorda.

Me mira. Dejo de cantar, y parpadea como decepcionada. ¿Todos los bebés tienen los ojos azules? Ya sé que son mis pensamientos, mis temores y mis tristezas, que traslado a sus ojos y luego me hago el efecto de leer en sus miradas. Ella no piensa, es incapaz de hacerlo. Ninguno de ellos piensa. Sin embargo, en sus ojos hay algo más que un simple vacío. La deposito en su cuna y me alejo con un estremecimiento.

Me pregunto si los padres de todos ellos habrán olvidado su existencia. Sí, sin la menor duda. Casi nunca vienen a verlos... Pero no, es insensato creer algo así. Sus padres tienen que acordarse mucho de ellos: cada día, a cada hora, y es por lo que no vienen nunca. Han engendrado a unos monstruos a los que temen intentar amar. Son gentes perfectas que intentan ocultar sus taras. Cuando miran a su deforme niño en el momento en que me lo llevo (sí, he observado estas miradas, nunca pueden resistir la tentación de echar una última mirada culpable, a soslayo, como si se hallaran en una feria de fenómenos), siempre piensan: «¡Oh, Dios mío, ¿por qué yo?!», y luego se van.

Los niños están agitados esta noche. Los que pueden moverse se agitan bajo sus sábanas. Los que tienen miembros sacuden sus camas. Retorcidos dedos se crispan en el aire. Sé que no debo sentir miedo, pero lo que está ocurriendo es extraño.

Uno de los niños mayores (no puedo pensar en él más que como un «niño») es vigoroso y malo. A veces hay que atarlo con correas para evitar que se dañe a sí mismo o que dañe a algún otro. Lo oigo: empieza a golpear la cabecera de su cama con la cabeza, unos golpes pausados y repetidos. Corro hacia él. Cada noche necesita una inyección para hacerle dormir; de no ser así yo no podría dominarlo. Le he dado

un nombre, ya que sus padres se abstuvieron de hacerlo. Es un niño bien conformado e incluso guapo, pero no tiene ninguna actividad cerebral, no puede ni siquiera controlar sus intestinos ni su vejiga. Lo llamo: «¡Peter!», pero no se detiene. Es como si no me conociera, como si nunca me hubiera visto. Lo sujeto del brazo, mientras le digo con palabras dulces que se tranquilice e intento apartar su cabeza de la cabecera de la cama. Pero la golpea de nuevo, y en aquel momento puedo ver sus ojos... azules, límpidos, como los de todos.

Sin darme cuenta, alzo la voz mientras intento calmarle. Como un animal, va a darse cuenta del pánico que me está ganando; va a saber que tengo miedo. Lo sujeto por los hombros. Es mayor que yo en tamaño, y pesa más. Su expresión es apacible cuando duerme, pero ahora enseña los dientes, unos dientes que brillan como si quisieran cegarme a la claridad de las luces nocturnas. Noto que unas lágrimas, parecidas a metal en fusión, se deslizan por mis mejillas.

Y entonces me pega. Con una fuerza tal que me veo proyectada contra la cama de al lado; me golpeo la cabeza, y lentamente me deslizo al suelo. Intento levantarme de nuevo, pero no lo consigo. Es como si ya no lograra controlar mi cuerpo, como si me hubiera vuelto una más de aquellos niños. Me he partido el labio, y la sangre que brota se mezcla con mis lágrimas; una pegajosa humedad se desprende del lugar donde un barrote de la cama contigua me ha producido una herida en el cuero cabelludo. Intento levantarme de nuevo; estoy al borde del desvanecimiento. Tras unos intentos infructuosos decido permanecer inmóvil hasta recuperar mis fuerzas.

Luego oigo un choque metálico, y el sonido de unas sábanas deslizándose. Entre mis ojos semicerrados veo a Peter salir arrastrándose de su cama. Nunca nadie ha conseguido enseñarle a andar. Parece como si se dirigiera hacia mí, y el miedo me atenaza de nuevo; pero, sin prestarme la menor atención, alcanza el pasillo central entre las hileras de camas. Se aleja de mi campo de visión. Y entonces veo que todos los niños se bajan de sus camas, cuyas barandillas protectoras bajan con gran estruendo. Debo estar soñando. El ruido es cada vez más intenso. Aprieto los dientes hasta hacerlos chirriar, pero no consigo alejar de mí la pesadilla. Sé que si pudiera esbozar un gesto, gritar, hacer un ruido cualquiera, aquella escena se disolvería instantáneamente. Si no tuviera esta certeza, me volvería loca.

Los niños se reúnen en torno a Peter.

Mi oído me engaña, tengo la impresión de estar muy lejos de allí. Los oigo hablar, pero no consigo distinguir sus palabras. Aquello parece una reunión de antiguos combatientes que han acudido a mostrarse sus heridas: manos, pies, orejas, narices que faltan, cuerpos deformes, manos palmípedas y pieles coriáceas, cicatrices profundas y hendiduras purulentas. Parecen tan absurdos que, si me atreviera, me echaría a reír. Sería la primera vez que lo hiciera en este lugar.

Parecen furiosos y sus voces son penetrantes. Uno de ellos blande un puño con siete dedos situados uno al lado de otro.

Me gustaría que se hiciera de día. Así podría esperar que pasara una enfermera, o

un médico, o incluso una de las raras visitas de algunos padres venidos a apiadarse por un cuarto de hora de su horrible progenie y purgar así un poco su culpabilidad.

Creo que hace tiempo que los niños están reunidos, pero no estoy segura de ello. La cabeza me da vueltas. Mi hombro y mi cadera me duelen. Hundida en mi estado de impotencia física, no puedo evitar que mi imaginación cabalgue locamente. Me digo que los niños están complotando contra mí. Cuando los médicos y las enfermeras lleguen, por la mañana, me encontrarán colgada de la pared y crucificada, con una corona hecha de sondas y de jeringas hipodérmicas. Estaré desnuda y cubierta de sangre, pero no resucitaré al tercer día. Sin embargo, aunque sean capaces de organizar una revuelta o planear una venganza, seguro que saben que no es a mí a quien tienen que odiar. Intento persuadirme a mí misma que es ridículo tomar en serio hasta tal punto esos sueños y esos fantasmas, pero no estoy segura que esto se trate realmente de un sueño. Todo tiene una apariencia tan real. Siento tanto miedo.

Parece que han terminado de hablar. La asamblea se disuelve, y ahora todos se dirigen hacia mí. Como si me resultara imposible detener con mis ojos su progresión, les contemplo arrastrarse a ras del suelo mientras la baba cae de sus labios. Me envaró..., pero la línea que forman ante mí se rompe, y todos se esparcen en varias direcciones. Algunos me miran fijamente mientras se alejan. Peter me toca la mano antes de izarse a su cama. Me quedo donde estoy, inmóvil, con mi corazón latiendo fuertemente, y poco a poco todo recobra la tranquilidad.

Por la mañana sigo en el mismo sitio. Las enfermeras me despiertan suavemente. Me siento capaz de moverme de nuevo. Tengo una herida en la cabeza y un moretón rodeado de sangre seca en el mentón. Hay mucha sangre en el suelo, pero no tengo más que un terrible dolor de cabeza, y me llevan simplemente a darme algunos puntos de sutura. Pienso en los acontecimientos de la noche anterior, y decido no decir nada a nadie, ya que todos creerían que estoy loca. Peter, acostado boca arriba en su cama-jaula, balbucea monótonamente como un grotesco recién nacido. En la sala todo está en orden. Las otras enfermeras me preguntan si me encuentro bien. Les digo que he tenido una pesadilla mientras he permanecido inconsciente, y murmuran su conmiseración. Una de ellas me propone reemplazarme durante mis horas de guardia (las más penosas, ya que una está sola), al menos hasta que me haya restablecido. Finjo no darme cuenta de nada cuando empieza a lamentar su acceso de generosidad.

Todas me sonrían, y la enfermera jefe me autoriza a regresar a mi casa a descansar hasta que mi herida cicatrice. Le doy las gracias. Una vez en casa, deberé decidir si vuelvo a mi trabajo o no. Pero si lo hago, será por la noche. Las visitas de los padres, ¿saben?, tan sólo tienen lugar de día.

DISPONGA USTED DE ELLAS

RON GOULART

¿Saben ustedes que el ciudadano medio de cualquier país de los llamados «civilizados» produce aproximadamente unos dos kilogramos de desechos por día, y que este índice aumenta anualmente en un dos a un tres por ciento? Vivimos en la sociedad del desperdicio, y la carrera del consumismo nos impone cada vez más la aceptación de un lujo tan antieconómico como inútil: el envase no recuperable. Líquidos en envases de plástico, productos comunes envueltos tentadoramente en lujosas, pesadas y multicromas cajas de cartón, aparatos envueltos en voluminosos envoltorios de poliuretano expandido... Envases que en su mayor parte no son biodegradables y que, en buen número, son virtualmente indestructibles..., y económicamente irrecuperables.

Muchos de ustedes dirán que qué importancia tiene el que arrojemos de tanto en tanto una botella de cristal o de plástico no recuperables, o qué perdemos con que resulte antieconómico el recuperar los metales de gran parte de nuestra chatarra no férrea. Bueno, si tenemos en cuenta que la población actual del globo rebasa los cuatro mil millones de habitantes, y se duplica cada veinticinco años, podemos llegar fácilmente a la conclusión que más de ocho millones de toneladas de basura diarias sí son algo digno de ser tenido en cuenta. Y, de hecho, empiezan a constituir un agobiante problema en la mayor parte de las ciudades.

¿Cómo evolucionará este problema en el futuro? ¿Qué rumbos tomará? Ron Goulart publicó en 1969, en la revista norteamericana Venture, este aleccionador relato basado en el supuesto que, en el futuro, las leyes sobre la eliminación de las basuras serán mucho más rígidas que en el presente. A primera vista quizá dé la impresión de tratarse tan sólo de un ingenioso divertimento. Pero si recuerdan ustedes las grandes huelgas de basureros de París y Nueva York ocurridas hace tan sólo unos años o si en su propia ciudad alguna vez el basurero ha estado simplemente un par de días sin pasar, quizá se les hiele la sonrisa en los labios. Porque la cosa no es tan divertida como parece.

* * *

Incapaz de engullir otro bocado de escalopa de merluza, Lon Snowden apartó la muestra hacia la izquierda de la mesa que ocupaba el rincón comedor y rebuscó en su portadocumentos. El siguiente producto que debía degustar decía: Medallones de Abadejo. A Lon no le gustaba demasiado traerse las muestras a casa desde su despacho, pero (miró su reloj: cielos, casi medianoche) debía entregar su opinión acerca de once nuevas marcas de comestibles marinos transformados a la mañana siguiente sin falta, antes de la pausa del desayuno.

La bruma se amontonaba contra las cerradas contraventanas. La bruma engullía completamente la Zona Residencial Victoriana, como casi todas las noches. Lon abrió la lata de muestra del abadejo, probó una porción, escribió una breve nota en una ficha perforada azul. Tenía treinta y cuatro años (¿qué hora era?: cielos, las doce y cinco), y tan sólo dos escaños lo separaban del puesto de primer degustador de comestibles marinos. Tal como observaba a menudo Ryan Kubert en el desayuno —y Ryan era la única persona que realmente le agradaba—, obtener el título de primer degustador representaba realmente algo. A Ryan le faltaba todavía mucho.

Cuando tenía prisa, Lon no se preocupaba de calentar las muestras que debía

degustar. Aquello no parecía influenciar en absoluto su juicio. Mientras hacía dar vueltas por su boca a otro trozo de abadejo, presionó la casilla que correspondía a la apreciación: DETESTABLE. Luego envió el resto a hacer compañía a las latas cuyo contenido había degustado ya desde que Maya fuera a acostarse al rincón dormitorio. Antes de degustar las Delicias de Anguila, decidió concederse un descanso (una breve mirada a su reloj: cielos, las doce y cuarto) y estirar un poco las piernas.

Terry, su hijo pequeño, lo observaba desde detrás de la puerta donde habían acondicionado el rincón dormitorio de los niños.

—¿Qué ocurre? —preguntó Lon.

—Un día, yo seré más fuerte que tú. Te mataré primero. Y lo haré rápido.

Terry tenía cuatro años. Atravesaba el período de las amenazas de muerte.

—Anda a la cama —dijo Lon con voz amable. El psiquiatra de Comestibles Marinos decía que la hostilidad hacia el padre era algo normal.

—Primero te arrancaré todos los dedos de las manos —insistió el niño—. Luego los de los pies. Y finalmente, las orejas.

—Anda a acostarte, maldita sea, o te retorceré el cuello —dijo Lon con voz ya no tan amable, y miró el reloj. Cielos, las doce y veinte.

Terry obedeció.

Lon rebuscó en el portadocumentos las pastillas gástricas, y se tragó dos. Luego se dedicó a las Delicias de Anguila. EXQUISITO, presionó.

Cuarenta minutos más tarde había terminado con todas las muestras. La bruma se había infiltrado al rincón comedor (¿cómo?: misterio), y se estancaba al nivel de la moqueta. Cuando Lon se dirigió hacia la cocina con los restos de las muestras, el suelo remolineó. Encendió la luz accionando con el codo el conmutador, y luego se retorció hacia un lado para alcanzar el orificio del triturador de basuras.

—Buen provecho —dijo, y echó las latas y los restos de sus degustaciones por el orificio.

El aparato dejó escapar un sonido no habitual. Hubo un ruido como de una lavadora cayendo desde un camión de chatarra, seguido casi inmediatamente de un maullido de gata en celo. Veintinueve segundos de silencio..., y luego los restos salieron despedidos al suelo de la cocina. Lon los recogió de nuevo en una cacerola y repitió la operación.

El triturador de basuras inició de nuevo su sucesión de ruidos, seguidos ahora por un rasgueo de guitarra horriblemente desafinada, y vomitó otra vez las muestras de Comestibles Marinos. Pero esta vez añadió los restos de la cena.

—¡Dios mío! —gruñó Lon—. ¡Se ha estropeado!

Tras intensa búsqueda, terminó encontrando una caja de cartón lo suficientemente grande como para contener los restos rechazados por la máquina. ¿Pero qué hacer con ella? Decidió dejarlo todo en la cocina. Maya sabría arreglárselas al día siguiente por la mañana.

Maya, cuyos movimientos parecían obedecer al secreto ritmo de un metrónomo,

estaba metiendo las cáscaras de los huevos en una bolsa de plástico.

—Podemos meter todo esto en el trastero hasta que reparen el triturador —dijo.

Lon gruñó su asentimiento, apartó las piernas del robot de limpieza, ahora desconectado, y metió la caja de cartón en el interior del minúsculo cuarto.

En aquel momento el autobús escolar hizo sonar su cristalino claxon, y Pete (seis años) surgió corriendo de la cocina.

Terry abandonó el rincón comedor agitando su pocillo de cereal vitaminado lleno hasta la mitad.

—¡Yo, yo! ¡Yo echo las sobras en el agujero!

—El aparato está estropeado —dijo Lon—. No puedes echarlas. Dáselas a mamá.

—¡Yo quiero echar mis sobras en el agujero!

—Te digo que no puedes.

Terry se enfurruñó.

—Cuando sea yo quien mande, me acordaré de esto. Primero te descuartizaré, y luego te machacaré. Tus huesos harán cric y crac.

—Lárgate a tu habitación —ordenó Lon.

—Te recuerdo que no es una habitación, es un rincón —rectificó Terry, dándole la espalda para obedecer.

—Es un período que pasará —dijo Maya, quitándole importancia. Añadió su bolsa de plástico al trastero—. ¿Quieres que telefonee a Goodwagon?

Lon consultó el reloj de pared. Disponía de catorce minutos para alcanzar el metro de San Francisco.

—Yo me ocuparé —dijo. Se metió en la célula de comunicaciones, alisó sus rubios cabellos y llamó al señor Goodwagon.

—Es usted madrugador —dijo la secretaria androide cuya imagen apareció en la pantalla.

—¿El señor Goodwagon, por favor?

—Está en el golf.

—Oh, bien. Escuche, nuestro triturador de basuras no funciona. Creo que son los Servicios de Mantenimiento de la Zona Residencial Victoriana los encargados de repararlo.

—Por supuesto. Ningún otro organismo está autorizado para ocuparse de las instalaciones domésticas de la Zona. Revise su contrato.

—De acuerdo. ¿Cuándo podrán enviarme a alguien?

La respuesta llegó inmediatamente:

—El 15 de septiembre a las dos y media.

—¡Pero si estamos a 26 de agosto, y son tan sólo las ocho y catorce minutos!

—Las ocho y dieciséis minutos —rectificó la androide—. Excepto esto, su afirmación es correcta.

—¿Y qué vamos a hacer de nuestras basuras hasta entonces?

—No se le ocurra echarlas a la calle —dijo la secretaria—. Contravendrá los

reglamentos del Estado y de la Zona. Y no las entierre tampoco. Es ilegal.

—Entonces, ¿qué me aconseja usted?

—Le pondré en comunicación con nuestro doctor Wigranski. Él es quien resuelve todos nuestros problemas.

Cuando apareció en la pantalla, el doctor iba completamente desnudo.

—¿Sí?

Lon desvió la mirada.

—Tenemos problemas con nuestro triturador de basuras.

—Tengo la impresión que no quiere usted mirarme a los ojos.

—A los ojos sí. Pero no al resto de su persona.

—Teniendo en cuenta la hora a la que me llama, no querrá usted verme en traje de calle, supongo. ¿Stress?

—Sí, pero mi principal dificultad estriba en que nuestro triturador de basuras no funciona, y no podrá ser reparado hasta el mes próximo. Me gustaría saber qué puedo hacer.

—¿Qué edad tiene usted?

—Treinta y cuatro. ¿Por qué?

—Treinta y cuatro..., y nacido en la región, presumo por su acento..., ¿y no sabe usted cómo librarse de un poco de basura?

—No «un poco». Calculo que el mes próximo habrá ya un buen montón. Soy degustador, ¿sabe?, y a menudo me traigo algunas muestras a casa para trabajar por la noche.

—Una profesión interesante —admitió el doctor, que mientras Lon miraba hacia otro lado se había puesto una camiseta—. Tengo un hermano que es un holgazán nato. Quizá podría proponerlo usted como degustador.

—No tengo aún mucho peso en la empresa —se disculpó Lon—. ¿Qué me aconseja usted respecto a las basuras?

—Póngase en contacto con Sayffertitz.

—¿Sayffertitz?

—El último de los basureros —dijo Wigranski, y desapareció de la pantalla.

El camión volquete color vino se detuvo ante el pequeño césped de los Snowden poco después de las nueve de la noche. Un individuo bronceado, vestido con un elegante *tweed*, bajó del asiento de cuero auténtico y saltó a tierra. Llevaba un bigote cuidadosamente recortado, una cabellera que caía sobre sus hombros, y un bastón de caña de Malaca. Tocó el timbre con la extremidad de su enguantado índice.

—Sayffertitz —dijo, cuando Maya abrió la puerta.

—¡Oh! ¡Estupendo! Creo que sigue usted encargándose de retirar basuras.

Sayffertitz le tendió el bastón y se quitó los guantes.

—Soy el único basurero que queda en todo el Gran San Francisco —dijo—. La gente confía ahora en los trituradores de basura. Pero, como usted acaba de observar, esos hermosos dispositivos se estropean de tanto en tanto, y entonces la gente se

siente feliz de dirigirse al buen Sayffertitz.

Lon se hallaba en el rincón comedor, degustando. Se levantó de su asiento en el momento en que Maya hizo pasar al visitante.

—¿Cuándo vendrá para llevarse la basura? —preguntó.

Sayffertitz se dejó caer en una silla.

—¡Oh, son ustedes tremendamente divertidos! Aún no he dicho que sí. Hablemos primero del tipo de basura que tienen, y entonces veremos qué puedo hacer por ustedes. ¿Tienen por casualidad algo de ron?

—Por favor, Maya, ofrécele un vaso de ron al señor Sayffertitz.

El ojo izquierdo del basurero no tenía exactamente el mismo tono de verde que el derecho. Lo fijó en Lon, luego agitó su cabeza en un gesto leonino.

—¿De qué tipo de basura querrían ustedes que me encargara?

—Bueno, basura —dijo Lon—. Toda la basura que puede producirse en una casa.

El basurero repasó con dos dedos la raya de sus pantalones.

—¿Qué es eso que tiene ante usted?

—Mi trabajo. Soy degustador.

—Bueno, pero, ¿qué, exactamente?

—Oh, bien, veamos. —Lon empezó a señalar cada artículo—. Filete de tortuga, gelatina de camarones, pechugas de rodaballo fritas, y sopa de anchoas.

—¿Y piensa usted meter todas esas porquerías en mi basura? —preguntó Sayffertitz. Se acercó a la mesa—. ¿Cuál es el rodaballo?

—La muestra naranja. El colorante es artificial.

Sayffertitz husmeó ruidosamente.

—No lo sé. Todos ustedes son iguales. ¿Pretenden que meta esto en mi camión? ¡Huele infecto! ¡Y tenaz!

—Es un producto marino. Evidentemente, desprende un cierto olor a océano.

—Ustedes ya están acostumbrados a él. A fuerza de trabajar, ya no huelen nada.

—¿Qué días hace usted la recogida? ¿Hay que respetar algún horario?

Sayffertitz se frotó el más claro de sus ojos.

—Todos ustedes son iguales. —Resopló—. Por el momento, visito a mis clientes de este sector a las siete de la mañana.

—Entonces, ¿pasará usted la semana próxima?

—La semana próxima, sí. El martes por la mañana, a las siete. —Sayffertitz se inclinó para olisquear una vez más el rodaballo—. Pero aún no sé si voy a aceptarles o no.

—Le pagaremos bien —insistió Maya, trayendo el ron en una bandeja de bronce.

—Mi tarifa es de diez dólares por recogida. Por adelantado.

—¿Diez dólares? —se atragantó Lon.

—Por adelantado. Si es que acepto. —Olisqueó el vaso de licor—. ¿Tienen ustedes una báscula?

—En el baño, sí.

—Entonces tomen nota: no más de dos kilos de basura cada martes.

—Entonces, ¿acepta?

—Este ron no está mal del todo —Sayffertitz lo engulló de un solo trago—. El martes, a las siete en punto. No más de dos kilos. En cajas de cartón. En el césped, a la derecha, según se mira a la calle. —Se embolsó los billetes que le tendía Lon, y se inclinó ligeramente. Luego salió y se perdió en la bruma.

Lon tomó su muestra de rodaballo y la olisqueó cuidadosamente. Arrugó la nariz.

El martes siguiente, Sayffertitz no apareció. Ni el miércoles. El jueves por la mañana, a las ocho y diecisiete minutos exactamente, mientras nueve cajas de cartón llenas de basura se apilaban en un rincón de la plataforma de aterrizaje, Lon telefoneó al basurero. Sayffertitz no respondió. El viernes dio señales de vida, pero también de disgusto por haber sido despertado a las ocho horas y catorce minutos de su día de descanso. Lon pidió excusas.

—Estoy harto de ustedes y de su pescado —dijo solemnemente Sayffertitz—. Me niego a recoger más basura de su casa.

—¿Qué quiere decir usted con *más* basura? Le di diez dólares, y usted ni tan siquiera...

El basurero desapareció de la pantalla.

Aquella noche, utilizando la bruma como pantalla protectora, Lon consiguió echar una caja de cartón llena en el depósito público del callejón cercano. Un letrero indicaba claramente: **ESTRICTAMENTE RESERVADO A LAS HOJAS SECAS Y A LAS RAMAS CAÍDAS DE LOS ÁRBOLES**. El Viernes hizo lo mismo. Pero al día siguiente, a causa de una bruma menos densa, un agente androide que vigilaba un invisible parque lo pilló con las manos en la masa y le impuso veinticinco dólares de multa.

Maya descubrió que podía deshacerse de las cáscaras de huevo y del poso del café por el inodoro. El sifón regurgitaba todo lo demás. El lunes siguiente, Lon arrojó por la noche cuatro cajas en una playa, a algunos kilómetros de su casa. La patrulla encargada de conservar y vigilar la limpieza de la costa lo pilló en flagrante delito durante su tercer viaje, lo que dio como resultado una multa de setenta y tres dólares y la prohibición de tomar el sol en toda la costa durante tres meses. Como si fuera los apesadumbrados familiares que esparcen al viento las cenizas de un ser querido, y volando bajo, consiguió librarse de otras cuatro cajas tirándolas al Pacífico desde su aerocoche. El único inconveniente del procedimiento era que podía recurrir a él tan sólo una vez al mes.

A finales de agosto, los Snowden almacenaban en su pequeño alojamiento veintiuna cajas de cartón repletas. Cuando ya no había espacio para nada en la plataforma de aterrizaje, Maya empezó a utilizar el rincón de estar. A aquellas alturas la casa desprendía un olor dulzón casi continuo, y Terry amenazaba con atar a su padre a cuatro caballos y hacerlos partir en direcciones opuestas si aquellos aromas no cesaban inmediata y definitivamente. Lon llamó al Servicio de Higiene del Gran

San Francisco..., el cual le informó que no podía hacer nada por él hasta tanto no se detectaran ratas o larvas en su basura.

Luego se las arregló para librarse de un cuarto de kilo de desechos diarios transportándolos en su portadocumentos y utilizando el triturador de basuras de Comestibles Marinos (cuando no había nadie vigilando el aparato, por supuesto). Maya conseguía igualmente desembarazarse diariamente de una caja llevándola a casa de Carole y Robert, sus amigos del bloque adyacente. Éstos no podían hacer más. La primera vez, Maya intentó introducir varios embalajes a la vez, y la gerencia de los inmuebles previno a Carole para que no fatigara así a sus aparatos. Los Snowden conocían también a otras tres parejas en las intermediaciones, y aprovecharon su buena disposición. Y, como Lon se llevaba siempre los residuos de menor volumen a su oficina, consiguieron reducir su *stock* a diez cajas almacenadas en la plataforma de aterrizaje.

El primer martes de septiembre, a Terry se le ocurrió echar su zapato izquierdo al triturador de basuras. El aparato gruñó, vibró (el proceso duró tres minutos y cuarto), y luego regurgitó. De él surgieron cáscaras de huevo, mondaduras de naranja, fibras de coco, botellas de coca cola, bolsitas de té, huesos, espinas, pañuelos de papel, revistas viejas, bolas de color verde, tronchos de col, vendas, guantes de plástico, pétalos de rosa, cortezas de melón, los restos de un canario y el zapato de Terry hecho trizas. Pero nada triturado. El rincón cocina se vio recubierto por treinta centímetros de basura antes que el orificio dejara de vomitar.

—De acuerdo —declaró Lon en tono combativo, cuando los últimos estertores de la máquina le indicaron que el proceso había terminado—. De ésta ya no pasa. Voy a enterrarlo todo.

Se dirigió con paso decidido a la plataforma de aterrizaje, y tomó una pala mecánica.

Era una noche terriblemente brumosa. Encendió las luces exteriores y empezó a cavar. Había hecho ya una fosa de diecisiete centímetros de hondo por ochenta de ancho cuando el agente de policía de la Zona Residencial Victoriana posó su aerocoche sobre el césped.

—¿Qué está haciendo ahí, señor Snowden? —preguntó.

—Voy a enterrar mi basura —dijo Lon.

—Vamos, señor Snowden, usted sabe muy bien que esto está prohibido.

—Toda la casa está llena —insistió Lon—. Y empiezo a sentir complejo de culpabilidad.

—Pero usted no tiene derecho a reventar su césped de esta manera.

Lon tiró la pala al rostro del agente.

La Zona Residencial Victoriana aún no había terminado de acondicionar sus locales penitenciarios, de modo que Lon fue llevado a la prisión de Sunnyvale. El juez dictó quinientos dólares de multa y doce días de prisión menor. Cuando fue a visitar a su marido, Maya le comunicó que, habiendo maltratado a un funcionario de

la Zona, el presidente de la comunidad pretendía expulsar a los Snowden. Como primera medida, habían sido relegados a la cola de la lista de reparaciones urgentes. Lo cual significaba que no podrían contar con el triturador de basuras hasta el dos de octubre.

En la prisión, Lon trabajó conocimiento con pesadillas llenas de cajas de cartón repletas de basura..., y con un tal John Dove, apodado el Ciego. Éste se presentó como uno de los pocos detectives ciegos del Gran San Francisco. Efectuaba sus investigaciones gracias a su olfato, particularmente agudo.

Lon le hizo partícipe de sus dificultades en la evacuación de sus basuras. Y John Dove (un grueso hombre de rostro arrugado cuyas órbitas estaban cubiertas por una banda verde), susurró:

—¿Quiere que se lo diga?

—Sí. ¿Qué?

—Playland. Muy cerca de Playland, hay un balneario abandonado. A dos pasos del océano. Tercer rellano bajo la calle, y completamente a seco. Mucha gente que tiene problemas con sus basuras va a arrojarlas allí. No hay ningún poli por la noche, ya que el sector está prácticamente desierto. Carga usted su aerocoche, y..., ¡hop!

Tras su liberación, Lon regresó a Comestibles Marinos, donde le dijeron que había perdido su puesto. Aquella misma noche, en una casa repleta con diecinueve cajas de basura de las que Maya no había podido desembarazarse, los Snowden tuvieron una disputa. Maya hizo levantarse a Terry y Pete, y los tres fueron a pasar la noche a casa de Carole y Robert.

Lon permaneció unos momentos abrumado en el rincón cocina. Tenía hambre, pero comer no haría más que aumentar el volumen de los desechos. A las veintidós horas y dieciséis minutos, cargaba las cajas en el aerocoche. Era una noche fría y brumosa. Tuvo que ponerse un jersey de auténtica lana. Excepto una albóndiga demasiado cocida que se le escapó y rodó bajo un mueble sin que se diera cuenta de ello, todo lo demás pasó al vehículo.

Despegó en dirección a la ciudad. A las veintitrés horas, estacionaba ante el balneario abandonado desde hacía tiempo. Subió la escalinata de mármol con los brazos cargados de cajas. Luego descendió por la escalera interior y empujó la doble puerta, que se abrió con un chirrido. Sus ojos se fijaron en un enorme colector de donde ascendía un olor dulzón. Arrojó sus cajas hacia adelante. Unos segundos más tarde las oía golpear contra un objeto metálico y rebotar.

El viento proveniente del océano desbarató una de las cajas de cartón mientras Lon efectuaba un nuevo viaje. A los veintidós minutos, tan sólo le quedaban las tres últimas cajas. Las arrojó, escuchó como chocaban, rebotaban...

Tras él, un camión frenó brutalmente en la calle. Un ruido de pasos precipitados resonó sobre el húmedo pavimento.

—Todos son iguales —gruñó una voz—. Introduciéndose a escondidas en un lugar que me pertenece. Como si uno no tuviera ya bastantes problemas para ganar

algo con lo que sobrevivir, ¡y encima hay que soportar a gente así!

Lon se volvió..., y vio llegar a Sayffertitz.

—¡Diablos, el hombre del rodaballo! —exclamó el basurero—. ¡Bien, amigo, va usted a bajar ahí abajo y a recoger toda la mierda de basura que ha echado, especie de sabandija, ladrón, timador! —y señaló la fosa con su bastón de caña de Malaca.

Lon dio un salto, esquivó, le arrebató el bastón, y le golpeó con él varias veces en la cabeza. El basurero se derrumbó. Snowden echó el bastón a la fosa, se inclinó, sujetó fuertemente el *tweed* con las dos manos. Reuniendo todas sus fuerzas, lanzó a Sayffertitz entre los detritus.

No esperó a que el cuerpo golpeará contra el fondo.

EL TÚNEL BAJO EL MUNDO

FREDERIK POHL

En una antología dedicada a nuestros posibles e indeseados futuros inmediatos no podía dejar de estar presente un tema tan importante como la Publicidad (así, con mayúscula). Vivimos enfangados en publicidad. Se ha demostrado que gran parte de las campañas publicitarias a gran escala actúan, pese a unas hipotéticas prohibiciones legales, a nivel subliminal. En pocas palabras, se ha demostrado que tan sólo lo que se anuncia masivamente se vende masivamente, ya sea un nuevo detergente o el presidente del gobierno de una nación. Vivimos en la Era de la Publicidad.

Frederik Pohl, que junto con Cyril M. Kornbluth ha creado una de las mejores novelas sobre el mundo de la publicidad: Mercaderes del Espacio, (publicada en español por Ediciones Minotauro), vuelve aquí sobre el mismo tema. Y su planteamiento no puede ser más directo ni brutal: ¿cómo actuaría alguien que tuviera la oportunidad de poner bajo su control a toda una población tipo de los Estados Unidos, para ensayar sobre ella, una y otra vez, machaconamente, incansablemente, nuevas campañas publicitarias, a fin de analizar los resultados y ofrecer a sus clientes las campañas más viables? No creo que, conociendo el alto nivel de competitividad en el que se mueve el mundo publicitario, nadie dude en la respuesta. Pero hay también otro factor, el de los costos mínimos. Así que Pohl, que parece conocer muy bien el inframundo de la publicidad, nos ofrece, en la pirueta final del relato, un shock que muy pocos lectores conseguirán olvidar.

* * *

1

Guy Burckhardt se despertó gritando en la madrugada del 15 de junio. Había tenido un sueño.

Había sido el sueño más real que nunca hubiera tenido. Aún podía oír la deflagración, la sacudida que lo había lanzado fuera de su cama, y la ardiente vaharada que lo había invadido. Se sentó en la cama, y se sintió sorprendido al ver el sol que penetraba a raudales por la ventana de su habitación.

—¿Mary? —llamó con voz estrangulada.

Su mujer no estaba a su lado. Las ropas de la cama estaban revueltas, como si ella acabara de levantarse. El sueño había sido tan real que, instintivamente, bajó la vista para comprobar que la explosión no hubiera arrojado a Mary al suelo.

No, no estaba en la habitación.

Las cosas tenían un aspecto tranquilo. El tocador, la mecedora, todo estaba en su sitio habitual. No había ningún cristal roto, ninguna grieta en las paredes.

Por supuesto, no había sido más que un mal sueño.

—Guy, ¿me llamabas? —dijo su mujer desde el piso de abajo.

—No, no —dijo él, con voz poco firme.

—El desayuno está en la mesa —dijo Mary, tras un silencio—. ¿No necesitas nada, de veras? Me había parecido oírte gritar.

—He tenido una pesadilla —dijo él, algo más seguro de sí mismo—. Ahora bajo.

Mientras se duchaba, se dijo que aquel sueño había sido realmente fantástico. Sin embargo, todo el mundo tenía pesadillas, y lo más frecuente era soñar en explosiones. En aquellos treinta años de psicosis de la bomba H, ¿quién no había soñado más de una vez en explosiones?

Incluso Mary había soñado en explosiones. Cuando le contó su pesadilla, ella le interrumpió:

—¿Tú también? Yo he soñado lo mismo. Bueno, casi lo mismo. La verdad es que no he oído realmente nada. Pero he soñado que algo me despertaba. Luego se ha producido algo así como una breve detonación, y he recibido como un golpe en la cabeza. Y eso ha sido todo. ¿Y tú?

—Bueno, ha sido algo diferente —dijo Burckhardt, carraspeando. Mary no era exactamente lo que se dice una leona, de modo que decidió dejar a un lado toda la serie de pequeños detalles que habían dado tanta realidad al sueño. ¿Para qué hablar de aquella sensación de hundimiento de sus costillas, de aquella bola de sal que cerraba su garganta, de la sensación de la muerte que estaba cerca?

Decidió aventurar una hipótesis:

—Bueno, seguramente se ha producido una explosión en alguna parte de la ciudad —dijo—. La hemos oído mientras dormíamos, y nuestro subconsciente ha desencadenado la pesadilla.

Mary le palmeó la mano con aire ausente.

—Quizá —admitió—. Tienes que darte prisa, querido. Son casi las ocho y media. Vas a llegar tarde a la oficina.

Engulló el resto de su desayuno, besó a Mary, y salió apresuradamente, menos para llegar a tiempo que para comprobar que su teoría era exacta.

Pero la pequeña ciudad de Tylerton ofrecía su aspecto habitual. En el autobús, Burckhardt miró por las ventanillas, buscando en vano las huellas de alguna explosión. Por el contrario, Tylerton estaba más alegre que nunca. El tiempo era espléndido, el cielo estaba libre de nubes, las casas se veían limpias y hermosas. Observó que habían repintado la fachada del edificio de *Power and Light*, el único rascacielos de la ciudad. Era el tributo que había que pagar al hecho de haber instalado en los límites de la ciudad la fábrica central de Industrias Químicas Contro. Los vapores de sus enormes torres de destilación dejaban sus huellas en las fachadas de todas las casas.

No conocía a nadie de entre los pasajeros del autobús, así que no se atrevió a interrogar a nadie. Cuando bajó en la esquina de la Avenida Lehigh y la Calle Quinta, estaba casi convencido en que toda la historia había sido un producto de su imaginación.

Se detuvo en el estanco del vestíbulo del edificio donde trabajaba. Ralph no estaba tras el mostrador.

—¿Dónde está el señor Stebbins? —preguntó al desconocido que ocupaba su lugar.

—Hoy no se encontraba bien, pero seguramente volverá mañana. ¿Un paquete de Marlin, señor?

—No, Chesterfield —corrigió Burckhardt.

—Muy bien, señor. —El hombre tomó un paquete de la estantería situada tras él y lo depositó en el mostrador. Burckhardt no reconoció el envoltorio verde y amarillo—. Pruebe éstos, señor —sugirió el hombre—. Ya me dirá que le parecen. Contienen un ingrediente contra la tos. Ya sabe usted que los cigarrillos normales acaban produciendo siempre irritación de garganta y tos.

—Nunca he oído hablar de esta marca —dijo Burckhardt con desconfianza.

—Claro que no. Es nueva. —Y al observar la reluctancia de Burckhardt, añadió con tono persuasivo—: Pruébela, y si no le gusta, me trae usted el paquete vacío y le devolveré su dinero. ¿De acuerdo?

Burckhardt se alzó de hombros.

—De acuerdo, no tengo nada que perder. Pero deme también de todos modos un paquete de Chesterfield.

Mientras esperaba el ascensor, abrió el paquete de Marlin y encendió uno. No eran malos, aunque no le gustaba que el tabaco fuera tratado con sustancias químicas. Y tampoco tenía una alta opinión del sustituto de Ralph: si le decía lo mismo a todo el mundo, el negocio se iba a resentir.

La puerta del ascensor se abrió dejando oír una nota suave. Burckhardt entró junto con otras dos o tres personas, a las que saludó con una inclinación de cabeza. Las puertas se cerraron y la nota musical se interrumpió para dejar paso a la voz del locutor que, desde el techo de la cabina, dejaba oír los anuncios publicitarios habituales.

Pero no, un momento, no se trataba de los anuncios habituales, pensó Burckhardt. Hacía tanto tiempo que sufría aquel bombardeo publicitario que apenas le prestaba atención. Pero en esta ocasión se sintió sorprendido por la grabación emitida desde el subsuelo. Y no era tan sólo el hecho que las marcas fueran distintas, sino también la forma en que eran anunciadas. Había una serie de cancioncillas de ritmo sincopado acerca de unas bebidas no alcohólicas que nunca había probado. Luego vino un diálogo de dos niños acerca de una marca de chocolate, reforzado por una voz grave y definitiva: «¡Corra a comprar su Chococrok! ¡Usted no sabrá pasarse sin él! ¡Ohhh, el delicioso sabor de Chococrok!». Y luego una lánguida voz femenina: «¡Ay, si

tuviera un Freezer Feckle, el congelador definitivo! ¡Sería capaz de hacer cualquier cosa con tal de poseer un Freezer Feckle!».

Burckhardt había llegado a su planta, y salió del ascensor sin esperar al final. Se sentía desconcertado. Ninguno de aquellos anuncios era de marcas conocidas. Y además, en su confección había algo insólito.

La oficina parecía tan normal como siempre..., excepto que el señor Barth no estaba en ella. La señorita Mitkin, la recepcionista, bostezaba delicadamente en su escritorio, y afirmó no saber exactamente los motivos de su ausencia.

—Han telefoneado desde su casa —informó—. Han dicho que estará aquí mañana.

—Quizá haya ido a la fábrica —supuso Burckhardt—. Está muy cerca de su casa.

—Quizá —dijo ella indiferentemente, sin demasiada convicción.

—¡Pero hoy estamos a 15 de junio! —recordó repentinamente Burckhardt—. ¡Hoy es el último día de plazo para la declaración fiscal trimestral! ¡Necesito absolutamente su firma!

La señorita Mitkin se alzó ligeramente de hombros, como para dar a entender que aquello no le concernía. Tomó su lima de uñas y siguió con su manicura.

Exasperado, Burckhardt se sentó ante su escritorio. Por supuesto, él podía firmar las declaraciones tanto como Barth, pero aquello no era su responsabilidad. Era Barth quien debía tomarla, como gerente de Industrias Químicas Contro. Por un instante pensó en telefonar a casa de Barth o a la fábrica, pero desechó aquella idea. Siempre había considerado que no tenía nada que ver con la gente de la fábrica, y cuanto menor relación tuviera con ella mejor se sentía. Tan sólo había ido una vez con Barth a la fábrica, y la experiencia lo había desconcertado y asustado: aparte de un puñado de directores e ingenieros, el lugar estaba completamente desierto. Tan sólo había máquinas. *Ni un alma viviente*, había dicho Barth. Burckhardt se estremeció al recordar aquellas palabras.

Según le había estado explicando Barth, cada una de las máquinas estaba controlada por una computadora que reproducía en sus fríos circuitos electrónicos la memoria e inteligencia de un ser humano. Era una idea desagradable. Riendo, Barth había afirmado que no se trataba de una historia a lo Frankenstein, y que nadie había acudido a violar cementerios para proporcionar cerebros a las máquinas. Simplemente, se habían transferido las funciones de las células cerebrales humanas a otras células constituidas por tubos de vacío. Esto no hacía ningún daño a los seres humanos, y tampoco convertía a las máquinas en monstruos.

Tal vez fuera cierto, pensaba Burckhardt, pero aquello no mitigaba su desagrado.

Apartó todas aquellas ideas malsanas de su cabeza, y se sumergió en la declaración de impuestos. Estuvo verificando las cifras hasta el mediodía. Barth lo hubiera hecho en diez minutos, utilizando su memoria o consultando su registro personal, pensó irritadamente.

Metió los formularios en un sobre y se dirigió a la señorita Mitkin.

—Puesto que el señor Barth no está, será mejor que nos turnemos para comer —dijo—. Vaya usted primero.

—Gracias. —Con un aire lánguido, la señorita Mitkin sacó su bolso de un cajón y se empolvó la nariz.

Burckhardt le tendió el sobre.

—¿Será tan amable de echar esto al correo? No, espere. Me pregunto si no será mejor telefonar antes al señor Barth. ¿Cree usted que su esposa sabrá dónde se le puede localizar?

—No dijo nada —la señorita Mitkin retocaba cuidadosamente sus labios con ayuda de un Kleenex—. Además, no fue su mujer quien llamó, sino su hija.

—¿La chica? —Burckhardt frunció el ceño—. Creía que estaba en la escuela.

—Lo único que sé es que fue ella quien telefoneó.

Burckhardt regresó a su oficina y miró ceñudo el correo que estaba esperando sobre la mesa. No le gustaban las pesadillas: le habían estropeado el día. Tendría que haberse quedado en cama, como Barth.

Al regresar a su casa le ocurrió algo extraño. Había como una especie de tumulto en la esquina donde solía tomar el autobús: alguien estaba gritando algo acerca de una nueva marca de congeladores. De modo que prosiguió a pie hasta la parada siguiente. Vio llegar el autobús y apresuró el paso. Pero alguien lo llamó desde atrás por su nombre. Se volvió: un hombrecillo de aspecto taciturno avanzaba hacia él.

Lo reconoció tras una breve vacilación. Era un hombre vagamente conocido, llamado Swanson.

—Hola —dijo, dándose cuenta con desánimo que había perdido el autobús.

—Usted es Burckhardt, ¿verdad? —dijo Swanson, con voz vacilante y una desesperada ansiedad pintada en su rostro. Parecía abrumado por algo. Permaneció inmóvil frente a Burckhardt sin decir nada, espionando la reacción del otro. Parecía estar esperando algo, pero su esperanza se desvaneció dejando paso al abatimiento.

Parecía realmente estar buscando algo, esperando algo, pero Burckhardt ignoraba el qué.

—Hola, Swanson —repitió Burckhardt, con una tosecilla.

Swanson no respondió, limitándose a exhalar un profundo suspiro.

—No hay nada que hacer —murmuró, aparentemente para sí mismo. Incluyó ligeramente la cabeza, con aire distraído, en dirección a Burckhardt, y giró sobre sus talones.

Burckhardt siguió con la mirada aquella silueta encorvada que se mezclaba entre la gente. Éste es un día extraño, pensó. Y no me gusta. Hay algo que no marcha bien en él.

Tomó el siguiente autobús y se puso a reflexionar. Nada terrible había ocurrido, nada desastroso, pero había una serie de incidentes que rompían constantemente la cotidianeidad. Uno tiene su vida como todo el mundo, edifica todo un conglomerado de impresiones, una cadena de reacciones. Uno prevé las cosas. Cuando abre el

armario de su baño espera encontrar la maquinilla de afeitar en el segundo estante. Cuando cierra la puerta de entrada sabe que tendrá que empujar ligeramente la hoja para que la llave gire en la cerradura.

No son los objetos que funcionan a la perfección los que crean la rutina de la existencia, sino aquéllos ligeramente defectuosos: la cadenilla de la puerta que se engancha un poco, el conmutador de arriba en la escalera que hay que pulsar más fuerte porque el muelle está algo gastado, la alfombra que inevitablemente patina bajo tu pie desnudo.

Lo que intranquilizaba a Burckhardt no era tan sólo el hecho que ciertas cosas no marcharan como siempre, sino el que estas variaciones eran absolutamente inesperadas. Por ejemplo, el hecho que Barth no hubiera acudido a la oficina, cuando hasta entonces *no había faltado ni un solo día*.

Durante toda la cena siguió reflexionando. Más tarde, en casa de los Dennerman, y pese a los esfuerzos de su mujer por interesarle en la partida de *bridge*, siguió pensativo y ausente. Sin embargo, Anne y Farley Dennerman eran viejos amigos. Aunque esta noche parecían también extraños y pensativos. Apenas prestó atención a Farley, que se quejaba de lo mal que funcionaba el teléfono, ni a su mujer, que criticaba la mala calidad de las emisiones publicitarias de la televisión.

Burckhardt estaba a punto de batir el récord mundial del ensimismamiento cuando, a medianoche, tendido en su cama, se hundió con una brusquedad de la que tuvo una sorprendente y repentina conciencia en un sueño extraño, profundo y sin ningún recuerdo.

2

Burckhardt se despertó gritando en la madrugada del 15 de junio.

Había sido el sueño más real que nunca hubiera tenido. Aún podía oír la deflagración, la ardiente vaharada que lo aplastaba contra la pared. No le pareció normal encontrarse sentado en su cama, en una habitación perfectamente en orden.

Su mujer subía las escaleras.

—Querido, ¿ocurre algo? —preguntó.

—No, nada, tan sólo un mal sueño —murmuró.

Ella se relajó, con una mano sobre el corazón.

—Me has dado un susto... —dijo, entre aliviada e irritada.

Fue interrumpida por un estruendo afuera. Parecía algo así como un mugir de

sirenas mezclado con un repicar de campanas, algo atronador. Los Burckhardt se cruzaron una sorprendida mirada y luego corrieron a la ventana.

No había ningún ensordecedor coche de bomberos avisando de su presencia. Se trataba tan sólo de una camioneta que avanzaba lentamente a lo largo de la calle, con una batería de altavoces puestos en círculo sobre su capota. De allí surgían los ensordecedores mugidos de sirenas, entremezclados con el pulsar de enormes máquinas y el repicar de grandes campanas. Se trataba de una grabación que reproducía con la máxima fidelidad la llegada de toda una brigada de bomberos a un incendio de la máxima importancia.

—¡Pero Mary, esto es ilegal! —exclamó Burckhardt, estupefacto—. ¿Sabes lo que están haciendo? ¡Están pasando una grabación de una alerta de incendio de primer orden! ¿Qué demonios significa esto?

—Quizá se trate de una broma —aventuró su mujer.

—¿Una broma? ¿Despertar a todo el vecindario a las seis de la madrugada? —Agitó la cabeza—. La policía va a estar aquí en menos de diez minutos, ya verás.

Pero la policía no apareció, ni a los diez minutos ni luego. Los bromistas, fueran quienes fuesen, parecían tener autorización para dedicarse a sus distracciones favoritas.

El vehículo se inmovilizó en medio de la calle, y durante algunos minutos se hizo el silencio. Luego los altavoces chirriaron y una potente voz aulló:

«¡Freezer Feckle!

¡Freezer Feckle!

¡Adquieran ahora ya...

... su Freezer Feckle!

¡Feckle, Feckle, Feckle,

Feckle, Feckle, Feckle...!».

sin ninguna interrupción. Varios rostros se asomaron en las ventanas. La voz era realmente ensordecedora.

—¡Dios santo, ¿qué demonios es eso del Freezer Feckle?! —gritó Burckhardt a su mujer por encima del estruendo.

—Supongo que una nueva marca de congeladores —dijo ella, sin excesiva convicción.

De pronto, el ruido cesó tan bruscamente como había empezado. La camioneta permanecía inmóvil. Todo estaba aún bañado por la incierta luz del amanecer, con los primeros rayos del sol derramándose horizontalmente por encima de los tejados. Era difícil imaginar que hacía apenas un instante la silenciosa calle bramaba con el nombre de un nuevo congelador.

—Esta publicidad es estúpida —dijo Burckhardt, irritado—. Será mejor que me vista. Acaban de estropear me el resto de la noche... —Bostezó y se apartó de la ventana.

El reinicio del ruido lo pilló por sorpresa, dándole la sensación de una fuerte

palmada en sus orejas. Una voz aguda y resonante, más sonora que las trompetas del juicio final, aulló:

—¿Posee usted un congelador? ¡Es una mierda! Si no es un Freezer Feckle, ¡es una mierda! Si es un Freezer Feckle del año pasado, ¡es una mierda! Lo que necesita usted es un Feckle de este año. ¿Sabe usted quien compra los congeladores Ajax? ¡Los imbéciles! ¿Sabe usted quien utiliza los congeladores Triplefrío? ¡Los comunistas! ¡Tan sólo los Freezer Feckle de este año *no son* una mierda! Así que ya lo saben. ¡Vayan corriendo a comprar un Freezer Feckle! ¡Aprisa, aprisa! ¡Corriendo a comprar un Freezer Feckle! ¡Aprisa! ¡Feckle! ¡Feckle! ¡Feckle!

Se produjo una pausa. Burckhardt tragó saliva y se humedeció los labios.

—Quizá sería mejor avisar a la policía —dijo a su mujer.

Entonces los altavoces estallaron de nuevo. Era un efecto deliberado. La misma voz de antes aulló:

—¡Feckle! ¡Feckle! ¡Feckle! ¡Feckle! ¡Feckle! Los congeladores baratos estropean sus alimentos. Se pondrá usted enfermo y vomitará... Se pondrá usted enfermo y se morirá... ¿No ha notado usted, cuando saca un alimento de su congelador, que está negruzco, estropeado..., *podrido*? ¡Por eso tiene que comprar un Feckle, Feckle, Feckle! No irá a comer usted alimentos hediondos, ¿verdad? ¿No? Entonces piénselo: Feckle no es un simple congelador, es un... ¡Freezer! ¡Entre en contacto con Feckle! ¡Feckle! ¡Feckle! ¡Feckle!

Aquello era ya demasiado. Con manos temblorosas, Burckhardt marcó el número del puesto de policía más próximo. Comunicaba. Sin duda no era él el único que había tenido aquella idea. Mientras marcaba por segunda vez, el ruido cesó.

Miró a través de la ventana. La camioneta había desaparecido.

Burckhardt se aflojó el nudo de la corbata y pidió al camarero un segundo Frosty Flip. Si tan sólo no hiciera tanto calor en el interior de la cafetería Crystal. Las paredes habían sido repintadas recientemente de color rojo escarlata y amarillo limón. El resultado no era de lo más afortunado, pero si al menos no se obstinaban en creer que estaban en enero en vez de en junio. La temperatura era sofocante, como mínimo diez grados más alta que en la calle.

Se tomó el Frosty Flip de dos sorbos. Era un aperitivo que hasta entonces le había sido desconocido, pero tenía un gusto curioso que no era en absoluto desagradable. Al menos, le había dicho el camarero al recomendárselo, refrescaba. Se prometió a sí mismo comprar una caja para casa. Estaba seguro que a Mary le gustaría: a ella siempre le gustaban las cosas nuevas.

Vio a una chica joven que atravesaba el restaurante y se dirigía hacia él; se levantó, indeciso. Era la chica más hermosa que jamás hubiera visto en Tylerton. Le llegaba a la barbilla, tenía un cabello color trigo, y unas curvas..., bueno, vaya curvas. Todo lo que llevaba encima de su esbelto cuerpo era un traje que se le ajustaba casi como una malla elástica. Tuvo la impresión que él enrojecía cuando ella le dirigió la palabra:

—¿Señor Burckhardt? —su voz parecía la llamada de un lejano tam-tam—. Me alegra tanto que acceda a escucharme después de todo lo de esta mañana.

—Oh, no, en absoluto. ¿Quiere sentarse, señorita...?

—Me llamo April Horn —dijo ella, sentándose a su lado y no al otro lado de la mesa, donde él le indicaba—. Pero llámeme April, ¿quiere?

Le gustan los perfumes agresivos, pensó Burckhardt, notando que sus facultades mentales se ablandaban como la mantequilla al sol. Era desleal utilizar un perfume así cuando se tenían esos encantos naturales... Recuperó el aplomo, pero ya era demasiado tarde: acababa de encargarse dos filetes *mignon*, y el camarero se alejaba ya hacia las cocinas. Intentó llamarlo, pero la muchacha puso una mano sobre la de él.

—Por favor, señor Burckhardt —dijo, arrimándose a él y mirándole con unos ojos que rebosaban ternura y solicitud—. La Sociedad Feckle le invita. Por favor, acepte. Es lo menos que le deben. —Sintió que la mano de ella se deslizaba en su bolsillo—. Es para la comida —susurró con voz de conspiradora—. No lo rechace, por favor. Quiero decir, pague usted..., en algunas cosas tengo ideas un poco anticuadas, ¿sabe? —Sonrió, y adoptó un tono de mujer de negocios—. Al fin y al cabo, Feckle va a salir ganando con ello. ¿Sabe?, podría usted demandarles por haber turbado de aquella manera su sueño, y sacarles una buena cantidad de dinero...

Sorprendido por aquel torrente de palabras, como si acabara de ver a un prestidigitador hacer desaparecer un conejo dentro de un sombrero de copa, Burckhardt murmuró:

—Oh, no fue tan terrible como eso. Un poco ruidoso sí, pero nada más..., April.

Los azules ojos de ella se abrieron admirativos.

—Oh, señor Burckhardt, estaba *segura* que usted lo comprendería. ¿Sabe?, vendemos un congelador tan fan-tás-ti-co, que algunos de nuestros empleados toman por su cuenta iniciativas no del todo correctas. Desde que la Dirección supo lo que había pasado, ha enviado a una serie de representantes a pedir disculpas a todas las casas de la zona. Su esposa nos ha dicho por teléfono dónde podíamos localizarle. Soy tan feliz porque haya aceptado comer conmigo. Eso me permitirá pedirle disculpas por lo ocurrido. Francamente, señor Burckhardt, se trata de veras de un *magnífico* congelador. No debería decírselo —la muchacha bajó los ojos—, pero haría prácticamente cualquier cosa por los congeladores Feckle. Es mucho más que un empleo para mí. —Levantó de nuevo los ojos. Era adorable—. Imagino que me considerará usted tonta, ¿verdad?

Burckhardt tosió.

—Entiendo, es usted demasiado indulgente —dijo ella—. No se sienta obligado a mostrarse educado, seguro que debe pensar que todo esto es estúpido. Pero estoy segura que cambiaría de opinión si conociera usted un poco mejor los Feckle... Espere, le daré un folleto...

Burckhardt llegó a su oficina con una hora de retraso. No había sido tan sólo por culpa de la chica. Se había encontrado también con un hombrecillo llamado Swanson,

al que apenas conocía, pero que lo había parado en medio de la calle con aire desesperado y finalmente se había ido sin decirle nada en concreto.

Además, por primera vez desde que Burckhardt trabajaba para la Contro, Barth se había ausentado todo el día, dejándole la papeleta de rellenar las hojas de los impuestos trimestrales. Pero eso no tenía realmente importancia. Lo importante era que había firmado un pedido para un Freezer Feckle de 400 litros, último modelo, descongelación automática, al precio de 625 dólares, con un descuento de un 10 % «por toda esa terrible historia de esta mañana, señor Burckhardt», había dicho April. ¿Cómo iba a explicarle eso a su mujer?

Pero no tuvo que preocuparse por ello. Apenas regresar a su casa, su mujer le dijo:

—Me pregunto si no valdría la pena comprar un nuevo congelador, querido. Ha venido un hombre a pedir disculpas por todo ese ruido; hemos empezado a hablar, y...

En resumen: ella había firmado también un pedido para un congelador último modelo, etc., etc., etc.

Había sido un maldito día, pensó Burckhardt mientras subía a las habitaciones para acostarse. Pero aquello aún no era el final. El conmutador de arriba en la escalera se negó a funcionar. Se enfureció y lo pulsó repetidas veces con fuerza, sin conseguir otra cosa que provocar un cortocircuito: todas las luces de la casa se apagaron.

—¿Los fusibles? —dijo su mujer con voz soñolienta, mientras él maldecía en voz baja—. Oh, déjalo para mañana por la mañana.

Burckhardt negó con la cabeza.

—Ve a acostarte. Lo arreglo en un momento.

La verdad era que no tenía el menor deseo de cambiar el fusible, pero se sentía demasiado agitado para dormirse. Desmontó el conmutador con un destornillador, fue a tientas hasta la cocina, encontró una linterna, bajó al sótano, tomó un fusible de recambio, desplazó un caja vieja para subirse a ella, vio cuál era el fusible que había saltado, y lo cambió. Sobre su cabeza, en la cocina, oyó el tranquilizante sonido de la nevera de nuevo en funcionamiento.

Se dirigía ya hacia la escalera para abandonar el sótano cuando algo lo hizo inmovilizarse bruscamente.

Allá donde había estado originalmente la vieja caja, el suelo del sótano relucía de una forma extraña. Lo examinó a la luz de la linterna. Era metal.

—Diablos —murmuró. Agitó incrédulo la cabeza. Miró desde más cerca, pasó experimentalmente un dedo por los bordes de la placa metálica. Se hizo un profundo corte.

Tomó un martillo y golpeó en varios lugares el suelo de cemento del sótano. La delgada capa saltó fácilmente: debajo todo era metal.

Siguió golpeando, y se estremeció. Incluso los ladrillos de las paredes no eran

más que un decorado ocultando planchas de metal. Todo el sótano no era más que una gran caja de cobre.

Aterrado, probó con las columnas de cimentación. Éstas al menos sí eran de madera. Y los cristales de las ventanas eran auténtico cristal.

Se chupó la herida del pulgar, de donde manaba abundante sangre, y golpeó con el martillo el primer peldaño de la escalera. También era madera. Luego probó los ladrillos bajo la caldera de la calefacción: también eran ladrillos. Pero las paredes y el suelo eran de cobre. Parecía como si alguien hubiera reforzado la casa con un armazón metálico y luego se hubiera preocupado de disimular cuidadosamente su obra.

Su sorpresa alcanzó cotas inauditas cuando tuvo la idea de ir a mirar bajo el casco de un bote que ocupaba el fondo del sótano, reliquia de una época, dos años antes, en que se había dedicado furiosamente al bricolage. El casco invertido parecía completamente normal, pero una vez dado la vuelta descubrió con asombro que en lugar de bancos, travesaños y refuerzos tan sólo había un amasijo de tablones de sustentación tremendamente mal desbastados.

—¡Yo construí este bote hasta el último detalle! —gritó en voz alta.

Se apoyó en el bote, sintiendo que la cabeza le daba vueltas. Estaba intentando desesperadamente comprender. Aquello superaba todo lo imaginable: alguien había tomado su bote, su sótano y quizá tal vez toda su casa y la había reconstruido de punta a rabo, con una minuciosa perfección..., al menos en su parte visible.

—Esto es demencial —murmuró, paseando el haz de su linterna a todo su alrededor—. ¿Qué demonios significa?

Permaneció unos instantes inmóvil, intentando serenarse, y luego volvió a mirar el interior del bote, esperando que su imaginación le hubiera gastado antes una mala pasada. Pero no, los maderos burdamente desbastados y clavados sin el menor orden no habían cambiado de aspecto. Se metió bajo el casco y tocó los ásperos maderos. Increíble. Apagó la linterna e intentó salir de debajo del bote. No lo consiguió. De repente se sintió invadido por un profundo cansancio.

Intentó rebelarse, con la oscura sensación que alguien estaba intentando forzarle a algo que él no quería. Pero no lo consiguió. Muy a pesar suyo, se durmió.

3

Guy Burckhardt se despertó en la madrugada del 16 de junio en una postura

incómoda, acurrucado bajo el casco de su bote, en el sótano de su casa. Subió apresuradamente la escalera, y muy pronto se dio cuenta que aquélla era la madrugada..., del 15 de junio.

Su primer cuidado había sido investigar febrilmente el casco del bote, el suelo del sótano, las paredes de falsos ladrillos. Nada había cambiado con relación a la víspera. Todo aquello era increíble.

La cocina estaba tranquila como siempre. El reloj tictaqueaba normalmente. Señalaba las seis. Muy pronto Mary iba a despertarse.

Burckhardt abrió la puerta de entrada y miró al exterior. La calle estaba tranquila. El periódico estaba caído junto a los peldaños; lo tomó y miró la fecha: 15 de junio.

Aquello era imposible. El 15 de junio había sido *ayer*. Era una fecha que no podía olvidar, ya que era el último día para enviar las declaraciones trimestrales de impuestos. Volvió a entrar en la casa y tomó el teléfono. Marcó el número de Información Meteorológica. Una voz bien modulada estaba diciendo:

—... más frío, con algunas lloviznas. Barómetro en alza, alcanzando los 1040 milibares. Boletín meteorológico del día 15 de junio: Tiempo cálido y soleado. Temperatura máxima...

Colgó. Día 15 de junio.

—Dios Santo —murmuró con tono suplicante. Estaban pasando cosas demasiado extrañas. Oyó el despertador en su cuarto, y se precipitó escaleras arriba.

Mary Burckhardt, sentada en la cama, tenía la expresión aterrada de alguien que acaba de despertar de una pesadilla.

—Oh —suspiró, cuando su marido entró en la estancia—. Querido, acabo de tener una pesadilla *atroz*. Fue como una explosión, y luego...

—¿Todavía? —dijo Burckhardt sin la menor compasión—. Mary, aquí está ocurriendo algo extraño. Ayer, durante todo el día, tuve la sensación que algo marchaba mal... —le contó que el sótano era una caja de cobre con un recubrimiento imitando cemento y ladrillos, que su bote había sido sustituido por otro que lo imitaba pero tan sólo en su parte externa. Mary se mostró primero sorprendida, luego alarmada.

—¿Estás seguro? —preguntó, con una extraña suavidad en la voz—. Hace una semana limpié el sótano y no descubrí nada anormal.

—Estoy completamente seguro —dijo él—. La arrastré hasta la pared para subirme y cambiar el fusible tras la avería de anoche, y...

—¿Qué avería? —preguntó Mary, con voz alarmada.

—Cuando saltó el fusible. Ya sabes, el conmutador de arriba de la escalera se atascó, y tuve que bajar al sótano para...

—Pero Guy, ayer no se atascó el conmutador. Fui yo quien apagó las luces.

—Sé lo que me estoy diciendo, Mary —dijo Burckhardt, irritado—. Ven a ver el conmutador.

La arrastró por el descansillo para mostrarle con un gesto teatral el conmutador

desmontado..., sólo que el conmutador no estaba desmontado. Sin acabar de creer en sus ojos, lo pulsó: la luz brilló alegremente en los dos pisos de la casa.

Mary, pálida e inquieta, bajó a la cocina para preparar el desayuno. Burckhardt permaneció un largo rato contemplando el conmutador. Había superado la etapa de la incredulidad. Ahora ya no conseguía que su mente siguiera funcionando razonablemente.

Se duchó y afeitó, se vistió, y tomó su desayuno como un autómatas. Mary estaba silenciosa. Se sentía preocupada, pero no quería alterarle más a él. Le dio un beso de despedida, y lo contempló mientras se alejaba, sin decir una palabra, en busca del autobús.

La señorita Mitkin lo recibió en la oficina con un bostezo.

—Buenos días —dijo con voz soñolienta—. El señor Barth no vendrá hoy.

Burckhardt fue a decirle algo, pero se contuvo. No podía saber que Barth tampoco había acudido a la oficina el día anterior, pensó. En aquellos momentos la señorita Mitkin estaba arrancando la hoja correspondiente al 14 de junio de su calendario para dejar a la vista la del día de hoy: 15 de junio.

Se arrastró hasta su oficina y contempló el correo con aire ausente. Todavía no lo había abierto, pero ya sabía que la carta de Distribuciones Industriales era un pedido de dos mil metros cuadrados de material insonorizante, y que la de Finebeck e Hijos era una reclamación.

Necesitó un buen momento para obligarse a abrirlas. No se había equivocado.

Cuando llegó la hora de la comida, movido por una irresistible necesidad, decidió tomar él la delantera. Ordenó a la señorita Mitkin que fuera primero ella a comer. El día 15 de junio de *ayer* había sido él quien había ido primero. La insistencia de su voz no dejó de sorprender un poco a la señorita Mitkin. Obedeció, pero su marcha no tranquilizó a Burckhardt.

Sonó el teléfono. Burckhardt tomó el auricular en un gesto maquinal.

—Industrias Químicas Contro. Burckhardt al aparato. ¿Dígame?

—Aquí Swanson —dijo una voz. Luego hubo una pausa.

Burckhardt aguardó unos instantes, y luego insistió:

—¿Sí?

Otra larga pausa. Finalmente, con una voz triste y resignada, Swanson dijo:

—Así que todavía nada, ¿eh?

—¿Nada de qué? Swanson, ¿qué es lo que desea exactamente? Ayer me paró en plena calle sin decirme finalmente nada, y hoy de nuevo...

—¡Burckhardt! ¡Dios de los cielos, *lo recuerda!* ¡No se mueva de donde está, regreso en veinte minutos!

—¿Pero de qué diablos se trata?

—No se preocupe —dijo el hombrecillo, con voz exultante—. Se lo explicaré personalmente. No haga ningún comentario por teléfono: alguien podría estar escuchando. Espéreme. ¿Estará usted solo en su oficina?

—No, seguramente estará también la señorita Mitkin.

—Diablos. Escuche, Burckhardt, ¿dónde piensa ir a comer? ¿Es un lugar ruidoso?

—Bueno, sí, me parece. Es el Crystal. Está en...

—Sé donde está. Nos encontraremos allí en veinte minutos.

Colgó.

En el Crystal la temperatura seguía siendo elevada, pero no estaba pintado de rojo y amarillo. Había una suave música ambiental, interrumpida de tanto en tanto por la voz de un locutor que difundía mensajes publicitarios. Alababan las cualidades de una bebida llamada Frosty Flip, y de unos cigarrillos llamados Marlin «los cigarrillos higiénicos», así como de una nueva marca de bombones llamada Chococrock, de la que Burckhardt jamás había oído hablar. No iba a ser por mucho tiempo.

Mientras esperaba a Swanson, una chica, con una falda transparente como las que llevaban habitualmente las vendedoras de cigarrillos de los clubes nocturnos, atravesó el restaurante llevando una bandeja llena de bombones de chocolate envueltos con papel rojo.

—¡Degusten estos deliciosos Chococrocks! —murmuraba con voz seductora mientras se acercaba a su mesa—. ¡Un sabor inigualado!

Burckhardt, atento a la llegada de Swanson, apenas le prestó atención. Pero en el momento en que ella depositaba un puñado de bombones y una sonrisa en la mesa de al lado, entró en su campo de visión. Burckhardt se volvió con un sobresalto para contemplarla.

—¡Señorita Horn! —exclamó, sorprendido—. ¡April!

La muchacha soltó su bandeja. Burckhardt se levantó, entre sorprendido e inquieto.

—¿Ocurre algo, señorita Horn? —preguntó. Pero ella ya había huido precipitadamente.

El encargado estaba mirando a Burckhardt con aire suspicaz, así que éste se sentó de nuevo y adoptó una actitud indiferente. No había sido en absoluto incorrecto con la chica, pensó. Aunque quizás ella fuera un tanto estricta en sus principios, pese a sus largas piernas desnudas bajo su falda transparente, y había interpretado mal su actitud de levantarse.

Aquello era absurdo. Tomó la carta y se enfrascó en su lectura, esbozando una sonrisa contrita. Al cabo de un momento sintió que le llamaban. Levantó la vista y vio con sorpresa a Swanson sentado ante él.

—Burckhardt —dijo Swanson de nuevo, con aire temeroso—. Salgamos de aquí. Están sobre su pista. Larguémonos si aprecia en algo su vida.

No había nada que discutir. Burckhardt dirigió al encargado del restaurante una inconcreta sonrisa de disculpa y siguió a Swanson al exterior. El hombrecillo daba la impresión de saber a dónde iba. En la calle, tomó a Burckhardt por el codo y tiró de él hacia la esquina.

—¿La ha visto? —preguntó—. ¿A esa chica, Horn, en la cabina telefónica? Les

estaba avisando. Estarán aquí en menos de cinco minutos. ¡Vamos, apresúrese!

La calle estaba llena de gente, pero nadie les prestaba atención. El aire era frío. Pese al boletín meteorológico, pensó Burckhardt, parecía que estuvieran más bien en octubre que en junio.

Se sentía un poco ridículo siguiendo a aquel Swanson, que huía de unos enemigos indeterminados. ¿Adónde demonios le llevaba? Era probable que el hombrecillo estuviera loco; lo que sí era cierto es que estaba aterrorizado. Y su terror era comunicativo.

—¡Entremos aquí! —dijo de pronto Swanson, jadeante.

Era un restaurante de segunda categoría, más exactamente un bar donde también hacían comidas, y donde Burckhardt no había estado nunca. Entraron.

—Salgamos por la puerta del otro lado —susurró Swanson autoritariamente. Burckhardt obedeció sin comentarios. La cajera se los quedó mirando entre sorprendida y suspicaz mientras fintaban entre las mesas, pero no dijo nada.

El restaurante tenía forma de L, con un segundo acceso por una calle lateral, perpendicular a la primera. Atravesaron la calzada y se detuvieron en la otra acera, bajo la marquesina de un cine. El rostro de Swanson pareció relajarse un poco.

—Parece que los hemos despistado —hizo notar—. Vamos, ya estamos cerca.

Se acercó a la taquilla y compró dos entradas. Burckhardt le siguió como un niño pequeño al interior del cine.

El local estaba casi vacío, una típica sesión de tarde de un día entre semana. La pantalla estaba llena de disparos y ruido de cabalgadas. Una aburrida acomodadora apoyada en una barandilla de cobre les dirigió una indiferente mirada y no se movió. Burckhardt siguió a Swanson, que lo arrastraba bajando unos escalones de mármol recubiertos con una alfombra desgastada hacia el bar. A un lado había una puerta que llevaba a los lavabos de caballeros, al otro una que conducía a los lavabos de señoras, y al fondo una tercera puerta que indicaba con letras doradas: DIRECCIÓN. Swanson apoyó la oreja en el batiente, escuchó, luego entreabrió la hoja y miró al interior.

—Adelante —dijo, haciéndole señas a Burckhardt para que le siguiera.

Burckhardt le pisó los talones a través de una oficina desierta hasta otra puerta, que debía conducir sin duda a un cuarto anejo, ya que no llevaba ninguna indicación.

Pero no era ningún cuarto anejo. Swanson abrió con precaución la puerta, echó una mirada cautelosa, e hizo una nueva señal a Burckhardt.

La puerta desembocaba en un túnel de paredes metálicas, brillantemente iluminado, que se extendía desierto en ambas direcciones. Burckhardt abrió mucho los ojos: sabía que no existía ningún túnel como aquél en todo Tylerton.

Había una especie de hornacina en el túnel, como una pequeña habitación amueblada con algunas sillas, un escritorio, y una batería de aparatos parecidos a pantallas de televisión. Swanson se dejó caer jadeante en una de las sillas.

—Aquí estaremos tranquilos por el momento —suspiró, recuperando el aliento—. No suelen venir muy a menudo. Y aunque vinieran, los oíríamos llegar y podríamos

ocultarnos.

—¿Quiénes deben venir? —preguntó Burckhardt.

—¡Los marcianos! —dijo el hombrecillo. Su voz se quebró y toda su vitalidad pareció abandonarle. Con voz apagada, prosiguió—: Bueno, al menos yo creo que son marcianos. Aunque quizás esté equivocado. He tenido tiempo para reflexionar estas últimas semanas, después que lo capturaran a usted. Es posible que sean los rusos. Sin embargo...

—Un momento. ¿Y si empezáramos por el principio? ¿Quién me ha capturado, y cuándo?

Swanson suspiró.

—Así que hay que empezar otra vez por el principio. Está bien. Hace como unos dos meses, vino usted a llamar a mi puerta, muy tarde, por la noche. Parecía como si hubiera recibido una paliza espantosa. Apenas se podía entender lo que decía. Me suplicó que lo ayudara.

—¿Quién, yo?

—Naturalmente, ahora ya no recuerda usted nada de eso. Escuche y lo comprenderá. Me contó una historia incoherente acerca que usted había sido amenazado y que querían capturarlo, que su esposa estaba muerta y luego había resucitado, y no sé cuántas cosas absurdas más. Creí que se había vuelto usted loco. Pero siempre le he tenido un profundo respeto. Me suplicó usted que lo ocultara y, puesto que como sabe poseo una habitación secreta que instalé yo mismo y que sólo puede cerrarse desde dentro, no quise contrariarle. Entramos en la habitación secreta y unos veinte minutos más tarde, hacia medianoche, ambos nos *desvanecemos*.

—¿Desvanecemos?

Swanson asintió.

—Los dos a la vez. Como si nos hubieran golpeado en plena cabeza. Pero dígame, ¿no fue eso también lo que le ocurrió ayer por la noche?

—Creo que sí. —Burckhardt asintió con la cabeza, con aire dubitativo.

—Por supuesto —dijo Swanson—. Y luego recuperamos de nuevo la conciencia, y usted me dijo que iba a mostrarme algo realmente extraño. Salimos a la calle para comprar el periódico. Estaba fechado a 15 de junio.

—¿15 de junio? ¡Pero si es hoy! Quiero decir, esto...

—Ahora está empezando a comprender, amigo mío. ¡Siempre es hoy!

Burckhardt tardó un tiempo en asimilar la idea. Luego:

—¿Y cuanto tiempo hace que se oculta usted cada noche en aquella estancia secreta? —dijo.

—¿Y cómo puedo saberlo? Cuatro o cinco semanas, quizá. He perdido la cuenta. Y cada día es idéntico al anterior. Siempre es 15 de junio, y cada día la señora Keefer está barriendo la calle a la misma hora, y cada día el kiosco de la esquina tiene los mismos titulares en los periódicos. Y la verdad es que esto, a la larga, empieza a hacerse monótono...

4

La idea se le ocurrió a Burckhardt. Swanson se mostró reticente al principio, pero terminó aceptando: siempre se dejaba arrastrar por las ideas de los demás.

—Pero es peligroso —murmuró—. Supongamos que viene alguien. Nos verán, y...

—¿Qué tenemos que perder?

—Pero es peligroso —protestó Swanson. Aunque aceptó con un alzarse de hombros.

La idea de Burckhardt era simple. Había una cosa de la que estaba seguro: aquel túnel debía conducir a alguna parte. Marcianos o rusos, complots fantásticos o alucinaciones históricas, todo lo que había de anormal en Tylerton debía tener una explicación. Y esa explicación sólo podía estar al final del túnel.

Así que iniciaron su marcha. Recorrieron casi dos kilómetros antes de empezar a ver el final. Tuvieron suerte: no había nadie en el túnel. Pero Swanson le había dicho que el túnel era utilizado aparentemente tan sólo a unas horas determinadas.

Siempre el 15 de junio. ¿Por qué?, se preguntaba Burckhardt. No *cómo*, sino *por qué*. Y dormirse de aquella manera, involuntariamente, pese a sus deseos. Y todos al mismo tiempo. ¡Y no recordar nada a la mañana siguiente, nunca recordar nada!

Swanson le había explicado con qué alegría y aprensión lo había visto de nuevo a la mañana siguiente del día en que Burckhardt, temerariamente, había esperado cinco minutos más antes de retirarse a la habitación secreta. Cuando había vuelto a ella, Burckhardt no estaba allí. Lo había encontrado al mediodía siguiente, pero Burckhardt no recordaba absolutamente nada.

Swanson llevaba semanas con aquella vida de conejo en su madriguera. Se ocultaba durante la noche en su habitación secreta, y a la mañana siguiente, animado por la esperanza de volver a hallar a Burckhardt, salía temerosamente a la calle y partía en su busca, al tiempo que se esforzaba en escapar a las implacables miradas de sus enemigos.

Entre los cuales se hallaba April Horn. Era tras haberla visto ingresar imprudentemente en una cabina telefónica de la que no había vuelto a salir que Swanson había descubierto el túnel. Y también estaba el empleado del estanco en el vestíbulo del inmueble donde trabajaba Burckhardt. Y muchos otros. Swanson había descubierto a más de una docena.

Desde el momento en que supo dónde debía buscarlos, le fue fácil irlos localizando. Puesto que eran los únicos en Tylerton cuyo papel cambiaba cada día. Cuando Burckhardt tomaba cada mañana el autobús de las ocho horas y cincuenta y un minutos, cada uno de los nuevos 15 de junio que no se diferenciaban entre sí ni en un segundo, los ocupantes del vehículo eran siempre los mismos. April Horn no era en cambio siempre la misma. Tan pronto aparecía vestida con una falda transparente y distribuía cigarrillos o bombones, como iba vestida igual que todo el mundo. Y a

veces Swanson ni siquiera conseguía verla.

Fueran quienes fuesen, rusos o marcianos, ¿qué provecho esperaban obtener de toda aquella mascarada?

Quizá la respuesta a aquella pregunta estuviera tras la puerta que marcaba el final del túnel. Escucharon atentamente. Hasta ellos llegaban sonidos distantes e inidentificables, que no parecían amenazadores. Atravesaron la puerta.

Tras cruzar una enorme nave y subir unos cuantos escalones, Burckhardt se dio cuenta con sorpresa que se hallaban en la fábrica de Industrias Químicas Contro.

No había nadie a la vista. Esto no resultaba en absoluto extraordinario: nunca había demasiada gente en aquella fábrica completamente automatizada. Pero Burckhardt recordaba de su única visita a aquel lugar la incesante actividad de las máquinas, las válvulas abriéndose y cerrándose. Los depósitos que se vaciaban y volvían a llenarse, se agitaban, sometían a cocción y probaban por procedimientos químicos los líquidos que hervían en sus senos. Nunca había nadie, pero la fábrica funcionaba a la perfección.

Sin embargo, hoy todas las máquinas estaban paradas. Excepto algunos ruidos inconcretos a lo lejos, no había el menor signo de vida. Los cerebros electrónicos no enviaban ya sus órdenes. Los automatismos y los relés ya no actuaban.

—Por aquí —dijo Burckhardt.

Swanson lo siguió a regañadientes a través del laberinto de contenedores y cilindros de acero inoxidable. Avanzaban como por una necrópolis. ¿Y qué eran las computadoras que hasta ahora habían hecho funcionar aquella fábrica, sino unos cadáveres? Ya que no eran realmente computadoras, sino réplicas electrónicas de cerebros humanos. Por ejemplo, se había elegido a una celebridad en el campo de la petroquímica especializado en el fraccionamiento del petróleo bruto, y se le había conducido a una sala de experimentación, donde se había sondeado su cerebro por medio de electrodos. El aparato había calcado sus procesos cerebrales y los había traducido a gráficas y sinusoides. Luego se habían transferido esas sinusoides a una computadora. Así se había conseguido crear un químico electrónico, que si se deseaba podía ser reproducido millones de veces, con todos sus conocimientos, toda su competencia profesional, y ninguna de las limitaciones impuestas por la naturaleza humana.

Una docena de esos robots bastaban para hacer funcionar la fábrica sin interrupción, veinticuatro horas cada día, siete días a la semana, sin olvidar nada, sin cansarse nunca.

Pero ahora estaban parados.

Swanson se acercó a Burckhardt.

—Tengo miedo —dijo.

Habían atravesado toda la gran nave, y ahora los sonidos les llegaban amplificadas. No eran sonidos de máquinas, sino de voces. Burckhardt avanzó lentamente hasta una puerta y arriesgó una mirada al otro lado.

Era una habitación más pequeña, con las paredes cubiertas de pantallas de televisión. Ante cada batería de ellas se hallaba sentada una persona, hombre o mujer, que miraba las pantallas y dictaba a un magnetófono. Cada pantalla mostraba una imagen distinta.

Y ninguna de aquellas imágenes tenía nada en común. Una de ellas representaba un almacén, donde una chica joven vestida como April Horn estaba haciendo la demostración de un congelador. Otra mostraba varias imágenes de cocinas. Burckhardt observó que una de ellas parecía mostrar el expendedoría del vestíbulo del edificio donde trabajaba.

Era algo alucinante. Burckhardt hubiera querido quedarse allí e intentar hallar una explicación, pero había demasiada gente. Cualquiera, en cualquier momento, podía levantar los ojos y verle, o salir y tropezar con él.

Llegaron a otra habitación, sin nadie. Era grande y estaba lujosamente amueblada. En su centro había un gran escritorio lleno de papeles. Burckhardt les echó una rápida ojeada. Unas palabras escritas en una de las hojas llamaron de pronto su atención. La tomó y la leyó, luego tomó otra, mientras Swanson registraba frenéticamente los cajones.

—Dios mío —murmuró Burckhardt, incrédulo. Dejó los papeles sobre la mesa.

—¡Eh, mire! —exclamó en aquel momento Swanson, mostrando un revólver que había encontrado en uno de los cajones—. ¡Está cargado!

Burckhardt le miró con aire ausente, absorto aún por lo que acababa de leer y sus implicaciones. De pronto, como si finalmente las palabras de Swanson hubieran llegado hasta su cerebro, exclamó:

—¡Estupendo! Tomémoslo. Nos ayudará a salir de aquí. Swanson, hay que avisar a la policía. No a la local de Tylerton, sino al FBI. ¡Lea eso!

Le tendió un fajo de papeles. Su título era: *Informe sobre la Zona de Prueba. Objeto: Campaña Cigarrillos Marlin*. Dentro había columnas de cifras sin demasiado significado a los ojos de Burckhardt y Swanson, pero el resumen final del informe decía:

Aunque la Prueba 47-K3 haya suscitado dos veces más compras que todos los demás, probablemente sea inaplicable al exterior debido a las leyes que reglamentan el uso de vehículos provistos de altavoces.

Las Pruebas del grupo 47-K2 vienen en segundo lugar. Creemos aconsejable repetir las, apoyándonos en la misma motivación. Así podríamos establecer, para las tres campañas mejor conseguidas, un estudio comparativo de las diferentes técnicas de muestreo.

En el caso que nuestro cliente se negara a asumir los gastos adicionales de nuevos estudios complementarios, podríamos basarnos en la motivación clasificada en cabeza para el lanzamiento del producto.

Todas estas previsiones poseen una probabilidad de un 80 % de ser realizadas con un margen de error de un 0,5 %, y una probabilidad de un 90 % de ser

realizadas con un margen de error de un 5 %.

—No lo entiendo —dijo Swanson con tono plañidero.

—No puedo reprochárselo —dijo Burckhardt—. Parece idiota, pero es lo único que encaja con los hechos. No se trata de los rusos ni de los marcianos, Swanson. Se trata de especialistas en *marketing*. No sé cómo lo han conseguido, pero han logrado apoderarse de Tylerton. Nos tienen en su poder, no sólo a usted y a mí, sino a los veintitantos mil habitantes de la ciudad. No sé cómo lo hacen. Quizá nos mantengan a todos hipnotizados. Sea como sea, el hecho es que nos hacen revivir incesantemente el mismo día de nuestras respectivas vidas. Y durante todo este día nos inundan con su publicidad. Por la noche, examinan los resultados obtenidos. Tras lo cual *borran* este día de nuestra memoria y comienzan de nuevo al día siguiente, con una publicidad distinta.

A Swanson se le cayó la mandíbula. Finalmente consiguió tragar saliva.

—Esto es absurdo —murmuró.

Burckhardt asintió.

—Sí, es absurdo, pero no hay nada en todo este asunto que no sea absurdo. Tenemos que reconocer que la ciudad de Tylerton está reviviendo una vez tras otra la misma jornada del 15 de junio. Hemos podido constatarlo con nuestros propios ojos. O esto es la verdad, o entonces estamos todos locos. Una vez admitamos que esa gente, sean quienes sean, son capaces de realizar algo así con pleno éxito, todo lo demás se explica. Piense en ello, Swanson: están probándolo todo hasta el menor detalle antes de lanzar sus campañas publicitarias. ¿Se da cuenta de qué significa eso? Ignoro las cantidades de dinero que hay en juego aquí, pero sé que existen algunas empresas que gastan de veinte a treinta millones de dólares al año en publicidad. ¿Calcula usted lo que puede representar eso para un centenar de sociedades? En el mejor de los casos, actualmente, consiguen tan sólo reducir sus presupuestos en un diez por ciento. Una miseria, créame. Pero si supieran por anticipado cual es el producto que se venderá mejor, podrían reducir sus costos en un cincuenta por ciento, incluso más. Lo cual representaría una economía de dos a trescientos millones de dólares anuales. Aunque dedicaran un veinte por ciento de esa cantidad al mantenimiento del «control» sobre Tylerton, seguirían haciendo un buen negocio. Y el que hubiera conseguido ese control obtendría una ganancia sin precedentes.

Swanson parecía alucinado.

—¿Quiere decir entonces que no somos más que una especie de reflejos condicionados?

Burckhardt permaneció pensativo unos instantes.

—No exactamente —murmuró—. ¿Sabe usted cómo controlan los médicos la eficacia de un antibiótico, por ejemplo? Sitúan toda una serie de colonias microbianas sobre placas de gelatina, y las tratan con diversas cantidades de antibiótico. Así pueden medir las reacciones de tal o cual colonia, e ir comparando. Lo mismo ocurre con nosotros. Nosotros somos los microbios, Swanson. Pero su método es aún más

perfeccionado. Pueden realizar sus experiencias sobre una colonia única, ya que tienen la posibilidad de actuar siempre sobre los mismos sujetos, día tras día.

—¿Y qué podemos hacer nosotros? —murmuró Swanson con voz débil.

—No podemos dejar que sigan utilizándonos como cobayas —dijo firmemente Burckhardt—. Somos seres humanos. Hay que avisar a la policía.

—Sí, pero, ¿cómo podemos llegar hasta ella?

Burckhardt dudó.

—Al parecer estamos en la oficina de alguien importante —dijo finalmente—. Y tenemos un arma. Esperemos aquí. Tarde o temprano vendrá alguien, y entonces le obligaremos a que nos saque de la fábrica.

Era un plan sencillo y directo. Swanson se tranquilizó un poco. Se sentó junto a la pared, en el lado más alejado de la puerta. Burckhardt tomó posición cerca de ella.

No tuvieron que esperar mucho. Habría transcurrido una media hora cuando oyeron pasos acercándose. Burckhardt tuvo apenas tiempo de hacerle una seña a Swanson antes de pegarse a la pared.

—¿... y por qué no me lo ha dicho por teléfono? ¡Esto invalida la prueba de todo el día! ¿Qué demonios le ocurre, Janet?

—Lo siento, señor Dorchin. Creí que era importante.

—¡Importante, importante! ¡Una simple unidad entre veintiuna mil!

—Pero se trata de Burckhardt, señor Dorchin. Y por la forma en que ha desaparecido, creo que alguien le ha ayudado.

—Está bien, está bien. No tiene importancia. Vamos adelantados con el programa de Chococrock. Ya que está usted aquí, venga a mi despacho y redacte su hoja de trabajo. Y no se preocupe más por el asunto Burckhardt, Janet. Debe estar en algún lugar. Volveremos a tenerlo con nosotros esta noche...

Habían entrado en la oficina. Burckhardt cerró la puerta tras ellos de una patada y los encañó con la pistola.

—Eso queda por ver —dijo, con una nota de triunfo en la voz. Se sentía recompensado por todos los sufrimientos que había tenido que soportar hasta entonces, las horas de terror, los momentos en que había creído que se había vuelto loco. La boca de Dorchin se abrió mucho, sus ojos se desorbitaron. Lanzó un sonido de interrogación, pero fue incapaz de formular su pregunta.

La joven estaba tan sorprendida como su jefe. Al verla, Burckhardt comprendió por qué su voz le había parecido familiar: era la misma joven que se había presentado a él como April Horn.

Dorchin se recuperó rápidamente.

—¿Es él? —preguntó con brusquedad a la muchacha.

—Sí —dijo ella.

Dorchin hizo una inclinación de cabeza en su honor.

—Retiro todo lo dicho. Tenía usted razón. Está bien, Burckhardt: ¿qué es lo que desea?

—¡Cuidado! —advirtió Swanson—. ¡Puede que tenga otra pistola!

—Regístrelo —dijo Burckhardt—. Le explicaré lo que queremos, Dorchin. Queremos que nos acompañe a la policía, y que le explique cómo ha conseguido raptar en bloque a más de veinte mil personas.

—¿Raptar? ¡Oh, esto es ridículo! Guarde esta pistola, señor Burckhardt. No crea que le va a servir de algo.

Burckhardt la blandió en forma amenazadora.

—Yo creo más bien que sí.

Dorchin parecía incómodo y disgustado, pero no parecía en absoluto tener miedo. Quizá más bien irritación.

—Dios santo, escuche —dijo, con tono persuasivo—. Está cometiendo el mayor error de su vida. Nadie ha raptado a nadie.

—No le creo —dijo Burckhardt secamente—. ¿Por qué habría de hacerlo?

—Porque es cierto.

—Eso ya lo dirá en todo caso la policía. Ahora, ¿cómo salimos de aquí?

Dorchin abrió la boca para decir algo, y Burckhardt gritó:

—¡Cállese! ¿No comprende que estoy dispuesto a matarle si es necesario? Acabo de pasar dos días infernales, y a usted le debo cada segundo de ellos. ¿Matarle? Sería un placer para mí. Y ahora dígame como podemos salir de aquí.

Dorchin pareció dudar. Iba a decir algo, pero la joven rubia a la que había llamado Janet se interpuso entre él y la pistola.

—Por favor, Burckhardt. Usted no lo entiende. No puede disparar.

—¡Apártese!

—Pero señor Burckhardt...

No terminó la frase. Dorchin se giró y se lanzó hacia la puerta. Burckhardt levantó la pistola y se ladeó un poco. La muchacha gritó. El dedo de Burckhardt se engarfió en el gatillo. La muchacha se interpuso de nuevo entre él y su objetivo.

Burckhardt no quería matar: por eso apuntó a las piernas de Dorchin. Pero no calculó el movimiento de la muchacha. La bala se alojó a la altura de su estómago.

Y Dorchin estaba ya fuera. Oyeron el seco chasquido de la puerta al cerrarse, y el ruido de sus pasos alejándose apresuradamente.

Burckhardt sintió deseos de tirar rabiosamente la pistola al otro lado de la habitación. Se arrodilló junto a la muchacha. Swanson, a sus espaldas, se lamentaba:

—Estamos perdidos, Burckhardt. ¿Por qué ha tenido que hacer eso? Hubiéramos podido irnos y acudir a la policía. Estábamos ya prácticamente fuera...

Burckhardt ni siquiera le escuchaba. Arrodillado al lado de la muchacha, observaba. Ella estaba caída de espaldas, con los brazos como desarticulados. No había sangre ni ningún rastro de herida. Y ningún ser humano era capaz de adoptar la postura que ella tenía.

Sin embargo, no estaba muerta. Y Burckhardt, alucinado, tuvo que reconocer: *pero tampoco viva.*

No podía sentir su pulso, pero, a través de sus rígidos dedos, percibió algo así como una rítmica pulsación..., la pulsación de un mecanismo. Su respiración era tan sólo como un silbido, acompañado con ligeros chasquidos. Sus ojos, abiertos, miraban fijamente a Burckhardt. No había en ellos ni odio ni dolor, sino tan sólo una profunda piedad.

Con un rictus extraño en su boca, murmuró:

—No..., no se preocupe, señor Burckhardt... Estoy... bien...

Burckhardt se levantó lentamente, con los ojos desorbitados. Allá donde la sangre debería manar a borbotones había tan sólo un limpio agujero practicado en una sustancia que no era carne, y de donde surgía el extremo de un delgado hilo de cobre.

—Usted... —murmuró, humedeciéndose los labios—, usted es un robot.

—Sí. Y ustedes también.

5

Swanson emitió un sonido inarticulado, se dirigió al escritorio, y se sentó cara a la pared. Burckhardt, de pie junto a la muñeca inarticulada que yacía en el suelo, inclinado de nuevo hacia ella, no sabía qué hacer.

—Siento... todo lo ocurrido —murmuró la joven, con sus hermosos labios crispándose en un rictus que era aún más horrible en aquel agraciado rostro. Intentó dominarse—. Lo siento —repitió—. La bala me ha alcanzado muy cerca del centro nervioso..., me cuesta controlar este cuerpo.

Burckhardt asintió maquinalmente, como aceptando sus disculpas. Su mente giraba y giraba. Robots. Era evidente, ahora que lo sabía. Pensó en sus locas ideas de hipnosis, de marcianos y de tantas otras cosas extrañas. Era estúpido imaginar todo aquello, cuando la creación de robots lo explicaba todo mucho mejor.

Y todas las pruebas habían estado ante sus ojos: la fábrica automática, con sus cerebros transplantados. ¿Qué impedía transferir un cerebro humano a un robot humanoide, dando a este último los rasgos y las características del individuo original? ¿Y cómo podía saber ese robot que era un robot?

—Todos nosotros —murmuró Burckhardt, sin darse cuenta que estaba hablando en voz alta—. Todos nosotros: mi mujer, mi secretaria, usted, los vecinos... Todos nosotros.

—No, no todos. —La muchacha parecía ir recuperando de nuevo el control—. Yo tuve la oportunidad de elegir. Y elegí esto porque era una mujer vieja y fea, que tenía

casi sesenta años y había fracasado en mi vida. Cuando el señor Dorchin me ofreció la posibilidad de revivir bajo la forma de una mujer joven y hermosa, no dudé ni un instante. Mi cuerpo de carne y huesos vive todavía, se halla en animación suspendida, mientras yo estoy aquí. Puedo volver a él en el momento en que quiera. Pero no lo haré nunca.

—¿Y nosotros?

—Su caso es distinto, señor Burckhardt. Yo *trabajo* aquí. Estoy a las órdenes directas del señor Dorchin. Registro los resultados de las pruebas publicitarias, estudio la forma de vivir de ustedes desde el momento mismo en que él les da la vida. Lo hago porque yo elegí hacerlo, pero ustedes no tienen la posibilidad de elegir. Porque..., ¿saben?..., todos ustedes están muertos.

—¿Muertos? —murmuró Burckhardt.

Los azules ojos de la muchacha lo miraron sin parpadear. Comprendió que no le mentía. Tragó saliva, maravillándose de aquel complejo mecanismo que le permitía tragar saliva, sudar, comer..., a él, a un muerto.

—Oh —dijo de pronto—. La explosión de mi sueño.

—No fue un sueño. La explosión ocurrió realmente, aquí mismo, en esta fábrica. Los tanques estallaron, y los que no fueron muertos por la explosión murieron un poco más tarde por los gases escapados de los depósitos. Las veintiuna mil personas. Y ésa fue la gran oportunidad del señor Dorchin.

—Vampiro —susurró Burckhardt.

La muchacha alzó los hombros en un gesto extrañamente gracioso.

—¿Vampiro? ¿Por qué? Todos ustedes estaban muertos. El señor Dorchin deseaba una comunidad entera, una muestra representativa de la vida norteamericana. Y es tan fácil trasladar los esquemas cerebrales de una persona muerta como los de una persona viva. Incluso es más sencillo, ya que los muertos no pueden negarse a ello. Por supuesto, se necesitó una gran cantidad de trabajo y de dinero, ya que la ciudad estaba completamente en ruinas, pero se pudo hacer completamente, ya que al fin y al cabo no era indispensable reproducirla exactamente en *todos* sus detalles.

»En primer lugar, estaban las casas en las que incluso los cerebros de sus habitantes habían quedado destruidos. Fueron reconstruidas tan sólo las fachadas, dejando el interior vacío. Los sótanos, por otro lado, no necesitaban ser perfectos, y algunas calles no tenían excesiva importancia. De todos modos, los experimentos no duran nunca más de un día..., siempre el mismo: el 15 de junio. Y si alguien descubre algún detalle equivocado, no tendrá tiempo de asimilarlo e ir atando cabos de tal modo que modifiquen los resultados de la prueba, ya que todos los errores son borrados a medianoche.

»Éste es el sueño, señor Burckhardt: este día del 15 de junio, ya que usted nunca llegó a vivirlo realmente. Es un obsequio del señor Dorchin, un sueño que le da cada día y que le retira cada noche, cuando dispone ya de todas las cifras relativas a sus reacciones ante tal o cual variable en una campaña publicitaria. Entonces los equipos

de mantenimiento se extienden por ese túnel debajo de la ciudad, y extraen el sueño de todos sus habitantes con ayuda de sus instrumentos electrónicos.

»Y luego el sueño vuelve a empezar: de nuevo el 15 de junio..., siempre el 15 de junio. Porque el 14 de junio es el último día que pueden recordar haber vivido. De tanto en tanto, los equipos olvidan a alguien, como le han olvidado a usted esta noche, ya que había quedado oculto por su bote en su sótano. Pero eso no tiene importancia. Todos ellos se traicionan a sí mismos, y aunque no se traicionaran su comportamiento tampoco influye en los resultados de la prueba. Sólo a nosotros, los que trabajamos para el señor Dorchin, se nos respetan nuestros recuerdos: nos dormimos también cuando se corta la corriente, como todos los demás, pero cuando despertamos al siguiente 15 de junio recordamos todo lo ocurrido el día anterior.

Su rostro sufrió una convulsión.

—Si al menos pudiera olvidar —murmuró.

—Y todo esto para vender productos —murmuró Burckhardt con voz incrédula—. Dorchin tiene que haber gastado millones en ello.

—Sí —dijo el robot que era April Horn y que se llamaba Janet—. Pero también le ha reportado millones. Y esto no es el final. Cuando descubra el elemento clave que hace actuar a la gente de tal o cual manera, ¿imagina que va a detenerse ahí?

La puerta se abrió, interrumpiendo a la joven. Burckhardt se volvió y alzó la pistola. Recordó, demasiado tarde, que Dorchin había huido y había tenido tiempo de avisar a su gente.

—No dispare —dijo una voz tranquila. No era Dorchin, sino otro robot. Su apariencia no había sido disimulada para hacerle parecer humano, sino que su superficie metálica brillaba fríamente—. Quédese tranquilo, Burckhardt —dijo con voz metálica—. No conseguiré nada usando la violencia. Deme esa arma antes de causar más destrozos. Démela *inmediatamente*.

Burckhardt lanzó un rugido furioso. El cuerpo del robot era de acero: Burckhardt no sabía si las balas lo perforarían. Y aunque lo perforasen... Sin embargo, tenía que intentarlo.

Swanson, sin embargo, a quien el miedo había vuelto histérico, se lanzó en aquel momento contra él, lloriqueando. Chocó tan violentamente con Burckhardt que lo hizo caer al suelo. La pistola escapó de su mano.

—Por favor —suplicó Swanson al robot, de rodillas ante su caparazón metálico—. ¡Iba a matarle! Yo se lo he impedido. Por favor, no me haga daño. Déjenme trabajar para ustedes, como esa chica. Haré cualquier cosa. Todo lo que me ordenen...

—No necesitamos para nada su ayuda —dijo fríamente el robot. Tranquilamente, se situó al lado del arma, sin molestarse en recogerla.

La averiada muñeca rubia dijo, sin el menor asomo de emoción:

—Temo que no voy a poder resistir mucho tiempo, señor Dorchin.

—Está bien —dijo el robot metálico—. Desconéctese si lo considera prudente.

Burckhardt parpadeó.

—¡Usted no es Dorchin!

El robot se volvió hacia él y lo miró directamente a los ojos.

—Soy Dorchin —dijo—. No en carne y huesos, sino utilizando momentáneamente este cuerpo metálico. No creo que pudiera causarle usted ningún daño con esa pistola, señor Burckhardt. El otro cuerpo era mucho más vulnerable. Ahora, ¿aceptará dejar de hacer tonterías? No tengo el menor deseo de dañarlo: me ha costado usted muy caro. Siéntese y déjese poner en condiciones por el equipo de mantenimiento.

—Entonces..., entonces..., ¿no va usted a castigarnos? —murmuró Swanson.

La voz del robot pareció manifestar por primera vez una cierta sorpresa:

—¿Castigarles? ¿Cómo?

Swanson se estremeció, como si aquellas palabras hubieran sido un latigazo. Pero Burckhardt estalló:

—Póngale en condiciones *a él* si está de acuerdo, ¡pero no a mí! Va a tener que destrozarme para conseguirlo, Dorchin. No me importa lo que le haya costado o si luego resulta rentable mi reparación. Voy a cruzar esta puerta. Si quiere detenerme tendrá que matarme de nuevo. No hay otro medio.

El robot se acero dio un paso adelante e, instintivamente, Burckhardt se detuvo. Aguardó, inmóvil y tembloroso, dispuesto a morir, dispuesto a atacar, dispuesto a hacer frente a cualquier eventualidad. Pero se produjo lo imprevisible. El robot se apartó a un lado: seguía aún entre Burckhardt y la pistola, pero el paso quedaba expedito.

—Adelante —dijo el robot—. Nadie le impide que se vaya.

Al otro lado de la puerta, Burckhardt se detuvo. Era una locura por parte de Dorchin dejarle partir. Robot o ser de carne y huesos, víctima de un complot o beneficiario de una resurrección, nadie iba a impedirle presentar una denuncia al FBI o a la primera comisaría de policía que encontrara una vez salido del imperio sintético de Dorchin. Seguro que las sociedades que le pagaban por los resultados de sus pruebas publicitarias no tenían la menor idea de los satánicos medios que empleaba para conseguirlos. Todo aquel tinglado iba a derrumbarse apenas se supiera la verdad. Haciendo aquello Burckhardt arriesgaba su vida, pero..., ¿qué era aquello, sino tan sólo una apariencia de vida? En aquel momento no sentía ningún temor a la muerte.

No había nadie en el corredor. Se acercó a una ventana. Tylerton se extendía ante sus ojos: una ciudad-decorado, pero parecía tan real, tan familiar, que Burckhardt tuvo la sensación de seguir todavía soñando. Pero no era un sueño. Estaba seguro de ello. Y tenía también la certeza que nadie de Tylerton acudiría en su ayuda.

Había que partir en dirección opuesta.

Tardó un cuarto de hora en hallar el camino. Se deslizó a través de los corredores, atento al menor ruido. Sabía que era inútil esconderse, Dorchin debía estar al

corriente de todos sus movimientos. Pero nadie le detuvo hasta que encontró la otra salida.

Por su parte interior parecía una puerta normal. Pero apenas la abrió y salió al exterior, el espectáculo lo dejó alucinado.

En primer lugar la luz. Una luz increíble, cegadora, potentísima. Burckhardt alzó la vista y parpadeó. Era algo aterrador. Se encontraba sobre una plataforma de pulido mental..., que se interrumpía en seco a diez metros delante de él. Se acercó reluciente al borde del precipicio, sin lograr divisar el fondo. El terrible abismo se perdía en la deslumbrante luz.

No era extraño que Dorchin le hubiera dejado partir libremente. Aquel camino no conducía a ninguna parte. Pero un abismo como el que se abría a sus pies era algo inimaginable, tanto como aquellos terribles soles que, por centenares, lanzaban sus rayos contra él.

—¿Burckhardt? —tronó una voz cerca de él. Un retumbar de ecos invadió el abismo que se abría a sus pies.

Burckhardt se humedeció los labios.

—¿Sí? —dijo con voz estrangulada.

—Soy Dorchin. Y esta vez no se trata de un robot, sino del Dorchin en carne y huesos hablándole a través de un micrófono. Ahora que ha podido darse cuenta de la situación, ¿se mostrará razonable y dejará que el equipo de mantenimiento se ocupe de usted?

Burckhardt estaba como paralizado. Una de las montañas que se movían vagamente en la cegadora luz se acercó a él. Mediría unos cien metros de alto, y aunque lo intentó no pudo distinguir su cima, cegado por la deslumbrante luminosidad. Parecía como si..., pero no, era imposible.

—¿Burckhardt? —llamó el altavoz encima de la puerta.

Burckhardt se sintió incapaz de responder.

—Bien —dijo Dorchin, con un suspiro—. Veo que ha terminado usted por comprender. No hay ninguna salida, Burckhardt. Hubiera podido decírselo, pero usted no me hubiera creído. Después de todo, Burckhardt, ¿qué me obligaba a reconstruir la ciudad exactamente igual a como era antes? Yo soy un hombre de negocios: tengo muy en cuenta los costos. Si hay que reconstruir exactamente a escala real, lo hago. Pero en este caso no era imprescindible.

Un enorme acantilado se desprendió de la gigantesca masa que se erguía ante él, algo largo y oscuro que descendió en su dirección. Estaba rematado por una masa blanca con prolongaciones parecidas a dedos.

—Mi pobre pequeño Burckhardt —murmuró la voz en el altavoz, mientras sus ecos resonaban en la gigantesca bóveda que no era más que las paredes y el techo de un taller—. Debe haber sido para usted un terrible *shock* el descubrir que vivía en la maqueta de una ciudad, construida sobre una simple mesa.

6

Era la madrugada del 15 de junio, y Guy Burckhardt se despertó gritando. Había tenido un sueño.

Había sido un sueño monstruoso e incomprensible, con explosiones y sombras que no tenían nada de humano, y un terror inconmensurable.

Se estremeció y abrió los ojos.

Una voz ensordecedora, terriblemente amplificada, penetraba a través de la ventana. Se acercó y miró afuera. El frescor del aire recordaba más a octubre que a junio, pero todo parecía normal, excepto la camioneta provista de altavoces estacionada junto a la acera, a un par de manzanas de distancia. Una voz aullaba:

—¿Es usted un blando? ¿Es usted un inconsciente? ¿Va a dejar que los políticos vendidos se apoderen del país? ¡No! ¿Va a dejar que nuestro país se anegue otros cuatro años en la corrupción y en el crimen? ¡No! ¿Va a votar esta vez sin dudarlo por el Partido Federal? ¡Sí! ¡Por supuesto que va a hacerlo!

Pobre Burckhardt. A veces el altavoz grita, a veces amenaza, a veces gime, a veces suplica, a veces halaga.

Pero siempre está ahí. Sin descanso. Y su voz se deja oír, una vez tras otra, cada día: el 15 de junio, y el 15 de junio, y el 15 de junio...

LA ÚLTIMA LECCIÓN SOBRE CISNEROS

GABRIEL BERMÚDEZ CASTILLO

La superpoblación y sus tremendos efectos sobre nuestro mundo son capaces de quitarle a uno el sueño por completo. Algunos futurólogos han pronosticado, no sin cierta sorna, que dentro de unos años el problema quedará estabilizado por completo: en efecto, dicen, como llegará un momento en el que todos los seres humanos deberán permanecer simplemente apiñados el uno junto al otro a lo largo y a lo ancho de todas las superficies emergidas, desde aquel mismo momento, la población se estabilizará porque sus excedentes irán cayendo al mar... Una obra que se toma muy en serio este tema es ¡Hagan Sitio! ¡Hagan Sitio! de Harry Harrison, publicada en esta misma colección.

Recientemente, por otro lado, ha llegado a mis manos un relato de Gabriel Bermúdez Castillo, que ofrece también una lúcida visión sobre este tema. Bermúdez Castillo, al que tuve ocasión de conocer personalmente hace muy poco, y que se reveló en España como autor de ciencia ficción con El Mundo Hókun, y se consagró con Viaje a un Planeta Wu-Wei, aparecido en esta misma colección, acaba de publicar recientemente su tercera obra, terriblemente personal tanto en tema como en desarrollo: La Piel del Infinito, y es probable que antes de fin de año aparezca su cuarto libro. En el relato que sigue a continuación, y que intenta unir el tema de la superpoblación con el de los viajes temporales como derivativo al problema, al tiempo que nos yuxtapone dos mundos completamente distintos, Bermúdez (que bebiendo en fuentes anglosajonas piensa desarrollar este tema y convertirlo en una novela o en toda una serie) nos ofrece el poco usual don de presentarnos una novela básicamente española, situada enteramente en España, sin que por ello choque en ningún momento al lector, acostumbrado a la toponimia anglosajona. Y el tema (y sobre todo su final) es tremendamente, vívidamente, absolutamente español. ¿A algunos de ustedes no les recuerda algo en particular, hechos concretos ocurridos a lo largo de los últimos años..., muchas cosas que forman parte de nuestra reciente historia?

* * *

La señora Hidalgo contempló con atención los rostros serios de los niños. Pensaba que había demasiado silencio y demasiada seriedad; sin duda, los niños se estaban dando cuenta de todo.

—Hacia 1460, Cisneros, que por aquel entonces era un pobre franciscano, se fue a Roma a comprar una canonjía. Entonces estos cargos se vendían, y desde luego eran muchos los pedigüños que iban allí, a intrigar, para que el Papa les vendiera una canonjía en España. Por fin, después de mucho cabildear, consiguió que le dieran una para la primera vacante. Volvió a España, y cuando trató de ocupar la plaza chocó con el Arzobispo Carrillo, que era un hombre muy poderoso. Carrillo no quiso hacerle caso y lo metió en la cárcel, donde Cisneros permaneció ocho años. Debo decirles que Cisneros era un hombre de un orgullo desatado, y no transigió en absoluto con el arzobispo Carrillo: o le daban su canonjía, o se negaba a salir de la cárcel. Por fin, murió Carrillo, y Cisneros salió de la cárcel. Nombran entonces Cardenal de España y Obispo de Sigüenza al Cardenal Mendoza, el cual propone a Cisneros el hacerse cobrador de las alcabalas y diezmos. Naturalmente, Cisneros llevaba para sí una parte de lo cobrado, y como consecuencia de su actuación estranguló las economías de los diocesanos de tal forma que fue la ruina de mucha

gente. Basta con decirles que las rentas episcopales, mientras Cisneros se dedicó a cobrarlas, subieron a más de diez veces lo que eran antes. Dado que su humildad era inexistente, pueden imaginar cómo persiguió a la pobre gente que tenía que pagar las alcabalas y diezmos...

—¿Tan orgulloso era, señorita?

Los niños no se acostumbraban nunca a llamarla señora, a pesar que llevaba quince años viuda. Para ellos, la maestra era siempre «señorita».

Era Nick Navarro el que había hecho la pregunta; el hijo del doctor Navarro, calificado por los demás como «empollón». La señora Hidalgo retuvo una sonrisa.

—Tanto, que cuando el Rey llegó a España con sus diecisiete años, se negó a recibirlo, y Cisneros, que entonces era Regente de Castilla, se encolerizó de tal manera que sufrió un derrame cerebral y murió de ello. De humildad, cero... La gente sólo se fija en que en Alcalá se hizo la Biblia Complutense, y no en estas cosas. También es responsable de la candidatura de Isabel contra su hermano, que es una de las cosas más oprobiosas de las que se pueda hablar. Se inventó una incapacidad sexual que no existió, una hija adulterina que no era cierta... Lo cierto es que la Historia debe recoger la verdad y que, a veces, el orgullo nacional se exagera sobre un personaje determinado y se crean leyendas que no corresponden a la realidad... Dime, Clemente, ¿qué pasa?

Clemente se había levantado, al fondo de la clase, y tenía la mano alzada. Los demás jovencitos le miraban como si hubieran estado esperando esto. Lentamente, Sara Jiménez, que según decían todos era la novia de Juan Clemente, se puso en pie y se colocó al lado del muchacho.

—Siento mucho interrumpirla, señorita —dijo el joven, un poco intimidado—. Pero los demás chicos y chicas y yo hemos hablado mucho, y queremos preguntarle otra cosa... Si no le importa...

«Lo veía venir —pensó la señora Hidalgo—. Estaba segura que esto iba a suceder». Miró durante unos segundos a través de las ventanas de la escuela, viendo el cielo de un azul intenso y cegador, y el follaje de un verde claro del poco arbolado que se había permitido en las cercanías del edificio.

—Pregunta, Juan. Di lo que quieras. Después de todo —añadió la señora Hidalgo— hoy no es un día como los demás...

—Sí, señorita... Todos, ¿sabe usted?, todos queremos saber una cosa...

Las caras de los muchachos miraban seriamente a su compañero.

—¿Por qué tenemos que irnos, señorita?

Esto era. La pregunta fatal, la que esperaba hacía varios días, desde que las primeras noticias llegaron del Presente. La señora Hidalgo sabía perfectamente que en este momento el Guardabosque y casi todos los hombres útiles estaban patrullando en las cercanías de la Estación Transmisora (más conocida como «la Cúpula»), esperando que algo o alguien llegase por allí y tratase de hacerles cumplir las órdenes recibidas. Sin embargo, la anciana maestra tenía la seguridad que todo ese despliegue

de fuerzas iba a ser inútil.

—Escúchenme, hijos —respondió—. Hoy vamos a dejar la clase... ¿Saben? Será mejor que todo se los explique fuera... Vamos, vamos, todos fuera. Pueden dejar los libros aquí; ya los recogerán luego.

Cualquier otro día este anuncio de terminación de la clase, cuando solamente eran algo más de las diez de la mañana, hubiera desatado un torrente de alegría entre los alumnos. Hoy no. Hoy todos siguieron a la señora Hidalgo silenciosamente, con los rostros llenos de preocupación.

Alrededor de la escuela se alzaba el pequeño bosquecillo de sigilarías y lepidodendros. Los más altos de esta especie de árboles llegaban a los treinta metros de altura. Sobre ellos el cielo, de un increíble e intenso azul, brillaba bajo los rayos deslumbradores del sol.

La maestra se apoyó en el grueso tronco de un lepidodendro y sintió bajo sus dedos las escamas romboidales de la corteza que ascendían en espirales hasta la primera bifurcación... Allá arriba el tronco se dividía en dos ramas, de un color leñoso, y cada una de éstas en otras dos. A medida que eran más pequeñas tomaban un tono de un verde frutal intenso. Dirigió una mirada a su alrededor, contemplando la pequeña colina en que se alzaba el poblado Nueva España 3, construido en forma de círculo, con la escuela, los edificios administrativos, la Cúpula y los grandes almacenes para la transmisión automática situados en el centro. En el llano, frente a la cúpula de aluminio plateado, había un grupo de un centenar de hombres, armados con rifles pesados y con algunos lanzallamas.

A lo lejos, más allá de los edificios y las murallas del poblado, se extendían infinitamente los campos de trigo y las hileras interminables de las viñas, rompiendo con su regularidad civilizada el caótico paisaje del Pérmico Medio. Nueva España 3 tenía un cultivo de una superficie aproximada a la vigésima parte de la España del Presente, es decir, unos veinticinco mil kilómetros cuadrados.

—Hace veintiséis años que vinimos aquí —dijo la maestra, mientras los niños la escuchaban—. Cuando se descubrió el transmisor temporal, las naciones del mundo del Presente se repartieron las diversas épocas... Era la única solución para poder cultivar cosas, alimentos, carne, y nutrir así un mundo superpoblado..., como lo era entonces. Dios sabe cómo será ahora...

—Mi padre estuvo hace dos años y dice...

—¡Cállate! —gritaron los demás niños.

—En ese reparto, que se hizo en Zürich, y por eso se llamó el Tratado Intertemporal de Zürich, a España no le tocó nada demasiado bueno. No sé por qué, a la pobre España, en estas cosas internacionales, le toca siempre la peor parte. Le dieron diez millones de años del Pérmico Medio, desde el ciento cincuenta millones antes de Jesucristo hasta el año ciento cuarenta millones. Estados Unidos se llevó casi todo el Carbonífero, y Rusia parte del Devónico, el final del Carbonífero, y el Pérmico Inferior.

Todo esto lo sabían ya los niños; era casi lo primero que se les enseñaba en la escuela. Pero si querían oírlo de nuevo, en vez de escuchar algo sobre Cisneros..., era asunto suyo. Y después de todo, hoy las clases no tenían mucha importancia.

Una bandada de meganeuras pasaba a lo lejos, sobre los campos de trigo. El vigilante de la primera torre no dio la alarma cuando los grandes insectos, de un metro de envergadura, con dos pares de alas transparentes, bajaron sobre las doradas espigas y comenzaron a masticar los granos. Seguramente estaba mirando con sus prismáticos hacia la plateada cúpula. Mientras tanto, las meganeuras se hartaban de trigo. No era eso lo que más molestaba a la señora Hidalgo, sino lo espantosamente mal que olían esos enormes insectos... ¿Qué paleobiólogo del Presente hubiera pensado que las meganeuras pudieran oler tan mal?

—Hubo otros países que lo pasaron peor —continuó la anciana maestra—. A Grecia sólo le dieron medio millón de años del Triásico, con todos sus dinosaurios carnívoros. Afortunadamente nosotros no tenemos dinosaurios..., no han aparecido aún.

—Los turistas creen que sí —dijo una jovencita pelirroja.

La primera sorpresa de los pocos turistas que tenían dinero suficiente para pagarse el viaje hasta el Tiempo Español era el no encontrar dinosaurios. Costaba un gran trabajo convencerles del hecho que faltaban aún de treinta a cuarenta millones de años para que el primer reptil gigante apareciera sobre la Tierra.

—Los sabios estudiaron cómo podía dedicar cada estado su sección de tiempo al cultivo o a otras cosas sin alterar para nada el Presente. Como pueden imaginar, si se hiciera una alteración grande del pasado, entonces el Presente cambiaría... Y llegaron a la conclusión que veinticinco mil años era un período suficiente para que desapareciese cualquier rastro de actividad humana, y que ésta no debía extenderse por más de mil años. Así que, al principio del Tiempo Español, se fundó hace veintiséis años Nueva España 1, a los veinticinco mil años más Nueva España 2, a los otros veinticinco mil años Nueva España 3, donde estamos ahora...

—¿Cuántas hay?

—Solamente once... No necesitamos usar más... Estas once estaciones producen prácticamente todos los alimentos y cosas consumibles que España necesita. Como saben, no podemos extraer petróleo, ni minerales, pues eso cambiaría el Presente. Podemos, eso sí, cultivar trigo durante mil años, y cortar árboles, y beneficiar viñas para obtener alcohol como combustible. Incluso mandar carne de amonites y de peces de este tiempo... Eso no altera nada.

Se le cansaba la garganta. La señora Hidalgo calló un momento, mientras los niños esperaban que siguiese hablando. En la lejanía, las meganeuras, hartas, levantaban el vuelo. En otro momento, los niños hubieran tomado con gusto sus escopetas de aire comprimido y se hubieran dedicado a hacer una cacería de aquellos insectos. Ahora no les interesaba esto.

¡Qué sorpresa había producido en el presente el hecho que los amonites se dieran

también en los lagos! Siempre se había creído que eran un cefalópodo exclusivamente marino, como los trilobites. De estos últimos aún se encontraba algún raro ejemplar, de retorcido caparazón, cubierto de púas. Pero eran muy escasos; tendían ya a la desaparición. Sí; había habido que revisar profundamente los conocimientos de la prehistoria y del mundo pasado...

El oxígeno entraba a chorros en los pulmones de la anciana. Recordaba ya apenas aquellos días, veintiséis años atrás, en que Pedro Hidalgo, su marido, obtuviera una plaza entre los colonos que habían de ocupar Nueva España 3. Conservaba un borroso recuerdo de un Madrid asfixiante, sobrecargado de gente, lleno de humos y de polvo, con masas de personas moviéndose en los dos o tres niveles de las calles, vehículos quemando alcohol, o una más cara mezcla de alcohol y gasolina, y llenando el aire espeso de miasmas...

—Cuando llegamos aquí estaba todo por hacer, niños. Las cinco primeras Nuevas Españas se establecieron a la vez... Salíamos de una llanura desierta situada al sur de Madrid...

—¿No estamos en Madrid ahora, señorita?

—Bueno, Nelly; en cierto sentido sí. Todas las estaciones están situadas en el mismo sitio en que está Madrid en el Presente; o sea, en el mismo sitio en que están las Cúpulas... Hay una pequeña diferencia entre la Cúpula del 1 y la del 2, y así sucesivamente, porque no pueden estar todas juntas en el mismo sitio..., pero nuestro poblado está en el mismo sitio que Madrid. Les decía que salimos de allí..., y llegamos a este lugar. Todos han visto el mapa en la pared de la escuela; esto no se parece en nada a la Europa del Presente...

La inmensa mayoría de aquellos niños no conocían el Presente más que por referencias; sólo dos o tres de ellos habían estado allí. En cuanto a ella misma, si bien antes que Pedro muriera había vuelto un par de veces, después que los campos sufrieran la invasión de aquellos odiosos reptiles, los licenops, y Pedro perdiese la vida luchando contra ellos, no había querido regresar jamás.

—Ya saben que la tierra en que estamos ocupa toda España, Portugal, parte del Atlántico y del Mediterráneo, y que sigue hacia abajo, uniéndose con África. El Atlántico sigue llamándose Atlántico, pero el Mediterráneo no. ¿Cómo se llama, García Berry?

—Tethys, señorita..., limita al norte con la plataforma rusa; al sur con África; al este con el Escudo Índico...

—Bueno; bien, bien.

Para los pequeños era un problema el tener que aprenderse dos geografías. Pero tenían preferencia como hijos de colonos para continuar allí, y prácticamente todos querían aprovechar esa oportunidad.

—Encontramos esta llanura inmensa; al Norte, donde estarán Alemania e Inglaterra, están los desiertos y los volcanes, y el gran Lago Crouceraniano... Y aquí estamos ahora.

Hubo un momento de silencio, mientras todos sus alumnos la miraban intensamente. Por fin, el mismo que lo hiciera antes, el hijo del Guardabosque, rompió ese mutismo.

—Pero, ¿por qué tenemos que irnos? ¿Por qué tenemos que volver al Presente?

—No lo sé, niños —dijo la señora Hidalgo, muy despacio—. Verdaderamente no lo sé. Dicen que ha habido un error al situar Nueva España 3, y que hay que rectificar todo. Pero créanme, no lo sé muy bien. Y ahora, háganme caso. Vuelvan todos a sus casas, y esperen allí. Todo se arreglará, ya verán...

—Mi padre dice —aseguró Juan Clemente— que, si intentan echarnos de aquí, habrá tiros.

—Vuelvan a casa —contestó la anciana—. Y dejen eso para los mayores...

Mientras los niños, calladamente, entraban en la escuela para recoger sus libros, la señora Hidalgo comenzó a descender los rústicos escalones de dura roca negra que bajaban hasta la Cúpula y los hombres agrupados a su alrededor. Licopodios y equisetos, de un verde intenso, y grupos de ginkgos enanos, de no más de un metro de altura, predecesores de los grandes pinos del Presente, adornaban los lados de la escalera. Grupos de insectos macizos, con tamaños desde un centímetro hasta un palmo, zumbaban por todas partes, con un brillo leñoso en sus caparazones de quitina, y con grandes alas llenas de nervaduras. Ninguno tenía aguijón, ya que todos ellos tenían boca y dientes, como las personas. Un mordisco de un insecto podía ser molesto, e incluso producir una abundante hemorragia, pero nada más.

Juan Clemente, el Guardabosque, estaba sentado en una silla extensible, con un pesado rifle entre las piernas. A su lado había media docena de hombres, también armados, algunos con los grandes rifles que se utilizaban contra los dimetrodones o los edafosauros; otros, con los lanzallamas de largo alcance, única arma capaz de concluir con una nube de insectos o con la vegetación rebelde.

Juan Clemente era el segundo Guardabosque de Nueva España 3. El primero había sido su propio marido, Pedro Hidalgo. Era un cargo muy particular. Mientras que el Delegado Gubernativo tenía a su cargo todo el aparato administrativo (Registro Civil, Policía, Juzgado, transporte temporal, etc.), el Guardabosque era el Jefe de Cultivos. Nadie sino él podía decidir sobre qué parte de aquella antigua tierra sería utilizada, y cómo lo sería. Las enormes extensiones de dorado trigo Manitoba, y las largas hileras, rutilantes de verdor, de Viña Verlandieri 420 A, eran testigos de ello. Un buen Guardabosque debía ser un experto en Ecología y en Agronomía, y tener un acusado sentido de la moral..., y además, algo que ningún Boletín Oficial podía exigir ni establecer, ni ningún Tribunal de Oposiciones medir: un enorme amor por la tierra, por el mundo y por la naturaleza. Sin eso, un Guardabosque sería un frío funcionario, como lo había sido siempre María Baile, la delegada del Gobierno; con eso, un Guardabosque era un artista, y un hombre a quien se le podían confiar, tranquilamente, veinticinco mil años del pasado.

Y prueba de ello era que de los mil quinientos habitantes de la estación temporal

solamente seis se habían marchado con María Baile a través de la Cúpula, cuando dos días antes se desencadenó la sublevación. Se habían ido los funcionarios administrativos y sus familias; ni uno solo de los que directa o indirectamente trabajaban la tierra con sus manos había vuelto al Presente.

Uno de los hombres acercó una silla para la maestra, que colocó al lado de la del Guardabosque. Era ya mediodía, y nadie trabajaba en los campos. Los tractores de alcohol estaban parados; la gran maquinaria que lanzaba millones de toneladas de trigo, o miles de litros de alcohol, hacia el Presente, estaba detenida y silenciosa. Todos los ojos se hallaban fijos en la Cúpula, cuyas grandes puertas estaban abiertas de par en par, mostrando su interior. Los dos enormes discos de hierro magnetizado, uno en el techo, el otro en el suelo, separados por unos diez metros de altura, permanecían completamente mates y fríos... Nada estaba viniendo del Presente, ni nada, por el momento, se materializaría allí.

—¿Algo de nuevo, Juan?

—No —contestó el Guardabosque, pasándose la mano por la cerrada barba negra—. Hace dos días que la Baile se marchó, y no ha pasado nada. Ya sabes.

—¿Sigue sin saberse por qué?

—No han dicho nada. El telégrafo está muerto. Hemos intentado comunicar con el Presente, y no da señal alguna.

—Pero, ¡María Baile debió dar alguna explicación!

—De sobra sabes que no, Mercedes. Sólo que había recibido orden de desmontar la Estación, mandar todo el personal al Presente, y también todas las máquinas y materiales recuperables... Lo demás, campos, viñas, corrales de reptiles, pesquerías, todo, debía ser destruido...

—Teníamos un envío de amonites...

—Está en el almacén, Mercedes. Y las conservas de carne de limnos..., también.

La carne de limnoscelis no le gustaba mucho a la señora Hidalgo. Aparte del aspecto del bicho (un reptil con cara de rana, de metro y medio de largo, de un verde mohoso, con movimientos notoriamente torpes), la carne era blanca, blanda, y no sabía casi a nada. Pero en el Presente, faltos de alimentos, sería seguramente un manjar barato. Los limnoscelis abundaban como la mala hierba, y se parecían a ésta en que eran capaces de devorar cualquier cosa, con tal que fuese vegetal. Hasta madera seca había visto comer la señora Hidalgo a uno de estos herbívoros, con sus dientes de sierra.

—¿Qué hay para comer? —dijo una mujer, allí detrás...

—La cocina comunal ha preparado amonites rebozados —contestó otra.

—¡Otra vez amonites!

—Oye, que no estamos para muchas contemplaciones... Hay horridonias frescas de primero, y amonites de segundo..., y el que quiera postre, crinoideos en almíbar.

Las horridonias eran una especie de almejas grandes, de carne anaranjada y sabor picante. Los amonites sabían de una forma parecida al calamar del presente, aunque

eran más rústicos. En cuanto al crinoideo en almíbar, o lirio de mar, era un bocado delicioso, difícil de preparar, y que los glotones del Presente se disputaban, a pesar de su gran precio. Era un símbolo; los cocineros habían saqueado esta exquisitez en vista de las circunstancias, en vez de dejarla en el almacén de envíos.

—Por lo menos —dijo la misma voz protestona de antes— los amonites serán de los pequeños, ¿no?

La doctora Hidalgo sonreía. Los pequeños amonites, de un tamaño no superior a un cenicero, aún se podían comer. Los grandes (los había hasta del volumen de una rueda de tractor) eran intensamente rústicos y correosos... Pero en el Presente se lo comían todo, hasta eso.

—Bueno —dijo el Guardabosque—, releven, y a ver si comen. Que venga otra partida; yo me quedo un rato aquí.

—Te traemos la comida, si quieres...

—No es mala idea; tráiganmela. Y pueden añadir una botella de Nueva España año 1.

En realidad estaba prohibido utilizar las viñas para hacer vino, pero ninguno de los sucesivos delegados del gobierno se había opuesto a que se gastasen unos cientos de kilos de uva y unas horas de trabajo en fermentar mosto suficiente para el consumo. Como llevaban veintiséis años allí, cada reserva estaba numerada con el año de su fabricación. Del año uno quedaban ya muy pocas.

La tarde fue cayendo lentamente, y el intenso calor del día fue disminuyendo. Casi al anochecer comenzó a soplar un fresco viento procedente del océano de Tethys, y los ánimos se relajaron algo.

—Pero, realmente, Juan, ¿qué piensas hacer?

—Mira, Mercedes..., aquí no hay más que una cosa que hacer, y es quedarnos donde estamos. Comprenderás que no vamos a pagar nosotros un error de los burócratas del Presente. No voy a hacer lo que propone ese rojo perdido de Viedma...; es decir, volar la estación, y quedarnos cortados. Primero, que es una barbaridad..., si cambiamos el Presente, intervendría hasta el Consejo Intertemporal. Y segundo, que «ellos» pueden mandar otra cúpula, si quieren... No veo más que una solución; armar lío y resistir..., ya cederán.

—Nos han engañado dos veces, Guardabosque —dijo uno de los hombres, un encargado de las pesquerías del Atlántico—. Primero al hacernos creer que esto era un infierno. Y ahora, si nos llevan, por segunda vez. Pero a mí no me sacan de aquí; yo no vuelvo allí; antes me los cargo..., ¡pues vaya!

El trabajo de los pescadores no era excesivo. Con pasar una vez a la semana las grandes redes arrastradas por los dos barcos de pesca, era suficiente para tener trabajo de envasado y enlatado durante siete u ocho días..., tal era la abundancia de vida marina.

El cielo estaba ya completamente negro. En esta latitud, que en esta época era completamente tropical, el crepúsculo duraba muy poco; la puesta de sol había sido

rápida, y casi no hubo transición entre el azul brillante del cielo y la intensa negrura que había ahora. Las estrellas taladraban el terciopelo negro de la noche, con sus agujas de un blanco intenso, y la señora Hidalgo se retiró a su casa, mientras el piquete de trabajadores de Nueva España 3 continuaba haciendo guardia ante la Cúpula silenciosa.

Durmió mal. Sabía perfectamente que los rebeldes no tenían ninguna posibilidad de triunfo, y a pesar de eso, una lejana esperanza quería brillar todavía en su corazón. Se despertó antes de la hora acostumbrada, después de dar mil vueltas en la cama. Las sábanas estaban húmedas, y los primeros rayos del sol, que atravesaban las cortinas, fueron un presagio de la alta temperatura que iba a cernerse sobre el poblado.

La señora Hidalgo desayunó un brebaje hecho con hojas de calamites secas y tostadas, que quería parecerse algo a la manzanilla, y un bollo. Después, salió al exterior.

Las cosas continuaban igual. Caminó lentamente por la calle circular, observando las pequeñas casas, de uno o de dos pisos, de un blanco andaluz, cubiertas por uralita roja, la llana tierra apisonada, las hileras de tractores inmóviles. Se aproximó a uno de éstos. Hasta ella conocía el manejo de este monstruo de metal, pues en la época de la labranza todas las manos eran pocas. El campo de trigo tenía setenta y dos kilómetros de largo, y cada tractor, con la vertedera detrás, trazaba solamente dos surcos cada día; uno a la ida, y tras la parada para comer, otro a la vuelta.

El pequeño cementerio de Nueva España 3 estaba solitario. Únicamente había doce tumbas; tres de ellas de niño. Durante unos minutos la maestra permaneció quieta ante la tumba de Pedro Hidalgo, contemplando la losa de arenisca roja, con las letras grabadas torpemente. La cruz era de hierro esmaltado, pues hubiera sido muy difícil tallarla en una de las duras rocas entonces existentes.

Después caminó hacia la cúpula. El sol comenzaba a calentar de firme, y de los bosques próximos surgía el característico olor a humedad, que sin saber por qué le producía un escalofrío.

—¡Eh, miren eso!

Era uno de los vigilantes. Sintiendo un estremecimiento, la maestra dirigió su mirada hacia donde indicaba la mano del hombre. A medio kilómetro del poblado, en medio del campo de trigo, acababa de surgir otra cúpula. Durante unos segundos el aire tembló a su alrededor, como recalentado; después se escuchó un chasquido sordo, como si se hubiera abierto una gran botella de champaña, al desplazarse el aire que ocupaba antes aquel lugar.

A aquella distancia, la cúpula tenía el tamaño aparente de una lata de conservas. Sin embargo, pudo apreciarse perfectamente como las grandes puertas correderas se deslizaban a los lados, y como una serie de diminutas figuras, vestidas de verde oscuro, comenzaban a salir y a tomar posiciones en los alrededores del aparato.

—Son soldados —dijo el Guardabosque, tensamente—. Nos han mandado al

ejército...

—¿Qué hacemos?

—Llaman a todos, y vamos fuera del pueblo...

La señora Hidalgo se acercó a Clemente y le puso la mano en el brazo.

—No hagas ninguna barbaridad, Juan. No podemos hacer nada.

—Aún no lo sé —contestó el hombre, con ira.

La maestra caminó al lado de los hombres mientras éstos avanzaban a través del campo de trigo hacia las lejanas figuras. De la Cúpula continuaban saliendo soldados, con los fusiles terciados. Podían verse ya claramente los oficiales situando en los lugares más adecuados a los pelotones, emplazando los fusiles ametralladores, colocando retenes en uno u otro lugar. Una columna se dirigía lentamente hacia el pueblo, abierta en orden de batalla, y aunque no se distinguían los rostros, era fácil imaginar las facciones tirantes, las manos sudorosas sobre la culata de madera, el dedo nervioso sobre el gatillo...

Los hombres de Nueva España 3 se abrieron en arco hacia los lados, como intentando proteger el pueblo. Había un silencio tenso y una rabia sorda flotando en el aire.

—¡Nos han mandado al ejército!

—¡Como si fuéramos bandidos!

Algunas mujeres habían seguido la columna de labradores, pescadores y tractoristas. No decían nada. Se limitaban a mirar, ceñudamente, los uniformes verde oscuro. Algunas de ellas llevaban también rifles.

Los dos arcos avanzaban uno hacia el otro, en silencio. Una densa bandada de insectos, grandes como cocos, cruzó el campo de trigo a media altura; algunos soldados se volvieron a mirar hacia arriba, asustados, al escuchar el sonido de sierra mecánica que producían... Se escuchó una seca orden. Los rostros juveniles, lampiños muchos de ellos, volvieron a fijar su vista en el «enemigo».

Podían divisarse ya claramente unos a otros. No estaban a más de cincuenta metros de distancia...

—¡Alto!

Una figura femenina se destacó de las filas uniformadas. Un oficial, con las insignias de capitán, intentaba retenerla... A lo lejos continuaban saliendo nuevos contingentes de la Cúpula. Quizás hubiera ya más de mil soldados españoles en el Pérmico Medio.

La figura femenina —una mujer muy alta, con el pelo rojizo y blanco, los rasgos afilados y la piel oscura— consiguió desprenderse de la palabrería del capitán y avanzó hacia el Guardabosque y sus hombres.

—María Baile... —susurró la maestra.

Los soldados habían adoptado la posición de descanso; algunos de ellos estaban rodilla en tierra, con el fusil ametrallador emplazado, los sirvientes listos, y la provisión de cargadores presta a ser utilizada. Algunas palabras sueltas llegaban a los

oídos de la señora Hidalgo.

—Madre, qué sitio...

—Calla, malage, que tú no has visto na...

—No me digas que no tienen mal farío¹ esas moscas tan gordas...

Eran andaluces, y muy jóvenes todos ellos. A la maestra le parecieron casi niños.

María Baile estaba parada al lado del Guardabosque, limpiándose el sudor del rostro con un pañuelo de seda blanca.

—Mira, Juan; esto se acabó. De manera que no hagan más tonterías..., que ya han hecho bastantes. Dejen esos fusiles y esos lanzallamas y vuelvan al Presente. Les prometo que se les tendrá en cuenta para nuevos emplazamientos. Van a crear tres Cúpulas más... Pero no hagan más el tonto.

—¡Está mintiendo! —gritó una mujer.

María Baile no le hizo caso. Continuó con sus duros ojos grises fijos en el Guardabosque. A no mucha distancia, la mujer de este último estaba mirándolos a ambos con muy mala cara. La señora Hidalgo recordó que se habían dicho cosas..., algún comentario..., tal vez un pequeño rumor..., pero no parecía cierto que Juan Clemente y María Baile... Tal vez no, pero..., todo era posible... En fin...

En el aire zumbaba una bandada de meganeuras, y el olor a enmohecido de las sifilarias y los calamites llegaban en oleadas desde las pequeñas manchas de bosque próximas. Un limnoscelis asomó el largo hocico verde como tafilete, enseñó los puntiagudos dientes amarillos, y se retiró de nuevo al bosque.

El Guardabosque estaba silencioso y tenso como un muelle. Cerraba las manos con tal fuerza sobre la culata de su rifle, que tenía los nudillos completamente blancos. Durante unos instantes la escena tuvo una inmovilidad absoluta, mientras del cielo añil bajaban asfixiantes oleadas de calor.

¿Habría algo de cierto en los rumores sobre el Guardabosque y María Baile? La señora Hidalgo se reconocía a sí misma el gran defecto de gustarle mucho el chismorreó; pero podía ejercerlo difícilmente. Las demás mujeres le tenían demasiado respeto.

El Guardabosque lanzó una especie de aullido ronco y tiró la escopeta al suelo.

—¿Qué haces? —gritó uno de los hombres—. ¿No les vamos a dar lo suyo?

—Y tú, ¿qué quieres? —contestó el Guardabosque—. ¿Que matemos a esos chicos? Podrían ser mis hijos..., y no sacaríamos nada... ¡Nada! Está bien, muchachos; esto se acabó. Tiren las armas, y que hagan lo que les dé la gana...

Uno a uno, los demás hombres y mujeres fueron arrojando las armas sobre el pisoteado trigo. Del pecho de la señora Hidalgo se escapó un suspiro de alivio. Durante unos momentos había previsto la posibilidad de una matanza, en la que sin duda, los habitantes de Nueva España 3 hubieran llevado la peor parte.

De la cúpula habían concluido de salir tropas. En tres columnas, pateando las doradas espigas, iban convergiendo sobre el poblado, mientras los habitantes de éste juraban, daban la espalda y regresaban a sus casas.

La evacuación comenzó al día siguiente. María Baile había ocupado de nuevo el edificio administrativo, juntamente con el coronel que mandaba las fuerzas de ocupación. Había centinelas en las calles, se habían retirado todas las armas, y estaba prohibido salir después de las nueve de la noche. Por la mañana aparecieron en la puerta del edificio administrativo las listas que expresaban el orden en que los habitantes de Nueva España 3 debían retornar al Presente. No le sorprendió mucho a la señora Hidalgo encontrarse en la primera expedición; después de todo, no estaba considerada personal imprescindible. Por el contrario, los mecánicos eran los últimos; deberían desmontar todo antes de marcharse.

No perdió el tiempo la anciana maestra. Tras mucho insistir, logró ver a la Delegada gubernativa.

—Quiero saber —dijo— por qué tengo que irme mañana.

—Aquí ya no hace usted falta, señora —contestó María Baile secamente.

—Eso ya lo sé... Sólo hay una razón para que quiera quedarme aún. Esto lo hizo mi marido..., y su tumba está aquí. Me imagino que tengo el derecho de estar a su lado hasta el final.

María Baile meditó unos momentos, fijando en la anciana una mirada indiferente.

—Es igual —dijo por fin—. No hay más que doce tumbas en el cementerio. Puedo retrasarla a usted, y aunque los demás lo pidan, sólo serán doce motivos. Está bien. Irá usted en la última expedición.

En las calles, los soldados comían paella de amonites y pan blanco, entre gozosas exclamaciones.

—¡Esto es vida, tú!

—Están vendidos al capitalismo —les dijo Viedma. No le hicieron caso. Comían alimentos como no los habían probado en el Presente, se paseaban por el pueblo, y contemplaban con ojos bovinos la creciente destrucción que iba apoderándose de éste.

Las primeras expediciones, con sus maletas y enseres privados, como pobres emigrantes, atravesaron los lucientes platillos de la Cúpula.

En las pesquerías, los dos barcos de pesca fueron desmontados en los mismos sectores en que se les había transportado al Pérmico Medio, y después enviados nuevamente al Presente. Las toscas instalaciones de madera que se utilizaban como muelle de atraque fueron incendiadas.

En las viñas, los tractores arrancaron cuidadosamente todas las plantas y raíces, pues no podían dejarse rastros en el pasado de un vegetal que no existía entonces. La inmensa pila de sarmientos ardió furiosamente durante dos días, después que los lanzallamas hicieran presa en ella.

Las casas de un blanco aterciopelado, la escuela, las maquinarias de enlatado y conserva, los muebles, las calderas de vapor, fueron desmontadas y trasladadas.

Los soldados contemplaban aquel espectáculo dantesco con ojos espantados, mientras las grandes maquinarias se movían entre llamaradas y turbiones de humo.

—Son unos sucios rojos —les dijo García Berry.

—¡Déjanos en paz, que nosotros somos unos *mandaos*!

Diez días después de la invasión, sólo quedaban en el pueblo algo más de cuatrocientas personas. La mayor parte de las tropas se habían marchado también, con gran dolor, al parecer, por abandonar la comida sin límites y un trabajo tranquilo. Había grandes claros en los lugares donde se habían desmontado las casas, apareciendo entonces una tierra más clara, de un color distinto, como cuando se retira un cuadro de una pared.

Caían las planchas de pino del Pirineo, se desmontaban el pequeño hospital y el quirófano..., se empaquetaban los medicamentos de la farmacia. Las butacas y los aparatos de proyección del diminuto cine eran trasladados hasta la Cúpula en un remolque; en otro iban el tocadiscos y el mostrador de la sala de baile... Alrededor de los dos transmisores temporales se apilaban los fardos, las maquinarias, se agrupaban tristemente, como ganado, los componentes de cada expedición...

Después sólo había un relámpago blanco entre los dos grandes platos de hierro magnetizado, y todo desaparecía, catapultado al Presente, mientras miles de caballos de fuerza fluían a través del tiempo.

Se aproximaba el último día. Por la mañana, los soldados, provistos con lanzallamas, se situaron en el campo de trigo, formando una larga línea que se extendía en toda la longitud de éste. A las siete de la madrugada exactamente, largos chorros de fuego anaranjado surgieron de los tubos goteantes de grasa, y las espigas amarillas, inclinadas bajo el peso de los granos, se retorcieron entre el fuego. Altas llamaradas amarillo-rojizas, acompañadas de nubes de humo negro, se alzaron hacia el azul esmaltado del cielo, destruyendo todo lo que tanto trabajo había costado.

—Pero, ¿por qué, por qué?

Siempre la misma respuesta.

—La estación estaba mal establecida. No podían seguir aquí.

—Pero, ¿por qué tenemos que pagarlo nosotros? Si se ha equivocado el Ministerio, o quien sea, nosotros, ¿qué culpa tenemos?

Silencio.

—¿Dónde podemos reclamar?

Silencio.

Las llamas consumieron los últimos restos del trigo, y los pocos tractores que quedaban pasaron y repasaron, entre un calor húmedo, cargado de electricidad, borrando todo rastro de la presencia humana en aquellos campos. Los escasos residentes contemplaban con el corazón encogido aquélla orgía de destrucción.

Al día siguiente los últimos edificios fueron desmontados, y sólo quedó un grupo de personas ante la Cúpula. Días antes, la que sirviera para trasladar las tropas había desaparecido también. Poco a poco el transmisor iba tragando las piezas de los tractores, las últimas maletas y baúles.

Llevando un mazo muy pesado en la mano, la señora Hidalgo se dirigió al

cementerio. Sabía perfectamente lo que había que hacer antes de marchar. Los demás lo habían hecho ya, y ella no iba a ser una excepción.

—Eso pesa mucho para ti —dijo el Guardabosque—. Dámelo, lo llevaré yo.

La maestra se negó. De ninguna manera; quería sentir en la mano el peso de aquel instrumento de destrucción hasta el último momento.

En el cementerio sólo quedaba en pie la cruz de Pedro Clemente. Las demás habían sido quemadas, si eran de madera, o arrancadas, si eran de metal. Éste era el destino que le correspondía a la cruz de hierro esmaltado que durante quince años amparase aquella tumba. Entre los dos, con un esfuerzo, la sacaron de su alvéolo, y el Guardabosque la cargó al hombro. Durante unos segundos, la anciana permaneció quieta, contemplando la losa de arenisca roja, con las letras grabadas torpemente, y sintiendo en el alma un frío atroz, como si estuviera muriendo en ese momento.

Alzó la maciza maza de metal. Miró a su alrededor. En los emplazamientos de las casas había vuelto a crecer la rústica hierba del Pérmico, y algún tallo de cicadácea, con su abanico de hojas plumosas, de un verde apagado, surgía más alto que el resto de la naciente vegetación. En un solo año no quedaría rastro de la presencia humana en aquel lugar. Incluso en el recién quemado campo de trigo habían aparecido ya los primeros brotes de los lepidodendros.

La maza cayó con furia, una y otra vez, sobre las letras de la losa funeraria, haciendo saltar esquirlas de roca roja, borrándolas, y haciendo desaparecer por completo el último rastro de vida humana. Con lágrimas en los ojos, la señora Hidalgo entregó la maza al Guardabosque, que la colocó sobre su hombro, al lado de la cruz. Lo que quedaba allí no era ya una losa, sino una simple roca roja de forma groseramente rectangular, que podía haber existido en cualquier otro momento y tiempo.

Al lado de la Cúpula sólo quedaban María Baile, un par de mecánicos, media docena de soldados, y unas cuantas maletas. A la señora Hidalgo apenas le dio tiempo a sentir nada; hubiera querido en ese instante pedir la gracia de dar un último paseo, de sentir por última vez las hojas de las plantas, la áspera tierra, de respirar la postrera bocanada de aire oxigenado... Cuando quiso pensarlo, estaba ya bajo el plato de hierro magnetizado, mirando al exterior, mirando, mirando... Las puertas se cerraron suavemente. Sólo quedaba una franja (los cuadrados donde habían estado las casas, el negro campo de trigo..., un trozo de azul), luego una cinta, más tarde un hilo... La oscuridad; una luz piloto en el techo. Un relámpago silencioso, y la Cúpula, arrastrando con ella todo su cargamento, se marchó para siempre del Pérmico Medio.

Las puertas volvieron a abrirse inmediatamente, y una vaharada de aire maloliente entró a través de ellas. La señora Hidalgo sintió una impresión de atosigamiento, de asfixia... Vio luces en hileras que se extendían hasta el infinito, algo como una nube gris, sucia y dañina, que se levantaba sobre masas y masas de edificios rectangulares. Madrid se extendía a su vista, con sus colmenas, con sus calles llenas de vehículos expidiendo humos sin cesar, con sus muchedumbres que

circulaban empujándose con los codos para hacerse sitio...

—No puedo respirar... —gimió la señora Hidalgo.

Una enfermera le colocaba en la cara una mascarilla de oxígeno. Con los ojos desorbitados, la maestra aspiró a grandes bocanadas, mirando a su alrededor, aterrada.

—Hay menos oxígeno aquí que allí, señora —dijo la muchacha—. No es usted la primera a quien le pasa esto. Respire hondo, por favor. Se aliviará en seguida.

A lo lejos, como un corte anatómico, se mostraban grandes torres cuadradas, todas iguales, con miles de ventanas que comenzaban a iluminarse en la agonizante tarde. Desde la altura en que estaban situadas las Cúpulas del Presente, eran fácilmente perceptibles densas masas de algo como hormigas que se movían a millones, a centenares de millones al parecer, cubriendo el asfalto, entre luces de colores, semáforos, vehículos que lanzaban nubes de humo... ¿Hormigas? ¡No! ¡Eran gente, personas, seres humanos!

—Dios mío —musitó la maestra suavemente, casi en un sollozo—. Dios mío. Qué horror.

Y los ruidos que llegaban al complejo de estaciones temporales eran igualmente insoportables. Gritos, bocinas, sirenas, alaridos de propaganda, y algo, lo más terrible, como el confuso rumorear de miles de grajos que chillasen todos a la vez, o como el zumbir simultáneo de un millón de colmenas, o como el volar de la más grande bandada de meganeuras que jamás se hubiese visto. Pero no era eso... Ni grajos, ni colmenas, ni meganeuras. Era gente, *gente hablando* sin cesar... A pesar de la distancia, llegaba hasta allí el bordoneo incesante de las conversaciones de esos centenares de miles de personas..., que caminaban por las calles, trepaban por las pasarelas de hormigón sobre las calzadas, subían y bajaban al ferrocarril aéreo, circulaban por las rampas en espiral alrededor de los altos edificios...

—No pensaba... —dijo la maestra débilmente—. No pensaba que hubiera tanta gente en Madrid, ahora.

—¿Ahora? —dijo María Baile, señalando al acongojante hormigueo humano—. ¿Eso? Por favor, señora: eso es sólo parte. No los dejan salir cuando quieren, ¿sabe?

La señora Hidalgo sintió que una mano de acero le estrujaba el corazón.

—No la comprendo —murmuró—. ¿Qué quiere usted decir?

—Para salir a la calle hace falta un pase —contestó María Baile fríamente—. A usted también le darán uno. ¿O es que cree que se puede salir a la calle a todas horas, cuando se quiere? Si se permitiera eso, habría una verdadera batalla por el sitio. No, señora Hidalgo. Madrid no tiene calles suficientes para que quepan en ellas todos los que viven ahí. Cuatro horas al día, nada más. Mire usted.

Mostró una tarjeta amarilla, con su foto, y la leyenda «Pase de circulación peatonal. — 10-12 mañana. 18-20 tarde». La maestra se quedó mirándola, como hipnotizada.

—Eso, ¿quiere decir..., quiere decir que usted sólo puede salir a esas horas?

—Yo estoy algo favorecida, por ser funcionaría del Estado. Puedo pedir pases especiales..., pero la mayoría de la gente no. Y al que atrapan en la calle fuera de horas, ya puede prepararse... Hay a quien le ha costado un buen disgusto. A la primera vez, multa, y muy seria. A la segunda, privación del pase por un mes..., y a ver qué sucede con el trabajo y esas cosas. A la tercera, dos años de cárcel.

—¡Es..., es odioso, repugnante!

—Puede. Pero Madrid tiene veintidós millones de habitantes..., ¿qué quiere usted que hagamos? ¿No pretenderá usted que establezcamos el control de natalidad, como otros países ateos y materialistas?

—Yo no pretendo nada —contestó la anciana—. Sólo quería vivir..., vivir...

Poco a poco fue acostumbrándose al mefítico aire de la capital. La enfermera la acompañó, juntamente con la mascarilla y el botellón de oxígeno, hasta una gran sala de espera, similar, sólo que mucho más grande, a la que en sus tiempos tenía el aeropuerto de Barajas. Lo comentó con la muchacha, y ante la expresión sorprendida de ésta, recibió una respuesta inesperada... En Barajas no había ya aeropuerto, sino series interminables de bloques de hormigón, con miles de habitantes... El aeropuerto de Madrid estaba ahora al final del barrio más lejano: en Guadalajara. Y apenas funcionaba; casi no había petróleo en el mundo, y el combustible de aviación era tan escaso, que el costo de los viajes resultaba totalmente prohibitivo.

—¿Y el resto del mundo?

—No sé, señora. En todas partes es igual, creo yo.

A la maestra la asaltó una curiosidad muy femenina.

—¿Es usted soltera, señorita?

—Bueno... —dijo la joven—. Ya me dijeron que ustedes traían unas ideas muy particulares. Según como lo mire, sí lo soy.

No aclaró nada más, pero en la conversación posterior se refirió a tres hombres distintos con términos excesivamente claros. La señora Hidalgo se escandalizó, y aún aumentó más ese sentimiento cuando la cuarta mención fue de un nombre femenino, involucrado, de una manera que no consiguió explicarse, con la misma enfermera y con los otros tres hombres.

—¿Qué come usted, señorita?

—¡Amonites! ¡Los odio! Son repugnantes, rústicos, fibrosos... Pero no me llega para más, ¿sabe?

Amonites, y de los grandes, evidentemente.

—¿Crinoideos en almíbar no?

—¡Eso es para los ricos!

En la inmensa sala de espera estaba buena parte de las familias que habían ocupado Nueva España 3. No hubo saludos ni alegría. Y la señora Hidalgo se sorprendió al saber que algunos de ellos llevaban allí dos semanas enteras. Dos semanas durmiendo en una butaca, comiendo la rústica e insípida comida que la Administración les suministraba, sin poder salir al exterior, sin cine, sin nada que

hacer, solamente con un vetusto aparato de televisión que transmitía noticias incomprensibles y películas de acción y tiros.

—Control médico —aclaró la enfermera—. Ustedes podrían traer alguna enfermedad... Pero saldrán pronto; no se preocupe. Respire otro poco de oxígeno..., ¿o se va encontrando mejor?

No. La señora Hidalgo no se sentía mejor, y no era ya la atmósfera pobre en oxígeno y rica en miasmas lo que la molestaba. Era la espantosa sensación de opresión humana, la falta de grandes espacios, el encierro en aquella sala limitada por espesas paredes. Lo del Pérmico había sido un juego de niños, al lado de esta atosigante civilización.

Por la noche, después de unas últimas recomendaciones, la joven enfermera se marchó, llevándose consigo el aparato de oxígeno. Cayó la noche sobre la sala de espera. La maestra durmió muy mal, sintiéndose dolorida e incómoda en la butaca, con su maleta al lado. Se oían gemidos de niños en la oscuridad, ronquidos, y llegaba a su olfato un potente olor a humanidad y a sudor. Fuera, a través de los grandes ventanales, seguía divisándose el millón de luminarias de la ciudad y escuchándose el hormigueo incesante de la gente en las calles.

Pasaron muchas noches así, mirando siempre a través de las ventanas, contemplando continuamente las mismas manchas de humedad en las paredes, los mismos cuadros llenos de manchas, comiendo lo mismo: amonites de la peor clase, sopa de harina y, alguna vez, un postre hediondo hecho con zanahorias y una mínima porción de azúcar.

De día había visita médica, y a veces algún aliciente, como podía ser la presencia de un Delegado de Trabajo para tratar de colocar a las personas aún útiles. Incluso vinieron unas mujeres de una organización caritativa para traerles unas latas de conserva, periódicos y algunos juguetes para los niños, ¡cómo si fueran pobres de solemnidad!

Lo habían tenido todo y ahora no tenían absolutamente nada, ni siquiera una vivienda propia. Y lo peor era la espantosa soledad y el atroz egoísmo que había invadido a todos. Mientras aún vivían en Nueva España 3, había habido entre ellos una solidaridad continua que podía resolver cualquier problema personal, familiar o de otra índole. Conversaban por las noches, se ayudaban unos a otros, sentían en sí mismos las desgracias de los demás. Aquí eso había terminado. Cuando el servicio de la sala de espera sacaba los amonites fibrosos, la tibia sopa, y el escaso postre, se arrojaban sobre ellos como bestias, y los comían sin hablar con los demás.

Surgían envidias hacia aquellos que iban marchando. Los niños, que antes eran un tesoro común, eran ahora una continuada molestia, con sus gritos y sus llantos ininterrumpidos. En vano intentó la señora Hidalgo reorganizar las clases, aunque fuera en aquella húmeda sala. Fue inútil. No obtuvo colaboración ninguna por parte de los padres; habían caído todos en una masificación embrutecedora.

Diez días después del traslado sólo quedaban unas cuantas familias sin colocar, y

la señora Hidalgo. Todos habían obtenido un pase, y podían salir a las horas marcadas. Pero no querían. Tenían miedo a aquel mundo tan distinto, del cual ya se habían olvidado. No obstante, la maestra tuvo que intentarlo, puesto que quería presentar una instancia ante el Ministerio de Ultratiempo, por ver si podía ser destinada a otra Estación Temporal. Recordaba ahora con horror el caminar apresurado entre masas de gente que la rodeaban por todas partes, empujándola con los codos, con las rodillas, echándole a la cara el aliento..., hablando sin cesar. En tres ocasiones la patrulla de Tráfico Ciudadano le pidió el pase. También vio cómo detenían y se llevaban a un desgraciado que había salido fuera de hora. En las paredes, altavoces públicos retransmitían sin cesar noticias sobre la situación de la ciudad.

—Gigantesco atasco entre San Sebastián de los Reyes y Alcobendas. Prohibido terminantemente desplazarse a esa zona, bajo pena de reclusión por tres meses. Pases totalmente suspendidos. Terminada completamente la provisión de alimentos pérmicos en la zona de Vaciamadrid. Inútil por completo acudir allí; no hay existencias. Escape de gas ciudad en el centro de la calle de Alcalá. Tráfico suspendido provisionalmente. Prohibidos vehículos de cualquier tipo en Gran Vía y Sol. Accidente general de tráfico en Chamartín: trescientos veintisiete muertos. Se suministrarán listas oportunamente... Permanezcan atentos a las noticias sobre tráfico ciudadano.

La gente estaba amontonada bajo las pasarelas de cemento armado, se acurrucaba en las puertas de las casas, caminaba en densas masas gritonas por las calles... Un espantoso hedor a suciedad y a carne humana salía en oleadas del gentío.

Los altavoces aullaban:

—Tapón de tráfico humano a la altura del número 122 de Joaquín García Morato. Desvíense por las calles Bravo Murillo y adyacentes, hasta General Sanjurjo. Repetimos la noticia: tapón en García Morato. Fuerzas de Tráfico Ciudadano acordonan el área. Desvíense por Bravo Murillo y adyacentes hasta General Sanjurjo. Pases suspendidos bajo pena de reclusión por tres meses.

Un ferrocarril aéreo ultrarápido que exhalaba una pesada tufarada a alcohol mal quemado la condujo hasta el Ministerio. Una barahúnda de seres humanos se acumulaba en las ventanillas; sólo se veían brazos levantados enarbolando instancias, recursos, reclamaciones... Los empleados desbordados, no podían atenderles.

—Es un día tranquilo —dijo una voz, a su lado.

Nunca supo quien había pronunciado esas irónicas palabras.

Al volver vio cómo una madre con dos niños caía, gritando, bajo los pies de la multitud, mientras seis guardias de Tráfico Ciudadano intentaban rescatarla. Fue inútil. Las espesas masas apretujadas no podían detenerse en su movimiento, empujadas continuamente por los que venían detrás. En diversos lugares, las ambulancias, aullando sin cesar, surcaban lentamente la hacinada turba... Era en vano. La gente se retiraba hacia los lados, dando codazos, empujando. Sintió un

fuerte pinchazo en un costado. Unos gritos se levantaron a su alrededor.

—¡Un pinchador, un pinchador! ¡Ahí va, que no escape!

Cien manos se cerraron sobre una figura gris, que fue sacudida a un lado y a otro. Alguien alzó en alto la gran aguja de acero con la que el desgraciado se servía para abrirse paso. Unos gritos inconexos llegaron a oídos de la casi desmayada señora Hidalgo.

—... mujer enferma..., prisa..., médico...

Era inútil. Estaban linchándolo, aporreándolo hasta morir, sin que los guardias de Tráfico pudieran acercarse. La señora Hidalgo sintió que la cabeza se le iba.

—No se desmaye, por amor de Dios. Si se cae, ya ha terminado usted.

Era un hombre fornido, de rostro amable, mal vestido, como todos los demás. Durante unos instantes la sostuvo; después, la masa llena de alaridos le arrastró.

Los altavoces volvían a gritar:

—Hay alimentos pérmicos, tubérculos ricos y suculentos, excelentes amonites, y pan integral en barritas de cien gramos, en los establecimientos de la Barriada de San Cristóbal...

—¡Es mentira! —aulló una mujer que tenía las ropas desgarradas—. ¡Siempre dicen eso cuando quieren que nos vayamos a algún lado! ¡Mentirosos, mentirosos, cerdos!

—Excelentes amonites de los más finos, así como también nabos de maravillosa calidad, muy jugosos. Un pinchador ha sido linchado por la multitud en el barrio de Moratalaz; que sirva esto de lección a los que quieren violar el derecho de los demás al libre tráfico. Recuérdenlo: está próximo a terminar el turno de las doce. Apresúrense..., si no pueden regresar a sus casas, entren en el más próximo refugio.

Afortunadamente, la maestra consiguió llegar a la triste sala de espera antes que terminase su turno. Había menos gente; muchos se habían ido ya a sus nuevos empleos en aquel mundo odioso.

Llegó un día en que se quedó sola. Inútilmente la visitaron el delegado de Trabajo y el propio Guardabosque (de quien decían que había sido procesado, pero sin ser verdad). La señora Hidalgo no tenía donde ir; ni parientes ni amigos, ni siquiera un triste conocido. Bien era cierto que su sueldo se había amontonado en la Caja de Ahorros de Madrid mientras estaba destinada en Nueva España 3. Incluso había llegado a pensar que tenía ahorrada una pequeña fortuna, dado que los gastos en la estación temporal eran prácticamente nulos. Pero no era así. La tasa de inflación era tan intensa, que sus ahorros apenas le llegarían para subsistir medio año, en un cuarto alquilado, naturalmente sin calefacción ni cocina, y comiendo alimentos de la peor calidad. El sueldo, a pesar de sus continuas rectificaciones, era también insuficiente.

Quizás hubiera alguien de buen corazón en la estación temporal. Llegó un momento en que le cedieron un catre en una habitación abandonada, fría, húmeda, y con un pequeño ventanuco que daba a un patio. Y allí siguieron pasando los días, sin que la respuesta del Ministerio llegase. Ya no le importaban en absoluto las causas de

la destrucción de Nueva España 3; eso pertenecía al pasado feliz, olvidado y muerto. Sólo quería marcharse de allí, como fuera, con tal de volver a una de las nuevas estaciones. Y si era preciso no de maestra, sino de barrendera, de cocinera, hasta de mendiga... Si hubieran existido mendigos en el Pérmico Medio habrían vivido un millón de veces mejor que el más rico de los españoles del Presente.

De los demás habitantes de la estación temporal sólo volvió a ver a un matrimonio que un día cayó por allí para recoger un baúl olvidado. La señora Hidalgo casi no los conoció. El hombre estaba delgado; macilento, con un espantoso gesto de fatiga en el rostro. La mujer tenía un brazo roto; según explicó, a causa de un accidente de tráfico. Y todos sabían muy bien que estos accidentes no eran ya de automóvil. Sólo hablaron unos momentos con ella. Tenían prisa; siempre tenían prisa. Los niños estaban en un corral de infantes, con otros cincuenta mil más, como ganado. Los veían solamente los domingos; no podían ir los demás días. Él trabajaba en una fábrica de conversión de estiércol humano; ella, en una hilandería. Vivían en una sola habitación, todos apiñados, y aún podía decirse que tenían suerte. Carecían de agua, que era preciso traer diariamente de un grifo público; no tenían calefacción, ni tampoco servicios higiénicos, que eran generales. Al parecer, las batallas por el uso del lavabo eran aterradoras; entre una docena de vecinos habían contratado un matón para que les reservase y defendiese los turnos. No; no sabían nada de los demás. Viedma, García Berry, el Guardabosque... Todos se habían perdido en la gigantesca ciudad...

—Y aquí dicen que estamos bien —concluyó el hombre amargamente—. Parece que Tokio, Nueva York y otros sitios así son..., no sé, vamos, que no se puede explicar.

Ninguno más apareció, y los meses pasaron uno tras otro, siempre con la misma rutina. Bajar de la sucia habitación para comer en el bar, pagando precios cada vez más altos por una ración de carne llena de huesos, o por un pan negro y crujiente de arena... Beber solamente agua clorada, turbia y llena de residuos. Una cerveza o un vaso de vino eran un lujo sólo al alcance de los poderosos. Ver la televisión en la sala de espera. Y de nuevo la habitación, las pesadillas, los recuerdos.

Una vez, en pleno invierno, la anciana maestra intentó presentar una nueva instancia. No pudo llegar al Ministerio; las cosas habían empeorado, y los tapones de tráfico le cortaron el paso por todas partes. Cuando vio que su ración de tiempo terminaba tuvo que regresar, con la arrugada instancia en el bolsillo.

Solicitó inútilmente un pase especial, alegando su edad, las dificultades de desplazamiento, la gestión que tenía que hacer. No se lo concedieron.

Por fin, un día, casi un año después de haber regresado al Presente, un funcionario del Ministerio vino a verla. Resultó ser un antiguo amigo de su marido, y eso condujo la conversación a términos más cordiales.

—Le dirigimos tres oficios contestando su instancia, señora Hidalgo.

—No he recibido ninguno...

—Bueno; el correo funciona cada día peor. Pero la llamamos por teléfono también; siempre estaba comunicando.

—Lo que está es siempre estropeado.

—Claro, naturalmente, estas cosas fallan mucho. Bueno; como tenía que venir por aquí cerca, he aprovechado la ocasión. Tengo un pase especial para todo el día. Cuestiones oficiales... Y en tiempos su esposo, que Dios tenga en su gloria, me hizo un par de favores... Bien, señora Hidalgo, bien, bien.

La maestra levantó los ojos del suelo y miró con fijeza al hombre gris, con gafas de grueso cristal y un traje desgastado hasta ser casi translúcido, que estaba sentado ante ella en la destartada sala de espera.

—¿Qué tiene usted que decirme, señor? ¿Es sobre mi instancia?

—Sí, claro. Bueno..., no sé cómo empezar.

—La han desestimado.

—Lo siento; pero así es. Está usted jubilada, ¿sabe? No puede usted pedir un traslado.

—Pero, ¡si yo estaba allí, en el Pérmico! Yo no quise venir..., ¡me trajeron a la fuerza!

—Lo siento; lo siento mucho. Le queda a usted la jubilación. Algo es algo. Y el propio Cenzano Larios, el Ministro, ya sabe usted, se ha interesado personalmente. Ha dicho que siga usted asilada aquí...

—¿Asilada?

—Así le llamamos ahora. Algunos..., esto..., privilegiados, tienen la oportunidad para que una dependencia del Gobierno les deje vivir en un lugar no ocupado. Ese cuarto que usted tiene es una..., esto..., concesión especial. Es muy de agradecer... Nadie podrá sacarla de ahí... En todos los Ministerios pasa. Yo vivo debajo de la escalera en la Dirección General de Transporte Intertemporal; es un sitio que no está mal; sólo que hay que cubrirlo con lonas... Pero mi mujer y mis hijos están muy satisfechos..., naturalmente.

—¿Y el Ministro donde vive? —dijo la señora Hidalgo, rencorosamente.

—¡Ah, él! Tiene un piso propio en el Ministerio. Tres habitaciones, y servicios. Una maravilla, créame. En fin, señora, lo siento. Créame que yo...

La señora Hidalgo lo detuvo, poniendo la mano sobre la raída manga del traje gris.

—Pero, ¿es que no hay manera en la que yo vuelva a otra Nueva España? ¡Tenía derecho a estar allí, y ustedes me trajeron! Y ahora dicen que soy demasiado vieja para volver... ¿Es que no hay forma?

—Ninguna, señora —dijo el funcionario, tristemente—. Absolutamente ninguna.

—Y debo morir aquí..., ¡aquí! Mis alumnos, mis niños, mis amigos..., ¡todo desaparecido! ¡Lo han matado ustedes!

El hombre guardó silencio, muy compungido, y evidentemente arrepentido de haber hecho aquella gestión personal.

—Un último favor voy a pedirle, por la memoria del pobre Pedro. Ya no le molestaré más. Estoy segura que usted puede hacérmelo.

—Usted dirá, señora —musitó el hombre, con reserva.

—Quiero saber la verdadera razón por la que Nueva España 3 fuera destruida. Usted la sabe, señor Martínez. Por favor, ¡dígamela!

El funcionario bajó los ojos, rehuyendo la intensa mirada de la anciana. Abrió la boca, como si fuera a decir algo; la cerró. Hizo un gesto con los hombros, como desprendiéndose de una responsabilidad que no pesaba sobre ellos.

—Bueno... —dijo, con renuencia—. Eso ya es sabido. Hubo un error al establecer la estación. Tenía que haber sido exactamente en el año cincuenta mil de nuestro período..., ¿verdad? Pues hubo un error. Los técnicos se equivocaron..., la pusieron en el cuarenta y nueve mil novecientos cincuenta, más o menos. Unos cincuenta años antes. Ya sabe usted las normas..., veinticinco mil años entre base y base.

—¿Por cincuenta años?

—Eso es. El Consejo Intertemporal de Zürich se enteró..., lo cierto es que el Ministerio no dijo nada. No íbamos a tirar piedras a nuestro propio tejado. Pero esa gente hizo una inspección; son condenadamente estrictos. O se suprimía Nueva España 2, o Nueva España 3, y no había otra solución...

De pronto el funcionario cerró la boca con tal fuerza que sus labios descoloridos se tornaron en una fina línea. Acababa de darse cuenta que había soltado una información que no debía ser dicha. Pero era tarde; la señora Hidalgo la había cazado al vuelo.

—¿De manera que la dos o la tres, a elegir?

—Sí... —contestó el otro, débilmente.

—Voy a recordarle una cosa, señor mío. En el emplazamiento de Nueva España 2, había un volcán en actividad, ya extinguido y desaparecido veinticinco mil años más tarde, cuando se fundó la base tres. La Cúpula de Nueva España 2 estaba a quinientos metros del cráter; eso lo sabíamos todos. ¿Tengo que decir más? ¿Tengo que decir que el poblado, por razones de seguridad, hubo que construirlo a tres kilómetros de la Cúpula? ¿Digo que el transporte era más caro y complicado que en las demás estaciones? ¿Que nadie vivía a gusto en la estación dos? ¿Que todos tenían un miedo negro a las erupciones del volcán? ¿Que la Cúpula fue destruida dos veces por la lava? ¿Eh?

—Sí, señora —dijo el funcionario, torvamente.

—Y sabe usted, para terminar, que incluso se había comentado en el Ministerio el suprimir completamente la estación dos. ¿Es o no cierto?

—Cierto, señora, cierto —contestó el hombre, sin saber dónde mirar.

—Entonces..., hay algo más. Contésteme..., ¿por qué se suprimió Nueva España 3?

El funcionario parecía bailar sobre brasas ardientes. Miraba a todas partes,

desesperado, como si pudiera llegarle de algún sitio una ayuda imprevista.

—No se calle, señor Martínez. ¡Contésteme! Por la memoria de mi marido, hágalo usted.

—Bueno... —dijo el hombre, trabajosamente—. ¿Me promete usted que lo que voy a decirle no lo comentará con nadie? Secreto absoluto, usted me entiende.

—Lo prometo..., hable usted.

—Me costará el puesto, si usted... En fin, ahí va. Mire. Unos meses antes de tomar la decisión, Cenzano Larios asistió a un Consejo de Ministros... Al salir, iba hablando con Monteagudo, el Ministro de Educación y Ciencia. Usted sabe quién es.

—Claro que sí. Siga. ¿Qué más?

—Yo los oí; estaban allí, con la firma preparada. Monteagudo decía algo así como: «Es un escándalo. Esa mujer no hace otra cosa que hablar mal de todos los personajes de la historia. Se mete con los Reyes Católicos, con el Gran Capitán, con Cisneros... Le hemos llamado la atención un par de veces, pero contesta que todo lo que dice es cierto y que puede demostrarlo». Cenzano Larios contestó: «¿Y es cierto?». Y Monteagudo dijo: «Sí que lo es..., claro que sí, pero es que no pueden hacerse estas cosas. ¿De qué sirve demostrar que los Reyes Católicos no eran tan católicos, y que el Gran Capitán era un... facineroso? ¡Me gustaría sacarla de allí como fuera!». Y Cenzano Larios le contestó: «Pues me parece que vamos a tener una ocasión de hacerlo; ya te diré». Yo no oí nada más, señora, pero me parece bastante.

La señora Hidalgo sintió como si le hubieran dado un mazazo en la cabeza. Las mesas desvencijadas y las paredes llenas de manchas de la sala de espera giraban a su alrededor en un baile demoníaco.

—Pero, por favor..., ni una palabra. ¿Me permite un consejo, señora? Piense usted que a un gobierno no le gusta que le lleven la contraria, por muy democrático que sea. Sus clases no gustaban. La habían avisado dos veces. Yo qué le voy a decir... ¿Se encuentra bien?

La anciana maestra apenas escuchó las palabras con que el funcionario se despedía. Se encontró sola, totalmente sola en la enorme sala.

—De manera que por eso..., por eso... —murmuró.

Volvió a ver en su mente el momento crucial, el momento en que Juan Clemente, el Guardabosque, aferraba en sus manos crispadas la culata del rifle. Quizás una sola frase suya, en aquel instante, hubiera bastado para cambiar la historia. Penetró en su cerebro la espantosa idea que, durante un infinitesimal segundo, la suerte de la colonia entera había estado en sus manos. Pero aquel instante único, aquel instante heroico en que podía haberse tomado una decisión de incalculables consecuencias, había pasado ya. Se le había ofrecido solamente una vez, y en ese terrible fragmento de tiempo, el Guardabosque se había encontrado solo, sin nadie que le convenciera que debía seguir adelante. Los Ministerios eran tigres de papel; hubieran caído como bolos cuando la verdad se hubiera descubierto... Pero el segundo maravilloso, el momento épico en que la suerte de mil quinientas personas estuvo oscilando en la

balanza del destino había pasado ya, y el destino nunca le ofrecería una segunda oportunidad. Su instancia jamás sería admitida, y los desperdigados habitantes de Nueva España 3 nunca regresarían al Pérmico Medio. ¡Más hubiera valido morir!

Volvieron a pasar por su memoria las imágenes de los niños escuchándola, de los tractores labrando los campos, de su marido luchando con los reptiles... Cayó de pronto sobre ella aquella absurda responsabilidad que le habían cargado a las espaldas. Los campos arrasados y quemados, las familias separadas y condenadas a una vida horrenda..., ella misma, separada del servicio y olvidada...

—¡Malditos! —aulló, roncamente—. ¡Malditos, malditos!

Sólo le respondió el bordonar incesante de las multitudes. Durante mucho rato la señora Hidalgo repitió, en tono cada vez más bajo, esa misma palabra: «malditos, malditos». Luego, llegó un instante en que su voz, enronquecida, se sumó al sonido de grajo de las muchedumbres y se perdió, como un rumor más, entre todos los ruidos de la ciudad inhumana.

EL PRECIO DEL PELIGRO

ROBERT SHECKLEY

En 1972, y a consecuencia de una discusión con Chicho Ibañez Serrador (por aquel entonces escritor de ciencia ficción y realizador de dramáticos de ciencia ficción por televisión, aunque luego su carrera haya ido por otro derrotero más intrascendentes y lucrativos), escribí un relato, que le dediqué, extrapolando a un nivel último la violencia que impera en casi todos los programas filmados para la televisión. El relato se llamaba El Programa, y apareció en el número dos Extra de la revista Nueva Dimensión.

Posteriormente, en 1975, tuve ocasión de leer, en una antología francesa (Histoires de Demain, en «Le Livre de Poche»), un relato de Robert Sheckley con los suficientes puntos de contacto con el mío como para parecer inspirado en él. Es un gran honor, pensé, que un autor de la talla de Sheckley (que lee español, y que ha vivido un tiempo en nuestro país, por lo que tenía oportunidad de haber conocido mi relato) haya captado una idea mía y la haya desarrollado a mi manera. Pero, cuando indagué acerca del original inglés, todo mi orgullo se deshinchó al descubrir que el relato había aparecido en The Magazine of Fantasy & Science Fiction nada menos que en el año 1958..., ¡o sea catorce años antes que el mío!

De todos modos, debo reconocer que el relato de Sheckley, aun incidiendo en el mismo tema que el mío, o sea la creación de un espectáculo de televisión basado en la caza del hombre, no está nada mal. Es por ello, y también para demostrar que no le guardo rencor por haber publicado un relato con tantos puntos de contacto con el mío, y tener la desfachatez de haberlo hecho catorce años antes que yo (por algo Sheckley es más viejo), rompo por una vez el propósito que me había hecho en estas antologías de publicar un solo relato de cada autor y, en vez de publicar aquí mi propio relato (a lo cual tendría perfecto derecho, no faltaría más) prefiero publicar el suyo, que además, que yo sepa (uno suele equivocarse a menudo) es inédito en lengua española. Así que no te preocupes, Bob: pese a todo, te perdono.

* * *

Raeder asomó cautelosamente la cabeza por encima del alféizar de la ventana. Al otro lado estaba la escalera de incendios y, más abajo, una estrecha calle. En la calle había un coche de niño destrozado y tres botes de basura. En aquel instante un brazo recubierto con una manga oscura emergió de detrás del tercer bote de basura, y un objeto brillante relució en su extremo. Raeder se agachó rápidamente. La bala silbó sobre su cabeza y agujereó el techo. Una lluvia de cascotes de yeso cayó sobre él.

Ahora sabía que la calleja estaba tan guardada como la puerta.

Se tendió en el desigual suelo y contempló el agujero causado en el techo por la bala, mientras prestaba oído a los ruidos detrás de la puerta. Era un hombre alto, de ojos congestionados y barba de dos días. El polvo y el cansancio habían erosionado profundas arrugas en su rostro. El miedo había marcado sus rasgos, agarrotando un músculo aquí, haciendo estremecerse un nervio allá. El resultado era sorprendente. Su rostro, remodelado por el constante acecho de la muerte, tenía un nuevo carácter.

Había un asesino en la calleja, y otros dos en la escalera. Estaba encerrado en una trampa..., prácticamente muerto.

De acuerdo, pensó, todavía se movía y respiraba, pero esto se debía tan sólo a la incompetencia de la Muerte. Y, por muy incompetente que hubiera sido hasta ahora, en unos pocos minutos iba a acabar con él: practicaría unos cuantos agujeros en su cuerpo, mancharía artísticamente de sangre sus ropas, dispondría sus miembros en una actitud convenientemente grotesca de danza macabra...

Raeder se mordió los labios. Quería vivir. Debía encontrar una manera de seguir viviendo.

Se volvió boca abajo e inspeccionó el destartado local donde los asesinos lo habían acorralado. La habitación era un ataúd perfecto. Tenía una puerta de entrada que estaba custodiada, y una salida de incendios que estaba vigilada. El baño ni siquiera tenía una ventana.

Arrastrándose, se dirigió hacia el baño. Una vez allí, se levantó. Había un agujero en el techo. Si conseguía agrandarlo un poco e izarse hasta el apartamento de arriba...

Oyó un golpe sordo a sus espaldas. Los asesinos se estaban impacientando. No iban a tardar mucho en reventar la puerta.

Examinó el agujero en el techo. Era inútil intentarlo. No tendría tiempo de ensancharlo lo suficiente.

La puerta crujía a cada nuevo empujón. La cerradura saltaría pronto, o los goznes. La madera estaba casi podrida. La puerta cedería, y los dos hombres de rostro impassible entrarían sacudiéndose el polvo de sus trajes y...

Pero alguien lo ayudaría. ¡Alguien tenía que ayudarle! Sacó de su bolsillo su minúsculo aparato de televisión. La pantalla danzaba con líneas zigzagueantes, pero no tardó mucho en centrar la imagen. El sonido era claro y perfectamente audible.

Mike Terry, con su vibrante y modulada voz, se estaba dirigiendo a sus millones de espectadores:

—... *está en muy mala situación* —estaba diciendo Terry—. *Sí, amigos míos, Jim Raeder se encuentra en una dificultad realmente terrible. Ustedes recordarán que se había ocultado en un hotel de tercera categoría de Broadway, bajo nombre falso. Parecía relativamente seguro. Pero el portero lo reconoció, y transmitió la información a la pandilla de los Thompson.*

La puerta gemía ante los continuos embates. Raeder siguió escuchando, con los dedos crispados sobre el minúsculo receptor.

—*Jim Raeder ha conseguido escapar del hotel por los pelos. Con la pandilla de los Thompson pisándole los talones, se ha metido en una vieja casa de la West End Avenue, en el número 156. Sus proyectos eran huir por el tejado. Oh, lo hubiera conseguido, amigos míos, tenía todas las oportunidades del mundo. Pero no había contado con que la puerta que daba acceso al terrado estaba cerrada con llave. Todo parecía perdido..., pero nuestro valeroso Raeder se ha dado cuenta que el apartamento número siete tenía la puerta abierta y estaba vacío. Así que ha entrado en él y...*

Terry hizo una dramática pausa antes de proseguir:

—¡... y ahora se encuentra atrapado como una rata! ¡La pandilla de los Thompson va a derribar la puerta! ¡La escalera de incendios está vigilada! Nuestro equipo de cámaras, apostado en una casa cercana, nos está ofreciendo un primer plano de la angustiada situación. ¡Miren, amigos míos, miren bien! ¿Le queda alguna esperanza al pobre Jim Raeder?

¿Me queda alguna esperanza?, se repitió mentalmente Raeder, mientras el sudor chorreaba por su rostro en el pequeño baño, oscuro y miasmático. Escuchó atentamente el martilleo contra la puerta.

—¡Eh, un momento! —gritó de pronto Mike Terry—. ¡Espera, Jim Raeder, espera un poco! ¡Quizá todavía te quede una oportunidad! Acabo de recibir una llamada urgente de uno de nuestros espectadores..., ¡una llamada urgente en la línea del Buen Samaritano! Aquí tenemos a alguien que cree poder ayudarte, Jim. ¿Nos estás escuchando, Jim Raeder?

Raeder estaba escuchando. Era todo oídos. Captó el ruido de los goznes crujiendo en la podrida madera.

—¡Adelante, señor! —estaba diciendo Terry—. ¿Cuál es su nombre?

—Sí..., esto..., Felix Bartholomew.

—Tranquilo, señor Bartholomew. Adelante, siga.

—Bueno, señor Raeder —murmuró una temblorosa voz de viejo—; yo, esto..., yo he vivido en el 156 de la West End Avenue. Precisamente en el apartamento donde está usted ahora. Sí. Escuche: aunque no lo parezca, este baño tiene una ventana, señor Raeder. Fue tapada con una hoja delgada de madera y pintada encima, pero...

Raeder no escuchó más. Se metió el televisor en el bolsillo, tanteó la pared hasta que encontró el contorno de la ventana, y entonces dio un furioso puñetazo. Se oyó un crujir de madera partiéndose, luego de vidrios rotos, y la cegadora claridad del día penetró en el pequeño antro. Acabó de arrancar la madera, quitó los trozos de vidrio que habían quedado sujetos al marco, y miró hacia abajo.

Al fondo de una especie de pozo había un patio de cemento.

Los goznes cedieron finalmente. Oyó la puerta abatirse con un crujido, y no lo pensó más. Pasó las piernas por el alféizar, se mantuvo unos breves instantes sujetándose con las manos, y luego se dejó caer.

El golpe fue demoledor. Se levantó titubeante. Un rostro apareció por la ventana del baño.

—¡Es inútil, chico! —dijo el hombre, inclinándose hacia afuera para apuntar con cuidado su calibre .38 de cañón corto.

En aquel momento una bomba de humo estalló con un sordo *plop* en el interior del baño.

La bala del asesino falló por unos milímetros. Lanzando una maldición, el hombre se volvió. Otras bombas de humo estallaron en el patio, cubriendo la figura de Raeder.

Raeder oyó la voz de Mike Terry surgir, frenética, de su televisor en el bolsillo:

—¡Sálvate, Jim Raeder! —gritaba Terry—. Corre, corre, huye mientras los asesinos permanecen cegados por el humo. ¡Y gracias a la Buena Samaritana Sarah Winters, del 3412 de Edgar Street, Brockton, Massachusetts, por su donación de cinco bombas de humo y por haber contratado a un hombre para que las arrojara! —Y luego, bajando el tono de voz a un nivel más normal—: Hoy ha salvado usted una vida humana, señora Winters. ¿Puede explicar ahora a nuestros espectadores lo que...?

Raeder ya no estaba escuchando. Atravesó a toda prisa el patio lleno de humo, sorteando las hileras de ropa tendida, y salió a la calle.

Tomó la calle 63, arqueando los hombros para disimular en lo posible su estatura, tropezando a menudo por el agotamiento, debilitado por la falta de comida y de sueño.

—¡Eh, usted!

Raeder se giró. Una mujer de mediana edad, sentada en el patio delantero de una vieja casa de dos pisos, le miraba fijamente.

—Usted es Raeder, ¿no? Ese al que están intentando matar.

Raeder hizo ademán de seguir su camino, pero no llegó a completar el movimiento.

—Vamos, entre, Raeder —dijo la mujer.

Podía ser una trampa. Pero Raeder sabía que debía confiar en la generosidad y el buen corazón de sus conciudadanos. Él era su representante, una proyección de todos ellos, un ciudadano medio en dificultades. Sin ellos estaba perdido; con ellos no podía ocurrirle nada malo. «Confíe en toda esa gente valerosa —le había dicho Mike Terry—. El pueblo no le abandonará nunca».

Siguió a la mujer dentro de la casa. Ella le dijo que se sentara y salió, para regresar poco después con un plato lleno de comida. Permaneció de pie, mirándole, mientras Raeder comía, como quien mira a un mono en el zoológico pelando sus cacahuetes.

Dos niños de corta edad salieron de la cocina y se plantaron ante él y se quedaron mirándole. Tres hombres en ropas de trabajo salieron del dormitorio y pusieron en funcionamiento una cámara portátil de televisión. Había un enorme televisor a color en el comedor, y mientras engullía su comida Raeder miró la imagen de Mike Terry y escuchó su sonora, sincera, preocupada voz.

—Y aquí lo tenemos, amigos míos —estaba diciendo Terry—. Aquí tenemos a Jim Raeder entre verdaderos amigos, tomando su primera comida de verdad desde hace dos días. Nuestro equipo ha tenido que trabajar terriblemente aprisa para que ustedes pudieran asistir a este feliz acontecimiento. Gracias, muchachos... Y ésta es la señora Velma O'Dell, del 343 de la calle 63, gracias a la cual Jim Raeder ha encontrado un abrigo temporal. ¡Gracias, Buena Samaritana O'Dell! ¡Qué maravilloso es ver cuánta gente de todas las condiciones se interesa por Jim Raeder!

—Será mejor que se apresure —dijo la señora O'Dell.

—Sí, señora —dijo Raeder.

—No me gustaría ver ladrar los revólveres en mi casa.

—Ya casi he terminado, señora.

—¿Van a matarlo, mamá? —preguntó uno de los niños.

—Oh, cállate —ordenó la señora O'Dell.

—Sí, Jim —hizo eco la voz de Mike Terry, como si estuviera oyendo—, *será mejor que te apresures. Tus asesinos están tras tus huellas. Y no son tontos, Jim. Son malvados, perversos, sedientos de sangre, sí..., pero no tontos. Están siguiendo un rastro de sangre..., ¡la sangre que chorrea de tu mano herida, Jim!*

Sólo entonces se dio cuenta Raeder que él se había herido la mano al romper el cristal de la ventana.

—Venga aquí, le vendaré esto —dijo la señora O'Dell.

Raeder se levantó y se dejó vendar la mano. Luego ella le trajo unos pantalones y una chaqueta marrones y un sombrero de color gris.

—Son de mi marido —dijo.

—*¡Tiene un disfraz, amigos míos!* —exclamó Mike Terry, exultante—. *¡Mírenlo, mírenlo bien! ¡Tiene un disfraz! ¡Y siete horas ante él para verse a salvo!*

—Ahora márchese —dijo la señora O'Dell.

—Ahora mismo, señora. Y gracias.

—Creo que es usted un estúpido —dijo ella—. Un estúpido, inmiscuyéndose por su propia voluntad en un lío así.

—Sí, señora.

—No merece la pena, créame.

Raeder le dio de nuevo las gracias y se fue. Se dirigió hacia Broadway, tomó el metro hasta la calle 59, luego cambió en dirección a la 86. Allí compró un periódico y tomó el directo a Manhasset.

Miró su reloj. Le quedaban todavía seis horas y media antes que acabara el juego.

El metro aceleraba bajo Manhattan. Raeder daba cabezadas, con la mano vendada medio oculta bajo el periódico y el sombrero echado sobre el rostro. ¿Lo habría reconocido alguien? ¿Habría conseguido eludir a la pandilla de los Thompson? ¿O habría alguien telefoneándoles sobre su paradero?

Medio en sueños, se preguntó si conseguiría escapar a la muerte, o bien era tan sólo un cadáver dotado milagrosamente de movimiento gracias a aquella incompetencia de la Muerte. (Muchacho, vaya si es *lenta* la Muerte en nuestros días. Mira por ejemplo a Jim Raeder: estuvo caminando durante horas después de sucumbir, ¡e incluso *respondió* a las preguntas de la gente antes de ser enterrado decentemente!).

Raeder abrió bruscamente los ojos. Había soñado algo..., algo..., desagradable. Aunque no podía recordar de qué se trataba.

Volvió a cerrar los ojos y rememoró, con una cierta sorpresa, aquellos días en los que todavía no corría ningún peligro.

Hacía dos años ya de ello. Por aquel entonces era un joven ayudante de camionero, simpático y musculoso, sin el menor talento. Y demasiado modesto para tener ambiciones.

Pero el pequeño camionero de rostro chupado que era su jefe las tenía por él.

—¿Por qué no pruebas suerte en uno de esos espectáculos de la televisión, Jim? Yo al menos lo haría, si tuviera tu tipo. A la gente le gustan los individuos simpáticos, los hombres medios sin mucha cosa en la sesera. Como participantes. A todo el mundo le gusta la gente así. ¿Por qué no lo intentas?

De modo que había estudiado la cuestión. El propietario de la tienda de electrodomésticos del barrio le había ampliado detalles:

—Mira, Jim, el público está harto de atletas bien entrenados, con sus reflejos perfectos y su osadía profesional. ¿Quién se siente identificado con individuos así? La gente quiere ver espectáculos sensacionales, por supuesto, pero no cuando un tipo se lleva una tajada de cincuenta mil al año con ello. Así es como los grandes deportes de masas organizados fueron cayendo en el descrédito. Y es por eso por lo que las emisiones de *suspense* hacen furor.

—Comprendo —dijo Raeder.

—Hace seis años, Jim, el Congreso votó la ley sobre el suicidio libremente consentido. Aquellos viejos senadores hablaron horas y horas acerca del libre arbitrio y del determinismo personal, muy de moda por aquel entonces. Ya sabes lo que significó en realidad esta ley: que a partir de entonces los aficionados también podían jugarse la vida en busca de una buena bolsa, y no tan sólo los profesionales. Antes, uno tenía que ser boxeador, futbolista, jugador de baloncesto federado, si quería dejarse patear o aporrear por dinero. Ahora cualquiera puede hacerlo..., no importa quién, tú mismo si quieres, Jim.

—Comprendo —dijo de nuevo Raeder.

—Esto ofrece oportunidades excepcionales. Tomemos un ejemplo: tú, pongamos por caso. No tienes absolutamente nada que te haga superior a los demás. Todo lo que puedas hacer lo puede hacer cualquier otro en tu lugar. Eres un hombre *vulgar*. Creo que las emisiones de *suspense* no vacilarían en contratarte.

Raeder se dejó arrastrar por los sueños. Las emisiones de televisión parecían ofrecer un camino seguro hacia la riqueza para un muchacho joven, simpático, sin vocación ni cualidades especiales. Escribió a una emisión llamada *Azar*, adjuntando una foto.

Azar se interesó por él. La cadena JBC hizo las investigaciones pertinentes, y descubrió que era lo suficientemente «hombre de la calle» como para satisfacer al más puntilloso de los telespectadores. Se verificaron todos sus posibles herederos. Finalmente fue llamado a Nueva York y entrevistado por el señor Moulian.

El señor Moulian era un hombre moreno y tremendamente activo, que masticaba incesantemente chicle mientras hablaba.

—Usted va a servir —dijo—. Pero no para *Azar*. Aparecerá usted en *Piruetas*. Es

una emisión de media hora que pasamos por el tercer canal a media tarde.

—Magnífico —dijo Raeder.

—No me dé las gracias. Hay mil dólares para usted si gana o queda segundo, y un premio de consolación de cien dólares si pierde. Pero esto no es lo importante.

—No, señor.

—*Piruetas* es una emisión *menor*. La cadena JBC la utiliza tan sólo como banco de pruebas. Los ganadores del primer y segundo puesto de *Piruetas* pasan a *Crisis*. Los premios de *Crisis* son mucho más importantes.

—Sí, ya lo sé, señor.

—Y si usted sale con bien de esa emisión, podrá pasar a las emisiones de primer orden, como *Azar* y *Peligros Submarinos*, que se emiten a escala nacional y reportan enormes recompensas. Ahí es donde comienza el verdadero juego. El que llegue hasta ahí depende de usted.

—Lo haré lo mejor que pueda, señor —prometió Raeder.

Moulian dejó por un instante de masticar su chicle y dijo en un tono casi reverencial:

—Lo logrará, Jim. Tan sólo recuerde esto: usted es el *pueblo*, y el *pueblo* puede conseguir cualquier cosa que se proponga. —Y lo dijo de tal modo que por un instante Raeder sintió compasión hacia él, cuyo escaso cabello negro y cuyos bovinos ojos lo identificaban claramente como no perteneciente al *pueblo*.

Se estrecharon las manos, y luego Raeder firmó un documento liberando de toda responsabilidad a la JBC en el caso que él perdiera la vida, algún miembro o la razón en el transcurso de cualquiera de las emisiones en que participara. Luego firmó otro documento en el que ejercía sus derechos constitucionales acerca del suicidio libremente consentido. No era más que una simple fórmula.

Tres semanas más tarde aparecía en *Piruetas*.

El programa adoptaba la clásica convención de las carreras de automóviles: un grupo de conductores inexpertos subían a bordo de poderosos bólidos de competición de fabricación norteamericana y europea, y se lanzaban a un circuito asesino de treinta kilómetros de longitud. Raeder temblaba de puro miedo cuando metió mal la marcha y su enorme Maserati arrancó con una brutal sacudida.

La carrera fue una pesadilla llena de aullidos de frenos y olor a goma quemada. Raeder se situó en la cola, dejando que los corredores que iban en cabeza se estrellaran en las primeras curvas cerradas. Se situó en tercer lugar cuando el Jaguar que iba ante él se incrustó en un Alfa Romeo que patinaba y ambos coches fueron a parar dando volteretas a un campo recién arado. Raeder intentó ganar otro lugar en los últimos seis kilómetros, sin conseguir abrirse paso. Una curva en forma de S estuvo a punto de terminar con él, pero luchó denodadamente contra el volante y consiguió dominar el bólido y mantenerlo dentro del circuito, siempre tercero. Luego el cigüeñal del coche que iba en cabeza se rompió en los últimos cincuenta metros, y Jim terminó segundo.

Así que recibió mil dólares. Recibió también cuatro cartas de admiradoras. Y fue invitado a aparecer en *Crisis*.

Al contrario de otras, *Crisis* no era una emisión competitiva. Era un programa basado en la iniciativa individual. Raeder tuvo que tomar un narcótico que no creaba hábito. Cuando recuperó el control de sí mismo, se hallaba en la carlinga de una avioneta que volaba, gracias a su piloto automático, a tres mil metros de altura. El indicador señalaba que la reserva de combustible estaba prácticamente en cero. No tenía paracaídas. Se suponía que debía hacer aterrizar el avión.

Por supuesto, nunca antes en su vida había pilotado un avión.

Estudió con precaución los distintos mandos, recordando que el participante de la semana anterior se había despertado en un submarino y se había ahogado al abrir una válvula equivocada.

Miles de espectadores, fascinados, contemplaban a aquel hombre medio, un hombre idéntico a cualquiera de ellos, debatirse como se debatirían ellos mismos en una situación análoga. Jim Raeder era *ellos*. Todo lo que él pudiera hacer ellos también podían hacerlo. Era la encarnación del *pueblo*.

Raeder consiguió tomar tierra en algo que tal vez pudiera ser calificado como aterrizaje de emergencia. El aparato rebotó varias veces, pero el cinturón de seguridad resistió. Y el motor, contrariamente a lo que podría esperarse, no se incendió.

Saltó de la carlinga tambaleándose, con dos costillas rotas, tres mil dólares en el bolsillo, y la oportunidad, cuando se restableciera, de participar en la emisión *Torero*.

Por fin una emisión de primer orden. *Torero* reportaba diez mil dólares; lo único que tenía que hacer era matar a un toro miura con una espada, como un matador profesional.

La corrida se celebró en Madrid, ya que las corridas de toros eran todavía ilegales en los Estados Unidos, y fue retransmitida a todo el mundo, vía satélite.

Raeder dispuso de una buena cuadrilla. Aquel alto norteamericano de movimientos lentos había caído simpático. Los picadores se emplearon a fondo en su tentativa de cansar a la bestia, y los banderilleros se preocuparon que éste gastara lo máximo posible sus pezuñas antes de clavarle las banderillas. Y el segundo matador, un nativo de Algeciras de mirada triste, estuvo a punto de partirle el cuello al toro con sus capotazos.

Pero, una vez terminado todo eso, fue Jim Raeder el que se encontró solo en medio de la arena, agarrando desmañadamente su muleta con la izquierda mientras sujetaba la espada con la derecha, frente a un negro toro de enormes cuernos y lomo sanguinolento que debía pesar su buena tonelada.

Alguien gritó:

—¡Apunta a los pulmones, *hombre*! ¡No te hagas el héroe, apunta a los pulmones!

Pero Jim tan sólo recordaba lo que le había dicho el consejero técnico en Nueva York: tenía que lanzarse hacia adelante con todas sus fuerzas y hundir la espada entre los cuernos.

Se lanzó hacia adelante. La hoja pinchó en hueso, y el toro la lanzó por encima de su cabeza. Jim se levantó, milagrosamente ileso, tomó otra espada, y se lanzó de nuevo hacia adelante por entre los cuernos, con los ojos cerrados y una plegaria entre los labios. El dios que protege a los niños y a los locos debía estar velando en aquel momento, ya que la espada se hundió como una aguja en la mantequilla, y el toro se paró en seco, puso cara de sorpresa, le miró con ojos lacrimosos, y se derrumbó como un balón repentinamente deshinchado.

Le entregaron los diez mil dólares, y su clavícula rota curó en muy poco tiempo. Recibió veintitrés cartas de admiradoras, incluida una apasionada invitación de una señorita de Atlantic City a la que no se atrevió a responder. Le preguntaron si deseaba aparecer en otra emisión.

Por aquel entonces había perdido ya parte de su inocencia. Se daba perfecta cuenta que había estado a punto de morir por un poco de dinero. Las sumas grandes aún no habían llegado. Si tenía que codearse con la muerte, que fuera al menos por algo que valiera la pena.

Así que apareció en *Peligros Submarinos*, una emisión patrocinada por el jabón Siemprebella. Con traje de inmersión, botellas de aire, cinturón de lastre, pies de pato y cuchillo, se sumergió en las tibias aguas del Caribe junto con otros cuatro concursantes; cada uno de ellos iba seguido por un equipo de cámaras protegido en el interior de una jaula. Se trataba de encontrar y de llevar a la superficie un tesoro ocultado por el patrocinador de la emisión.

El escafandrismo en sí no tiene nada de peligroso. Pero los organizadores habían añadido algunos adornos en beneficio de los espectadores. La zona elegida estaba infestada de pulpos gigantes, morenas, tintoreras, rayas, tiburones, corales venenosos y otros peligros de las profundidades.

Fue una competición apasionante. Un tipo de Florida descubrió el tesoro en una profunda grieta, pero fue descubierto a su vez por una morena. Otro submarinista se apoderó del tesoro, y un tiburón se apresuró a apoderarse del submarinista. El agua, con sus hermosos tonos verdeazulados, se vio oscurecida por una nube de sangre, lo cual dio un espectáculo bellísimo en las pantallas de todos los televisores en color. El tesoro volvió a caer hacia el fondo, y Raeder se sumergió tras él, reventándose al mismo tiempo un tímpano. Lo desenredó de los corales en medio de los cuales había ido a caer, se quitó el cinturón de lastre, y remontó hacia la superficie. Le faltaban diez metros para alcanzarla cuando fue atacado por el otro submarinista.

Los dos contendientes giraron uno en torno al otro, cuchillo en mano. El hombre asestó un golpe, hiriendo a Raeder en el pecho. Pero éste, con la sangre fría de un viejo concursante, soltó su cuchillo y arrancó de un violento tirón el tubo respiratorio de su adversario.

El concurso había terminado. Raeder salió a la superficie e hizo entrega del tesoro en el bote insignia. Se trataba de una pastilla de jabón Siemprebella... «El más preciado tesoro del mundo».

Aquello le reportó veintidós mil dólares en efectivo además de trescientas ocho cartas de admiradoras y una proposición que no dejaba de ser interesante por parte de una chica de Miami que no estaba en absoluto mal. Fue curado gratuitamente de su cuchillada en el pecho y de su tímpano reventado, y recibió también gratuitamente los correspondientes antídotos contra la infección de coral.

Pero, lo más importante de todo, fue invitado a participar en la más famosa de las emisiones de *suspense*: *El Precio del Peligro*.

Así fue como se metió en aquel maldito lío...

El metro se detuvo, arrancándole con un sobresalto de su somnolencia. Raeder echó hacia atrás el sombrero y miró a su alrededor. Al otro extremo del vagón, un hombre que no dejaba de mirarle le cuchicheaba algo a una fornida mujer. ¿Le habrían reconocido?

Se levantó apenas se abrieron las puertas y salió al andén, echando una mirada a su reloj. Aún le quedaban cinco horas por delante.

En la estación de Manhasset subió a un taxi y le ordenó al conductor que lo llevara a Nueva Salem.

—¿Nueva Salem? —repitió el taxista, examinándole a través del retrovisor.

—Ajá —dijo Raeder.

—Muy bien, carrera a Nueva Salem —dijo el conductor, girando un dial de su aparato de radio—. De acuerdo. *Nueva Salem*.

Se pusieron en camino. Raeder frunció el ceño. Se preguntó si el taxista no habría prevenido a alguien. De acuerdo, era normal que los taxistas mantuvieran una comunicación constante con su compañía, pero hubo algo en la entonación de aquel hombre...

—Déjeme aquí —dijo repentinamente Raeder.

Pagó y echó a andar a lo largo de un estrecho camino que serpenteaba entre campos y ralos bosquecillos. Los árboles eran demasiado pequeños y estaban demasiado separados como para ofrecer un refugio. Raeder siguió avanzando en busca de algún escondite.

Un enorme camión se le acercaba por el frente. Raeder no redujo el paso, limitándose a bajar el sombrero sobre sus ojos. Pero, cuando el camión estaba ya muy cerca, oyó una voz surgiendo de su televisor de bolsillo:

—¡Cuidado!

Se arrojó a la cuneta. El camión hizo una brusca maniobra, no alcanzándole por los pelos. Se detuvo unos metros más adelante, con un horrisono chirriar de frenos, y el conductor gritó:

—¡Ahí está, ahí! ¡Tira, Harry, tira!

Una lluvia de balas destrozó las hojas de los árboles entre los cuales estaba huyendo Raeder.

—¡Ha ocurrido de nuevo! —estaba vociferando Mike Terry por el televisor, con voz tensa por la emoción—. *Temo que Jim Raeder se deje engañar por una falsa*

sensación de seguridad. ¡No debes confiarte, Jim! ¡Es tu vida lo que está en juego! ¡Los asesinos te persiguen de cerca! ¡Sé prudente, Jim, debes resistir todavía cuatro horas y media!

El conductor del camión estaba diciendo:

—¡Claude, Harry, da la vuelta! ¡Lo tenemos atrapado!

—*¡Te tienen atrapado, Jim Raeder!* —gritaba Mike Terry—. *¡Pero aún no te han abatido! Y puedes darle las gracias a la Buena Samaritana Susy Peters, del 12 de la calle El, South Orange, Nueva Jersey, a quien debes ese grito de advertencia cuando el camión venía lanzado hacia ti. Dentro de unos momentos traeremos a la pantalla a la pequeña Susy... ¡Eh, miren, amigos míos, el helicóptero de nuestro estudio está llegando ya al lugar! Dentro de unos segundos podrán ver a Jim Raeder corriendo entre los árboles, mientras los asesinos lanzados en su persecución lo van cercando poco a poco...*

Raeder recorrió unos cien metros por entre los árboles y llegó a una carretera nacional al otro lado de la cual se encontraba otro bosque. Uno de los asesinos iba pisándole los talones. El camión había tomado un atajo de tierra y ahora se hallaba a un kilómetro y medio de distancia, avanzando hacia él a toda velocidad.

Un coche se acercaba en dirección contraria. Raeder saltó a la carretera y agitó frenéticamente los brazos. El coche se detuvo con un chirrido de frenos.

—¡Aprisa! —gritó la joven rubia que iba al volante.

Raeder se metió a toda prisa en el coche. La joven giró el volante a fondo, haciendo dar al coche media vuelta sobre dos ruedas. Una bala atravesó el parabrisas. La joven apretó a fondo el acelerador, y estuvo a punto de atropellar al solitario asesino que iba tras los pasos de Raeder.

El coche partió como una centella hacia el horizonte antes que el camión pudiera ponerse a distancia de tiro.

Raeder se dejó caer contra el respaldo del asiento y cerró los ojos. La joven conducía sin dejar de espiar al camión por el retrovisor.

—*¡Y el milagro se ha producido de nuevo!* —gritaba Mike Terry con voz de éxtasis—. *Jim Raeder acaba de ser rescatado de una muerte segura gracias a la Buena Samaritana Janice Morrow, del 433 de la avenida Lexington, ciudad de Nueva York. ¿Han visto nunca algo parecido, amigos míos? ¿Han visto de qué forma magistral se ha lanzado la señorita Morrow entre un torrente de balas para sacar a Jim Raeder de esta encrucijada mortal? Dentro de un momento entrevistaremos a la señorita Morrow acerca de sus impresiones. Ahora, mientras Jim Raeder sigue huyendo, quizá hacia su salvación, tal vez hacia otro peligro mortal, aquí tenemos un nuevo mensaje de los patrocinadores de este programa. ¡Permanezcan atentos a la pantalla! Jim tiene que resistir todavía cuatro horas y diez minutos más antes de hallarse en seguridad. ¡En cualquier momento puede producirse cualquier cosa!*

—Bueno, ya no estamos en antena —dijo entonces la joven rubia—. ¿Qué demonios pretende, Raeder?

—¿Eh? —Raeder la miró con sorpresa. La joven tendría unos veinte años, y parecía inteligente, seductora..., y distante. Raeder observó que sus rasgos eran agradables, sus curvas bien proporcionadas. También observó que parecía estar furiosa.

—Señorita —empezó—, no sé cómo darle las gracias...

—Déjese de tonterías —dijo Janice Morrow—. No soy ninguna Buena Samaritana. Pertenezco a la cadena JBC.

—Entonces... ¡He sido salvado por el Programa!

—Ajá —dijo ella.

—¿Pero por qué?

—Escuche, Raeder, ésta es una emisión muy cara. Tenemos que proporcionar un buen espectáculo. Si nuestro nivel de audiencia baja, nos encontraremos todos en la calle. Y usted no nos está proporcionando ninguna ayuda.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque no está en ningún momento a la altura de las circunstancias —dijo ella amargamente—. Es usted un fracaso, una nulidad. ¿Qué es lo que está buscando? ¿Suicidarse? ¿Acaso no ha aprendido nada de lo que uno debe hacer para sobrevivir?

—Hago todo lo que puedo.

—Los Thompson han tenido una docena de oportunidades infalibles de liquidarlo de una manera expeditiva. Nosotros les hemos recomendado que lo hagan durar, pero no pueden fallar *indefinidamente* un blanco de casi dos metros de altura. Los Thompson se han mostrado comprensivos hasta ahora, pero no pueden seguir la comedia más allá de un cierto límite. Si yo no hubiera intervenido, se hubieran visto obligados a matarle..., aún contra los deseos de la emisión.

Raeder se la quedó mirando, sorprendido porque una muchacha tan encantadora como aquélla pudiera hablar así. Ella apenas le dirigió una mirada con el rabillo del ojo y siguió con la vista fija en la carretera.

—No me mire así —dijo—. Es *usted* quien eligió arriesgar su vida para ganar un buen puñado de dinero. Y vaya puñado. Usted conoce el reglamento. No juegue a los pobres e inocentes cerditos que de pronto se ven amenazados por el terrible y malvado lobo. La historia es otra muy distinta.

—Lo sé.

—Si es usted incapaz de sobrevivir, trate al menos de morir dignamente.

—Supongo que no estará hablando usted en serio —dijo Raeder.

—No suponga tanto. Quedan todavía tres horas y cuarenta minutos de emisión. Si usted consigue permanecer con vida todo este tiempo, tanto mejor. El problema es suyo. Pero si no lo consigue, haga al menos que su muerte satisfaga a los espectadores.

Raeder inclinó la cabeza, sin decir nada y sin dejar de contemplar intensamente a la muchacha.

—Dentro de unos instantes los estudios estarán de nuevo sobre nosotros —

prosiguió ella—. Yo voy a tener problemas mecánicos con el coche, así que deberé abandonarle. Y recuerde: los Thompson van a ir a por todas a partir de este momento: le matarán a la primera oportunidad, y de la manera más expeditiva posible. ¿Ha comprendido?

—Sí —dijo Raeder—. Si salgo con bien, ¿podré volver a verla algún otro día?

Ella se mordió los labios, colérica.

—¿Se está burlando usted de mí?

—No. Sería enormemente feliz si pudiera volver a verla. ¿Le molesta?

Ella lo miró con curiosidad.

—No lo sé. No se preocupe de esas cosas ahora. Dentro de unos instantes volveremos a estar en antena. Creo que lo mejor para usted es que se adentre en este bosque de la derecha. ¿Está listo?

—Sí. ¿Dónde puedo volver a encontrarla? Una vez haya terminado la emisión, quiero decir.

—¡Oh, Raeder, no está usted escuchando! Atraviese el bosque hasta llegar a una quebrada. Esto podrá proporcionarle un escondite provisional. Aunque no sea nada del otro mundo.

—¿Dónde puedo volver a encontrarla? —repitió Raeder.

Ella detuvo el automóvil.

—Estoy en la guía telefónica de Manhattan. Ahora vamos, corra.

Raeder abrió la portezuela.

—Espere. —Ella se inclinó y le besó en la boca—. Buena suerte, idiota. Telefonéeme si sale con bien de ésta.

Raeder se volvió y echó a correr hacia los árboles.

Corría entre los pinos y los abedules, pasando de tanto en tanto ante una casa cuyas ventanas estaban llenas de rostros curiosos. Uno de los ocupantes de algunas de aquellas casas debió telefonar a la pandilla, ya que los asesinos no estaban muy lejos a sus espaldas cuando alcanzó la pequeña y tortuosa barranca. Aquellas honestas y tranquilas personas, bien educadas, respetuosas de las leyes, seguramente no deseaban que escapara de aquélla, pensó tristemente Raeder. Querían ver un auténtico asesinato. O quizá tan sólo pretendían gozar con el espectáculo de verle *escapar por un pelo* de la muerte una vez más.

Venía a ser lo mismo.

Se metió en la barranca, se ocultó entre los densos matorrales, y permaneció inmóvil. Los Thompson aparecieron a ambos lados de la barranca, inspeccionando atentamente los bordes, intentando detectar cualquier movimiento. Raeder contuvo la respiración cuando llegaron a su altura.

Oyó la seca detonación de un revólver. Pero el asesino había disparado tan sólo contra una ardilla. El pequeño animal se retorció unos instantes y luego quedó inmóvil.

Tendido boca abajo entre los matorrales, Raeder oyó al helicóptero del estudio

pasar por encima de su cabeza. Se preguntó si había alguna cámara apuntada directamente sobre él. Seguramente sí. Y si alguien estaba mirando su televisión, quizás algún Buen Samaritano acudiera en su ayuda.

Volviéndose hacia el helicóptero, Raeder adoptó una expresión piadosa, juntó las manos y rezó. Rezó silenciosamente, ya que al público no le gusta la ostentación religiosa. Pero sus labios se movían al compás de su plegaria. Todo el mundo tenía derecho a eso.

Y era una auténtica plegaria. Una vez, un espectador acostumbrado a leer en los labios había descubierto que un fugitivo *hacía como* si rezara, cuando en realidad estaba recitando la tabla de multiplicar. Nadie prestó su ayuda a aquel hombre.

Raeder terminó su plegaria, miró su reloj, y vio que le quedaban todavía dos horas.

¡Y él no quería morir! ¡No compensaba, fuera cual fuese la suma que se pagara por ello! Tenía que haber estado loco, completamente loco, para haber aceptado algo así...

Pero sabía que no era verdad. Y recordaba haber estado en plena posesión de sus facultades cuando firmó.

Una semana antes había aparecido en todas las pantallas en los estudios de la emisión *El Precio del Peligro*, parpadeando ante la cegadora luz de los focos, y Mike Terry en persona le estrechó la mano.

—Y ahora, señor Raeder, ¿conoce usted las reglas del juego en el que va a participar? —había preguntado Terry en tono solemne.

Raeder asintió con la cabeza.

—Si acepta usted, Jim Raeder, se convertirá en *un hombre perseguido* durante toda una semana. Una cuadrilla de *asesinos* le perseguirá, Jim. *Profesionales*, hombres buscados por la policía por otros crímenes, a quienes les ha sido concedida la impunidad para este único asesinato, de acuerdo con la ley sobre el suicidio libremente consentido. Van a intentar *matarle*, Jim. ¿Comprende bien?

—Sí —dijo Raeder. Sabía que esto representaba doscientos mil dólares, si sobrevivía a aquella semana.

—Voy a formularle de nuevo la pregunta, Jim Raeder. No obligamos a nadie a aceptar una apuesta cuyo resultado puede ser la muerte.

—No hace falta —dijo Raeder—. Quiero jugar.

Mike Terry se giró hacia el auditorio.

—Ustedes lo han oído, señoras y señores —dijo—. Tengo aquí la copia del *test* psicológico completo que una renombrada sociedad de estudios psicotécnicos enteramente imparcial ha efectuado a Jim Raeder a petición nuestra. Remitiremos a quien lo solicite un ejemplar, contra reembolso de los gastos de expedición, es decir, veinticinco centavos. Este *test* prueba que Jim Raeder está completamente sano de cuerpo y mente, y que es perfectamente consciente de sus actos. —Se dirigió de nuevo a Raeder—: ¿Sigue queriendo participar en el juego, Jim?

—Sí.

—¡Estupendo! Ahora, Jim Raeder..., ¡le presento a sus futuros asesinos!

La pandilla de los Thompson apareció en el plató, ante el abucheo de los asistentes.

—¡Obsérvenlos, amigos míos! —dijo Mike Terry, con un disgusto no disimulado—. ¡Obsérvenlos! Antisociales, viciosos hasta la médula, completamente amorales. Estos hombres no reconocen más leyes que las desnaturalizadas leyes del crimen, más honor que el del asesino a sueldo. Son hombres condenados, condenados por nuestra sociedad, hombres abocados a una próxima y vergonzante muerte.

El auditorio aplaudió con entusiasmo.

—¿Tiene algo que decir, Claude Thompson? —preguntó Terry.

Claude, el portavoz de la pandilla, avanzó hacia el micrófono. Era un hombre delgado, cuidadosamente afeitado y vestido con un traje impecable.

—Estimo —dijo, con una voz ronca y profunda— que no somos peores que los demás. Que los soldados en una guerra, quiero decir: ellos *también* matan. Y no hablemos del despilfarro que hay en los sindicatos y en el propio gobierno. Todo el mundo intenta ganar su dinero de la mejor manera posible.

Éste era el código simplista de los Thompson. Pero, afortunadamente, con qué rapidez y con qué precisión destruía Mike Terry uno a uno los argumentos del asesino. Las preguntas de Terry se clavaban incisivas en lo más profundo de su negra alma.

Al final de la entrevista, Claude Thompson, sudoroso, se secaba la frente con un fino pañuelo de seda y miraba de reojo a sus hombres.

Mike Terry apoyó una mano en el hombro de Raeder.

—He aquí el hombre que ha aceptado ser su víctima..., si consiguen atraparlo.

—Lo atraparemos —dijo Thompson, recuperando su aplomo.

—No estén tan seguros —dijo Terry—. Jim Raeder se ha enfrentado a salvajes toros, ha buceado entre tiburones..., ahora luchará contra chacales. Es un hombre medio. Encarna al hombre de la calle, al *pueblo* siempre triunfante ante este tipo de calaña.

—Lo tendremos —dijo Thompson—. Terminaremos con él.

—Y una cosa más —dijo Terry, bajando la voz y adoptando un tono sugerente—. Jim Raeder no va a estar solo. Toda la brava gente de Norteamérica estará con él. Los Buenos Samaritanos de los cuatro rincones de nuestra gran nación están dispuestos a ayudarlo. Sin armas, sin defensa, Jim Raeder puede contar con la ayuda y el generoso corazón del *pueblo* al que representa. Así que no estén tan seguros de ustedes mismos, Claude Thompson y compañía. Los hombres de la calle están al lado de Jim Raeder, a quien pido permiso para tutearle desde este mismo momento..., ¡y son legión!

Raeder, inmóvil entre los matorrales, reflexionaba en todo aquello. Sí, el *pueblo* le había ayudado..., pero también había ayudado a los asesinos.

Sintió que un estremecimiento recorría su cuerpo. Había hecho libremente su elección, recordó. Él era el único responsable. El *test* psicológico lo había probado.

Pero, de todos modos, ¿cuál era la parte de responsabilidad de los psicólogos que le habían hecho sufrir el *test*? ¿Y la de Mike Terry, que le ofrecía una suma tan grande de dinero a un hombre pobre? La sociedad había trenzado la cuerda y le había pasado el nudo corredizo alrededor del cuello, y ahora lo ahorcaba declarando que actuaba bajo su libre albedrío.

¿De quién era la culpa?

—¡Eh! —gritó alguien.

Raeder levantó la mirada y vio a un hombre fornido de pie cerca de él. Llevaba unos prismáticos colgados al cuello y una caña en la mano.

—Por favor, señor —cuchicheó Raeder—, no les diga...

—¡Eh! —llamó de nuevo el hombre, señalando a Raeder con su caña—. ¡Está aquí!

Es un loco, pensó Raeder. Este maldito imbécil se cree que estamos jugando al escondite.

—¡Aquí, aquí! —estaba gritando el hombre.

Con una maldición en los labios, Raeder se puso en pie de un salto y echó a correr. Al salir de la barranca tuvo el vislumbre de un edificio blanco a una cierta distancia. Giró en aquella dirección. Tras él, el hombre seguía gritando y señalándole con la caña.

—¡Por ahí, vamos, imbéciles, ¿acaso no lo están viendo?!

Los asesinos empezaron a disparar de nuevo. Raeder corrió desesperadamente, tropezando con las irregularidades del terreno. Pasó ante tres niños que estaban jugando con una cabaña india.

—¡Por allí, por allí! —gritaron al unísono los niños—. ¡Va por allí!

Raeder dejó escapar un gemido y siguió corriendo. Alcanzó la parte delantera del edificio y se dio cuenta que éste era una iglesia.

En el momento en que abría la puerta, una bala lo alcanzó por detrás en la rodilla izquierda. Cayó al suelo. Se arrastró al interior de la iglesia.

En su bolsillo, la televisión en miniatura aullaba:

—*¡Qué final, amigos míos, qué conclusión a nuestro programa! ¡Raeder ha sido alcanzando! Está herido, amigos míos, pero sigue escapando, se arrastra, sufre, ¡pero aún no ha abandonado! ¡No, Jim Raeder no abandona!*

Raeder yacía cerca del altar. Oyó fuera la voz de un niño diciendo con voz agitada:

—Ha entrado ahí, señor Thompson. ¡Apresúrense, aún pueden atraparlo!

Oh, ¿las iglesias no eran consideradas como un lugar de refugio y protección?, sollozó Raeder.

La puerta se abrió brutalmente, y Raeder comprendió que la costumbre había dejado de ser respetada. Tensó sus músculos, reptó en torno al altar, y salió por la

puerta trasera.

La puerta conducía a un antiguo cementerio. Se arrastró entre las cruces y las estrellas de David, entre las losas de mármol y de granito, entre las tumbas de piedra y los rectángulos cerrados por una verja de hierro. Una bala rebotó en una losa, cerca de su cabeza, y lo salpicó de esquirlas. Reptó hasta el borde de una tumba recién abierta.

Había pensado que lo ayudarían, pensó, crispando las manos. Toda aquella brava gente honesta y normal. ¿No habían dicho que él era su representante? ¿No habían jurado que lo protegerían? Pero no, le odiaban. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? Su héroe era el asesino cínico de fría mirada, Thompson, Al Capone, Billy the Kid..., el hombre desesperado, que no temía a nada porque no esperaba nada de nadie. A éste era a quien veneraban, al implacable asesino robot, mientras esperaban recibir su patada en pleno rostro.

Raeder intentó moverse e, incapaz de controlarse, resbaló y se deslizó al interior de la tumba recién abierta.

Quedó tendido boca arriba, los ojos fijos en el cielo azul. Una silueta se recortó en el rectángulo abierto al infinito, bloqueando su visión del cielo. Hubo un destello metálico. La silueta tomó puntería lenta, cuidadosamente.

Raeder, abandonada definitivamente toda esperanza, cerró los ojos.

—¡Alto, Thompson! —rugió la voz, amplificada por el micrófono, de Mike Terry. El revólver tembló—. *¡Son las cinco horas y un segundo! ¡La semana ha terminado! ¡Jim Raeder ha ganado!*

Un torrente de vítores invadió el estudio. La pandilla de los Thompson, reunida en torno a la tumba, adoptó una actitud taciturna.

—*¡Ha ganado, amigos míos! ¡Ha ganado!* —seguía gritando Mike Terry—. *¡Miren, miren bien sus pantallas! La policía acaba de llegar. Se están llevando a los Thompson lejos de su víctima..., esa víctima que no han conseguido asesinar. Y todo ello gracias a ustedes, los Buenos Samaritanos de Norteamérica. Observen bien, amigos míos, vean como unas manos atentas retiran a Jim Raeder de la tumba recién abierta que fue su último refugio. La Buena Samaritana Janice Morrow está también ahí. ¿Va a ser éste el principio de un idilio? Parece que Jim ha perdido el conocimiento, amigos míos. Ahora le están administrando un estimulante. ¡Ha ganado doscientos mil dólares! Dentro de unos momentos vamos a poder oír las primeras palabras de Jim Raeder después de su emocionante proeza.*

Hubo un corto silencio.

—*Es extraño* —dijo Mike Terry—. *Amigos míos, me temo que Jim Raeder no va a poder hablarnos ahora. Los médicos lo están examinando. Un momento...* —Hubo una interrupción. Mike Terry se secó el sudor de su frente y sonrió—. *Es la tensión nerviosa, amigos míos, la terrible tensión nerviosa. Según me dicen los médicos... Sí, amigos míos, parece que Jim Raeder ha sufrido un terrible shock. ¡Pero es tan sólo algo temporal! La cadena JBC apelará a los mejores psiquiatras y psicoanalistas del*

país. Haremos todo lo que sea humanamente posible por este valeroso muchacho. ¡Y todo enteramente a nuestra costa!

Mike Terry hizo una nueva pausa y miró al reloj del estudio.

—Nuestro tiempo de emisión se está agotando, amigos míos. No se pierdan nuestra próxima gran emisión de suspense. Y no se preocupen: estoy seguro que muy pronto Jim Raeder volverá a estar de nuevo entre nosotros para correr otra fabulosa aventura. —Mike Terry sonrió a las cámaras y le guiñó un ojo a todos los telespectadores—. Se curará, amigos míos. Tiene que curarse. Puesto que todos nosotros nos sentimos solidarios con él, ¿no es verdad? Completamente solidarios con él.

ENTRE LOS MUERTOS

ED BRYANT

La supervivencia de la Humanidad a una posible deflagración atómica ha dado unas obras maestras. Dr. Bloodmoney de Philip K. Dick, por ejemplo (que espero poder ofrecer en tiempo breve en esta misma colección) nos ofrece el tema del mundo postatómico desde el estremecedor punto de vista de la cotidianeidad: la supervivencia de cada día de una pequeña comunidad estadounidense. Mother of the World, de Richard Wilson, es uno de los pocos relatos optimistas sobre el tema: La reaparición de Adán y Eva a través de un intelectual y una muchacha retrasada mental, únicos supervivientes en el mundo, sobre cuyas espaldas recae la tarea de reconstruir la Humanidad. Un autor sudamericano, Marcial Souto, nos habla en Primera Necesidad de la importancia y prerrogativas que, tras una guerra nuclear, adquirirán los detentadores de algunas habilidades esenciales como pueda ser, por ejemplo, un dentista.

Últimamente, la guerra atómica «clásica» ha sido sustituida por otros tipos de desastres, siempre provocados por la mano del hombre, pero más sofisticados, de acuerdo con la última sofisticación del «arte» de la guerra. Un nuevo tipo de guerra bacteriológica, una plaga repentina provocada por alguna imprudencia... Recordemos, sólo por citar el más reciente ejemplo, la bomba de neutrones...

Entre los Muertos parte de este esquema. Es un relato terriblemente amargo, terriblemente desesperanzador..., y terriblemente realista también. Ed Bryant, su autor, uno de los jóvenes valores de la nueva ciencia ficción estadounidense, lo publicó en el número 2 de la antología Quark de Samuel R. Delany y Marilyn Hacker. Si usted es impresionable o prefiere no pensar en las más terribles posibilidades que nos ofrece nuestro futuro, sáltelo, por favor. Aunque olvidar las realidades que pululan a nuestro alrededor sea un recurso muy cómodo de soslayar nuestras responsabilidades y dejarnos llevar blandamente hasta nadie sabe cuál final.

* * *

Los pinos momificados se estremecen bajo el viento. Sus secas ramas lanzan una interminable letanía por todos los difuntos. La luna, con su cabeza de muerto vestida de plata, con su eterna sonrisa, no derrama ninguna lágrima por la Tierra devastada. Allá abajo, las osamentas gritan a la nada su muda metáfora.

Un juego de construcciones para niños, una masa de piedras unidas por los ángulos, rompe el abrupto paisaje montañoso. Tres turistas acurrucados juntos en el interior de un mausoleo. A su alrededor, centenares de silenciosos compañeros esperan.

A la orilla del río, junto a la carretera vacía ya para siempre, hay un monolito con una placa. La placa es de mármol. y en ella puede leerse, en letras de bronce: REVIVIRÁN.

¿Revivirán?

Foster soñaba:

Los fragmentos de la espina dorsal de un lagarto muerto, renegridos por el fuego.

El viaje organizado: Hojas de Otoño, y el tren. Las vías yaciendo en la parte baja de la montaña, con los vagones esparcidos y volcados. Esqueletos en la locomotora

incendiada... un cambio de agujas que no había funcionado y una curva en pendiente tomada demasiado aprisa. Esqueletos por todas partes... una pista de esqueletos esparcidos por la montaña. Esqueletos entremezclados que se desmoronaban y se convertían en polvo...

E imágenes: así era como debía haber ocurrido todo. Las bombas bacteriológicas estallando muy alto sobre Denver. El fantástico silbido, como el de un gigantesco desodorante en aerosol, o más bien un insecticida. El vapor blanco extendiéndose y volviéndose invisible, y luego matando, y matando, y matando, sin dejar más que osamentas. Los álamos, blancos a la claridad del día, extendiendo sus multiarticuladas ramas, muriendo antes que sus propias hojas... El viaje organizado Hojas de Otoño... y la vía flanqueando la ladera de la montaña.

La mujer... siempre pálida, nunca al sol, nunca desnuda, y ahora, puesto que él lo deseaba, ella se ofrecía, y él la saboreaba y saboreaba los ricos platos, el jugo de tomate y el hígado con cebolla... El saboreaba y comía.

«Esta mañana hemos dado cuenta de lo que quedaba de Gunderson. Gunderson, Vernon L., según la placa de identificación. Edad 47 años, raza blanca, sexo masculino, muerto de enfisema el 21 de mayo de 1979. Había una Gundersen, Lillian J., pero nos la hemos saltado porque estaba demasiado delgada... una especie de cáncer generalizado. Llegará un día en el que terminemos de mondar la última falange de Zytlinsky, George M., y entonces no nos va a quedar más remedio que descongelar a la difunta, pobre y flaca señora o señorita Gundersen, Lillian J.

»Claro que de aquí a entonces probablemente estaremos ya todos muertos. Nuestras encías sangran constantemente, y la diarrea es cada día peor. Mardin pretende que las enfermedades de carencia terminarán con nosotros antes que tengamos la posibilidad de sentir lo que es el hambre. Pero imagino que el actual estado de cosas no es más que otra forma de morir de hambre. La otra noche, Connie soñó en una enorme ensalada, con olivas, tomate, lechuga, huevo duro... Tuvo que venir a contármelo hoy, detalle a detalle. La hubiera matado. Esta noche soñaré con un plato de exquisita, humeante y sabrosa verdura, y sufriré mil muertes».

Foster cerró bruscamente el bloc donde iba anotando su diario. Dios, pensó, qué formidable inicio para una historia.

—Hola —dijo Connie desde el umbral—. Te traigo tu comida. Hoy le ha tocado a Mardin prepararla..., mi turno no empieza hasta mañana. He pensado que no ibas a desear comer con Mardin esta noche. —Sus últimas palabras eran casi una pregunta.

—No —dijo Foster—. Esta noche no tengo el menor deseo de cenar con ese hijo de perra de Mardin.

La piel de Connie tenía una palidez delicada, casi anormal. Su rostro indicó en seguida que enrojecía.

—Dios —dijo Foster—. En esta época y en este lugar, y aún eres capaz de enrojecer ante una palabrota. Muchacha, tu susceptibilidad es casi increíble.

—Lo siento —ella dejó la bandeja sobre el escritorio, ante Foster, y su pulsera de

plata con colgantes tintineó—. Soy como soy.

—¿De veras? —Foster tiró de la bandeja de acero mate. Con un gesto de prudencia, tocó la tapadera que cubría la comida, conservando su calor—. ¿Y qué hay esta noche para cenar? ¿Spaghetti a la boloñesa? ¿Pavo trufado? ¿Pastel de patata? ¿O uno de esos inefables *soufflés* que prepara Mardin? —Con aire distraído, trazó sus iniciales en el vapor condensado en la superficie de metal.

—Por favor —dijo ella—. Ya es bastante con Mardin.

Foster vio que ella crispaba sus manos. Se sorprendió, no sin un cierto placer, al sentir casi el dolor de las uñas de la mujer clavándose en sus propias palmas.

—Lo siento —dijo. Pero no era realmente una disculpa. Levantó la tapa. Del plato se elevó un tenue vapor—. Huele bien —dijo con tono afable—. ¿Carne estofada?

—Ossobucco —dijo Connie con voz ahogada. Se volvió y se dirigió apresuradamente hacia la puerta.

—Espera —dijo Foster. Connie vaciló, luego siguió andando—. Por favor —Foster incluyó deliberadamente un tono de súplica a su voz. Ella se detuvo, se volvió, y él vio que estaba a punto de llorar.

—Está bien —dijo Connie—. Pero es tan sólo porque no quiero quedarme sola, y te soporto mejor que a Mardin.

Se sentó en el borde de la cama de Foster. Pesaba tan poco que la colcha apenas se hundió.

—Creo que necesitas comer un poco más —dijo Foster con una calculada crueldad. Tomó una servilleta de papel que había en la bandeja junto al plato y la abrió. Algo blanco cayó revoloteando hasta sus pies. Lo tomó y lo examinó: era un trozo de papel arrancado de uno de los registros de la bóveda. Había un nombre escrito en letra impresa: *Hamilton, Willis T.* Debajo, Mardin había escrito con una letra casi ilegible: *Con los mejores deseos del chef.*

—Hijo de perra —dijo, mostrándole el papel a Connie. Ella pareció ponerse bruscamente enferma—. No vomites —dijo Foster—. O si debes hacerlo, hazlo en el pasillo.

—No vomitaré. No me creo capaz de hacerlo. Necesitaría haber comido para ello.

Foster engulló rápidamente y en silencio el contenido de su plato, mientras Connie lo observaba atentamente.

—Lamento haberte dicho lo de la ensalada —dijo finalmente.

—Oh, no te preocupes —dijo él, sonriendo.

Connie ni siquiera lo oyó. Su mente estaba obsesionada por otras ideas.

—Foster —dijo pensativamente—, vamos a ser salvados, ¿verdad? Alguien nos estará buscando.

Foster se alzó de hombros.

—¿Y por qué habrían de hacerlo? Por supuesto que deben haber supervivientes, personas inmunizadas o que estaban a cubierto. Pero estoy seguro que en estos

momentos tendrán el suficiente trabajo para sobrevivir ellos mismos como para no preocuparse en salvar a otros.

—Oh —dijo ella, y su mirada perdió toda expresión.

Bueno, pensó él, así termina el mundo. Vaya forma más estúpida de morir.

El sol del amanecer trepaba por encima de las nubosas montañas del este, esparciendo una brumosa claridad. Mardin y Foster subieron al nivel de observación para ver nacer el día, mientras Connie preparaba el desayuno en la cocina.

—¿Sabes? —dijo Mardin, apoyando los codos en la barandilla del frío metal—, creo que nunca me acostumbraré a un mundo sin verdor.

Foster se sintió vagamente sorprendido. Mardin llevaba seis días sin dirigirle la palabra. A veces había llegado a pensar que Mardin simplemente no existía.

—Lo que yo echo a faltar —dijo, contemplando las desnudas Montañas Rocosas— no son las plantas, sino las cosas que se mueven..., los pájaros, los animales. Nunca hubiera imaginado que podría sentirme tan sólo por la simple ausencia de un petirrojo.

Mardin se echó a reír.

—Si tuvieras un petirrojo lo único que sabrías hacer con él sería clavarlo en un palo y asarlo.

—Como humorista eres lamentable.

—Oh, no. No soy más que un pobre ex empleado administrativo, calvo y esquelético, que probablemente ha contraído la pelagra y el beriberi y Dios sabe qué otras cosas, y que está aquí bajo un cielo de justicia contándole lo que echo a faltar a un hombre que ni siquiera es mi amigo, mientras que una mujer que tampoco es mi amiga está ahí abajo en la cocina friendo a uno de mis semejantes al que nunca he tenido ocasión de conocer de tal modo que pueda comerlo imaginándome que es una loncha de tocino. —La voz de Mardin fue descendiendo como la de un juguete al que se le termina la cuerda. Sus labios temblaban, y Foster deseó que no se echara a llorar. Desde un principio Mardin se había mostrado como el más inestable de los tres. Resultaba extraño, pero había sido él y no Connie el último que había aceptado comer lo que habían retirado de la bóveda. Mardin se había resistido hasta que sus costillas estaban a punto de agujerearle la piel, mientras Foster y luego la mujer saciaban su hambre. Y finalmente, tras días y días de privación, había claudicado y se había hinchado de costillas, de filetes y de bistecs. Pero el hecho de claudicar, pensaba Foster, había roto algo en él.

Mardin señaló con la mano el oscuro flujo del río.

—¿Qué es lo que ha desencadenado eso? —preguntó con voz desacostumbradamente alta, que reverberó en las estériles alturas donde lo único que se movía era el viento.

—No *qué*, sino *quiénes* —rectificó Foster. Señaló hacia abajo con un dedo—. Ellos.

Mardin lo miró, desconcertado.

—Ellos —repitió Foster—. Los muertos. Todas esas gentes congeladas en las bóvedas. Los que no establecieron planes para el futuro..., todos los imbéciles que no creían en la necesidad del control de los nacimientos, que volcaban todos sus desechos en los ríos y luego en los mares. ¿Qué otra cosa podían esperar, dejando a la especie humana reproducirse hasta el infinito en un mundo finito? Los índices de natalidad se dispararon, y las presiones biológicas procedieron a una rigurosa compensación actuando sobre la tasa de mortalidad.

—De hecho, una supercompensación —dijo Mardin.

—Tienes el don de los eufemismos —se rió Foster—. El engrasado resorte se tensó cada vez más, hasta que de pronto... ¡Bang! Dios mío, hubo un tiempo en que la gente temía a la bomba H y a los neurogases. Pero luego aparecieron las bombas biotóxicas...

—¡Hey, el desayuno está listo! —gritó la voz de Connie por el conducto de hormigón que conducía al nivel de observación.

El frío que reinaba en la bóveda entumecía los dedos de Foster mientras retiraba de su alvéolo el bulto envuelto en papel metalizado. *Hytrek, Donald M., Jr.*, decía el registro. Era un caso extraño, se dijo Foster. No por las causas de la muerte, el registro indicaba: fallo cardíaco el 3 de septiembre de 1973, sino por la edad de Hytrek: siete años. Lo siento, señor y señora *Hytrek*, pensó mientras arrastraba el informe bulto escaleras arriba, pero sus esperanzas han sido vanas. ¿Qué patética perspectiva les empujó a crionizar a su hijo después de muerto y depositar su cuerpo en esta fría bóveda? ¿Acaso pensaron que tal vez seguirían ustedes vivos cuando la ciencia pusiera a punto los métodos quirúrgicos capaces de reparar el estropeado corazón de Donald Jr.? Bueno, ustedes han muerto, su hijo está muerto también, y nadie puede cambiar las cosas. Lo siento. Pero gracias a él nosotros viviremos un poco más... Connie, Mardin y yo.

Foster alcanzó con un suspiro la parte alta de la escalera, donde el aire era tibio. Tirando del paquete que sujetaba con ambas manos, cerró la puerta tras él con el pie.

—Hola. —Era Connie, frágil, hermosa, evanescente. Miró el bulto envuelto en el papel metalizado.

—Es mi turno —dijo Foster.

—¿Por qué eres tan cruel conmigo? —murmuró Connie una noche, tendida en el desesperado silencio de la cama de Foster. Su cabello era como seda sobre el cuello del hombre. Foster tan sólo veía sus ojos en la débil claridad que enviaba la calavera de la luna filtrándose a través de los conductos de aireación.

—¿Cruel? ¿Yo? —Foster paseó blandamente sus dedos por el costado de Connie, luego sobre su vientre. Sus costillas eran como cadenas montañosas bajo su mano, y la piel de su abdomen estaba tensa como la de un tambor—. No soy cruel. Simplemente soy..., digamos..., soy lo que soy. Como dijiste la otra noche, cuando me trajiste la cena.

—No. Tú eres cruel. Me atormentas con respecto a la comida. Eres brutal, y

gozas con ello.

Foster, contra su costumbre, parecía de buen humor.

—Al menos te soy fiel —murmuró—. Perdón, no quisiera que pensaras que me estoy burlando de ti. —Se removió—. ¿Te importaría levantar un poco la cabeza? Se me está durmiendo el brazo.

Ella lo hizo, y Foster retiró su brazo. Connie se echó de nuevo hacia atrás, y él distinguió las lágrimas que brillaban en sus mejillas. La atrajo hacia sí, y ella enterró convulsivamente el rostro contra su pecho. Acarició maquinalmente sus cabellos, preguntándose cuándo iba a dejarle dormir por fin.

—Perdóname —dijo ella finalmente, con voz ahogada—. Ha sido una tontería. De pronto he recordado una serie de cosas que me había prometido olvidar para siempre...

—¿El Nebraska? ¿Las llanuras de dorado trigo meciéndose bajo el sol del verano? ¿Tu familia? ¿Tu padre y tu madre? ¿Tus antiguos amores muertos desde hace tiempo? ¿Los árboles, los lagos, los pájaros, los caballos, los aviones, las ciudades, la gente, la televisión?

—¡Sí, maldito, maldito, maldito! —desde la corta distancia que los separaba, descargó su puño una y otra vez contra su estómago y su pecho, y luego volvió a llorar convulsivamente. Foster siguió acariciándole el cabello—. Soy desgraciada —murmuró—. Quiero irme de aquí.

—¿Adónde? —preguntó Foster con tono tranquilo—. Mardin, tú y yo, quizá seamos los únicos seres vivos en todo el mundo. Puede que este lugar sea el único abrigo que aún resista, y es probable que esas bóvedas encierren todo lo que quede de comestible en doscientos kilómetros a la redonda.

Las lágrimas de Connie empapaban el pecho de Foster.

—Dios mío —musitó ella—. ¿Por qué a mí?

—Esta pregunta es estúpida. Tal vez Dios te ame especialmente, como a nosotros dos, y por eso nos haya elegido para que sobrevivamos un poco más. O quizá simplemente tengamos tan poca importancia que nos haya olvidado en el momento en que decidió borrar a todo el resto de la población. Quizá nos haya reservado para que tengamos la gloria de figurar en el último y grandioso cuadro del definitivo fin del mundo.

Connie se apartó de los brazos de Foster y apartó las revueltas mantas. Tambaleándose, se dirigió a un rincón oscuro de la estancia, donde se acurrucó, sollozando. Foster se volvió boca arriba y cerró los ojos.

Al cabo de un momento, cuando la estancia se enfrió, Connie regresó al calor de la cama de Foster. Se acurrucó tristemente contra el cuerpo del dormido hombre.

—Oh, querido —murmuró para sí misma—. ¿Qué va a ser de todos nosotros?

En sueños, Foster la abrazó.

Connie soñaba:

El día que Mardin pasó ante ella mientras ella tomaba el sol junto a la entrada

principal de la enorme factoría criogénica. Llevaba sobre su hombro un enorme saco lleno de bultos redondos, como coles.

—Hey —dijo, riendo como un demonio de aquelarre.

Ella levantó la vista.

—¿Qué es esto?

—Cráneos —dijo él—. Voy a tirarlos.

>Y se fue, riendo suavemente y dejando tras él el hedor. Un olor denso y dulzón al principio, y luego...

El olor. Idéntico, pero...

La pradera se extendía hasta el horizonte. Las casas de barro, con techos de plancha sujetos también con barro, con su color chocolate oscuro destacándose contra el verde ondulado de la hierba. La gente se afanaba a su alrededor, en tareas imprecisas, mientras sus actos reales permanecían sumidos en el misterio.

Ella estaba en una de aquellas casas de barro, y ellos también estaban allí, todos los hombres y todas las mujeres. Vio a su abuelo y a su padre, y a muchos otros a los que no conocía. Permanecían de pie en torno a los toscos muebles de madera sin desbastar, y sus conversaciones eran un zumbido cuyo significado no era capaz de comprender.

Y el olor. Cada vez más dulzón, cada vez más deprimente.

Los dos gemelos, niño y niña, con sus ojos azules, con sus cinco años apenas cumplidos. Ambos sonreían, mientras la gente se aglutinaba a su alrededor y arrancaba trozos de carne de sus cuerpos, y los comía.

Connie comía también. Pero lo hacía por amor y no por hambre. Siempre había deseado tener niños, y ahora los comía. Y de este modo rejuvenecía, se volvía tan joven como los dos niños, y entonces la gente se aglutinaba a su alrededor y cerraba filas en torno a ella...

El olor. Gimió en lo más profundo de su garganta. El olor a comida...

Una mañana, Foster y Connie fueron despertados de su inquieto sueño por el estruendo de los timbres de alarma y el destello de las rojas luces de peligro. Foster agitó la cabeza, aún dormido, irritado por el estruendo. Encendió la luz de cabecera. Nada. Tan sólo el rojizo e intermitente resplandor que provenía del pasillo. Saltó de la cama y, tropezando con sus propios pies, tomó su ropa de sobre una silla y se calzó los zapatos.

Encontró a Mardin, con ojos desorbitados por el terror, agitando espasmódicamente las manos ante la compuerta de acceso a la sala de los grupos electrógenos. Sobre la enorme hoja metálica parpadeaba rápidamente un indicador: *Avería en los sistemas automáticos*. Una cacofonía de timbres, zumbidos y campanilleos resonaba por todas partes. Al llegar Foster, una estruendosa bocina empezó a sonar en dos tonos alternos y una nueva advertencia: *¡Peligro, radiactividad!*, se iluminó sobre la puerta de acceso.

—¿Qué ocurre, Mardin?

—¿Cómo diablos voy a saberlo? —gruñó Mardin. Las huesudas manos del hombre se agitaban locamente en el aire—. Acabo de llegar. Parece que hay algo que no funciona en la central nuclear. No tenemos electricidad.

—¿No tenemos electricidad? —Connie se había acercado a ellos sin hacer ruido—. ¿Y cómo vamos a iluminar todo esto? ¿Cómo vamos a cocinar?

—He visto velas en alguna parte —dijo Foster—. Las utilizaremos por la noche. En cuanto a la cocina..., habrá que salir y ver si esos árboles muertos sirven todavía para encender fuego.

Una aguda sirena lanzó un lamento en tono creciente, cubriendo los ruidos de los timbres y campanilleos. Un nuevo aviso relampagueó sobre sus cabezas: «¡ATENCIÓN, SITUACIÓN CRÍTICA: PRIORIDAD PARA REPARACIONES AAA-1!».

—¿Va a estallar todo? —preguntó Connie.

—¿Y yo qué sé? —dijo Foster—. Es una lástima que nosotros tres seamos unos ignorantes turistas y no unos técnicos. Quizá lo mejor sea salir antes que todo esto salte. Vamos, Mardin.

Pero Mardin permanecía inmóvil, fascinado al parecer por todo aquel juego de luces y todo aquel ruido, mientras Connie y Foster se retiraban apresuradamente por el pasillo y ascendían por el conducto que llevaba hasta la plataforma de observación.

Al cabo de cinco horas, Mardin salió también de la instalación criogénica para alcanzar el mundo exterior. Murmurando una monacorde letanía, avanzó a través de la estéril y polvorienta tierra hasta el lugar donde Connie y Foster, bajo lo que en su tiempo había sido un bosquecillo de pinos, estaban haciendo desesperadamente el amor.

—¡Hey, pueden volver! —gritó—. No creo que esto vaya a saltar. Las baterías deben haberse gastado o estropeado..., ya no hay ninguna señal de alarma. Pero seguimos sin corriente. Parece que vamos a tener que arreglárnoslas por nuestros propios medios.

—Está bien —dijo Foster, apartándose de Connie—. Nos organizaremos. Vamos a recoger unas cuantas ramas..., hoy cocinaremos aquí fuera.

—No he hecho un fuego de acampada desde que era niña —dijo Connie—. Una vez pasamos unos días en el parque de Yellowstone. —Su voz parecía casi alegre, y Foster sonrió. Mardin siguió murmurando su letanía mientras daba vueltas a su alrededor.

—¡Hey! —gritó de pronto Connie, al cabo de un momento, soltando la brazada de ramas que había recogido—. ¡Mira, Foster! ¡Un avión a reacción! —Señalaba con la mano un rastro de humo blanquecino que cortaba el cielo del crepúsculo.

Foster entrecerró los ojos en dirección al sol poniente.

—No creo que lo sea —murmuró, sintiendo en su interior algo muy parecido al remordimiento—. No hemos oído ningún ruido. Debe tratarse de una formación de nubes poco habitual.

Pero los tres se quedaron mirando esperanzados hacia el oeste, incluso después que el rastro blanco hubiera desaparecido.

—¡Hey! —dijo Foster, levantando bruscamente la vela. Connie tras él, se detuvo, y sus cuerpos casi chocaron.

—Es extraño —murmuró Connie, aguzando el oído.

—Son los aparatos de refrigeración —dijo Mardin, a la cola de la pequeña procesión—. La electricidad que enfría el helio proviene de la central...

—*Provenía* —rectificó Foster.

El trío descendió los peldaños de hormigón.

—¡Escuchen! —dijo Foster, inmovilizándose.

En la oscuridad, podía oírse claramente el gotear de un líquido sobre el suelo de cemento.

—Enciendan sus velas —murmuró.

El interior de la bóveda criogénica se hizo visible al abandonar Foster la escalera y penetrar en ella. El reflejo de las llamas creaba una insólita danza en las cápsulas de arrugado papel metálico que encerraban a los centenares de muertos.

—Se están descongelando —dijo Mardin—. Como en una nevera, cuando desconectamos la corriente.

—Me pregunto cuanto tiempo resistirán antes de pudrirse —murmuró Foster con ironía—. ¿Crees que varios días?

—Como mínimo —dijo Mardin—. Una vez, mi mujer dejó la carne para un rosbif fuera de la nevera al irnos de fin de semana. A nuestra vuelta estaba un poco pasada, pero el perro se la comió sin ningún problema.

Foster, sin saber por qué, sintió deseos de echarse a reír. Pero se limitó a proponer:

—¿Y si sacáramos algunos cuerpos fuera? Hace bastante frío.

—Las noches son frescas, pero no los días —hizo notar Mardin—. Estamos casi a finales de junio..., tenemos el verano encima.

El pequeño y silencioso grupo contemplaba los plateados reflejos de la luz sobre las cápsulas criogénicas.

—Bueno —dijo finalmente Foster—, creo que lo mejor es que empecemos pensando en esta noche. —Se inclinó sobre uno de los paquetes, y leyó la etiqueta a la luz de la vela—. Mardin, agarra los pies de la señorita Kelly y subámosla a la cocina.

Connie se ocupó de las velas mientras los dos hombres tomaban el rígido envoltorio.

—Foster —murmuró, en voz muy baja—, ¿qué haremos cuando..., cuando todos estén estropeados?

Foster sonrió ambiguamente.

—Quizá tengamos que vivir tan sólo de amor.

Mardin soñaba:

Un sólido con tres caras y ángulos agudos, pero sin ninguna línea recta. Al principio había sido de color amarillo verdoso, pero ahora estaba cruzado por estrías rojas, como la pantalla de un televisor en color cuando un avión vuela sobre él. Era algo importante para él, pero lo era cada vez menos a medida que el rojo iba ganando terreno. Y finalmente fue el rojo total.

Un día particularmente tenso, Mardin atacó a Connie en la cocina. Ni Foster ni Connie supieron nunca con qué fin: tal vez fuera el deseo sexual, el hambre, las dos cosas a la vez, o quizá ninguna de ellas.

Foster vagaba por las vacías salas hojeando distraídamente un antiguo libro de dibujos de Grahan Wilson que había encontrado en la sala de visitas cuando oyó el ruido en la cocina. Acudió rápidamente, para ver a Connie tendida de espaldas sobre la mesa de la cocina, el vestido hecho jirones, y a Mardin sobre ella, golpeándole débilmente la cabeza contra la pulida superficie de laminado plástico. Foster permaneció unos instantes observando la escena, antes de tomar de sobre la mesa auxiliar el ahora inútil cuchillo eléctrico. Golpeó brutalmente a Mardin en la nuca con el pesado mango, haciéndole perder instantáneamente el sentido. Entonces enrolló rápidamente el largo cordón del cuchillo en el cuello de Mardin y apretó, apretó..., para luego soltar la presa y, en un seco movimiento, cortar la yugular de Mardin con la dentada hoja.

Connie, sobre la mesa, apenas se movía. Estaba más pálida que nunca, le costaba respirar, y gemía débilmente.

Foster se irguió lentamente y dejó el cuchillo en el fregadero. Se acercó a la mesa y se quedó mirando fijamente a la mujer. Ella abrió los ojos y le miró a su vez.

El final llegó cuando los dos supervivientes se mantuvieron a distancia el uno del otro. Se vigilaban sin decirse nada, casi como los personajes de un cuadro. Connie estaba en la parte alta de la escalera que conducía a la plataforma de observación. Tras ella se destacaba el gris perlino del alba. La claridad que penetraba por la abertura de la puerta volvía translúcida la pálida piel de la mujer: el contorno de su silueta estaba rodeado como por un halo, mientras el resto de su cuerpo permanecía sumido en la penumbra. Pero estaba sonriendo... Foster podía verlo claramente. Sus dientes se destacaban como perlas blancas. Tenía las manos cruzadas ante su cuerpo, y algo brillaba en ellas: un brazalete de plata..., o quizá la hoja de un cuchillo.

Foster, reclinado en su silla, retenía el aliento, observando a Connie en lo alto de las escaleras. En el suelo, junto a él, se hallaba el cuchillo eléctrico, al alcance de su mano..., si quería recogerlo.

—Querido, ¿hasta dónde hemos llegado? —murmuró suavemente la voz por encima de él. Connie empezó a bajar los peldaños, y lo que tal vez fuera un cuchillo destelló de nuevo en sus manos.

—Espera —dijo Foster—. Escucha.

Ella se detuvo.

—Oigo algo —dijo Foster—. Algo a lo lejos, que se está acercando. Un zumbido.

Tal vez sea un helicóptero que viene en nuestra ayuda.

—Es una alucinación —dijo Connie, continuando su descenso.

—Quizá.

—O una de tus bromas de mal gusto.

Afuera, los renegridos troncos de los pinos se estremecían bajo el áspero viento.

HISTORIA DE AMOR EN TRES ACTOS

DAVID GERROLD

Vivimos una nueva sexualidad. De ser un tema tabú, ahogado por el victorianismo imperante desde hace siglos en nuestra sociedad, hemos pasado a considerar en pocos años el sexo como uno de los pilares fundamentales de nuestra vida. Ciertamente lo es, pero, ¿es necesario diseccionarlo hasta tal punto?

Lo cierto es que en el fondo el sexo, como otras muchas cosas, se ha convertido en un negocio..., y en un buen negocio. Es una manipulación más del placer por parte de la industria del consumo. Una cosa tan simple, tan natural y tan antigua como hacer el amor se ha convertido en una auténtica ciencia. Se habla de estímulos, de posiciones, de técnicas para incrementar el placer. Pronto, me dijo recientemente un reputado sexólogo (oh, sí, ésta es otra carrera de brillante porvenir), vamos a empezar a inventar máquinas para ayudarnos a hacer el amor...

Y yo creo en el porvenir de esta afirmación. Y no porque me guste o lo crea necesario, sino porque lo considero un paso lógico dentro de la evolución actual del tema. Por eso precisamente me impresionó este relato de David Gerrold, otra de las grandes promesas de la nueva ciencia ficción anglosajona, aparecido en 1970 en la antología Nova One. Creo que dentro de muy pocos años lo que plantea este relato será una realidad. Y en cierto modo temo un poco este advenimiento. Porque, aún a riesgo de ser tachado de reaccionario, considero que el amor no es cosa de estímulos, técnicas ni máquinas, sino que es algo que surge de lo más profundo de la propia naturaleza humana..., como el propio Gerrold se encarga de decirnos en su historia.

* * *

Acto Primero

Al cabo de un momento, John dejó escapar un gruñido y se deslizó a un lado del cuerpo de Marsha. Permaneció allí inmóvil unos instantes, escuchando al amanecer murmurar en el apartamento, el lejano zumbido del acondicionador de aire, sus propios jadeos y los de Marsha. De tanto en tanto, uno de los dos lanzaba un breve suspiro, como diciendo: *Bien, ya está...*

—Bien, ya está —murmuró John, y empezó a soltarse las bandas metálicas del monitor de reacciones de sus muñecas. Se sentó en la cama, soltando las hebillas, que se abrieron con un ligero clic. Se inclinó y soltó las bandas de sus tobillos, dejándolas sobre la moqueta. Luego se levantó y se dirigió descalzo hacia el aparato, no mayor que una máquina de escribir portátil, situado sobre el tocador. Oyó los muelles del

colchón chirriar ligeramente cuando Marsha se apoyó sobre un codo y se irguió.

—¿Qué es lo que dice? —preguntó Marsha.

—Un momento, por favor —gruñó secamente John—. ¿Me dejas mirar?

Arrancó la hoja de papel milimetrado que surgía por la ranura del ordenador en miniatura y fingió estudiarla. Se trataba del modelo de lujo, que registraba las reacciones físicas segundo a segundo. Las líneas quebradas que dibujaban apretadas cordilleras sobre el papel no le decían absolutamente nada, estaban destinadas a los técnicos, no a los profanos, pero al final de la hoja estaba el resumen del análisis del aparato en forma clara y comprensible. Antes de leerla, John sabía ya que el resultado había sido malo.

—¿Y? —dijo acremente Marsha—. ¿Hemos gozado?

—Sí..., en un treinta y cuatro por ciento.

—Mierda —dijo ella, dejándose caer de espaldas en la cama—. Oh, mierda.

—Me gustaría que dejaras de decir palabrotas —gruñó él, con los ojos todavía fijos en el análisis.

—Mierda —repitió ella, tan sólo para fastidiarle. Tendió una mano hacia la mesilla de noche e hizo saltar un cigarrillo del paquete.

—Y también me gustaría que no fumaras tanto. Cuando te beso tengo la sensación de estar besando a un hombre.

Ella se le quedó mirando.

—Siempre me he preguntado con quién podrías haberte acostado antes de conmigo. Tu técnica con las mujeres es espantosa, ¿sabes? —Encendió su cigarrillo y aspiró una profunda bocanada.

—Oh —dijo John, y se dirigió al baño. Ante el lavabo, contempló sus manos, ceñudo. Las muñecas mostraban aún las señales de las bandas.

Cada vez ella quería saber, y entonces no quedaba más remedio que emplear aquellas malditas bandas. Y cada vez el resultado era más bajo..., y ambos lo sabían. ¿Quién necesitaba una máquina para que le dijera si había gozado en la cama? Uno sabía cuando había estado bien y cuando había fallado. Entonces, ¿para qué demonios necesitaba una máquina?

Cerró el grifo y pasó la mano por la llave, más por costumbre que por limpieza. Se secó con la toalla y regresó al dormitorio, sin preocuparse de apagar la luz.

Marsha permanecía recostada en la cama, todavía fumando. Se quitó el cigarrillo de la boca y le arrojó una bocanada de humo a la cara.

—Treinta y cuatro por ciento —dijo—. Nunca habíamos bajado tanto. ¿Cuándo te mostrarás razonable y optarás por el otro aparato, John?

—¡No soy ninguna marioneta, y no permitiré que nadie me transforme en un muñeco! Si crees que voy a dejar que cualquier estúpido técnico de sudorosas manos me conecte un montón de cables para... —se puso a buscar sus zapatillas.

—Al menos podrías recibirlo, John. No se te va a comer. Infórmate antes de decir que no vale la pena. Rose Schwartz y su marido tienen uno, y dicen que es

formidable. Ya no la pueden pasar sin él. —Se echó hacia atrás un mechón de cabellos que caía sobre su frente y dejó caer un poco de ceniza sobre el cubrecama. La sacudió negligentemente, dejando un rastro grisáceo.

Descorazonado, John se dio la vuelta. Finalmente encontró una de las zapatillas y se la puso rabiosamente.

—Al menos, infórmate —dijo ella.

Ninguna respuesta.

—¿John?

John estaba buscando desesperadamente la otra zapatilla.

—¡Déjame en paz, ¿quieres?! ¡No necesito para nada sus malditas máquinas!

Ella dejó caer su cabeza sobre la almohada.

—Eso es lo que tú dices.

Él se irguió, dejando de buscar la otra zapatilla, y se la quedó mirando furioso.

—¡No necesito que ninguna máquina me enseñe cómo debo fornicar!

Ella mantuvo su mirada.

—Entonces, ¿puedes decirme por qué nuestro porcentaje no deja de bajar?
¡Nunca habíamos llegado tan abajo!

—Quizá si te lavaras los dientes...

—Quizá si tú reconocieras que...

—Ooooooh —dijo él, y se inclinó para mirar debajo de la cama.

Haciendo un esfuerzo, ella se inclinó hacia él y adoptó un tono más suave.

—John, ¿querrás al menos hablarle al hombre? ¿Por favor? —Y al ver que no respondía, su tono se hizo de nuevo ácido—. ¡John, te estoy hablando! ¿Vas a recibirle o no?

John encontró su otra zapatilla y se levantó de nuevo.

—¡No, Cristo! No tengo la menor intención de recibir al tipo ése, y no quiero volver a hablar más del asunto, a menos que tú encuentres alguna otra cosa que decirme. Además, no tenemos medios para pagarnos este lujo. Y ahora, ¿tienes alguna intención de prepararme el desayuno?

Ella se levantó cansinamente, aplastó su cigarrillo en el cenicero y gruñó:

—De acuerdo, te prepararé el desayuno..., ¡pero sí tenemos medios para pagarlo, y no es ningún lujo!

John se la quedó mirando mientras salía del dormitorio, demasiado furioso como para encontrar una réplica adecuada.

—Oh, Dios —murmuró, y se puso a buscar los calzoncillos.

Acto Segundo

Cuando llegó a su oficina, tras el desayuno, había un hombre aguardándole: un individuo atildado, con el pelo cuidadosamente pegado al cráneo y un bigote esculpido a la navaja. Se levantó apenas verle.

—¿El señor Russell?

—Sí.

—Tengo entendido que deseaba usted verme. —El hombre dirigió una rápida mirada a la recepcionista—. ¿Podemos pasar al despacho?

John se alzó inconcretamente de hombros y se apartó para dejar pasar al hombre. Siempre podía decirle que se fuera en cualquier momento, pensó.

—¿Y bien, señor...? —preguntó, una vez hubo cerrado la puerta a sus espaldas.

—Wolfe —dijo el hombre rápidamente, tendiéndole una tarjeta dorada—. Lawrence Wolfe, de Inter-Bem.

Se sentó. John permaneció de pie, contemplando la tarjeta. Se la devolvió.

—Creo que hay algún malentendido —dijo—. Yo nunca...

Wolfe sonrió discretamente.

—Me temo que sí, o de otro modo yo no estaría ahora aquí —dijo. Buscó en su portadocumentos, halló un formulario, lo extrajo—. Oh, bueno. Ha sido su esposa la que nos ha telefoneado. Pero usted estaba al corriente, por supuesto.

—No, yo no...

—Bueno, no importa. Aquí tengo todos los datos. Lo único que me falta es su firma.

—Hey, espere un poco, señor Wolfe. Es usted quien comete un error. Yo no necesito en absoluto...

—Señor Russell —dijo con voz reposada su visitante—, si usted no necesitara de nuestros servicios, su esposa no nos hubiera llamado. ¿Puede sentarse un momento, por favor? Me pone nervioso así de pie.

John rodeó su escritorio, pero no se sentó. Wolfe le dirigió una paciente mirada.

—Estará usted más cómodo —hizo notar.

John se sentó.

—Comprendo perfectamente su repugnancia a aceptar la posibilidad que necesite usted realmente un sistema electrónico de guía. A nadie le gusta reconocer que sus facultades menguan..., pero uno no puede corregir sus defectos sin admitir antes su existencia. Es precisamente ese tipo de personas, señor Russell, la gente como usted, quien más necesita de nuestros servicios.

—Escuche, señor Wolfe —dijo John—, soy un hombre ocupado. No tengo tiempo de escuchar sus disertaciones. Si tiene usted algún folleto, déjemelo, y le prometo estudiarlo cuando tenga algo de tiempo. Pero ahora...

—¿Le satisface su vida sexual? —le interrumpió bruscamente Wolfe.

—¿Qué? —exclamó John, chocado por la falta de delicadeza de la pregunta.

—Le he preguntado si le satisface su vida sexual —repitió con aplomo el visitante—. Y no me diga que sí, porque tengo las cifras ante mis ojos. La única ocasión en que uno puede vanagloriarse de un treinta y cuatro por ciento es cuando antes la media era sólo de treinta.

Los ojos de John llamearon, pero no dijo nada. Wolfe siguió, imperturbable:

—Muy bien, reconozcamos que le satisface. No es raro que un hombre posea un umbral de goce más bajo que lo normal..., pero puedo garantizarle que su mujer no queda satisfecha en absoluto, o de otro modo no nos hubiera llamado. La gente nos llama tan sólo cuando se siente desgraciada... Supongo que usted no la engaña.

—¡Cristo, no!

—¿Ha sentido usted tendencias homosexuales últimamente?

John no pudo impedir el echarse a reír.

—¡Por supuesto que no!

—¿Utiliza usted un fornixador?

—¿Quiere decir un masturbador mecánico?

Wolfe seguía impasible.

—Bueno, algunos lo llaman así.

—No, nunca he utilizado ninguno.

—Entiendo —dijo Wolfe.

—¿Qué es lo que entiende?

—Si usted engañara a su esposa, o se hubiera vuelto homosexual, o utilizara un fornixador, eso significaría que había descubierto usted un método propio de satisfacción sexual. En este caso, le pediría disculpas, me levantaría, y me marcharía inmediatamente. Puesto que comprendería el porqué ella no experimenta ningún placer con usted..., ya que usted no experimenta ninguno con ella. Usted buscaría su satisfacción en otro lugar, y ni ella, ni yo, ni nadie, podríamos hacer nada. Pero éste no es el caso. Y si usted la ama aún, y si ella sigue siendo su única fuente de satisfacción sexual..., entonces estamos en situación de arreglar las cosas. Porque usted la ama, ¿verdad?

John vaciló.

—Sí, claro..., naturalmente.

—Y usted quiere que ella sea feliz, ¿no?

—Por supuesto, pero...

—Entonces, ¿por qué se opone a que ella se sienta sexualmente satisfecha?

—¡Yo no me opongo! Pero...

—Señor Russell —dijo Wolfe con voz paciente, como un maestro explicándole la lección a un niño algo obtuso—, la era victoriana pasó hace mucho tiempo. Las mujeres experimentan tanto placer como nosotros. —Se inclinó hacia adelante, repentinamente serio—. Escuche, cuando usted se siente enfermo, va a consultar a un médico para que lo cure, ¿no?

—Sí, por supuesto.

—¿Entonces? Es precisamente por esto por lo que estoy yo ahora aquí. Si su vida sexual se encuentra enferma, hay que curarla, ¿no cree?

John inclinó la cabeza. Wolfe sonrió, animado por esa concesión.

—Creo que posee usted ya un monitor de reacciones. Pero este aparato tan sólo sirve para establecer el diagnóstico. Y el diagnóstico por sí solo no sirve. Hace falta recurrir al tratamiento.

Wolfe se interrumpió, advirtiendo la reacción negativa en la expresión de John. Adoptó un tono más severo.

—Escuche, su porcentaje es deplorable, ¡ha llegado a descender hasta treinta y cuatro! ¿Acaso esto no significa que hay algo que definitivamente no funciona? Usted *necesita* una de nuestras unidades de guía.

—No estoy en situación de comprarla —murmuró John.

—¡Lo que usted no está es en situación de *no* comprarla! ¡Se trata de salvar su matrimonio, señor Russell! Si usted no la necesitara realmente, yo no estaría ahora aquí, en esta oficina. Nosotros vendemos nuestros aparatos tan sólo a quienes van a *utilizarlos*. ¿O prefiere usted divorciarse, señor Russell? Porque le advierto que va usted directamente camino de...

John agitó la cabeza.

—No se trata de eso.

—Entonces, ¿qué es lo que le reprocha usted a nuestro aparato?

John miró fijamente a su visitante.

—Yo no soy una marioneta.

—Oh, así que es eso. —Wolfe se echó hacia atrás en su sillón, empezó a cerrar su maletín, luego dudó. Apoyó las dos manos sobre la tapa—. ¿Sabe, señor Russell? Debería levantarme e irme ahora mismo. Realmente. Usted acaba de demostrarme que no sabe absolutamente nada de nuestra unidad. Pero voy a quedarme, aunque sea tan sólo para quitarle de la cabeza ese montón de ideas falsas que tiene en ella. No soporto ver a un hombre mal informado. Así que quiero dejar las cosas bien aclaradas. La unidad de guía no es un aparato tirahilos. Su única misión es guiar, y es por ello por lo que lo llamamos así. Si fuera una unidad de control, lo habiéramos llamado simplemente así, unidad de control.

—¿Oh? —dijo John.

Wolfe rebuscó en su portadocumentos y extrajo una foto a todo color.

—Mire, aquí lo tiene. Éste es nuestro aparato. ¿No cree que es una belleza?

John tomó la foto y la examinó. Mostraba una máquina muy parecida a la que ellos tenían sobre el tocador, aunque un poco más grande y con mayor cantidad de controles e indicadores.

—La unidad recibe información de las regiones sensibles de su cuerpo y del de su pareja —explicó Wolfe—. Posee un sistema de realimentación positiva conectado a los módulos de guía, lo cual significa que si las reacciones de su esposa indican que es sensible a un cierto tipo de estímulos, entonces el sistema de guía desencadena en

usted el impulso necesario para producir ese estímulo. Usted puede resistirse a esos impulsos si lo desea, pero, ¿para qué tomarse esa molestia? La máquina es su amiga..., tan sólo pretende hacerle alcanzar el máximo placer.

John levantó la vista.

—¿Y eso funciona en los dos sentidos?

—Oh, sí, por supuesto. Ella responderá a sus necesidades igual que usted responderá a las suyas. No solamente esto, sino que la máquina está programada para guiarlos a ambos hacia un orgasmo simultáneo. Tan sólo esto vale mucho más de lo que cuesta el aparato.

—Bueno, la verdad, no sé...

—Yo sí lo sé, señor Russell —afirmó Wolfe con su voz más persuasiva—. La máquina le permite ser infinitamente más sensitivo. Su porcentaje es hoy de treinta y cuatro. ¿Cómo se sentiría si mañana fuera de sesenta? E irá aumentando progresivamente a medida que usted adquiera mayor experiencia.

—Oyéndole, uno diría que esto es algo fabuloso.

—Y lo es, señor Russell, lo es. Yo mismo utilizo una de nuestras unidades..., bueno, mi mujer y yo, quiero decir.

—¿Usted? —se sorprendió John.

—Ya sé que resulta difícil de creer, pero es la verdad. Naturalmente, debo confesar que mi mujer y yo nunca hemos dejado que la situación se deteriorara hasta el punto en que se encuentran su esposa y usted, pero puedo garantizarle que nunca hemos lamentado la adquisición.

—¿Nunca?

—Nunca —aseguró orgullosamente Wolfe.

Acto Tercero

Cuando se fueron los instaladores, John se quedó mirando a Marsha como diciéndole: «¿Y ahora?».

Marsha eludió su mirada, casi como lamentando algo ella también.

—Voy a preparar la cena —dijo, y salió del dormitorio.

Comieron en silencio y sin apetito. John experimentaba una irritante sensación de impaciencia, pero al mismo tiempo temía el instante que se acercaba a grandes pasos. Ninguno de los dos hizo alusión al aparato que aguardaba en el dormitorio.

Finalmente, John retiró su plato y se levantó de la mesa. Fingió interesarse en la

televisión, pero no daban más que repeticiones, aparte el film, que ya había visto en su cine del barrio el año pasado..., con Marsha, recordó bruscamente. Apagó el aparato con un suspiro, y tomó una revista. Pero ya la había leído. Iba a dejarla cuando llegó Marsha procedente de la cocina, de modo que hizo como si se interesara en un artículo que se sabía de memoria.

Marsha no dijo nada; tomó su caja de labores y se puso a repasar calcetines. De tanto en tanto inspiraba y expiraba ruidosamente, algo que no era exactamente un suspiro.

John sabía que era él quien debía hablar primero, pero no sentía ningún deseo de hacerlo..., el esfuerzo era demasiado grande. Esta noche ella no le decía nada respecto a que tratara de ser gentil. Sentía el silencio entre los dos como una barrera, y a cada lado de esta barrera los perros encadenados de su mal humor esperaban un comentario poco considerado.

John dejó caer la revista al suelo y se quedó mirando la pared opuesta, con el ojo vacío y triste de la televisión. Volvió ligeramente la cabeza y vio que Marsha lo estaba observando. Se levantó apresuradamente y fue al revistero a buscar alguna otra cosa que leer.

—¿Sabes? —dijo ella de pronto—. El actuar como si yo no estuviera aquí no va a resolver nada. Si no quieres intentarlo, lo único que tienes que hacer es decirlo.

Él estrujó la revista que estaba mirando, vaciló, y comenzó a pasar páginas nerviosamente.

—Tienes mucha prisa —gruñó.

—¡Y tú tienes tanta curiosidad como yo!

—No, en absoluto. No creo que esto vaya a cambiar gran cosa. Si lo he comprado ha sido por ti. —Volvió a dedicar su atención a la revista.

Ella se inclinó sobre su labor, mordiéndose los labios y pensando en todas las cosas que hubiera deseado decir pero que sabía debía guardarse para sí. Bastaría tan sólo una palabra inoportuna para que él se fuera dando un portazo y no regresara hasta después que hubieran cerrado todos los bares.

Tras un momento, partió un hilo con los dientes y dijo:

—No hay de qué sentir miedo.

Inmediatamente, lamentó haberlo dicho. Pero él no pareció acusarlo.

—No siento miedo —dijo simplemente, y continuó hojeando el número atrasado de *Life*.

Ella dejó a un lado su costura.

—¿Recuerdas al principio, de recién casados? ¿Cómo hacíamos durar las veladas..., como si ambos no pensáramos más que en eso?

Él se limitó a gruñir. Ella fue incapaz de decidir si había sido un gruñido de sí o un gruñido de no.

—¿No sientes un poco la misma impresión? —insistió—. Quiero decir..., ¿no te hace el mismo efecto?

—No —dijo él, tan secamente que la hizo cerrar la boca. Ella se dirigió a la cocina para preparar un poco de café. Al cabo de un momento sintió que se iba a echar a llorar, y parpadeó rápidamente para retener las lágrimas. Supuso que John no habría oído nada desde el comedor, pero al cabo de un momento aparecía en la puerta.

—¿Qué ocurre ahora? —preguntó con voz cansada.

—Nada —dijo ella, tomando el recipiente con crema de la nevera—. Me he quemado al hacer el café.

—Yo no quiero —murmuró él. Hizo una pausa, y luego añadió—: Pero gracias. Ella volvió a guardar la crema en la nevera y lo siguió al comedor.

—¿Qué es lo que *quieres* entonces? ¿Quieres que vayamos a acostarnos?

John la miró. ¿Quién era aquella mujer que de repente se había convertido en una parte de su vida? ¿De dónde venía? ¿Por qué le repugnaba incluso el tocarla? Rechazó aquellos pensamientos a lo más profundo de su mente.

—Estoy cansado —dijo.

—¡Eso no es cierto! —dijo ella—. Simplemente, no quieres. Siempre has dicho que estabas cansado cuando no has querido. —Su voz era acusadora mientras señalaba hacia el dormitorio—. Bien, el aparato nuevo está allí ahora, John, y no va a moverse de su lugar. Tarde o temprano tendrás que ver como funciona. ¿Por qué no esta noche?

Él la contempló largamente, como si intentara ver a través de su rostro a la mujer joven que un día había sido. Finalmente dijo:

—Está bien, de acuerdo. Voy a apagar las luces...

Ella aguardó, y luego ambos entraron juntos en el dormitorio, pero él rechazó las manos de Marsha y se quitó él mismo la camisa, sin permitir que ella le tocara. Se soltó el cinturón y dejó que sus pantalones se deslizaran a lo largo de sus piernas.

Y luego, de pronto, ella estuvo de pie ante él..., ni siquiera se había dado cuenta de cuándo se había quitado el vestido, pero ahora estaba allí, en *slip* y sujetador. En la penumbra del dormitorio era apenas una silueta, y John tuvo que forzar su memoria para reconstruir sus rasgos.

Ella se cobijó entre sus brazos y durante unos instantes permanecieron así, sin moverse, sin hacer nada.

Luego ella se apartó y empezó a rebuscar entre los hilos y las bandas.

—La pausa que deprime —murmuró, sonriéndole. Él no le devolvió la sonrisa.

Fue a sentarse en la cama mientras esperaba. Ella le tendió las bandas de las muñecas y los tobillos, y le mostró como asegurar los hilos.

—El señor Wolfe me lo ha explicado todo, pero también está en el manual de instrucciones —dijo ella nerviosamente—. Inclina la cabeza, para que pueda ponerte la banda craneal.

Él obedeció.

—Ahora yo. Ven por aquí...

Él se puso en pie y la miró, consciente de los hilos que partían de sus muñecas y de sus tobillos y de su cabeza. Pero ella no se echó a reír.

—¿No vas a ayudarme? —preguntó.

Él miró a su alrededor, y observó que ella había alineado cuidadosamente todas sus bandas en la mesilla de noche. Con un mínimo de esfuerzo, las sujetó en sus muñecas. No se resistió cuando ella le besó afectuosamente detrás de la oreja, pero tampoco evidenció ninguna reacción. Marsha tomó su mano y la apretó.

—Será bueno, John. Estoy segura —dijo, y por primera vez desde hacía un año le miró directamente a los ojos—. Confía en mí.

Él la miró, aquella desconocida que era su mujer, y su primera reacción fue decirle secamente: «Estoy haciendo lo que tú quieres, ¿no?». Pero algo en la expresión de ella lo contuvo, y se limitó a inclinar la cabeza.

Con cuidado para no enredar los hilos, se acostaron.

Durante un momento permanecieron tendidos uno al lado del otro, Marsha mirando a John, John mirando al vacío. Escuchaban mutuamente el sonido de sus respiraciones, como dos titanes en la oscuridad. Finalmente, impacientemente, ella se arrojó en sus brazos.

—Dicen que hay que relajarse, John —susurró—. Dejar que la máquina nos guíe. Pero hay que empezar, John. Hay que darle a los sistemas de realimentación algo con lo que empezar a trabajar...

Levantó el rostro hacia él, solicitando un beso. Él la besó. Él dejó que sus manos erraran sin curiosidad por el cuerpo de Marsha, dándose cuenta de cómo aquellas formas antes esbeltas empezaban a llenarse de grasa y a formar bolsas, de cómo aquella piel antes tan suave se volvía áspera y llena de minúsculas arrugas. Pero dejó que sus manos erraran pese a todo, al azar, sin darse cuenta siquiera que estaban empezando ya a investigar y a tantear.

Las manos de Marsha se estaban activando también, sus dedos se deslizaban por los escasos pelos de su pecho, subían y bajaban por sus brazos que nunca habían sido muy musculosos, sobre la piel algo nudosa de su espalda. Sin embargo, él notó que sus manos parecían más suaves, más sensitivas, más sabias y activas. Ahora estaban acariciando diversas partes de sus piernas y de su torso, lugares que de repente parecían revivir.

Sus propias manos parecían haberse vuelto autónomas, y sin embargo seguían siendo suyas. Acarició, masajeó, pulsó, con una técnica y un arte que nunca hubiera sospechado. Y Marsha reaccionaba con un entusiasmo que nunca había conocido en aquella mujer desconocida que era la suya.

Ahora se estaba entusiasmando, pulsando y bombeando con una intensidad que debía ser compartida ya que era demasiado para una sola persona, y redobló su vigor como si deseara empujar más profundamente en ella aquella necesidad de compartir. Marsha parecía también tenderse, arquearse, ofrecerse, como si tuviera algo que ofrecer que la estaba ahogando. Parecía como si ambos estuvieran haciendo lo

preciso en el lugar preciso y en el momento preciso..., y durante un breve destello recordó cómo había sido así cuando ambos eran jóvenes, cuando nada existía aparte ellos dos y el mundo iluminado y móvil que les rodeaba.

Olvidaron los hilos, las bandas, el módulo de guía sobre el tocador. Su identidad externa se había disuelto, y ambos se sumergieron en lo más profundo de su amor sexual. Era una inmensa ola que ascendía y ascendía, algo brillante, abrumador, arriba, cada vez más arriba, y luego más arriba aún.

Era hermoso.

Él sonrió. Ella sonrió también. Se besaron.

No fue hasta la mañana siguiente que se dieron cuenta que no habían conectado el módulo de guía.

DEFLACIÓN 2001

BOB SHAW

La inflación es la «bestia negra» de nuestra sociedad contemporánea. Estamos en pleno centro de una escalada que no sabemos hasta donde nos puede llegar a conducir. Indudablemente, a ningún sitio que nos guste.

Así lo ha comprendido Bob Shaw, un autor británico que recientemente se ha pasado (y con bastante éxito por cierto) al campo cinematográfico..., como actor. De Bob Shaw han podido leer ustedes recientemente una interesante novela, Periplo Nocturno, en la colección Gaudeamus de esta misma editorial. Shaw publicó este relato en 1973 en la revista norteamericana Astounding, y hoy, cinco años más tarde, su actualidad es mucho más rabiosa aun que entonces, ya que por aquel entonces la crisis de la energía no había alcanzado todavía las desorbitadas cotas actuales. ¿Cuál será su vigencia en la frontera del año 2001? ¿Será realmente nuestra sociedad tal como la pinta este relato? No lo sé, pero si trazáramos un gráfico de la evolución inflacionista de estos últimos años, y lo extrapoláramos hasta la fecha indicada...

* * *

El tener que pagar diez dólares por una taza de café dejó petrificado a Lester Perry.

Hacía casi un mes que el precio se había estabilizado en ocho dólares, y había comenzado a alimentar la engañosa esperanza que éste ya no iba a cambiar. Miró tristemente a la máquina distribuidora mientras el negro líquido chorreaba en el vaso de plástico. Su expresión se hizo miserable cuando llevó el vaso a sus labios.

—Diez dólares —murmuró—, ¡y resulta que está frío!

Boyd Dunhill, su piloto, se alzó de hombros y se sacudió unas imaginarias motas de polvo de las doradas charreteras de su uniforme, quizá temeroso que aquel desusado movimiento hubiera enturbiado el esplendor de su atuendo.

—¿Y qué esperaba usted? —dijo con tono indiferente—. Las autoridades del aeropuerto rechazaron la semana pasada las peticiones de aumentos salariales del Sindicato de Empleados de Máquinas Distribuidoras de Café, así que al sindicato no le quedó más remedio que prohibir a sus miembros el hacer horas extraordinarias, lo cual ha traído inevitablemente un aumento de los precios.

—¡Pero si hace un mes que consiguieron un aumento de un cien por ciento! ¡Fue a raíz de ello que el café subió a ocho dólares la taza!

—El sindicato reclamaba un doscientos por ciento.

—¡El aeropuerto *nunca* aceptaría un aumento de un doscientos por ciento!

—Los empleados de las Máquinas Distribuidoras de Chocolate lo obtuvieron.

—¿De veras? —Perry agitó asombrado la cabeza—. ¿Lo dieron por televisión?

—Hace tres meses que ya no tenemos televisión —le hizo observar el piloto—. Los técnicos reclaman que se les garantice un salario mínimo de dos millones de

dólares al año, y las negociaciones aún no han desembocado en un acuerdo.

Perry vació de un trago su vaso de café y lo echó a la papelera.

—¿Está listo mi avión? ¿Podemos irnos ya?

—Hace cuatro horas que está preparado.

—Entonces, ¿a qué estamos esperando?

—El convenio colectivo de Trabajadores de la Aviación Ligera exige un mínimo de ocho horas de trabajo para cualquier reparación.

—¿Ocho horas para cambiar la escobilla de un limpiaparabrisas? —Perry no pudo por menos que dejar escapar una risita sarcástica—. ¿De qué se trata, de un concurso de productividad?

—De pleno empleo. Ha habido que doblar el número de operarios del aeropuerto.

—¡Oh, por supuesto! ¡Ocho horas para realizar un trabajo de treinta minutos! Éste es un modo de pensar y de actuar completamente falseado...

Se interrumpió bruscamente al ver la expresión helada de su piloto. Recordó justo a tiempo que existía un conflicto salarial entre la Asociación Patronal de Aviación y el Sindicato de Pilotos de Aviones Privados Bimotores de Alas Bajas. La patronal proponía un aumento de un setenta y cinco por ciento, mientras que los pilotos reclamaban un ciento cincuenta por ciento más una prima por kilometraje.

—¿Puede llamar a un maletero para el equipaje?

Dunhill agitó la cabeza.

—Tendrá que llevarse las maletas usted mismo. Los maleteros están en huelga desde el viernes.

—¿Por qué?

—Hay demasiadas personas que se llevan ellas mismas su equipaje.

—Ah, bueno...

Perry tomó su maleta y la transportó hasta la pista donde aguardaba su aparato. Tomó asiento en uno de los cinco asientos, se sujetó el cinturón de seguridad, y avanzó la mano hacia el portarrevistas para buscar algo que leer durante el trayecto hasta Denver. Entonces recordó que hacía casi quince días que no aparecía ningún periódico ni revista. Los preliminares del despegue requirieron un tiempo interminable —parecía como si, en la torre de control, los controladores aéreos estuvieran enfrascados en interminables discusiones laborales—, y finalmente Perry se durmió con un sueño agitado.

Le despertó con un sobresalto el rugir del viento en sus oídos, indicándole que la puerta del aparato había sido abierta en pleno vuelo. Helado física y mentalmente, abrió los ojos y vio a Dunhill de pie al borde del vacío. Su impecable uniforme estaba arrugado y deformado por los tirantes de un paracaídas.

—¿Que ocurre? —preguntó Perry—. ¿Una emergencia?

—En absoluto —dijo Dunhill con su voz más oficial—. Debo comunicarle, señor Perry, que desde este mismo instante estoy en huelga.

—Supongo que es una broma.

—¿Realmente lo cree? Acabo de ser avisado por radio. La patronal ha rechazado las razonables exigencias del Sindicato de Pilotos de Aviones Privados Bimotores de Alas Bajas, y esto, por supuesto, ha puesto fin inmediatamente a las negociaciones. Estamos apoyados por nuestros amigos de los Sindicatos de Monomotores de Alas Bajas y de Bimotores de Alas Altas; consecuentemente, todos nuestros miembros deben abandonar sus puestos de trabajo exactamente a la medianoche, o sea — consultó su cronómetro— dentro de treinta segundos.

—¡Pero *Boyd!* ¡No tengo paracaídas! ¿Qué voy a hacer?

El rostro del piloto se ensombreció. Dijo secamente:

—¿Y por qué tendría que preocuparme por ello? Usted no se preocupó en absoluto por mí mientras estuve intentando sobrevivir mes tras mes con apenas tres millones de dólares anuales de salario.

—Era un egoísta, ahora lo comprendo. Y lo lamento. —Perry se soltó el cinturón y se levantó—. No salte, Boyd. Le doblo el sueldo desde ahora mismo.

—Esto es menos de lo que reclama nuestro sindicato.

—¿Oh? ¡Está bien, se lo triplico! Tres veces lo que cobra usted ahora, Boyd.

—Lo siento, señor Perry. No podemos negociar acuerdos separados. Esto debilita la solidaridad sindical. —Dio media vuelta y se lanzó al vacío.

Perry lo contempló caer durante unos instantes, luego se estiró para alcanzar la puerta y cerrarla. Se dirigió al puesto del piloto. El avión se mantenía en rumbo gracias al automático. Se sentó en el asiento de la izquierda y tomó el timón, retrocediendo mentalmente varias decenas de años, hasta su época de piloto de caza en Vietnam. Haciendo aterrizar el aparato con sus propias manos iba a buscarse serios problemas, ya que los sindicatos lo considerarían como un trasgresor de la huelga, pero no sentía el menor deseo de morir, no todavía. Desconectó el piloto automático y, lentamente, fue recordando los antiguos gestos.

A varios cientos de metros bajo el aparato, Boyd Dunhill tiró de la anilla y aguardó a que se abriera su paracaídas. La sacudida fue menos violenta de lo que esperaba, y al cabo de unos segundos él se dio cuenta que seguía cayendo a la misma velocidad que antes. Levantó los ojos y, en el lugar que debía ocupar la inmensa corola, vio un amasijo de azotantes segmentos de nylon flotando libremente al viento.

Demasiado tarde, recordó la amenaza del Sindicato de Dobladores y Empaquetadores de Paracaídas de iniciar una huelga sorpresa para apoyar sus reivindicaciones de unas vacaciones pagadas más largas.

—¡Comunistas! —gritó—. ¡Sucios cerdos anarquistas rojos, banda de...!

EL CANARIO ROJO

KATE WILHELM

Hace ya un tiempo, en un número de la revista Nueva Dimensión, publiqué un relato de un autor italiano, Lino Aldani, titulado 37 Centígrados, y cuya lectura les recomiendo. En él se nos planteaba un mundo en el que la socialización de la medicina se había convertido en una dictadura que abandonaba por completo a sus propios medios a aquellos que estaban fuera de ella. Aparte de su calidad intrínseca, lo publiqué porque vi en él una tremenda premonición, que cada vez se va confirmando más. La medicina, el negocio de la salud, se está convirtiendo en una terrible Mafia ante la cual, como profanos que somos, debemos someternos o dejarnos morir. Dependemos cada vez más de los médicos, y de los fármacos que nos suministran esos médicos. Y, cada vez más también, el médico considera al enfermo que tiene ante él no como una persona, sino como un simple número, una cartilla de asegurado, un caso codificado bajo una ficha de computadora.

En el número 13 de sus antologías Orbit, Damon Knight publicó este relato de la excelente escritora Kate Wilhelm, que incidentalmente es también su esposa. A diferencia del relato de Aldani, Wilhelm, como mujer, da un toque desgarradamente poético a esta cruel visión de nuestro futuro. Pero ello no ahoga el terrible grito de advertencia que emana de ella. Somos personas, nos dice; no números, no códigos de computadora. Y la medicina nunca debería olvidarlo, aunque se esté esforzando en ello.

* * *

A veces el bebé jugaba con los viejos cubos que había encontrado Tillich. Estaban tan desgastados que los números y las letras eran prácticamente ilegibles. Había que ir orientando las distintas caras en un cierto ángulo para que la incidencia de la luz permitiera descifrarlos. Sus bordes eran redondeados. No estaban barnizados. Tillich recordaba este tipo de cubos. Los consideraba, aún viejos y gastados, mucho más hermosos que los nuevos, con sus bordes afilados y sus extremos puntiagudos y sus colores tan vivos. En realidad, nunca contemplaba jugar al bebé. Cuando lo veía en el suelo, con los cubos en la mano, se apresuraba a ocuparse de otra cosa por miedo a constatar que el bebé los manejaba completamente al azar. La mente de Tillich estaba llena con la imagen del bebé jugando inteligentemente con los cubos. Temía que esta imagen se rompiera en mil pedazos.

También había otra imagen: el bebé apaciblemente dormido, de lado, tras su primer biberón de la mañana, con el pulgar y el índice metidos en la boca. Tillich iba a verlo cada día antes de dirigirse al trabajo, para comprobar que no se había destapado o se había enrollado con las mantas. Siempre, a la indecisa claridad de la mañana, el sueño del bebé era apacible, y Tillich se marchaba tranquilizado. Luego, una mañana, sin ninguna razón, se acercó a la cama y encontró al bebé despierto. Inmóvil, con los ojos fijos, casi sin parpadear, con los dos dedos metidos en la boca, contemplaba fijamente al vacío. Apenas entró él sus ojos se volvieron hacia Tillich y lo contemplaron con una insondable expresión que era a la vez inquietante, extraña, inhumana y, en un cierto sentido, maléfica. Tillich dio media vuelta para huir de

aquella mirada. Al llegar a la separación móvil que aislaba aquella parte del dormitorio del resto de la habitación, se volvió para mirarle de nuevo. El bebé parecía dormir, calmada y profundamente.

—Es Tillich —dijo en el dispensario—. Norma Tillich.

La enfermera del consultorio leyó la ficha que él le tendía.

—¿Ningún cambio? ¿Desea hora para una consulta?

—No. Ningún cambio.

—Entonces déselas dos veces al día, por la mañana y por la noche. Catorce comprimidos en total. Compruebe la cantidad y firme aquí.

No le gustaba la mujer de servicio en el consultorio. Si hubiera podido pasar en la pausa del mediodía hubiera encontrado a otra, pero no podía llegarse al consultorio más que a la salida de su trabajo. La mujer tenía un rostro alargado y unos pómulos salientes, unas enormes manos cuyos robustos dedos manipulaban con eficiencia y precisión las cápsulas y los comprimidos. Era inútil hacer una comprobación. La máquina regurgitó la tarjeta. Tillich salió. Siempre había la misma cola, como si siempre fueran las mismas personas, siempre en el mismo orden. Se apresuró a regresar a su casa. Ella tendría hambre. El bebé también tendría hambre, y estaría llorando.

—Buenos días, señor Rosenfeld.

—Buenos días, señor Tillich. ¿Cómo vamos?

—Muy bien, gracias. —Echó agua hirviendo sobre el potaje instantáneo, batió dos crackers en la pasta proteínica y la puso en el plato. Cambió el agua de la jarra y colocó varias tazas limpias en el soporte al lado de la cama.

—¿Necesita alguna otra cosa, señor Rosenfeld?

—No, no. Con esto tengo bastante. Es usted demasiado amable, señor Tillich.

—En absoluto, por favor. Volveré a pasar esta noche, ¿de acuerdo?

—Oh, si está demasiado ocupado no importa.

—No se preocupe por ello. Buenos días, señor Rosenfeld.

El viejo hizo una inclinación de cabeza. Contemplaba su bandeja con el desayuno, impaciente por empezar a comer pero demasiado educado como para hacerlo antes que Tillich se hubiera ido.

Siempre, cuando volvía, el bebé tenía los pañales mojados y en general sucios. Tillich lo cambió y lo volvió a meter en la cama, con su biberón. El bebé tenía un tinte terroso.

—Norma, ¿le has dado de comer hoy?

Ella parecía muy lejos de allí. Luego su expresión se contrajo, y empezó a llorar.

—No lo sé —dijo—. No consigo recordarlo. ¿Me sacaste el tarro de comida preparada? ¿No lo olvidaste?

—No, no lo olvidé. El tarro ya no está donde te lo dejé. Seguramente lo habrás tirado a la basura. ¿Le has dado la leche?

Ella siguió llorando uno o dos minutos, luego se levantó de un salto y lo miró

entre sus dedos. Empezó a cantar:

*Había una vez un canario rojo
Que no sabía cantar.
Hasta que un día abrí mi ventana
Y lo dejé volar, volar, volar.*

—¿Crees que estaría mal hecho? —dijo—. Quiero decir, dejarlo volar.

—No, no estaría mal hecho.

—Quizá lo haga algún día. Y me quedaré mirándolo como vuela. Lejos, lejos, lejos.

A veces, ella le traía el cepillo. («Por favor, ¿quieres cepillarme el pelo?»). Sus cabellos eran largos y sedosos cuando estaban recién lavados y cepillados, y tenían reflejos cobrizos que parecían chispas de vida entre el rubio ceniza. Sus ojos eran tornasolados, a veces verdes, y su piel muy pálida, como translúcida. Unas venillas azules diseñaban arabescos en sus senos, redondos y firmes, excitantes. Había amamantado al bebé durante varios meses, hasta que un día dejó de hacerlo, y al día siguiente también, y los sucesivos. Pasó mucho tiempo antes que se le cortara la leche, y durante todo aquel período ella pareció constantemente perpleja. Le mostraba sus ropas mojadas, o la leche secándose en las sábanas, en su vientre. Cuando intentó darle de nuevo el bebé para que le diera el pecho, ella retrocedió como aterrada. Una noche se despertó sintiéndola de rodillas sobre su cuerpo, intentando introducirle por la fuerza uno de sus pezones entre sus labios. Un dulzón gusto de leche penetró en su boca.

La señora De Vries vivía en su mismo rellano. La encontraba a menudo. Normalmente, cuando se cruzaban, ella llevaba a un niño de la mano. Era muy delgada, con un eterno aire de cansancio. Cuando abrió la puerta, ante la insistencia de las llamadas, la encontró en el umbral.

—Señor Tillich, ¿le molestaría venir un momento? Se lo ruego. Necesito la ayuda de alguien.

Tillich se volvió para mirar al interior de su casa; Norma ni siquiera había levantado la vista. Estaba absorta viendo la televisión. Vaciló por espacio de un segundo, luego salió al descansillo y cerró la puerta a sus espaldas.

—¿Qué ocurre?

—Es uno de los niños. Dios mío, no sé lo que le pasa —lo condujo apresuradamente hacia su casa, al otro lado del descansillo. Una niña de unos diez años les esperaba en la puerta. Tillich ya la había visto otras veces por las escaleras o en el vestíbulo. Siempre le había parecido normal. Mantuvo la puerta abierta y se apartó para dejarles pasar.

La señora De Vries urgió a Tillich a través del salón, hasta una estancia cuyo

suelo estaba enteramente cubierto con colchones. Otros dos niños lo miraron desde allí; luego vio al tercero, apartado de los otros, sobre un colchón arrimado a la pared. Tendría unos cuatro o cinco años, y sufría una tremenda convulsión. Su espalda se arqueaba, su lengua se estremecía emergiendo entre sus apretadas mandíbulas. La sangre y la baba se entremezclaban en su mentón. Su rostro tenía ya un color cianótico.

Tillich se volvió hacia la mujer.

—¿No tiene ninguna medicación?

—No. Nunca me había hecho esto. Dios mío, ¿qué es lo que le pasa?

—Llame al pediatra. Al servicio de urgencias. —Ella le contemplaba fijamente, sin reaccionar—. ¿Dónde está el teléfono?

—No tengo teléfono.

—Yo me encargo. ¿Cómo se llama el niño? ¿Cuáles son los síntomas?

—Roald de Vries. Durante todo el día ha tenido cuarenta de fiebre.

Tillich regresó a su casa y llamó al servicio de urgencias de pediatría.

—Éste es un contestador automático —dijo una voz neutra—. Lamentamos no poder satisfacer su petición, pero nuestros efectivos están trabajando al máximo de su capacidad. Por favor, cuando oiga el tercer pitido indique el número de identificación del enfermo, su nombre, y el motivo de su llamada. Conduzca al enfermo al hospital más cercano de donde usted se encuentre mañana, a las ocho de la mañana. Muchas gracias.

Tillich no conocía el número de identificación del niño. Regresó a la otra casa.

—Yo me quedaré aquí —le dijo a la señora De Vries—. Llame usted y deles su número de identificación; si no, mañana no lo admitirán en el hospital.

El mayor de los hijos era la niña que ya había visto otras veces. Mientras aguardaba el regreso de su madre, observó huellas de latigazos en sus brazos y en su cuello. Parecía sufrir conjuntivitis. Los otros niños, de unos seis y cinco años, estaban muy delgados, y el mayor se orinó en el suelo. La niña limpió la mancha sin decir una palabra. Había dos habitaciones. Un hombre estaba durmiendo en la otra. Tenía la piel reseca y descolorida de quien ha sufrido una larga enfermedad; su sueño no era natural. Se hallaba bajo los efectos de poderosos sedantes. Tillich observó al niño enfermo. Ahora su cuerpo estaba flácido, y transpiraba abundantemente. La mujer regresó, y él se fue. Se encontró de nuevo con ella una semana más tarde. Ninguno de los dos mencionó al niño.

Tillich era controlador ferroviario en la sección 3 B. Se hacía cargo del control de la llegada de los trenes a ochenta kilómetros de la ciudad, teniendo a cada uno de ellos materializado por un punto luminoso verde o blanco en su tablero de control. Sus dedos conocían al tacto todos los mandos que abrían y cerraban las señales, inmovilizando una luz o haciendo acelerar la otra. Era como si estuviera tejiendo una compleja tela con ayuda de arañas luminosas.

Trabajaba tres horas, descansaba veinte minutos, trabajaba otras tres horas,

disponía de cuarenta minutos para comer, luego trabajaba sus últimas tres horas. Permanecía de servicio seis días a la semana. Había comparado su trabajo con el de uno de sus amigos, Frank Jorgens, y ambos habían estado de acuerdo en considerarlo más difícil que el control del tráfico aéreo del cual se encargaba Jorgens.

—Necesito un aumento de sueldo —le dijo Tillich a su delegado sindical.

—Vamos, vamos, esto no es serio, Tillich. No puedo pedir un aumento de sueldo para una sola persona por el hecho que esta persona tenga problemas. Todos los tenemos.

Intentó presentar una petición directa a la dirección de personal; fue rechazada, con una nota adjunta informándole que podía formular nuevamente su petición a través de su delegado sindical. Hizo pedazos la nota.

—Tillich. Norma Tillich.

—¿Ningún cambio? ¿Desea hora para una consulta?

—Sí. Necesitamos ver a su doctor.

—Está bien. Tome su ficha y este impreso, y siéntese allí en aquella mesa para rellenarlo. Cuando lo haya hecho, llévelo a la ventanilla 4 N. Gracias. —La mujer le miraba fijamente a los ojos, con el ceño fruncido. Tomó el formulario.

Nombre. Edad. Copie el código que figura en la tercera línea de la tarjeta de identificación del enfermo. Copie los códigos que figuran en las líneas siete, ocho y nueve. Detalle la causa de la petición de consulta médica, marcando con una cruz la casilla correspondiente. En caso que ninguna de las causas indicadas a continuación se ajuste a su caso, indique al dorso de esta hoja la causa exacta de la petición.

Se frotó los ojos. Debería haber escrito todo aquello en casa; así aquí no hubiera tenido que hacer más que copiarlo. *No se ocupa del bebé. Parece como si lo ignorara. No lo lava, no le da de comer. Tampoco come ella. Podría hacerle daño al niño.* Leyó lo que había escrito, poco satisfecho del énfasis de las frases. Todo era cierto, pero era insuficiente. Añadió: *También podría hacerse daño ella misma.*

—Gracias, señor Tillich —le dijo la mujer de la ventanilla 4 N—. Tendrá la respuesta cuando vuelva la semana próxima. Preséntese en esta ventanilla. Aquí tiene sus catorce comprimidos. Compruebe la cantidad y firme aquí.

Su petición fue rechazada. Una hoja mecanografiada estaba unida a su ficha. Tillich (habían mecanografiado mal el nombre), Norma. No agresiva. Seguían una serie de fechas y números. Los exámenes que había sufrido, el diagnóstico de los médicos y sus prescripciones, y un código ininteligible para Tillich. Motivo del rechazo: modificación de los síntomas insuficiente en relación al pronóstico de 6 19 87 ED P/S 4298 MC.

—Catorce comprimidos. Compruebe la cantidad y firme aquí.

El bebé había aprendido a gritar de otra manera. Empezaba con un tono agudo y en sordina, transformándolo finalmente en un llanto que iba aumentando de volumen hasta alcanzar un nivel ensordecedor que taladraba el cráneo de Tillich. Entonces el bebé se interrumpía bruscamente, boqueaba una o dos veces, e iniciaba de nuevo todo

el proceso.

—Tienes que alimentarlo durante mi ausencia —le dijo a Norma—. Puedes sujetarle el biberón. Recuérdalo. Así.

Ella no le miraba. Sus ojos se mantenían fijos más allá de él, más allá del bebé, sonriéndole a algo que veía en el espacio que la separaba de la pared. Tillich observó al bebé, que tragaba ávidamente su papilla mientras lo miraba sin parpadear. Tillich apartó su mirada.

Cuando el bebé hubo terminado, Tillich preparó la cena. Albóndigas de carne, patatas, puré de soja y legumbres. Ella comió tan ávidamente como el bebé.

—Norma, cuando yo no estoy, podrías comer los crackers que te he comprado. El bebé también podría comer alguna. ¿Lo recordarás, Norma?

Ella inclinó alegremente la cabeza. El bebé empezó a gritar. Norma no daba la sensación de estar escuchando. Miró la televisión mientras él lavaba los platos. El bebé seguía gritando. Su próxima visita al médico era para dentro de dos meses. Tillich se preguntó si iba a seguir gritando durante todas aquellas ocho semanas que faltaban, o más exactamente durante todas aquellas cincuenta y nueve noches.

El bebé gritó hasta medianoche, cuando le trajo el último biberón. Luego se calmó poco a poco y, hacia la una, pareció dormirse. Pero Tillich no se atrevió a ir al otro lado de la separación móvil para comprobarlo.

Norma lo esperaba en la cama. Tenía las mejillas enrojecidas, los pezones erguidos y oscuros. Él empezó a desvestirse y ella le fue arrancando las prendas de sus manos riendo, pellizcándole en el vientre o las nalgas cuando se volvía, en los muslos. Su risa se transformó en un jadeo cuando vio que él entraba en erección, y Tillich se echó sobre ella y la abrazó salvajemente. Ella empezó entonces a gritar, le arañó la espalda, le mordió los labios hasta hacerle sangrar. Se aferraba desesperadamente a él, intentando rechazarlo al mismo tiempo. Le injurió, le calificó de todo lo que se le ocurría, le murmuró palabras de amor mezcladas con las más atroces obscenidades. Cuando todo hubo terminado ella se apartó de él y rodó sobre sí misma hacia un lado, cayó de la cama y se alejó arrastrándose, mientras miraba a Tillich con una expresión de horror y de odio. Retrocedió hasta la puerta, agazapada sobre sí misma, como dispuesta a huir. Luego empezó a gemir como un animal salvaje herido de muerte. Tillich se cubrió con las mantas. Cuando ella dejó de gemir, quitó una de las mantas de la cama y se la echó encima, en el sofá donde ella se había dormido finalmente. Hubiera podido llevarla hasta la cama, seguro de no despertarla. Pero se conformó con taparla. Fue a ver al bebé. No se había movido en lo más mínimo. Sintió que un profundo estremecimiento lo sacudía, y regresó a acostarse.

—Catorce comprimidos. Compruebe la cantidad y firme...

—Aquí sólo hay trece.

Los largos y ágiles dedos se inmovilizaron. Tillich levantó la vista. La mujer le dirigió una inexpresiva mirada, luego volvió su atención a los comprimidos color verde pálido. Moviéndose pausadamente los dedos mientras los contaba: ...doce, trece.

Depositó otro sobre la bandeja.

—Y catorce. Compruebe la cantidad, señor Tillich.

Sus miradas se cruzaron de nuevo. Sus ojos eran grises, con unas pestañas muy largas y rectas.

—Catorce —confirmó Tillich. Firmó, y se fue.

El bebé sentía horror al parque. Gritaba y se negaba a permanecer en su coche. Tillich lo tomó en brazos y, durante un momento, el bebé calló y se dedicó a contemplar los árboles. Los niños corrían a su alrededor riendo y gritando. El sol primaveral era cálido pese a lo frío que era en general el aire. Los arbustos agitaban sus ramas al compás de la brisa. El bebé se cansó de contemplarlos y empezó a llorar de nuevo.

—Tengo frío —Norma se sujetaba fuertemente a su brazo, mirando a todas partes con una clara expresión de ansiedad, los ojos errabundos y parpadeantes—. Quiero volver a casa.

—El sol te hará bien. Y también al bebé. Paseemos un poco. Verás cómo te sientes mejor dentro de un momento.

Volvió a meter al bebé en el coche. Era un armatoste antiguo, más viejo que el propio Tillich; rechinaba y tenía una rueda torcida, sus partes metálicas estaban oxidadas y el plástico quebradizo. Pero sabía que eran afortunados por poseerlo.

Empujó el coche, en el cual el bebé seguía gritando. Norma continuaba sujetando fuertemente su brazo. Nadie les prestaba atención.

—Tengo frío —repitió Norma—. ¡Quiero volver a casa!

Tillich sabía que muy pronto se echaría a llorar. Aceleró el paso.

—De acuerdo, volvamos a casa. Mira, nuestra salida está por allá.

No miraba a la gente. Los árboles estaban en plena floración, el césped verde como nunca; unas blancas nubecillas flotaban derivando lentamente en un cielo azul purísimo. Respiró profundamente y cerró por un instante los ojos. Durante los cuatro últimos fines de semana no habían podido salir, ya fuera a causa de la lluvia, del frío o de los resfriados de Norma. Siempre se había presentado algo.

—¡Quiero volver a casa! ¡Quiero volver a casa! Estoy cansada. Tengo frío. ¡Quiero volver a casa! —Se echó a llorar.

—Estamos volviendo. ¿No ves? La calle está ahí delante. Y estamos muy cerca de la casa. —Pero ella no escuchaba. El bebé seguía gritando.

Vio a la enfermera del consultorio. Empujaba una silla de ruedas donde estaba sentada una mujer vieja de aspecto frágil. Con el rostro inclinado hacia ella, la expresión alegre, la enfermera le estaba diciendo algo. Avanzaba con lentitud, echando de tanto en tanto una mirada a los árboles en flor. Algo sereno y beatífico emanaba de ella.

Tillich empujó el coche en dirección a la salida. El bebé seguía gritando. Norma lloraba y le suplicaba que la llevara de vuelta a casa.

La señora De Vries estaba delante de su puerta, en el descansillo. Tuvo la

impresión que ella le estaba esperando.

—Señor Tillich, ¿cómo va su señora? Es una mujer tan joven y tan bonita.

—Oh, va mejor, va mejor.

—La oí gritar la otra noche. Pobre niña.

Él quiso marcharse, pero ella lo retuvo por el brazo.

—Tan sólo tengo treinta y tres años, señor Tillich. ¿Puede usted creerlo? Treinta y tres años. —Parecía que tuviera cincuenta. Sus dedos apoyados en el brazo de Tillich estaban enrojecidos y tenían la piel estropeada—. Yo..., usted necesita una mujer, señor Tillich. Podríamos arreglarlo. No le costaría caro.

—No, gracias, señora De Vries. Tengo que entrar en casa. No. No me interesa.

—¿Qué es lo que quiere que le haga, señor Tillich? ¿Eh? No va a costarle más caro. Trabajo en dos sitios, y mis hijos van en andrajos. ¿Qué quiere que le haga?

—Yo..., no sé. —Dio un paso hacia su puerta, y ella hizo un gesto con el brazo y su hija mayor se acercó.

—Es virgen, señor Tillich. Hace seis meses que tiene sus reglas. Está completamente formada. Cinco dólares, señor Tillich. Cinco dólares y ella se quedará con usted toda la noche. —Hizo avanzar a la niña. Ésta se arremangó el vestido. Su pubis estaba cubierto con unos ralos pelos de color claro. Se giró para mostrar sus nalgas, cubiertas de urticaria.

Tillich empujó a la señora De Vries a un lado.

—¡Maldita perra! ¡Su propia hija!

—¿Y qué quiere que haga, cerdo? ¡Eh, a usted se lo pregunto! ¿Qué quiere que haga? —Atrajo a la niña hacia ella y la abofeteó—. ¡Bájate la ropa y ve a ponerte unas bragas!

Tillich abrió precipitadamente su puerta y penetró en su casa. Tenía la respiración entrecortada. Norma ni siquiera levantó los ojos. Estaba sentada y miraba la televisión. El bebé, en el suelo, jugaba con los cubos.

—Señor Rosenfeld, ¿no tiene usted familia?

—No, ninguna. Tan sólo un hermano. Hace veinte años que está en una institución.

—¿Ningún hijo?

—Mi hijo murió. Cáncer de laringe. No tenían cama para él. Había que esperar casi dos años. Cuando finalmente tuvieron una plaza disponible, ya estaba entre cuatro tablas. —Miró soñadoramente a un punto indeterminado en el vacío—. También tenía dos hijas, pero no sé dónde viven. Sus maridos no las dejarán venir. A la primera que dé señales de vida, el Estado decretará que estoy a su cargo. —Soltó una risita.

—¿Lee usted los periódicos, señor Rosenfeld?

—No. Veo las noticias por la televisión.

—La televisión no lo dice nunca todo, señor Rosenfeld. A partir del mes próximo van a suprimir las visitas domiciliarias de las enfermeras. Dicen que resulta

demasiado caro, y que no tienen suficiente personal.

El señor Rosenfeld adoptó una expresión asustada. Al cabo de un instante dijo:

—¿Incluso las visitas indispensables?

—Todas las visitas, señor Rosenfeld.

—Pero... Escuche, muchacho, llevo una sonda que debe ser reemplazada a diario, usted lo sabe. Necesito a alguien cualificado, alguien que sepa hacerlo. Una enfermera. —Levantó sus mantas—. ¿Y quién va a cambiar mi cama? ¿Quién me bañará? ¿Quién?

Se miraron en silencio unos instantes.

—No, no me refería a usted —dijo el señor Rosenfeld—. Usted ha sido siempre muy bueno conmigo. Pero usted no está cualificado para retirarme y cambiarme la sonda. Se necesita una especialización. —Estaba paralítico de cintura para abajo.

—Tendría que solicitar usted su ingreso en una casa de geriatría —dijo finalmente Tillich.

—Hace cuatro años que lo solicité. Estoy en la lista de espera.

—Oh —dijo Tillich—. Bueno, debo irme ahora. Volveré mañana por la mañana.

—Claro, claro. Buenas noches. —Antes que Tillich hubiera salido, preguntó—: ¿Y su esposa? ¿No sería capaz de aprender su esposa?

—No. Está enferma. Es imposible.

—Oh, sí. Claro. Evidentemente. —Se quedó contemplando fijamente el techo después que Tillich hubo salido.

—¿Viene usted a menudo a pasear por aquí?

—Cada vez que me es posible, lo cual no es muy frecuente. —Ella le miró—: ¿Y usted?

—No muy a menudo. No tengo tiempo.

—Le he visto ya varias veces. Su esposa es muy hermosa.

Él no respondió. No había nada que responder. Se acercaron a la salida que él debía tomar.

—¿Cree usted que mañana tendrá tiempo de dar un paseo?

Ella permaneció en silencio durante tanto tiempo que creyó que no le había oído. Luego:

—Creo que mañana sí podré —dijo.

—Entonces quizá nos veamos. Yo llego siempre por la calle 102.

—Está cerca del lugar por donde entro yo. La mía es la 96.

—Entonces la esperaré a la entrada de la 96.

Agazapada en la puerta, ella le miraba. Empezó a gritar. No cerró los ojos. Él podía ver los músculos de su estómago tensarse, sus manos crisparse, cada vez que iniciaba un nuevo grito. Un hilillo de brillante saliva zigzagueaba a lo largo de su blanco muslo. Sus piernas eran muy hermosas. Seguía gritando. Él se echó la manta por encima de su cabeza y la apretó fuertemente contra sus oídos. Había intentado calmarla dos o tres veces, pero aquello no había hecho más que agravar las cosas.

Apretó más fuertemente las mantas. Cuando finalmente ella se durmió en el sofá, se levantó para echarle una manta por encima. Estaba más delgada que el invierno anterior.

—Catorce. Compruebe...

—No ha venido usted al parque en toda la semana.

—Firme, por favor. Estoy ocupada.

—¿A qué hora sale de su trabajo? La esperaré.

—Su esposa y su bebé lo necesitan. ¿Quién les hará la cena? Por favor, firme los formularios y márchese. No me espere. No quiero verle. Tengo trabajo.

Firmó, y se fue.

La sala de espera del centro pediátrico era un enorme local lleno hasta los topes. Tillich tuvo que esperar de pie más de media hora con el bebé antes de conseguir un lugar donde sentarse. Un rumor permanente, parecido al ruido de un motor, llenaba la sala. Los altavoces anunciaban regularmente los números que iban siendo llamados: UN 3742 A12. UN 2297 A/C 797. UN 1296 A/F 17. UN 3916 D 2000.

Los olores de alimentos para bebés, de vómitos, de orina y de excrementos se mezclaban en el aire. Los gritos de los bebés apenas se oían entre el ruido ambiental.

—Les rogamos recuerden bien el número de identificación de sus hijos. La admisión a las salas de examen no puede hacerse más que en base a tal número. Les rogamos recuerden bien el número de identificación de sus hijos. UN 694 A/D 4291. UN 7129 A/F 1968.

Tuvo que esperar nueve horas antes de oír llamar su número. Se sobresaltó; se había amodorrado; con su bebé gritando en sus rodillas, en la hedionda sala, en medio del olor a letrinas y a habitaciones de enfermos, había conseguido amodorrarse.

—Por favor, desnude al niño y sitúelo sobre la mesa. Usted colóquese a un lado de la mesa. No haga ninguna pregunta ni dé ningún detalle médico por el momento. Gracias. —Se trataba de una grabación accionada al cerrarse la puerta.

Tillich acababa apenas de desnudar al bebé cuando la segunda puerta se abrió, dejando paso a una mujer. Encorvada, con el pelo blanco, su rostro evocaba los rasgos de una calavera. El bebé gritaba ahora menos fuertemente, sin duda agotado por las horas de llanto continuo, pero la llegada de la mujer dio nuevas fuerzas a sus pulmones.

Sujetándolo con una mano, la mujer procedió a un rápido y completo examen de sus ojos, sus oídos, su nariz y su garganta. Palpó sus órganos genitales, observó sus pies. Le hizo doblar las piernas sobre el pecho, las separó, las abrió. Lo hizo sentarse y palpó su espalda, intentó sin éxito que se pusiera en pie. Cuando hubo terminado hizo unas rápidas anotaciones en la ficha del bebé. Sólo entonces miró a Tillich.

—Habrà que efectuar otras pruebas. Tendrà que esperar un momento. —Pulsó un botón. La puerta por donde había entrado se abrió, y un enfermero le hizo señas a Tillich para que le siguiera.

—¿Por qué? —preguntó Tillich a la mujer—. ¿Qué es lo que no va bien? ¿Qué

ocurre?

El enfermero le tocó el brazo, y Tillich le siguió cansinamente. El bebé seguía llorando en la mesa.

La sala de espera donde fue conducido estaba aún más llena que la primera, pero había muy pocos niños; la mayor parte de ellos debían estar en otras dependencias para ser sometidos a las pruebas apropiadas a sus diagnósticos especializados. Le dolía la cabeza y tenía hambre.

Esta vez no calculó el tiempo de espera. Finalmente, el enfermero le hizo una nueva señal para que le siguiera.

—Vista a su hijo tan rápidamente como le sea posible y salga por la puerta B, por favor. Alguien responderá a sus preguntas. La fecha de la próxima consulta figura en el extremo superior derecho de la ficha de identificación de su hijo. Gracias por su cooperación.

Llevó al bebé a la sala adyacente. Ya no lloraba, y parecía sumido en una profunda apatía. Un panel, en la pared, se encendía y apagaba intermitentemente: *Si tiene usted alguna pregunta que hacer, por favor diríjase a uno de los escritorios.* Se dirigió a uno de los escritorios y se sentó.

—¿Sí, señor Tillich? —Era un enfermero joven, no un médico.

—¿Por qué han cambiado su clasificación? ¿Qué quiere decir el nuevo número? ¿Por qué la próxima consulta ha sido fijada para dentro de un año en lugar de para dentro de seis meses?

—Hummm. Cuestión de edad, eso es todo. Entienda: ya ha salido de la categoría de lactante. Habrá que darle algunas prescripciones. Podrá obtenerlas en el dispensario de pediatría, una vez al mes, a partir de mañana. Hemos identificado veintitrés alérgenos en su sangre. Y sufre de anemia. Pero ésta no es razón para que se asuste, señor Tillich.

—¿Qué significa la denominación R/MD 19427? Está retrasado, ¿verdad? ¿En qué medida?

—Señor Tillich, éste es un tema que tendrá que discutir usted con el médico.

—Dígame una cosa: ¿cree usted que un P/S 4298 MC es capaz de ocuparse convenientemente de un R/MD 19427?

—Por supuesto que no. Pero usted no es...

—Su madre lo es.

—¿Por qué se ha decidido a venir, al final?

—No lo sé. Creo que es debido a su aspecto desamparado. Parece hallarse usted tan solo. —Ella se detuvo, mirando a una pareja joven que avanzaba con las manos entrelazadas—. A veces una aún puede ver gente así, de tanto en tanto —observó—. Esto me da esperanzas.

—La esperanza no quiere decir nada. Norma tenía veintidós años cuando ocurrió la primera vez... Hasta entonces siempre fue una persona normal.

Ella siguió caminando.

—¿Cómo se llama usted?

—Louisa. ¿Y usted?

—David. Louisa es un hermoso nombre. Es como una brisa soplando sobre una pradera.

—Es usted romántico. —Ella reflexionó por unos instantes—. David es un nombre muy antiguo, creo. Se remonta a la Biblia. ¿Cree que todavía siguen inventándose nuevos nombres?

—Sin la menor duda. ¿Por qué?

—Intenté en una ocasión fabricar algunos, pero eran ridículos. Sonaban a falso. Él se echó a reír.

—Ésta es la calle que toma usted para salir, ¿no? Hasta la vista, David.

—¿Hasta mañana?

—Sí.

Norma dormía. El bebé descansaba tranquilamente; no sabía si estaba dormido. Recordó haber reído en el parque. El sol brillaba. Caminaban sin tocarse, hablando animadamente, intercambiando numerosas miradas. Y él se había echado a reír.

—No ha venido nadie —dijo el señor Rosenfeld. Alzó el tono de su voz—. ¡No ha venido nadie! Saben que necesito una enfermera. Está en mi ficha. He renunciado a mi pensión para tener derecho a sus cuidados. Estuvieron de acuerdo.

—¿Puedo hacer algo?

—¡No! —la voz del viejo era extremadamente aguda—. No toque nada. ¿Sabe para cuánto tendría si se declarara una infección? Telefonéales. Deles el número de mi ficha. Tiene que tratarse de un error. Sí, seguramente se trata de un error.

Tillich tomó nota del número, luego salió a telefonar. La primera cabina estaba estropeada. Se dirigió a la siguiente, a cinco manzanas de allí. La circulación era escasa. Cada vez disminuía más. Recordaba todavía la época en que las calles estaban invadidas completamente por los coches, los camiones, los autobuses, las motocicletas. Ahora los vehículos que pasaban podían contarse con los dedos de la mano. Marcó el número y miró hacia el oeste mientras aguardaba obtener comunicación. Algún día haría un hatillo con algunas cosas, no muchas, una manta, un vaso, quizá un plato, un abrigo. Y partiría hacia el oeste. Atravesaría a pie Ohio, las praderas, las montañas. Hasta el océano. El Atlántico estaba tan sólo a ochocientos kilómetros al este, pero ni siquiera soñaba en la posibilidad de tomar aquella dirección.

—Por favor, indique el nombre y apellidos del enfermo, su número de identificación, y el motivo de la llamada. —Dio los datos solicitados. Se produjo un silencio y luego—: Estos datos serán transmitidos al servicio competente. Recibirá nuestra respuesta a su debido tiempo. Gracias por su cooperación. Éste es un contestador automático. —Lo cual cortaba de raíz cualquier tentativa de discusión. Siguió mirando durante un largo rato hacia el oeste. Luego regresó a su inmueble, y entró directamente en su casa.

—Se suicidó.

—No se suicidó. Lo mataron. Yo lo maté. Lo hicieron a conciencia. Se preocuparon para que tuviera a mano una dosis de comprimidos suficiente para toda una semana. Él los tomó todos a la vez.

—Por supuesto que le dieron comprimidos para toda una semana. No iban a acudir cada día a su casa.

—Y pueden afirmar sin mentir que nadie se ve privado de cuidados a domicilio en caso de necesidad. —Dio una patada a una piedra. Ella andaba con la cabeza baja.

—Si hubieran sabido de las visitas que le hacía usted cada día, hubiera hecho ya mucho tiempo que le hubieran retirado su enfermera.

—Pero yo no tengo los conocimientos para cambiar una sonda.

—Uno aprende, o se resigna a perder a la persona que debe cuidar.

Él la miró. Había una nueva amargura en su voz.

—¿Se ha visto usted en alguna situación así?

—Mi marido. Necesitaba una vigilancia constante tras una operación. A la segunda noche, me dormí, y él murió de una hemorragia. Yo había conseguido aprender todo lo necesario para cuidarle. Pero me dormí.

Él le tomó una mano y la mantuvo apretada entre las suyas por un instante. Cuando siguieron caminando, no se la soltó.

—Cuando me encuentre mejor, nos iremos los dos de vacaciones, ¿eh? Tú y yo solos. Iremos al mar, y recogeremos bonitas conchas, ¿eh?

—Sí. Será estupendo.

—¿Por qué quieren hacerme daño?

—Nadie quiere hacerte daño. Recuerda. Van a examinarte la garganta, auscultarte, tomarte el pulso y la tensión, pesarte. Esto no hace daño. —Tenía al bebé sobre sus rodillas, ya que no se había atrevido a dejarlo solo. Era probable que se pasaran allí todo el día. El bebé lloraba ahora mucho menos que antes. Dormía más horas y, cuando estaba despierto, se contentaba con chuparse los dedos mientras miraba fijamente lo que se hallaba dentro de su campo de visión. Tillich atribuía aquello a los medicamentos y pensaba que quizá debiera disminuir la dosis, pero le gustaba ver al bebé así. No sabía el papel que jugaban los medicamentos y no sabía si aquel efecto en particular correspondía o no a las previsiones.

—Pero tú te quedarás conmigo. ¿Me lo prometes?

—Si puedo.

—Volvamos a casa. —Ella se levantó, dirigiéndole una amplia y encantadora sonrisa.

—Siéntate, Norma. Tenemos que esperar. —Había un centenar de personas apretujadas en la sala de espera, además de las que había en los pasillos. En aquel servicio la mayor parte de los enfermos iban acompañados. Casi todos tenían a su lado a alguien que les vigilaba de cerca y se esforzaba de forma evidente por mantenerlos calmados y tolerantes.

—Tengo hambre. Y me siento mal, realmente mal. Deberíamos irnos. —Se levantó—. Volveré sola a casa.

Tillich suspiró, sin responder. El bebé parecía hipnotizado por su camisa, y lo acomodó de otra forma sobre sus rodillas, ya que estaba bizqueando. Norma se apartó unos pasos por entre las hileras de sillas, luego se volvió para comprobar si él la seguía.

No grites, suplicó él en silencio. Sobre todo, por favor, no grites.

Ella dio algunos pasos más, luego se inmovilizó. Supo, por el modo como se envaraba, el momento en que el pánico se adueñaba de ella. Regresó a su lado, aterrada, el rostro palidísimo.

—Quiero irme. Quiero...

Repitió aquella frase como una letanía. Sin levantar la voz, apenas un murmullo. Hasta el momento en que fue llamado su número. No le dejaron entrar con ella. Lo esperaba. Ella era capaz de vestirse y de desvestirse sola.

Los trenes venían de Chicago, de Nueva York, de Atlanta. Traían fruta del sur, carne del oeste, ropas del este. Y del sudoeste trajeron la fuente vigorosa de un virus gripal, que llegó a buen puerto gracias a la efectividad en su trabajo del propio Tillich.

Los primeros casos aparecieron de la noche a la mañana.

—Si la cosa sigue —dijo el jefe de servicio—, tendremos que mantener en cuarentena a todos los empleados.

—Pero mi esposa está enferma —dijo Tillich—. Y debo cuidar de mi bebé.

El jefe de servicio se limitó a alzarse de hombros.

—Entonces tiene usted interés en permanecer en buena salud, ¿no? —y se alejó pesadamente.

Tillich pensó en Louisa en el dispensario, cara a cara constantemente con la gente. Tras el trabajo, se estremeció al llegar a la entrada de la 96, pero ella ya estaba allí. Acudió rápidamente a su encuentro.

—¿Se encuentra enfermo? —preguntó ella.

—No, estoy bien. Pero se me había metido en la cabeza que... —Bruscamente, la atrajo hacia sí y la apretó fuertemente contra su cuerpo. Luego aflojó un poco su abrazo, sin soltarla, y apoyó la mejilla contra sus cabellos. Permanecieron así largo tiempo, ella con el rostro contra su pecho, él con la mejilla enterrada en sus cabellos, ambos con los ojos cerrados.

Telefoneó al hospital con respecto a Norma. Habló de sus accesos de gritos después de hacer el amor, de su apetito sexual cada vez más exigente, de su negligencia hacia sí misma y hacia el bebé.

—Gracias por su cooperación. Éste es un contestador automático.

Colgó, luego volvió a llamar para decirle al contestador automático que podía irse a la mismísima mierda. El contestador automático le dio las gracias por su cooperación.

—Debería haber señalado inmediatamente que había una intolerancia —hizo notar la enfermera—. Disminuya la dosis a la mitad: diez gotas al día en lugar de veinte —leyó la prescripción en una hoja impresa de computadora.

—¿Y si no se produce ninguna mejoría?

—Hay varias posibilidades de tratamiento, señor Tillich. Hay que seguir las directrices del médico. Vuelva dentro de dos semanas. Le entregaremos un nuevo *stock* de medicamentos.

—¿Pero nadie va a examinarlo?

—Lo siento, señor Tillich.

El bebé no comía nada. Apenas se movía, y dormía más de dieciséis horas diarias.

—Están ustedes matándolo —le dijo a la enfermera. Se puso en pie. Ella haría que lo echaran si seguía más tiempo allí. De todas formas, ella tampoco podía hacer nada.

—Señor Tillich, pase por la oficina 1209 antes de abandonar el edificio —dijo la enfermera, mirando ya a la siguiente persona, una mujer con los ojos enrojecidos.

—Mi bebé no hace más que vomitar desde que le doy ese nuevo medicamento —dijo la mujer—. ¡Y sus deposiciones no son más que agua!

Tillich se alejó y regresó al dispensario para buscar las prescripciones del bebé. Llevaba ya tres horas allí. La cola seguía siendo tan larga como antes. Ocupó su lugar.

Una hora y media más tarde le entregaron su ración de medicamentos. La enfermera del dispensario le indicó:

—Pase a la oficina 1209, señor Tillich.

En la oficina 1209, la cola era más corta y avanzaba más rápidamente. Cuando le llegó el turno de entrar en la habitación, una enfermera le preguntó su nombre, lo verificó en una lista y le hizo pasar a una ventanilla situada a un lado. Allí le entregaron un inyectable.

—¿De qué se trata? —preguntó.

El médico de servicio lo miró sorprendido.

—De la vacuna antigripal, por supuesto.

Vio que la enfermera, junto a la puerta, le hacía señas con el dedo sobre sus labios mientras agitaba la cabeza. Cuando pasó por su lado, saliendo, le murmuró:

—Louisa ha introducido su nombre en la lista. Pero por favor, no diga nada a nadie.

Un tren de mercancías proveniente de Detroit había descarrilado: las ruedas de la locomotora se bloquearon en el momento en que el convoy disminuía su velocidad para entrar en una curva. Sesenta y cuatro vagones se habían salido de la vía, volcando a lo largo de quinientos metros. El accidente se había producido en plena noche, y los correspondientes puntos luminosos seguían inmóviles en el tablero cuando llegó Tillich.

—No hay ningún enlace directo con Detroit —le anunció su jefe—. Estamos

calculando un itinerario de reemplazo.

—¿La vía no va a ser reparada?

—Imposible. No hay acero disponible excepto para las necesidades prioritarias. Manténgase atento a la zona siete mientras la computadora nos proporciona el nuevo itinerario. ¡Vaya lío!

Así pues, Detroit estaba fuera de circuito. Y también Jacksonville. Y Memphis. Al igual que Cleveland y St. Paul.

Tillich se preguntó cuáles serían las necesidades prioritarias. ¿Quizá la fabricación de jeringuillas, de escalpelos, de instrumentos quirúrgicos? ¿Seguía produciéndose realmente acero? Aquélla era una buena pregunta.

—¿Realmente no puedes irte de aquí? —preguntó con voz desesperada.

Ella agitó la cabeza.

—No más que tú.

—Yo los abandonaré. A ella y al niño. Ella no es completamente incapaz. Está representando una comedia. El día en que tenga el hambre suficiente se las arreglará para hacerse la comida.

Ella seguía agitando la cabeza.

—He examinado su ficha. Está muy enferma, David. No está simulando.

—¿Pero qué es lo que tiene?

—Esquizofrenia en primer grado. Estados depresivos acentuados. Una seria anemia, hipoglucemia, disfunción renal. Esto no es todo, pero he olvidado lo demás.

—¿Por qué no intentan curarla?

Ella permaneció en silencio.

—Quizá sea porque saben que es incurable —continuó él—. O tal vez porque el tratamiento es demasiado largo para que valga la pena intentarlo. ¿Es por eso, no, es por eso?

—No lo sé. No indican sus razones de actuar en las fichas.

—¿No hay ningún lugar donde podamos ir? ¿Aquí, en la ciudad?

—Yo no tengo dinero. ¿Y tú?

Él se echó a reír amargamente.

—¿Y en tu casa?

—Están mi padre, mi madre, mi hermano Jason. Es tuberculoso y tiene un pulmón de menos. Vivimos en una casa de dos habitaciones.

—Encontraré dinero. Encontraré algo para nosotros.

Oyó los gritos del bebé apenas llegar al descansillo. Tras todas aquellas semanas de embrutecido silencio, parecía querer recuperar todo el tiempo perdido. Al acercarse a la puerta, oyó también el sonido de la televisión. Norma estaba contemplándola fijamente, mientras cantaba:

Había una vez un canario rojo

Que no sabía volar.

Ni siquiera lo miró cuando él entró.

Si no hubiera sido por ella y por el bebé, pensó lúcidamente, hubiera podido cambiar de empleo. Pertenecía a la clase de hombres robustos capaces de trabajar doce horas al día si era necesario. Pero con todas aquellas horas perdidas yendo a buscar las prescripciones de Norma, las del bebé, las consultas de Norma, las del bebé, hacer encargos para ella y para el bebé, prepararles la comida, limpiar el apartamento que ellos ensuciaban...

Cerró los ojos, apoyado contra la puerta. Permaneció allí largo rato, sin moverse. Luego sintió que alguien tiraba suavemente de su camisa, y abrió los ojos. Norma estaba ante él, con el cepillo en la mano.

—¿Quieres cepillarme un poco el cabello?

Empezó a cepillarle el cabello, brillante y sedoso.

—Cuando me encuentre mejor, nos iremos los dos de vacaciones, ¿eh? —dijo ella—. Tú y yo solos. Iremos al mar, y recogeremos bonitas conchas, ¿eh?

El bebé gritaba. La televisión funcionaba. Ella estaba ante él, con las mejillas llenas de lágrimas, y él cepillaba cuidadosamente su cabello, brillante y sedoso.

NINGÚN LUGAR DONDE IR

NORMAN SPINRAD

La droga, nos dicen los altos estamentos que velan por nuestra salud y nuestro bienestar, es la más terrible plaga de nuestra civilización. Y nos hablan de los peligros de la marihuana, del LSD, de las temibles drogas «duras»: la cocaína, la heroína, la morfina...

Sin embargo, con el beneplácito de estos mismos estamentos, estamos consumiendo drogas constantemente, a cada instante. Son drogas el tabaco y el alcohol, que no han sido declarados ilegales porque sobre ellos se ha montado un tinglado multinacional de tremendo poder económico. Son drogas todos los calmantes que tomamos a diario para mantener el ritmo de nuestro ajetreado tren de vida. Hay drogas, aunque sea en ínfimas cantidades, en gran parte de las bebidas refrescantes que tomamos constantemente.

Pero claro, nos dicen los altos estamentos que velan por nuestra salud y nuestro bienestar, ninguna de ellas es alucinógena, ninguna nos aparta de nuestra realidad. Excepto si las tomamos en grandes dosis, añadiría yo.

De todos modos, el futuro de esas otras drogas, principalmente de los alucinógenos «blandos», los calificados generalmente como «yerba», es fácil de prever. En un futuro no muy lejano, van a ser admitidas..., no hay otro camino. Ya se está intentando con la marihuana en los Estados Unidos. Y éste no será más que un primer paso en la escalada. Porque el hombre está deseando, cada vez más, tener una puerta abierta, una vía de escape que le permita liberarse, huir de este mundo que nos agobia cada vez más.

Éste es el futuro que nos pinta aquí Norman Spinrad, el famoso autor de la novela Incordie a Jack Barron, publicada en esta misma colección, y considerada como una de las obras cumbres de la ciencia ficción contemporánea. El estremecedor relato de Spinrad apareció por primera vez en el número 2 de la revista New Worlds de Michael Moorcock, y más tarde ha sido reproducido en varias antologías; entre otras, el propio Spinrad lo utilizó para abrir y dar nombre a una de las más conocidas recopilaciones de relatos suyos.

* * *

*How does it feel
To be on your own?
With no direction home.
Like a complete unknown.
Like a rolling stone.*

— Bob Dylan,
«Like a Rolling Stone».

—Sin embargo, yo conseguí una vez meterlo todo en la caja de Pandora —dijo Richardson, tomando otra pulgarada—. ¿Recuerdas la historia de Pandora, Will? En el departamento de bioquímica cualquiera terminaba metiéndolo todo en la caja de Pandora en una u otra ocasión. Creo recordar vagamente que incluso tú también lo conseguiste.

—Eres realmente cómico, Dave —dijo Goldberg, metiendo un tapón de corcho en la redoma de cristal que acababa de llenar en un extremo de la instalación—. Estoy

esperando el día en que se te ocurra meterle estricnina en la mercancía. No estaría mal la idea, ¿no crees?

—La verdad, nunca se me había ocurrido pensarlo. Quizá me decida a hacerlo. Dejar que algunos pobres desgraciados se vayan con una sonrisa, satisfacción garantizada. Cristo, Will, aunque les dijésemos exactamente lo que era, llegaríamos a venderla.

—Eso no es divertido, muchacho —dijo Goldberg, tendiéndole la redoma a Richardson, que la depositó cuidadosamente junto con las otras en la caja llena de virutas—. Y no es divertido porque es cierto.

—Eh, no me digas que estás sufriendo otro de tus ataques de moral. No te muevas. Vuelvo inmediatamente con un poco de methalina..., esto te volverá a poner la cabeza en su sitio.

—Mi cabeza ya está en su sitio. Ácido canabinólico, nuestra propia invención.

—¿Ácido canabinólico? ¿Dónde lo has conseguido, en un *drugstore*? No nos hemos ocupado de él desde hace más de tres años.

Goldberg situó otra redoma vacía en la instalación, debajo de la llave de paso, y abrió ésta.

—Lo he comprado en la calle —dijo—. Los chicos lo están fabricando en sus bañeras ahora. —Agitó la cabeza casi sin darse cuenta—. ¿Recuerdas qué mierda era la síntesis original?

—¡La ciencia progresa!

—Lástima que no lo pudiéramos patentar —dijo Goldberg, mientras contemplaba el delgado hilillo de líquido verde claro que penetraba en el gollete de la redoma—. Hubiéramos podido retirarnos tan sólo con los *reales*.

—Si hubiéramos tenido a la Mafia recolectándolos para nosotros.

—Oh, eso se hubiera podido arreglar.

—Ya, bueno, quizá me ocupe de eso —dijo Richardson, mientras Goldberg le tendía la redoma ya llena—. Pero de todos modos no debemos mostrarnos muy avariciosos al principio. Tan sólo un diez por ciento al inicio de la fabricación. Creo que no debemos ahogar a la empresa privada.

—No, Dave, hablo en serio —dijo Goldberg—. Quizá cometimos un error no intentando patentarlo. Hay gente que *patenta* sus combis psicodélicas, ¿sabes?

—No *gente*, muchacho, sino firmas, como la American Marijuana & Psychedelics, Inc. Ellos pueden pagarse sus abogados y sus cohechos. Ellos pueden meterse en el bolsillo al jefe de la Oficina Federal de la Droga. Nosotros no podemos.

Goldberg abrió la llave de paso.

—Bueno, de todos modos, al menos pasarán seis meses o algo así antes que la industria de la droga o cualquier otro encuentre la forma de sintetizar esta nueva mierda, y durante ese tiempo espero haber resuelto casi el problema de la degradación en el proceso de extracción del cocanol. Por aquel entonces espero que estemos al menos un año por delante de ellos.

—¿Sabes lo que pienso, Will? —dijo Richardson, palmeando un lado de la caja medio llena de redomas—. Pienso que cumplimos con una misión sagrada, que estamos al servicio del proceso de la evolución. Cada vez que descubrimos una nueva psicodélica, activamos la evolución de la conciencia humana. Desarrollamos el producto, lo cual nos permite ganarnos nuestro pan durante un cierto tiempo, y entonces la industria saca la misma síntesis y la produce en masa, y nos vemos obligados a descubrir algún nuevo tipo de droga para poder seguir prosperando. Si no fuera por la industria de la droga y las leyes que la regulan, no tendríamos que preocuparnos y nos convertiríamos en unos plutócratas gordos y ricos que se contentarían con proporcionar la misma vieja droga año tras año. De esta forma, le hacemos un bien al mundo; estamos poniendo nuestro granito de arena a la evolución humana.

Goldberg le tendió otra redoma llena.

—Al diablo la evolución humana —dijo—. ¿Qué ha hecho nunca la evolución humana por nosotros?

—Como usted sabe, doctor Taller, hemos observado algunos efectos secundarios imprevistos en la eucomorfamina —dijo el general Carlyle, llenando de tabaco su Dunhill favorita. Taller tomó un paquete de Golds, sacó un cigarrillo de marihuana y lo encendió con un mechero que llevaba la insignia de las fuerzas aéreas y no de la Psychedelics Inc. Quizá se trataba de un gesto deliberado, o quizá no.

—Con una psicodélica tan nueva como la eucomorfamina, general —dijo Taller—, ningún efecto secundario puede ser calificado como «imprevisto». Después de todo, incluso el Proyecto Groundhog no es en sí mismo más que una experiencia.

Carlyle encendió su pipa y lanzó una densa bocanada de buen y cancerígeno humo; el general sostenía la creencia que un buen soldado debía cultivar al menos un vicio menor.

—Por favor, doctor, no juguemos con las palabras —dijo—. La eucomorfamina se supone que ayuda a nuestros hombres de la base lunar de Groundhog a luchar con la claustrofobia; no se supone que favorezca la homosexualidad entre las tropas. Sin embargo, los informes que vengo recibiendo indican que se producen ambas cosas. Las fuerzas aéreas no desean ambas cosas. En consecuencia, y por definición, la eucomorfamina posee un efecto secundario indeseable. Así que nuestro contrato va a tener que ser revisado.

—General, general, las psicodélicas no son uniformes, después de todo. Usted no puede esperar que las cortemos a la medida. Ustedes deseaban una droga que combatiera la claustrofobia sin afectar ni la vigilancia, ni el ciclo del sueño, ni la capacidad de atención ni la iniciativa. ¿Cree usted que es fácil? La eucomorfamina produce la claustrofilia sin otro efecto secundario que una elevación del nivel de energía sexual. Por ello, la considero como uno de los pequeños milagros de la ciencia psicodélica.

—Todo esto está muy bien, Taller, pero seguramente comprenderá usted que

nosotros simplemente no podemos tolerar un comportamiento violentamente homosexual entre nuestros hombres de la base lunar.

Taller sonrió, quizá con un poco de suficiencia.

—Pero ustedes tampoco pueden tolerar una tasa demasiado elevada de comportamiento claustrofóbico —dijo—. General Carlyle, tienen ustedes tan sólo cuatro obvias alternativas: continuar utilizando la eucomorfamina y aceptar un cierto nivel de incidentes homosexuales, o retirar la eucomorfamina y aceptar un muy alto nivel de comportamiento claustrofóbico, o cancelar el Proyecto Groundhog, o...

El general empezaba a comprender que había sido objeto de una sofisticada trampa comercial.

—O bien recurrir a otra droga que anule el efecto secundario de la eucomorfamina —dijo—. Me pregunto si su compañía no tendrá precisamente en estudio una droga de estas características.

El doctor Taller le dirigió una sonrisa de ambos-hemos-comprendido-bien-la-cuestión.

—La Psychedelics Inc. *está* trabajando en un producto supresor de la sexualidad —admitió sin el menor esfuerzo—. Lo cual no es fácil desde el punto de vista psíquico. El problema es que si uno reduce de forma efectiva la energía sexual, tiende a que los centros cerebrales superiores trabajen con menos eficiencia, lo cual puede ser muy bueno en las instituciones penitenciarias, pero es difícilmente aceptable en un caso como el Proyecto Groundhog. El truco consiste en canalizar el exceso de energía hacia otra parte. Hemos decidido que la única alternativa viable era derivarlo hacia estados de fuga mística. Una vez establecido esto, la parte bioquímica del asunto es tan sólo cosa de detalle. En estos momentos estamos en situación de llevar la droga que hemos elaborado, cuyo nombre comercial es nadabrina, a la etapa de producción.

La pipa del general se había apagado. No se preocupó de volver a encenderla. En su lugar, tomó cinco miligramos de lebemil, lo cual parecía más adecuado en aquel momento.

—Esta nadabrina —dijo deliberadamente—, desvía el exceso de sexualidad hacia *¿qué?* ¿Estados de fuga? ¿Trances? Lo que menos necesitamos es una droga que convierta a nuestros hombres en unos psicóticos.

—Por supuesto que no. Trescientos microgramos de nadabrina le proporcionan a un hombre una experiencia mística que dura menos de cuatro horas. Por supuesto, durante este lapso de tiempo no va a ser de mucha utilidad, pero su nivel de energía sexual se verá fuertemente rebajado durante casi una semana. Trescientos microgramos para cada hombre sujeto a la eucomorfamina, digamos cada cinco días, proporcionarán un margen adecuado de seguridad.

El general Carlyle encendió de nuevo su pipa y reflexionó. Las cosas parecían adquirir un mejor aspecto.

—Esto suena bien —admitió finalmente—. Pero, ¿y qué hay acerca del contenido

de esas experiencias místicas? ¿No habrá nada que se oponga a la dedicación de nuestros soldados a sus deberes?

Taller aplastó la colilla de su cigarrillo de marihuana.

—Yo mismo he tomado nadabrina —dijo—. Ningún problema.

—¿Cuál fue su efecto?

Taller sonrió de nuevo con fatuidad.

—Esto es lo mejor de la nadabrina —dijo—. No recuerdo nada de su efecto. Uno no retiene ningún recuerdo de lo que le ocurre bajo los efectos de la nadabrina. Se trata de un genuino estado de fuga. Así que puede estar usted seguro que las experiencias místicas no contienen nada indeseable. O al menos puede estar usted seguro que la experiencia no disminuye en nada las capacidades militares de los hombres.

—Así que lo que uno no recuerda no puede hacer ningún mal, ¿eh? —murmuró Carlyle, hablando con la pipa en la boca.

—¿Decía, general?

—Decía que voy a recomendar un ensayo del producto.

Estaban sentados juntos en un reservado situado en un rincón perdido tras el humo, observándose mutuamente mientras la gente a su alrededor se volvía y charlaba en alguna otra realidad, como los muñecos de un carillón.

—¿Qué es lo que has tomado? —preguntó él, observando que el cabello de ella lucía negro y liso como el caparazón de un escarabajo, un casco de metal negro que encuadraba gloriosamente su pálido rostro. Huau.

—Peyotadrena —dijo ella, sus labios moviéndose como increíbles pétalos metálicos articulados de flor resplandecientes de joyas—. He aterrizado hace unas tres horas. ¿Y tu viaje?

—Ácido canabinólico —dijo él, la distorsión de su boca transformando su rostro en un esquema de ideogramas apenas descifrables para la percepción de ella, que tan sólo captaba las energías más intensas. Quizá llegarían en cualquier momento.

—Hace meses que no lo he probado —dijo ella—. Apenas recuerdo la sensación de realidad que da. —Su piel relumbraba desde dentro, una translúcida porcelana china cubriendo el amarillo temblor de una vela. Era un objeto magnífico, una creación de hastiados y sofisticados dioses.

—Es agradable —dijo él, sus cejas formando un juego de curvas que, tomadas como parte integrante del conjunto que englobaba el movimiento de sus labios contra sus dientes, señalaban un claro deseo de hacer donación de su energía al vacío que yacía en ella. *Deseaba* hacerlo—. Llámame conservador si quieres, pero creo que el ácido canabinólico es de lo mejor que hay.

—¿Y tú piensas hacer un viaje sexual con él? —preguntó ella. Los repliegues y recovecos de sus orejas parecían haber sido tallados con precisión micrométrica en marfil rosáceo.

—Bueno, supongo que sí, en una cierta manera —dijo él, adelantando sus

hombros en un claro gesto de ofrecimiento que interceptaba de modo visible la trayectoria de ella en el espacio-tiempo—. Quiero decir que si quieres que hagamos el amor, creo que podré conseguirlo.

El leve vello dorado del rostro de ella era un microscópico campo de trigo resplandeciendo a la suave brisa del verano cuando dijo:

—Ésta es la cosa más juiciosa que me han propuesto desde hace horas.

La convergencia de todas las configuraciones de energía del Universo hacia la identificación total con las oleadas de su estructura máximamente ideal se concentró en las comisuras de los labios de él cuando empezó de nuevo a hablar.

El cardenal McGavin tomó una mezcla de peyotadrena-mescamil y cinco miligramos de metadrena una hora y media antes de su entrevista con el cardenal Rillo; había decidido intentar dialogar con Roma a un nivel místico antes que político, y aquella decisión particular lo había hecho sentirse más profundamente cristiano. Y el buen Dios sabía que era tremendamente difícil sentirse profundamente cristiano cuando uno dialogaba con un representante del Papa.

El cardenal Rillo llegó puntualmente a las tres, justo en el momento en que el cardenal McGavin alcanzaba su éxtasis místico; la puntualidad de aquel hombre era legendaria. El cardenal McGavin adivinaba algo patético en aquello: la triste condición de un Príncipe de la Iglesia cuyo mayor impacto en las almas de sus creyentes estribaba en su esclavitud a los minutereros de un reloj. Ya que el viejo hombre de aspecto ascético, con sus ojos descoloridos y sus labios finamente dibujados, era tan detestable que el cardenal McGavin sintió piedad hacia su desesperación existencial.

El cardenal Rillo aceptó su acogida con una fría formalidad, y con la misma frialdad aceptó un vaso de vino. El cardenal McGavin sabía que era mejor no ofrecerle un cigarrillo de marihuana; el cardenal Rillo había figurado a la cabeza de la oposición que había ocasionado que el Papa retrasara la inevitable encíclica sobre la marihuana durante largos y ridículos años. El hecho que el Papa hubiera elegido a un emisario tal en aquel asunto no era buena señal.

El cardenal Rillo sorbió su vino en silencio durante un largo momento, mientras el cardenal McGavin se sentía casi abrumado por el sentimiento de soledad que debía anidar en el alma de aquel hombre, incapaz de romper la solemnidad que aureolaba a su persona como emisario del Vaticano frente a aquel hombre, cardenal como él, con quien estaba compartiendo un vaso de vino. Finalmente, el emisario papal carraspeó —un seco y arcaico manierismo— y atacó directamente al fondo del asunto.

—El Sumo Pontífice me ha dado instrucciones acerca de su preocupación respecto a la adición de psicodélicas en la composición de las hostias consagradas en la Arquidiócesis de Nueva York —dijo, dejando muy claro en el tono de su voz que lamentaba que el Santo Padre tan sólo le hubiera encargado transmitir aquella advertencia. Pero el Papa conocía muy bien la realidad de aquella cismática era, y actuaba cautelosamente, sabiendo que la obediencia a Roma estaba basada tan sólo en

algo tan poco firme como la nostalgia y un difuso simbolismo. El Papa había sido el último en convencerse de su terrible falibilidad, pero en los últimos años los acontecimientos parecían haber derribado estrepitosamente La Divina Omnisciencia de la Santa Madre Iglesia.

—Comprendo y respeto la inquietud del Santo Padre —dijo el cardenal McGavin—. Oraré para que el cielo resuelva todas sus dudas.

—¡No he dicho nada acerca de dudas! —restalló el cardenal Rillo, sus labios moviéndose con la sequedad de unas pinzas—. ¿Cómo puede imputarle dudas al Santo Padre?

El cardenal McGavin consiguió dominar un momentáneo arrebató de cólera ante la terquedad de aquel hombre; intentó llevar al alma del cardenal Rillo un poco de paz.

—Rectifico —dijo—. Oraré para que el Santo Padre se vea libre de todas sus inquietudes.

Pero el cardenal Rillo era implacable e inconsolable; su rostro era una membrana de puro control sobre una musculatura de rabia.

—¡Podría usted liberar más fácilmente al Santo Padre de todas sus inquietudes sencillamente retirando la peyotadrena de sus hostias! —dijo.

—¿Son ésas las palabras del Santo Padre? —preguntó el cardenal McGavin, sabiendo la respuesta.

—Éstas son *mis* palabras, cardenal McGavin —dijo el cardenal Rillo—, y usted haría bien en escucharlas. La salud de su alma inmortal puede estar en juego.

El destello de una repentina iluminación cruzó la mente del cardenal McGavin: Rillo era sincero. Para él, la cuestión de una hostia químicamente enriquecida no era un asunto de política de la Iglesia, y probablemente el Papa también pensaba así; aquel asunto tocaba un área profunda de la convicción religiosa. El cardenal Rillo se sentía impulsado a creerlo así, tanto como cardenal que como católico, y a tratar seriamente el asunto a aquel nivel. Ya que, pese a todo, la comunión adicionada químicamente era un asunto de profunda convicción religiosa para él. El cardenal McGavin y el cardenal Rillo se enfrentaban pues a ambos lados de una profunda sima de existencial desacuerdo teológico.

—Quizá también la salud de la suya, cardenal Rillo —dijo el cardenal McGavin.

—No he venido hasta aquí desde Roma para buscar la dirección espiritual de un hombre que está rozando la herejía, cardenal McGavin. He venido hasta aquí para comunicarle la advertencia del Santo Padre a que es probable que se promulgue una encíclica contra su posición. ¿Necesito recordarle que su desobediencia a una encíclica tal representaría su excomunió?

—¿Lamentaría usted verdaderamente que me ocurriera algo así? —preguntó el cardenal McGavin, pensando en cuanto de aquello provenía de los propios pensamientos de Rillo, y cuanto de las instrucciones del Papa—. ¿O pensaría simplemente que la Iglesia se había limitado a defenderse por sus propios medios?

—Ambas cosas —dijo el cardenal Rillo, sin vacilar.

—Me gusta esta respuesta —dijo el cardenal McGavin, bebiendo el resto de su vaso de vino. Era una buena respuesta..., sincera desde ambos extremos. El cardenal Rillo se preocupaba tanto por la Iglesia como por el alma del arzobispo de Nueva York, y no existía la menor duda que para él la Iglesia estaba en primer lugar. Su sinceridad era espiritualmente reconfortante, incluso aunque estuviera equivocado—. Pero entienda, parte del don de la Gracia que se desprende del enriquecimiento químico de la hostia es la certeza a que nadie, ni siquiera el Papa, puede apartarlo a uno de su comunión con Dios. En la comunión psicodélica, uno experimenta directamente el amor de Dios. Está tan sólo a una hostia de distancia; la fe ya no es necesaria.

El cardenal Rillo frunció el ceño.

—Es mi deber informar de esto al Papa —dijo—. Espero que lo comprenda.

—¿A quién me estoy dirigiendo, cardenal Rillo, a usted o al Papa?

—Está usted hablando con la Iglesia Católica, cardenal McGavin —dijo el cardenal Rillo—. Yo soy un emisario del Santo Padre. —El cardenal McGavin sintió por un momento una profunda sensación de culpabilidad: su intolerancia había ocasionado que el cardenal Rillo dejara entrever, bajo los efectos de la rabia, una contraverdad, que su misión papal era mucho más limitada de lo que había dado a entender. El Papa debía estar convencido del hecho que la amenaza de excomunión contra un Príncipe de su Iglesia que creía que su poder de excomunión era algo carente de sentido que no tenía la menor fuerza física ni moral.

Pero de nuevo un súbito ramalazo de iluminación interior reveló al cardenal la verdad: a los ojos del cardenal Rillo —a los ojos de una parte importante de las jerarquías de la Iglesia—, la amenaza de excomunión seguía teniendo un significado real. Aceptar su postura con respecto a una comunión incrementada químicamente era aceptar la noción que la palabra del Papa podía retirarle a un hombre la Gracia Divina. Aceptar la validez y santidad de la comunión psicodélica era negar la validez de la excomunión.

—¿Sabe, cardenal Rillo? —dijo—. Creo firmemente que si soy excomulgado por el Papa, esto no amenazaré mi alma en lo más mínimo.

—¡Esto no es más que una triste blasfemia!

—Lo siento —dijo sinceramente el cardenal McGavin—. No siento ningún deseo de mostrarme blasfemo. Todo lo que intentaba era explicarle que la excomunión es algo carente de sentido ya que Dios, a través de las ciencias psicodélicas, ha considerado bueno proporcionarnos los medios de acceder en parte a una experiencia directa de Su presencia. Creo en lo más profundo de mi corazón que ésta es la verdad. Aunque usted crea en lo más profundo de su corazón que no lo es.

—Creo más bien que lo que cree usted a través de su comunión psicodélica pertenece antes a los dominios de Satán, cardenal McGavin. El mal es infinitamente sutil; ¿por qué no podría esconderse bajo la apariencia del supremo bien? Hay buenas

razones para que el Demonio sea conocido como el Príncipe de las Mentiras. Creo que está usted sirviendo a Satán aunque crea sinceramente que está sirviendo a Dios. ¿Tiene usted alguna forma de saber que estoy equivocado?

—¿Tiene usted alguna forma de saber que *yo* no estoy en lo cierto? —dijo el cardenal McGavin—. Si lo estoy, está usted intentando frenar la voluntad de Dios, con lo que se aparta cada vez más de Su Gracia.

—Ambos no podemos estar en lo cierto... —dijo el cardenal Rillo.

Y la llamarada de una terrible y tenebrosa intuición mística ardió en el alma del cardenal McGavin llenándola de terror, un abrumadora iluminación de las relaciones entre la Iglesia y Dios: ambos no podían estar en lo cierto, pero no había ninguna razón para creer que ambos no estaban equivocados. Además de Dios y Satán, existía también el vacío.

El doctor Braden dirigió a Johnny una sonrisa reconfortante y le tendió un caramelo con sabor a mango, extraído de su reserva de caramelos del cajón inferior izquierda de su escritorio. Johnny tomó el caramelo, quitó rápidamente el papel, se lo metió en la boca, se echó hacia atrás en su asiento y empezó a chupar ávidamente, sin preocuparse de nada más. Aquélla era una buena señal: un niño pequeño capaz de reaccionar apropiadamente a un tratamiento debía concentrarse completa y decididamente al elemento más interesante de lo que le rodeaba, mostrarse ávido de sabores no habituales. Durante los cuatro primeros años de su vida, los sentidos de un niño debían ser acordados de tal forma que absorbieran la gama más extensa posible de estímulos sensoriales.

Braden dirigió su atención a la madre del niño, que permanecía sentada nerviosamente en el borde de su silla, fumando un cigarrillo de marihuana.

—Vamos, vamos, señora Lindstrom, no hay de qué preocuparse —dijo—. Johnny ha reaccionado muy normalmente a la prescripción. Su campo de atención es normalmente corto para un niño de su edad; su gama de sensaciones excede ligeramente del óptimo de la norma; su sueño es regular y convenientemente profundo. Y, como usted pedía, se le ha conferido un constante sentimiento de amor universal.

—Pero entonces, ¿por qué el médico de la escuela me ha pedido que cambie su prescripción básica, doctor Braden? Me ha dicho que la prescripción de Johnny le estaba creando un esquema de personalidad erróneo para un niño en edad escolar.

El doctor Braden parecía bastante contrariado, aunque por supuesto no se lo dejó entrever en ningún momento a la nerviosa joven madre. Sabía la clase de fracasados que ocupaban generalmente los cargos de médico escolar; algún viejo imbécil que sabía menos de pediatría psicodélica que de cirugía cerebral. Gente que no sabía hacer otra cosa que alarmar innecesariamente a las madres.

—Estoy..., esto..., seguro que usted debe haber interpretado mal lo que le ha dicho el médico de la escuela, señora Lindstrom —dijo el doctor Braden—. Al menos esto es lo que espero, ya que de otro modo ese hombre está en un error. Entienda, la

moderna pediatría psicodélica reconoce que el niño necesita concentrar su conciencia en diferentes áreas en los distintos niveles de su evolución, a fin que se convierta en un adulto saludable y óptimo. Un niño de la edad de Johnny se encuentra en un nivel de transición. Para prepararle para la escuela, lo único que se necesita es modificar su prescripción de modo que incremente su campo de atención, bajar una pizca su intensidad sensorial, y aumentar su interés en las abstracciones. Así se convertirá en un perfecto estudiante, señora Lindstrom.

El doctor Braden dirigió a la joven madre un fruncimiento de cejas moderadamente recriminatorio.

—Usted sabe que tenía que haberme traído a Johnny para un chequeo *antes* que empezara la escuela.

La señora Lindstrom aspiró su cigarrillo de marihuana, mientras Johnny seguía chupando su caramelo.

—Bueno... La verdad es que tenía un poco de miedo, doctor Braden —admitió—. Sé que parece tonto, pero temía que, si usted cambiaba su prescripción para que se adaptara a la clase, le suprimiera el paxum. No me gustaba la idea... Creo que es mucho más importante para Johnny que continúe experimentando un amor universal que ver incrementado su campo de atención o cualquier otra cosa así. No le va a suprimir el paxum, ¿verdad?

—Al contrario, señora Lindstrom —dijo el doctor Braden—. Voy a incrementar ligeramente su dosis y añadirle diez miligramos de orodalamina diarios. De este modo se someterá a la necesaria autoridad de sus profesores con un sentimiento de confianza y de amor, en vez de con un sentimiento de temor.

Por primera vez desde que se había iniciado la visita, la señora Lindstrom sonrió.

—Entonces, todo va *realmente* bien, ¿verdad? —irradiaba felicidad por todos los poros.

El doctor Braden le devolvió su sonrisa, sintiéndose bañado por un flujo de vibraciones favorables. Aquélla era la cúspide de sus experiencias en pediatría: recibir la genuina gratitud de una madre inquieta a la que había liberado de sus preocupaciones. Ésta era la función de un doctor. Ella tenía confianza en él. Ella no dudaría en poner la conciencia de su hijo en sus manos, sabiendo que esas manos no flaquearían ni lo abandonarían. Se sentía orgulloso y agradecido por ser un pediatra psicodélico. Ésta era la cúspide de felicidad que podía alcanzar un hombre.

—Sí, señora Lindstrom —dijo tranquilizadamente—. Todo irá realmente bien.

En la silla del rincón, Johnny Lindstrom seguía chupando su caramelo, el rostro transfigurado por un éxtasis infantil.

Había momentos en los que Bill Watney sentía algo así como una náusea espiritual en relación con la psicodelia, y luego experimentaba desasosiegos cada vez con mayor frecuencia. Se sintió feliz de hallar a Spiegelman sólo en el salón de los proyectistas; si alguien podía aligerar un poco su cabeza, éste era Lennie.

—No sé qué hacer —dijo, engullendo quince miligramos de lebemil junto con un

trago de *bourbon*—. Estoy pensando realmente en abandonar todo este asunto.

Leonard Spiegelman encendió un Gold con su mechero de oro de catorce quilates —uno usaba tan sólo lo mejor de lo mejor en aquel negocio—, sonrió a través de la mesa de café en dirección a Watney, y dijo cordialmente:

—Estás perdiendo la cabeza, Bill.

Watney se sentó inclinándose hacia adelante en su silla, estudiando a Spiegelman, el mejor artista de Psychedelics Inc., y envidiando a aquel hombre mayor que él, no tan sólo a causa de su talento, sino también por su actitud con respecto a su trabajo. Lennie Spiegelman no estaba tan sólo seguro que él estaba haciendo lo correcto, sino que disfrutaba con cada minuto de ello. A Watney le hubiera gustado ser como Spiegelman. Spiegelman era feliz; irradiaba la satisfecha aura del hombre que realmente ha conseguido todo lo que deseaba.

Spiegelman abrió sus brazos en un gesto que parecía hacer del conjunto de la sala de proyectistas su propiedad personal.

—Somos los artistas más mimados del mundo —dijo—. Cada año creamos dos o tres drogas comercializables, y vivimos como reyes. Y estamos practicando la suprema forma de arte del mundo: creamos realidades. ¡Somos los más afortunados de todos! ¿Por qué alguien con tu talento desearía abandonar el proyectismo psicodélico?

A Watney le costaba expresarlo en palabras, lo cual era ridículo para un proyectista psicodélico, cuyo trabajo era precisamente describir las nuevas posibilidades de la conciencia humana con la suficiente precisión como para que los bioquímicos pudieran desarrollar psicodélicas que transformaran sus especulaciones en formas de realidad. Era humillante hallarse hueco de palabras ante Lennie Spiegelman, un hombre al que envidiaba tanto como admiraba.

—Estoy atravesando un mal momento —dijo finalmente—. Y esto se refleja en cada forma de conciencia que intento obtener, y cada vez estoy más persuadido en que debo sentirme disgustado y avergonzado de lo que estoy haciendo.

Oh, oh, pensó Lennie Spiegelman, el chico está entrando en su primera depresión de proyectista. Está atrapado en el síndrome de ningún-camino-a-casa, y cree que esto es el fin del mundo.

—Sé lo que te está pasando, Bill —dijo—. Es algo que nos ocurre a todos nosotros en un momento u otro. Tienes la sensación que proyectar psicodelias es una ocupación solipsista, ¿no? Crees que es inmoral inventar nuevos estilos de conciencia para los demás, que estás jugando a ser Dios, que alterar constantemente la conciencia de la gente en una forma que solamente nosotros podemos comprender plenamente es algo que no tenemos ningún derecho a hacer, ¿no?

Watney sintió admiración hacia Spiegelman, y al mismo tiempo una cierta esperanza.

—¿Cómo puedes comprender todo esto, Lennie —dijo—, y seguir proyectando psicodelias de esa manera?

—Porque éste es un buen trabajo y vale la pena hacerlo —dijo Spiegelman—. Mira, muchacho, nosotros somos artistas..., artistas comerciales. Proyectamos psicodelias, formas de realidad; no decimos a nadie lo que tiene que pensar. Si a la gente le gusta las realidades que proyectamos para ella, compra nuestras drogas; y si no le gusta, no las compra. La gente no compra la comida que tiene mal gusto, ni la música que desgarrar sus tímpanos, ni las drogas que la sumergen en malas realidades. *Alguien* debe concebir las formas de conciencia para la raza humana; si no lo hacemos artistas como nosotros, entonces serán los malos políticos y los ansiosos de poder los que lo harán.

—¿Pero qué nos distingue como mejores que ellos? ¿Por qué nosotros tenemos derecho a jugar con la conciencia de la raza humana y ellos no?

El muchacho es realmente obtuso, pensó Spiegelman. Pero sonrió, recordando que él había realizado el mismo estúpido viaje cuando tenía la edad de Watney.

—Porque nosotros somos artistas, y ellos no —dijo—. Nosotros no intentamos controlar a la gente. Nuestra satisfacción proviene de construir algo hermoso a partir de la nada. Todo lo que deseamos es enriquecer la vida de la gente. Creamos nuevas formas de conciencia que consideramos que son realidades más acabadas, pero no intentamos hacérselas tragar a la gente. Nosotros simplemente exponemos nuestras obras al público..., para quienes quieran comprarlas. Existe en nosotros una compulsión que hace que practiquemos nuestro arte. Lo correcto y lo erróneo son conceptos arbitrarios que varían con las formas de conciencia, así que ¿cómo demonios puedes hablar de lo correcto y lo erróneo en el proyectismo psicodélico? La única forma que tienes de juzgar es a través de un criterio estético: ¿estás produciendo un arte bueno o un arte malo?

—Sí, pero, ¿acaso *esto* no varía también con las formas de conciencia? ¿Quién puede juzgar en un sentido absoluto que lo que estás haciendo es artísticamente bueno o no?

—Jesucristo, Bill, yo puedo juzgarlo, ¿no? —dijo Spiegelman—. Sé cuando un conjunto de especulaciones psicodélicas es una auténtica obra de arte. Si me gusta o no.

Finalmente Watney se dio cuenta que aquello precisamente era lo que le remordía. Un proyectista psicodélico alteraba su propia realidad con todo un espectro de drogas, y entonces proyectaba otras psicodelias a fin de alterar las realidades de los demás. ¿Pero dónde estaba el punto de sujeción para ellos?

—¿Pero no te das cuenta, Lennie? —dijo—. No sabemos lo que estamos haciendo realmente. Estamos conduciendo a la raza humana a un viaje evolutivo, pero no sabemos adónde vamos. Estamos volando ciegamente.

Spiegelman echó una densa bocanada de humo de su cigarrillo de marihuana. El muchacho estaba empezando a cansarle: era demasiado terco. Watney no soportaba las dudas..., la certeza era lo único que existía.

—A ti te gustaría oírme decir que hay una forma de saber cuándo una proyección

es correcta o errónea de forma inmutable dentro de un marco evolucionista, ¿no? —dijo—. Bien, lo siento, Bill, no hay nada más que nosotros y el vacío, y aquello que esculpimos en él. Nosotros somos nuestras propias reacciones; nuestras realidades son nuestras propias obras de arte. Estamos completamente solos.

Watney estaba atravesando uno de sus trances de terror, y se daba cuenta que las palabras de Spiegelman describían exactamente su contenido.

—¡Pero esto es exactamente lo que me está remordiendo —dijo—. ¿Dónde diablos está nuestra realidad básica?

—No existe ninguna realidad básica. Creía que este concepto se enseñaba ya en las escuelas de párvulos en nuestros días.

—¿Pero qué hay del estado básico? ¿Qué forma tenía nuestra realidad antes de la llegada del arte psicodélico? ¿Cómo eran las formas de conciencia que evolucionaron de forma natural a través de millones de años? ¡Maldita sea, ésa era la realidad básica, y la hemos perdido!

—¡Un infierno era! —exclamó Spiegelman—. Nuestra conciencia prepsicodélica evolucionó al azar, sin ninguna intervención de la mente. ¿Acaso esto hacía esa realidad superior a cualquier otra? ¿Sólo porque era la original? Quizá estemos volando a ciegas, pero la evolución natural era peor..., ¡era un proceso idiota sin un miligramo de conciencia tras él!

—¡Maldita sea, debes tener razón en todo lo que estás diciendo, Lennie! —gritó Watney, angustiado—. ¿Pero por qué no puedo convencerme de ello? Me gustaría ser capaz de creer en todo lo que crees tú, pero no puedo.

—Por supuesto que puedes, Bill —dijo Spiegelman. Recordó de una forma abstracta haber sentido como Watney hacía ya muchos años, pero no había ninguna realidad existencial tras ello. ¿Qué mejor podía desear un hombre que todo un universo modelable a su antojo? ¿Quién no preferiría una forma de conciencia creada por un artista antes que otra que no era más que el resultado de un conjunto estúpido de accidentes evolutivos?

Está diciendo todo esto con tanta convicción, pensó Watney. Cristo, ¡cómo deseo que esté en lo cierto! ¡Como me gustaría enfrentarme a toda esa incertidumbre, a todo ese vacío, con el valor de Lennie Spiegelman! Hacía quince años que Spiegelman estaba en el oficio; quizá *finalmente* lo había comprendido todo.

—Me gustaría poder creer en ello —dijo Watney.

Spiegelman sonrió, recordando el solemne imbécil que había sido él mismo diez años antes.

—Hace diez años, yo me sentía exactamente igual a como tú te sientes ahora —dijo—. Pero supe centrar mis ideas, y ahora estoy aquí, gordo y feliz, y encantado con lo que estoy haciendo.

—¿Cómo, Lennie? Por el amor de Cristo, ¿cómo?

—Cincuenta microgramos de methalina, cuarenta miligramos de lebemil, y veinte miligramos de peyotadrena al día —dijo Spiegelman—. Esto hizo de mí un hombre

nuevo, y lo mismo hará contigo, muchacho.

—¿Cómo te sientes, hombre? —dijo Kip, quitándose el cigarrillo de marihuana de la comisura de su boca y escrutando los ojos de Jonesy. Jonesy tenía un aspecto realmente extraño..., pálido, tenso, quizás un poco fuera de sí. Kip estaba empezando a alegrarse porque Jonesy no le hubiera dicho nada de empezar el viaje con él.

—Oh, guau —graznó Jonesy—. Me siento extraño. Me siento *realmente* extraño, y no es nada agradable...

El sol estaba alto en el cielo azul sin una nube, una dorada fuente de radiante energía que henchía a Kip. La madera y la corteza del árbol a cuyo pie estaban sentados era una realidad orgánica que conectaba la piel de su espalda con las entrañas de la Tierra en un ininterrumpido circuito de electricidad protoplasmática. Él era una flor de aquel planeta, profundamente enraizada en el rico suelo, bañándose en el néctar cósmico de la luz solar.

Pero tras los ojos de Jonesy había una especie de horrible vórtice gris. Jonesy se veía realmente mal. Jonesy estaba definitivamente flotando en los bordes de un insondable abismo.

—No me siento en absoluto bien —dijo Jonesy—. Hombre, tú sabes, el suelo está cubierto con toda clase de cosas duras y muertas, y la hierba está repleta de insectos sin cerebro, y el sol calienta demasiado, hombre. Creo que estoy ardiendo.

—Tómalo con calma, no te asustes. Estás en pleno viaje, eso es todo. —Kip habló desde un punto de vista aparentemente superior. Simplemente no comprendía, no comprendía lo malo que debía ser aquel viaje, como debía sentirse uno con la cabeza desollada y desnuda en un lugar como aquél. Era como verse separado de todo el flujo de energía del Universo..., una construcción hecha con una materia frágil, un simple magma protoplasmático, aislado en un vacío energético, sin ninguna otra relación que con el más profundo vacío.

—Tú no comprendes, Kip —dijo Jonesy—. Esto es la realidad, la realidad *real*, y, hombre, es horrible, tan sólo una horrible máquina hecha con montones de otras máquinas; tú eres una máquina, yo soy una máquina..., todo no es más que un inmenso mecanismo de relojería. No somos más que materia muerta accionada por una maquinaria, mantenida en vida gracias a procesos eléctricos y químicos.

La dorada luz del sol penetraba en la piel de Kip y transformaba el núcleo de su ser en un fénix estelar en miniatura. El viento, a través de la hierba, acariciaba amorosamente las plantas de sus pies. ¿Qué demonios era todo aquello de las máquinas? ¿Qué tonterías estaba diciendo Jonesy? Hombre, ¿quién elegiría meterse en una realidad tan mustia como aquélla?

—Estás haciendo un mal viaje, Jonesy —dijo—. Tómalo con calma. No estás viendo el Universo tal como es en realidad, todo esto no significa nada. Toda esa realidad está tan sólo en tu mente. No tiene la menor importancia.

—¡Esto es, esto es *exactamente*! No tiene la menor importancia, no es nada. Como el cero. Como la nada. Como el vacío. Nada está allí donde *realmente* debería

estar.

¿Cómo podía explicárselo..., que la realidad no era más que un gran vacío sin nada que se perdía hasta el infinito en el espacio y en el tiempo? La perfecta nada con sus pequeñas contaminaciones de materia muerta aquí y allá. Un poco de esa materia había sufrido por azar una compleja serie de casuales accidentes que le habían permitido contaminar aquella muerte universal con algunos rastros de elementos de vida, magma protoplasmático, maquinaria bioquímica. Una parte de aquella maquinaria había complicado las cosas generando pensamientos, conciencia. Y aquello era todo lo que había ocurrido u ocurriría nunca a lo largo del espacio y el tiempo. Mecanismos de relojería corriendo rápidamente hacia el frío y negro vacío. Todo lo que había sido materia muerta terminaría convirtiéndose de nuevo en materia muerta más pronto o más tarde.

—Así es la realidad —dijo Jonesy—. Antes la gente se había acostumbrado a vivir con ella todo el tiempo. Así es, y nada de lo que hagamos la podrá cambiar.

—Yo puedo cambiarla —dijo Kip, sacando su caja de píldoras de su bolsillo—. Sólo tienes que decírmelo. Dime cuando estés harto de este viaje, y te sacaré de él. Lebemil, peyotadrena, mescamil, sólo tienes que decirme lo que quieres.

—No lo comprendes, hombre; esto es *real*. Éste es el viaje que he emprendido. Llevo doce horas sin tomar nada, ¿recuerdas? Éste es el estado natural, ésta es la realidad en sí misma, y, hombre, es horrible. Es algo espantoso. Cristo, ¿por qué me habré metido en esto? No quiero ver el Universo así como es. ¿Quién lo quiere?

Kip empezaba a sentirse alarmado..., Jonesy estaba dislocándose realmente. ¿Por qué diablos había elegido un día tan maravilloso para iniciar aquél estúpido no-viaje?

—Entonces *toma* al menos algo —dijo, ofreciendo a Jonesy la caja de píldoras.

Con mano temblorosa, Jonesy agarró una cápsula de peyotadrena y una tableta de quince miligramos de lebemil y se los tragó ávidamente en seco.

—¿Cómo diablos podía *vivir* la gente antes de los psicodélicos? —exclamó—. ¿Cómo infiernos podían soportarlo?

—¿Quién sabe? —dijo Kip, cerrando los ojos y encarándose directamente al sol, dejando que su conciencia se difundiera en el universo de dorada y anaranjada luz aprisionada por sus párpados—. Quizá tuvieran alguna manera de no pensar en ello.

EL ASTRONAUTA MUERTO

JAMES G. BALLARD

En la madrugada en que, en 1969, Armstrong y Aldrin cumplieron la increíble gesta en la que un hombre pusiera por primera vez el pie en la Luna, yo me hallaba sentado frente al televisor, con las manos crispadas, los ojos muy abiertos, y un buen número de tazas de café en el estómago para mantenerme despierto. Y en todo el mundo hubo millones de personas que hicieron lo mismo..., al menos en aquellos países en que era de madrugada.

Hoy, las reseñas de los nuevos logros astronáuticos apenas ocupan un par de columnas en alguna página interior de los periódicos, y la mayor parte de la gente pasa la hoja tras leer tan sólo los titulares.

¿Qué significa esto? ¿Nos hemos construido un mecanismo de autodefensa ante esas noticias? ¿O es simplemente que el espacio ya no nos interesa? Lo único cierto es que la astronáutica, con su enorme juego de billones de dólares (o de rublos) llama cada vez menos la atención del público.

Dentro de ese cuadro se mueve este relato de James G. Ballard, aparecido originalmente en la revista Playboy, una revista que, además de a sus chicas, ha dedicado desde siempre un interés preferente a la ciencia ficción. Ballard, que en los últimos años ha dedicado la totalidad de su obra a recrear el universo de sus obsesiones particulares acerca de las locuras de nuestra humanidad (baste citar dos de sus últimas obras: Crash, sobre el automóvil como derivativo sexual, y High Rise, sobre la degradación y el retorno a la barbarie de la totalidad de una lujosa torre de apartamentos), nos ofrece aquí el desolador panorama de un Cabo Kennedy abandonado y convertido en cementerio de satélites, y de unos astronautas muertos girando en órbita en torno a nuestro mundo, olvidados por todos..., menos por sus familiares y por el gobierno. Este relato es, a mi juicio, uno de los más tremendos y patéticos cantos a la futilidad de la astronáutica tal como ha sido concebida por los gobiernos, y al mismo tiempo una terrible advertencia a los militares. En ambos aspectos es digna de la mayor atención.

* * *

Cabo Kennedy y sus enormes instalaciones erigidas sobre las dunas ya no eran ahora más que un mausoleo. La arena había sepultado el Banana River y todos sus riachuelos, convirtiendo el antiguo complejo espacial en un desierto pantanoso lleno de islas de hormigón cuarteado. Durante el verano los cazadores se emboscaban entre los restos de los desmantelados vehículos de servicio, pero cuando nosotros llegamos, Judith y yo, era principios de noviembre y no había ni un alma. Tras Cocoa Beach, donde estacioné el coche, los moteles en ruinas desaparecían a medias bajo la vegetación salvaje. Las rampas de lanzamiento apuntaban hacia el atardecer, como los oxidados grafismos de una extraña álgebra celeste.

—La verja de entrada está a ochocientos metros ahí delante —dije—. Esperaremos aquí hasta que se haga de noche. ¿Te sientes mejor?

Judith contemplaba en silencio la enorme nube de color rojo cereza en forma de embudo que parecía estar arrastrando consigo al agonizante día hacia el otro lado del horizonte. El día anterior, en Tampa, había sufrido un momentáneo desvanecimiento sin ninguna causa aparente.

—¿Y el dinero? —dijo de pronto—. Quizá nos pidan más, ahora que estamos

aquí.

—¿Más de cinco mil dólares? No, es suficiente. Los cazadores de reliquias son una especie en vías de extinción. Cabo Kennedy ya no interesa a nadie. ¿Qué te ocurre? —estaba tironeando nerviosamente con sus afilados dedos las solapas de su chaquetón de ante.

—Bueno, es que, pienso..., quizás hubiera tenido que vestirme de negro.

—¿Por qué? Esto no es un entierro, Judith. Vamos, hace veinte años que Robert está muerto. Sé lo que representaba para nosotros, pero...

Ella miraba fijamente los destrozados neumáticos y los restos de los coches abandonados. Sus ojos claros parecían tranquilos en su tenso rostro.

—¿Pero es que no lo comprendes, Philip? —murmuró—. Vuelve. Es preciso que alguien esté ahí esperándolo. Los servicios efectuados en su memoria ante el aparato de radio no fueron más que una farsa atroz. ¿Imaginas el *shock* que hubiera recibido el pastor si Robert le hubiera respondido? Ahora, aquí, tendría que haber todo un comité de recepción esperándole, en lugar de sólo nosotros dos en medio de toda esta ruina.

—Judith —dije, con voz más firme—, podría haber un comité de recepción..., si le dijéramos a la NASA lo que sabemos. Sus restos serían inhumados en la cripta de la NASA en el cementerio militar de Arlington, habría toda una ceremonia, quizás incluso asistiera el propio presidente. Aún estamos a tiempo.

Esperé, pero ella no dijo nada. Miraba con ojos fijos cómo la verja de entrada se diluía en el cielo nocturno. Quince años antes, cuando el astronauta muerto, girando en órbita en torno a la Tierra en el interior de su calcinada cápsula, fue cayendo lentamente en el olvido, Judith se había erigido en un firme comité de recuerdo. Quizá dentro de algunos días, cuando tuviera por fin entre sus manos los restos de lo que había sido Robert Hamilton, se viera libre por fin de su obsesión.

—¡Philip! —dijo de pronto—. Allá arriba. ¿Acaso es...?

Al oeste, arriba en el cielo, entre Cefeo y Casiopea, un punto luminoso avanzaba hacia nosotros como una estrella errante en busca de su zodiaco. Unos minutos después pasó por encima de nuestras cabezas, una débil baliza parpadeante entre los cirros que coronaban el mar.

—Lo es, Judith. —Le mostré los horarios de trayectorias que había anotado en mi bloc—. Los cazadores de reliquias calculan mejor las órbitas que cruzan el cielo que cualquier computadora. Debe hacer años que observan sus pasos.

—¿Quién va en ella?

—Una cosmonauta rusa, Valentina Prokrovna. Fue lanzada hace veinticinco años desde una base de los Urales para instalar un repetidor de televisión.

—¿De televisión? Espero que los espectadores hayan disfrutado con los programas.

La crueldad de aquella observación, dicha mientras Judith descendía del coche, me hizo pensar de nuevo en las verdaderas razones que habían empujado a Judith a

realizar el viaje hasta Cabo Kennedy. Seguí con la mirada la cápsula de la muerta hasta que se desvaneció sobre el Atlántico en sombras, emocionado una vez más ante el trágico pero sereno espectáculo de aquellos viajeros fantasmas regresando al cabo de tantos años, rechazados por las mareas del espacio. Lo único que conocía de aquella rusa, además de su nombre, era su clave: Gaviota. Sin embargo, sin saber exactamente la razón, me sentía contento de estar allí en el momento de su regreso. Judith, por el contrario, no experimentaba nada de aquello. A lo largo de todos aquellos años había permanecido sentada en el jardín, en el frescor del anochecer, demasiado cansada para subir a la habitación y acostarse, sin preocuparse más que de uno solo de los doce astronautas muertos que orbitaban en el cielo.

Aguardó, de espaldas al mar, mientras yo metía el coche en un garaje abandonado, a cincuenta metros de la carretera. Tomé las dos maletas del capó. Una de ellas, la más ligera, contenía nuestras cosas. La otra, forrada interiormente con una chapa metálica, provista de doble asa y con correas de refuerzo, estaba vacía.

Avanzamos en dirección a la verja metálica, como dos viajeros retrasados llegando a una ciudad abandonada desde hace mucho.

Hace veinte años que los últimos cohetes abandonaron los silos de lanzamiento de Cabo Kennedy. Por aquel entonces la NASA nos había transferido —yo era programador de vuelos— al gran complejo espacial planetario de Nuevo México. Poco después de nuestra llegada conocimos a uno de los astronautas que se entrenaban allí, Robert Hamilton. Han pasado dos decenios desde entonces, y lo único que recuerdo de aquel muchacho exquisitamente educado es su penetrante mirada y su tez albina. Tenía los mismos ojos claros y los mismos cabellos opalinos que Judith, y la misma frialdad de comportamiento, casi ártica. Intimamos durante apenas seis semanas. Judith se había sentido atraída por él, un capricho pasajero nacido de esos confusos impulsos sexuales que las mujeres jóvenes y convenientemente educadas expresan de la misma ingenua y típica manera; viéndoles juntos en la piscina o jugando al tenis, no era irritación lo que sentía, sino más bien aprensión ante la idea que, para ella, todo aquello no era más que una efímera ilusión.

Y un año más tarde, Robert Hamilton estaba muerto. Había vuelto a Cabo Kennedy para efectuar uno de los últimos lanzamientos militares antes que el lugar fuera cerrado. Tres horas después del lanzamiento, su cápsula había entrado en colisión con un meteorito que había averiado irrecuperablemente el sistema de distribución de oxígeno. Vivió todavía cinco horas gracias a su traje. Aunque tranquilos al principio, sus mensajes por radio fueron haciéndose más y más frenéticos hasta convertirse al final en un enredo incoherente. Ni Judith ni yo fuimos autorizados a escucharlos.

Una docena de astronautas habían muerto accidentalmente en órbita, y sus cápsulas seguían girando en torno a la Tierra como las estrellas de una nueva constelación. Al principio, Judith no se mostró tan traumatizada, pero más tarde, tras su aborto, la imagen del astronauta muerto girando en el cielo por encima de nuestras

cabezas empezó a obsesionarla. Durante horas permanecía con los ojos fijos en el reloj de la habitación, como si estuviera aguardando algo.

Cinco años más tarde, cuando presenté mi dimisión de la NASA, acudimos por primera vez a Cabo Kennedy. Algunas unidades militares custodiaban todavía las desmanteladas instalaciones, pero la antigua base de lanzamiento había sido convertida ya en cementerio de satélites. A medida que iban perdiendo su velocidad orbital, las cápsulas muertas eran llamadas de nuevo por las radiobalizas. Además de los norteamericanos, los satélites rusos y franceses lanzados en el marco de los proyectos espaciales conjuntos euronorteamericanos regresaban a Cabo Kennedy, y las cápsulas carbonizadas se estrellaban contra el resquebrajado cemento.

Y entonces surgían los cazadores de reliquias, hurgando entre la requemada maleza en busca de los tableros de control, los trajes espaciales y, lo más valioso de todo, los cadáveres momificados de los astronautas.

Esos renegridos fragmentos de tibias y de clavículas, de rótulas y de costillas, reliquias únicas de la era del espacio, eran tan preciosos como los huesos de los santos en la Edad Media. Tras los primeros accidentes mortales en el espacio, la opinión pública había desatado una campaña para que aquellos ataúdes orbitales fueran atraídos de nuevo a la Tierra. Desgraciadamente, cuando un cohete lunar se estrelló en el desierto de Kalahari, los indígenas penetraron en él, tomaron a los astronautas por dioses, cortaron cuatro pares de manos y desaparecieron entre los matorrales. Fueron necesarios dos años para hallarlos. Después de lo cual se deja que las cápsulas orbiten y se consuman hasta el momento en que efectúan la reentrada por sus medios naturales.

Los vestigios que sobreviven al brutal aterrizaje en el cementerio de satélites son recuperados por los cazadores de reliquias de Cabo Kennedy. Esos nómadas viven allí desde hace años, acampando en los cementerios de coches y en los moteles abandonados, arrebatando sus iconos en las propias narices de los guardianes que patrullan por las pistas de cemento. A principios de octubre, cuando un antiguo compañero de la NASA me comunicó que el satélite de Robert Hamilton había entrado en su fase de inestabilidad, me dirigí a Tampa y empecé a informarme del precio que iba a costarme la compra de sus despojos. Cinco mil dólares para lograr que su fantasma fuera depositado por fin bajo tierra y dejara de atormentar el espíritu de Judith no era caro.

Franqueamos la verja a ochocientos metros de la carretera. Las dunas habían aplastado en algunos lugares aquella cerca de seis metros de altura, y la maleza crecía por entre el enrejado. No lejos de nosotros se divisaba la entrada que, más allá de un semiderruido puesto de guardia, se dividía en dos caminos pavimentados que partían en direcciones opuestas. Cuando llegamos al lugar de la cita, los faros de los semitractores de los guardianes iluminaron el lado de la playa.

Cinco minutos más tarde un hombre bajo y de piel curtida surgió de un coche medio sepultado en la arena, a cincuenta metros de nosotros, y avanzó con la cabeza

baja.

—¿Señor y señora Groves? —preguntó. Hizo una pausa para estudiarnos atentamente, antes de presentarse a sí mismo en forma lacónica—: Quinton. Sam Quinton.

Nos estrechamos las manos. Sus dedos, parecidos a garras, palparon mis muñecas y mis antebrazos. Su afilada nariz dibujaba círculos en el aire. Tenía los ojos huidizos de un pájaro, unos ojos que escrutaban incesantemente las dunas y la vegetación. Un cinturón militar mantenía en su sitio su remendado pantalón de terciopelo. Agitaba las manos como si dirigiera una orquesta de cámara oculta tras las arenosas colinas, y observé las profundas cicatrices que surcaban sus palmas, como pálidas estrellas en la noche.

Por un momento, pareció inquieto y como casi sin deseos de continuar. Luego, con un gesto brusco, se giró y avanzó a buen paso entre las dunas, mientras nosotros trastabillábamos tras él, sin que pareciera preocuparle lo más mínimo. Al cabo de una media hora llegamos a una especie de depresión cercana a una instalación transformadora de amoníaco. Tanto Judith como yo estábamos agotados de transportar las maletas por en medio de todos aquellos montones de neumáticos de desecho y piezas metálicas oxidadas.

Algunos *bungalows*, edificados originalmente junto a la playa, habían sido transportados al interior de una hoya. Su equilibrio era más bien precario debido a la pendiente, y sus paredes exteriores estaban adornadas con cortinas y papeles estampados.

La hoya estaba llena de material espacial recuperado: elementos de cápsulas, protectores térmicos, antenas, fundas de paracaídas. Dos hombres de rostro pálido, vestidos con ropas de trabajo, estaban sentados en un asiento trasero de coche, junto a la abollada carcasa de un satélite meteorológico. El de más edad de los dos llevaba un rajado casco de aviador hundido hasta los ojos, y sus manos llenas de cicatrices pulían el visor de un casco espacial. El más joven, cuya boca permanecía oculta por una pequeña pero espesa barba, miró como nos acercábamos con la misma fría e indiferente mirada de un empresario de pompas fúnebres.

Entramos en la mayor de las cabañas, dos habitaciones construidas a partir de uno de los *bungalows* de la playa. Quinton encendió una lámpara de petróleo y, haciendo un gesto vago hacia el deteriorado interior, murmuró sin excesiva convicción:

—Estarán bien aquí. —Al ver la expresión visiblemente disgustada de Judith, añadió—: Bueno, no tenemos demasiados visitantes, ¿saben?

Dejé nuestro equipaje sobre la cama metálica. Judith se dirigió a la cocina, y Quinton señaló la maleta vacía.

—¿Están ahí?

Saqué del bolsillo dos fajos de billetes de a cien dólares y se los tendí.

—La maleta es... para los restos. ¿Es lo bastante grande?

Me miró, a la rojiza claridad de la lámpara de petróleo, como si nuestra presencia

allí le desconcertara.

—Hubiera podido ahorrarse toda esta molestia, señor Groves. Hace un montón de tiempo que están ahí arriba, ¿sabe? Después del impacto... —una misteriosa razón le hizo dirigir una mirada fugaz a Judith—, una caja de las usadas para guardar las piezas de un juego de ajedrez hubiera bastado.

Cuando se fue, me reuní con Judith en la cocina. De pie ante el hornillo, con las manos apoyadas sobre una caja de latas de conserva, estaba mirando a través de la ventana todos aquellos detritus del cielo donde Robert Hamilton seguía girando todavía. Tuve la fugitiva sensación que toda la tierra estaba recubierta de detritus, y que era precisamente allí, en Cabo Kennedy, donde habíamos hallado por fin la fuente.

Apoyé mis manos en sus hombros.

—¿Por qué todo esto, Judith? ¿Por qué no regresamos a Tampa? Lo único que tendríamos que hacer sería volver otra vez dentro de diez días, cuando ya todo hubiera terminado...

Se volvió y frotó su chaqueta de ante, como si quisiera borrar la huella dejada por mis manos.

—Quiero estar aquí, Philip. Por penoso que sea. ¿Acaso no puedes comprenderlo?

A medianoche, cuando terminé de preparar nuestra parca cena, ella estaba de pie en lo alto de la pared de hormigón del silo de fermentación. Los tres cazadores de restos, sentados sobre el asiento trasero de coche, la contemplaban sin moverse, con sus manos llenas de cicatrices parecidas a llamas en medio de la noche.

A las tres de la madrugada, mientras permanecíamos tendidos en la estrecha cama, inmóviles, sin dormir, Valentina Prokrovna regresó del cielo. Realizó su última vuelta en un esplendoroso catafalco de aluminio incandescente de casi trescientos metros de longitud. Cuando salí, los cazadores de reliquias ya no estaban allí. Los vi correr entre las dunas, saltando como liebres por encima de los neumáticos viejos y de la chatarra.

Volví a entrar en la habitación.

—Está llegando, Judith. ¿Quieres verla?

Con sus rubios cabellos sujetos con un pañuelo blanco, tendida boca arriba sobre la cama, contemplaba fijamente el resquebrajado yeso del techo. Poco después de las cuatro, mientras yo permanecía sentado a su lado, un resplandor fosforescente inundó la hoya. A lo lejos resonaron una serie de explosiones que atronaron a lo largo de la muralla de dunas. Se encendieron algunos proyectores, seguidos por el estruendo de motores y sirenas.

Los cazadores de reliquias regresaron al amanecer, con sus destrozadas manos envueltas en vendajes hechos a toda prisa, arrastrando su botín.

Tras aquel melancólico ensayo general, Judith pareció ser presa de una febril actividad tan inesperada como repentina. Como si preparara la casa para alguna

visita, colgó las cortinas y barrió las dos habitaciones con un meticuloso cuidado. Incluso le pidió a Quinton un producto para abrillantar el suelo. Durante horas, sentada frente al tocador, cepillaba sus cabellos, probando uno tras otro nuevos peinados. La observé varias veces palpando sus hundidas mejillas, como buscando en ellas los contornos de un rostro que había desaparecido hacía veinte años. Cuando hablaba de Robert Hamilton, parecía tener miedo de parecerle demasiado vieja. En otras ocasiones lo evocaba como si él fuese un niño, el hijo que no habíamos podido tener tras su aborto. Aquellos papeles contrapuestos se iban encadenando como las peripecias de un psicodrama íntimo. Sin embargo, y sin saberlo, ambos utilizábamos a Robert Hamilton desde hacía años, cada uno por distintas razones personales. Esperando su regreso con la certeza que, después, Judith ya no tendría a nadie más hacia quien volverse excepto a mí, yo esperaba y callaba.

Durante todo aquel tiempo, los cazadores de reliquias trabajaban sobre los restos de la cápsula de Valentina Prokrovna: la deformada porcelana térmica, el chasis de la unidad telemétrica, varias cajas de película en las que había quedado registrada la colisión y la muerte de la cosmonauta (si la película estaba intacta, recibirían elevados precios por ellas: los cines clandestinos de Los Ángeles, Londres y Moscú se disputarían aquellas imágenes de violencia y horror que crispaban a sus públicos). Al pasar ante la cabina adyacente a la nuestra, vi un plateado traje espacial desgarrado cuidadosamente extendido sobre dos asientos de coche. Quinton y sus compañeros, con los brazos metidos en las mangas y las perneras de la escafandra, me miraron con una expresión extática en sus ojos.

Una hora antes del amanecer fui despertado por el ruido de motores procedentes de la playa. Los tres cazadores de reliquias estaban escondidos tras el silo, con sus crispados rostros iluminados por sus lámparas frontales. Un largo convoy de camiones y de semitractores evolucionaba por el área de lanzamiento. Algunos soldados saltaron de sus vehículos y empezaron a descargar tiendas y material.

—¿Qué están haciendo? —le pregunté a Quinton—. ¿Acaso nos están buscando?

El hombre colocó una mano llena de costuras formando visera sobre sus ojos.

—Es el ejército —dijo con voz insegura—. Quizás estén de maniobras. Es la primera vez que veo al ejército aquí.

—¿Y Hamilton? —murmuré, aferrando su descarnado brazo—. ¿Está seguro que...?

Me apartó con un gesto irritado que revelaba su inquietud.

—Seremos los primeros, no se preocupe. Va a llegar antes de lo que ellos creen.

Como profetizara Quinton, Robert Hamilton emprendió su último descenso dos noches más tarde. Lo vimos surgir de entre las estrellas y efectuar su última pasada. Reflejado miles de veces en los cristales de los coches apilados, su cápsula llameó entre la vegetación que nos rodeaba. Una difusa estela plateada dejó un fantasmagórico rastro a su paso.

Se produjo una repentina y febril actividad en el campamento militar. Los haces

luminosos de los faros se entrecruzaron sobre las pistas de hormigón. En contra de la opinión de Quinton, yo había comprendido que no se trataba de maniobras, sino que los soldados estaban allí preparándose para el aterrizaje de la cápsula de Robert Hamilton. Una docena de semitractores patrullaban entre las dunas, incendiando los *bungalows* abandonados y aplastando las viejas carcasas de los automóviles. Equipos especializados reparaban la verja y reemplazaban los elementos de señalización desmantelados por los cazadores de reliquias.

Robert Hamilton apareció por última vez un poco después de medianoche, a una elevación de 42 grados noroeste, entre Lira y Hércules. Judith se levantó de un salto y lanzó un grito. Al mismo instante, un gigantesco dardo de claridad desgarró el cielo. El deslumbrante halo que no dejaba de aumentar de tamaño se precipitaba sobre nosotros como un gigantesco cohete luminoso, mostrando el paisaje hasta sus más mínimos detalles.

—¡Señora Groves! —Quinton se lanzó sobre Judith, que echaba a correr hacia el satélite en caída libre, y la tiró de bruces al suelo. A trescientos metros, en la cúspide de una duna, se erguía la aislada silueta de un semitractor; el llamear del meteoro ahogaba sus luces de posición.

La cápsula incandescente, el ataúd del astronauta muerto, pasó sobre nuestras cabezas con un sordo y metálico suspiro, haciendo llover gotas de metal derretido. Al cabo de unos segundos, mientras yo me protegía los ojos, una columna de arena surgió tras de mí, y un chorro de polvo se elevó hacia el cielo en medio de la noche, como un inmenso espectro hecho de huesos pulverizados. El sonido del impacto repercutió de duna en duna. Cerca de las rampas se elevaron llamaradas allá donde caían fragmentos de la cápsula. Un sudario de gases fosforescentes flotaba centelleando en el aire.

Judith corría a toda velocidad, pisándoles los talones a los cazadores de reliquias, cuyas luces zigzagueaban. Cuando los alcancé, los últimos braseros provocados por la explosión morían entre las instalaciones. La cápsula había aterrizado al lado de las antiguas rampas del cohete Atlas, excavando un pozo poco profundo de unos cincuenta metros de diámetro, cuyas paredes estaban sembradas de puntos de luz que brillaban como ojos que se fueran cerrando lentamente. Judith corría en todos sentidos, escarbando entre los restos de metal aún incandescentes.

Alguien me empujó. Quinton y sus hombres, con sus quemadas manos cubiertas de cenizas calientes, me rebasaron. Corrían como locos, con una luz salvaje brillando en sus ojos. Mientras nos alejábamos a toda velocidad de los proyectores que taladraban las tinieblas, me giré hacia la playa. Una pálida luminosidad plateada envolvía las instalaciones. Aquella nube resplandeciente fue arrastrada hacia lo lejos, como un fantasma moribundo, en dirección al mar.

Al amanecer, mientras los motores gruñían y resoplaban entre las dunas, recogimos los restos de Robert Hamilton. Quinton entró en nuestra casa y me tendió una caja de zapatos. Judith, en la cocina, se secó las manos con un pañuelo.

Tomé la caja.

—¿Es todo lo que han encontrado?

—Es todo lo que había. Si quiere puede ir a mirar usted mismo.

—Está bien. Nos iremos dentro de media hora.

Agitó la cabeza.

—Imposible. Están por todas partes. Si se mueven nos descubrirán.

Esperó a que yo alzara la tapa de la caja, hizo una mueca, y salió al exterior.

Nos quedamos allí otros cuatro días. El ejército rastreaba las dunas. Día y noche, los semitractores cruzaban entre los *bungalows* y los coches abandonados. En una ocasión, mientras espiaba la danza de vehículos desde detrás de una torre de aguas, un semitractor y dos *jeeps* llegaron a menos de cuatrocientos metros de nuestra hoya. Sólo el olor de los silos de sedimentación y el mal estado de las calzadas de hormigón les impidieron acercarse más.

Durante todo aquel tiempo, Judith permaneció sentada en la habitación, con la caja de cartón posada sobre su regazo. No decía nada. Como si ni yo ni el basurero de Cabo Kennedy le interesáramos ya. Se peinaba con gestos mecánicos, se maquillaba y volvía a maquillarse una y otra vez, incansablemente.

Al segundo día, me reuní con ella tras ayudar a Quinton a enterrar sus cabañas en la arena hasta las ventanas. Estaba de pie junto a la mesa.

La caja estaba abierta. En medio de la mesa estaban apilados una serie de bastoncillos carbonizados, como si hubiera estado intentando encender un fuego. Comprendí bruscamente que así había sido. Mientras removía las cenizas con sus dedos, vi asomar un fragmento de caja torácica, una mano y una clavícula.

Ella me miró con aire aturdido.

—Están negros —dijo.

La tomé en brazos y la obligué a tenderse en la cama. Me tendí a su lado. Fragmentos de órdenes amplificadas por los altavoces y cuyo eco era retransmitido por las dunas golpeaban contra los cristales.

—Ahora podemos irnos —dijo Judith cuando la columna de soldados se hubo alejado.

—Un poco más tarde, cuando ya no haya nadie —dije yo—. ¿Qué hacemos con esto?

—Enterrarlo. En cualquier lugar, ya no tiene importancia.

Parecía haber recuperado finalmente la tranquilidad. Me dedicó una breve sonrisa, como admitiendo que aquella macabra comedia por fin había terminado.

Sin embargo, una vez hube colocado de nuevo los huesos en la caja de zapatos y recuperado las cenizas de Robert Hamilton con ayuda de una cucharilla de postre, tomó de nuevo la caja de cartón y se la llevó a la cocina cuando fue a preparar la cena.

La enfermedad apareció al tercer día.

Tras una larga y agitada noche, encontré a Judith peinándose ante el espejo. Tenía

la boca abierta, como si sus labios estuvieran impregnados de ácido. Cuando se sacudió la falda para eliminar los cabellos que habían caído en ella me sorprendí ante la leprosa blancura de su rostro.

Me levanté a duras penas, me dirigí pesadamente a la cocina, y me quedé contemplando el pote lleno de café frío. Sentía un cansancio indefinible, parecía como si mis huesos se hubieran reblandecido, estaba extenuado. Mi cuello y hombros estaban llenos de cabellos.

Judith se acercó a mí con paso vacilante.

—Philip... ¿Te encuentras mal?... ¿Qué es esto?

—El agua —murmuré. Vacié el café en el fregadero y me apreté la garganta—. Debe estar contaminada.

—¿Podemos irnos ya? —Se llevó una mano a la frente y, con sus uñas quebradizas, se arrancó un mechón de cabellos color ceniza—. ¡Philip! ¡Por el amor del cielo! ¡Se me está cayendo todo el cabello!

Ambos nos sentíamos incapaces de comer nada. Tras forzarme a tragar un poco de carne fría, tuve que salir a vomitar fuera de la cabaña.

Quinton y sus hombres estaban agachados junto al silo. Me acerqué a ellos y tuve que apoyarme contra la carcasa del satélite meteorológico para mantener el equilibrio. Quinton se acercó a mí. Cuando le dije que era probable que los depósitos de agua estuvieran contaminados, sus acerados e inquietos ojos de pájaro se me quedaron mirando fijamente.

Una hora más tarde se habían ido todos.

A la mañana siguiente, nuestro último día en aquel lugar, nuestro estado empeoró. Judith, temblando bajo su chaqueta de ante, permaneció tendida en la cama, con la caja de zapatos sujeta entre sus brazos. Yo pasé horas enteras buscando agua potable en los *bungalows*. Mi agotamiento era tal que tuve que trabajar lo increíble para alcanzar el borde opuesto de la hoya. Las patrullas militares no habían estado nunca tan cerca. Podía oír el sonido de los semitractores cuando cambiaban de marcha. Los ladridos de los altavoces martilleaban mi cráneo como puños de acero.

Mientras miraba a Judith a través de la puerta abierta, algunas palabras llegaron hasta mi conciencia:

—... *zona contaminada...*, *evacuen...*, *radiactividad...*

Fui junto a Judith y le arranqué la caja de las manos.

—Philip... —me miró con expresión abatida—. Devuélvemela...

Su rostro era una máscara abotagada. Manchas lívidas marcaban sus muñecas. Su mano izquierda se tendió hacia mí como la garra de un cadáver.

Agité rabiosamente la caja. En su interior, los huesos entrechocaron.

—¡Maldita sea, es *esto!* ¿No comprendes..., no comprendes por qué estamos enfermos?

—¿Dónde están los demás, Philip? El viejo, los otros... Ve a buscarlos... Diles que nos ayuden.

—Se han ido. Ayer. Ya te lo dije.

Dejé caer la caja de cartón sobre la mesa. La tapa se abrió, dejando escapar un fragmento de caja torácica. Las costillas parecían un manojo de ramas secas.

—Quinton sabía qué era lo que pasaba. El porqué el ejército estaba aquí. Intentó prevenirnos.

—¿Qué quieres decir? —Se irguió. Parecía como si tuviera que esforzarse para mantener su visión clara—. No hay que dejarles que se lleven a Robert. Entiéndalo en cualquier parte. Ya vendremos a buscarlo en otra ocasión.

—¡Judith! —me incliné sobre la cama—. ¿Acaso no te das cuenta? ¡Había una *bomba* a bordo! ¡Robert Hamilton llevaba consigo en su cápsula un proyectil atómico! —Me acerqué a la ventana y aparté las cortinas—. Ha sido una buena broma. Veinte años aguantando porque no podía tener la certeza...

—Philip...

—No te preocupes. Yo también lo utilicé. Creía que sólo él podía permitirnos continuar. ¡Y, durante todo este tiempo, él ha estado esperando ahí arriba la hora de arreglar cuentas con nosotros!

Un tubo de escape petardeó en el exterior. Un semitractor, en cuyas puertas y capota había pintada una enorme cruz roja, apareció en el borde de la hoya. Dos hombres vestidos con trajes protectores saltaron al suelo. Esgrimían contadores Geiger.

—Judith, antes que se nos lleven, dime... Nunca te lo he preguntado...

Sentada en la cama, Judith acariciaba distraídamente los cabellos esparcidos sobre la almohada. La mitad de su cráneo estaba casi desnudo. Miraba como sin ver sus manos de epidermis cada vez más pálida y desprovistas casi de fuerza. Nunca había visto en su rostro aquella expresión: la rabia sorda que engendra la traición.

Cuando sus ojos se posaron en mí y en los huesos esparcidos sobre la mesa, supe finalmente la respuesta a mi pregunta.

TODOS MORIMOS DESNUDOS

JAMES BLISH

En 1969, la editorial Meredith Press realizó un interesante y muy poco habitual experimento. Sobre un corto texto de Arthur C. Clarke (apenas dos páginas), en el que el célebre autor inglés hacía una breve exposición de los peligros que representaba para el hombre el perfeccionamiento de su propia tecnología, pidió a tres autores distintos de ciencia ficción que desarrollaran a su libre albedrío una idea inspirada en esta premisa, convirtiéndola en un relato corto. Los tres autores en cuestión, Robert Silverberg, Roger Zelazny y James Blish, cumplieron su cometido, y el resultado apareció en forma de libro con el título Three for Tomorrow.

El relato de Silverberg, resultó interesante, aunque no era de los mejores de su autor; el de Zelazny, The Eve of Rumoko mucho más impactante, iba a servir de base a su autor para desarrollar posteriormente una novela, que recientemente acaba de ser publicada en español (El Hombre Que No Existía, Col. Nebulae); el de Blish es el que sigue a continuación, y en pocos años iba a convertirse en una obra maestra, citada como un relato ejemplar de ciencia ficción.

Blish parte de un supuesto tremendamente actual: las consecuencias de la progresiva degradación de nuestro mundo a causa de los desechos que arrojamos constantemente y de las plagas que infligimos despreocupadamente a nuestra ecología. Sobre esta base real, y de una forma tremendamente dramática, Blish nos plantea una de las más sobrias y descarnadas imágenes del fin del mundo..., un fin del mundo terrible porque es a muy corto plazo. Los hechos en que se fundamenta el relato son absolutamente reales, tanto en lo que se refiere a la inyección de desechos en simas profundas y sus consecuencias como al efecto de invernadero (les recomiendo que lean al respecto el libro Juicio Final, de Gordon Rattray Taylor, publicado en español por Editorial Bruguera). Es por ello por lo que considero que el futuro imaginado por Blish es uno de los más estremecedores que haya tenido ocasión de leer en los últimos años, ya que no es un futuro a largo plazo sino inmediato, muy inmediato...

* * *

1

Al salir a comer, Alexei-Aub Kehoe Salvia Sol-Luna-Lago Stewart de San Diego se tropezó con un equipo de media docena de hombres que, provistos de martillos neumáticos, estaban abriendo la calle ante su casa. Las afiladas palas que remataban los utensilios arrancaban el asfalto en blandas planchas rectangulares que formaban burbujas aquí y allá. El ruido era infernal. Un numeroso corro de menores-de-veinte-años danzaban a su compás, protegido de los peligros de la circulación por las barricadas que había instalado la policía cortando los dos accesos a la manzana. Los

operarios bajo sus máscaras de gas, le recordaron tras unos instantes de lucubraciones mentales un grabado sobre madera de la *Totentanz* por Hans Holbein el Joven.

Claro que él tampoco era demasiado apuesto, incluso sin máscara de gas, pensó. Pero ya se había acostumbrado a ello. Tenía el pelo rubio, es cierto, aunque éste era su único rasgo vikingo. De hecho, era más bien bajo incluso en relación con las normas de subalimentación actuales, y, lo que era peor aún, estaba gordo, lo cual atraía esas miradas mezcla de odio y envidia que experimentan los subalimentados hacia aquellos que suponen deben atiborrarse en sus posiciones de privilegio. Lo cual no dejaba de ser cierto con referencia a Alex, como sabían todas sus amistades: como jefe de uno de los sindicatos más estrechamente relacionados con el gobierno, teóricamente podía ser considerado casi como un funcionario, y por otro lado no podía imputar sus grasas a una deficiencia metabólica; en realidad, era sabido por todo el mundo que sentía hacia la comida la misma avidez que sintiera Shakespeare por las palabras. Y a sus cuarenta años no iba a emprender un programa de reforma dietética. Su rostro, por otra parte, había sido siempre más bien ancho, y ahora la aparición de una pequeña papada daba la impresión que alguna criatura de buenos instintos pero de gordas posaderas se le hubiera sentado encima. Pero después de todo, teniendo en cuenta que como los demás había nacido en una atmósfera y en general en una ecología que era un auténtico océano de mutágenos, se inclinaba a considerarse feliz por no tener la nariz situada al revés o provista de una tercera fosa nasal.

Los jóvenes que danzaban en torno a las obras le dificultaban el paso más de lo habitual, pero esto no molestaba a Alex. Los observó con una cierta ternura: consumían, pero no producían. Además, el puro hecho de caminar era de por sí un privilegio. En la parte baja de Manhattan uno o bien poseía un bote (si era rico) o se trasladaba de un sitio a otro en una de las barcas del Departamento de Transportes tras salir de su oficina por una de las ventanas del primer piso.

Le gustaba recordar que, hacía apenas veinte años, Morningside Heights era una zona poblada tan sólo por algunas casas bajas de construcción sencilla (según las normas modernas) rodeando los edificios de la gran universidad a la que pertenecían. Actualmente, como todos los demás terrenos elevados de la ciudad, se había convertido en un enorme conjunto de rascacielos donde vivían tan sólo los más poderosos de la Tierra. Los demás debían chapotear por los fétidos y espumantes canales de Times Square, de Wall Street, del Rockefeller Center o de otros lugares parecidos, apartando de la mejor manera posible los excrementos y los conciudadanos, empujándose en las pasarelas que unían los edificios. Las tierras bajas como Brooklyn —que en su tiempo había sido una de las mayores ciudades del mundo— estaban por supuesto inundadas en su totalidad, lo cual de todos modos no importaba demasiado, ya que los temblores de tierra habían empeorado en aquel sector desde hacía un cierto tiempo.

Los más poderosos de la Tierra. La frase le gustaba a Alex. Él era uno de ellos.

En su calidad de Presidente General de la Logia 802 de la Fraternidad Internacional de Ingenieros de Higiene, pocos podían ponerse a su altura, y no sólo en su estimación personal. Por supuesto, un personaje como Everett Englebert Loosli Vladimir Bingovitch Felice de Tohil Vaca, en virtud de su más alto linaje y de su puesto aún más elevado de Secretario de Salud, Educación, Bienestar y Recursos de los Estados Unidos, ocupaba un rango más honorable, pero era dudoso que, pese a todas sus ventajas hereditarias, fuera el más cultivado de los dos..., y pensó Alex, las próximas semanas iban a revelar quién de ellos era el más poderoso.

Mientras se ajustaba su máscara —por nueva que fuese una máscara, cada día parecía dejar pasar una cantidad mayor de partículas libres—, desechó resueltamente aquellos pensamientos para prepararse a *gozar* de su caminata y luego de su comida. Hoy era el día de su tertulia con los escritores, artistas y músicos de su círculo..., gentes sin la menor importancia en el mundo moderno salvo para él, que era su patrón. (Su *protector*, se corrigió, inclinando la cabeza en dirección a la zona residencial Peter Stuyvesant, cercada por el agua). Incluso había autorizado a una de tales personas, que quizá llegara incluso a tomar como próxima esposa si seguía manteniendo lo que prometía, a criar unos gatos, criaturas tan inútiles como los estetas en esta civilización que se endurecía cada vez más, pese a que producían muchos menos desechos concretos.

De todos modos, no pudo evitar —¿acaso no era él ante todo un profesional?— el preguntarse lo que harían aquellos hombres enmascarados de los martillos perforadores con el asfalto que estaban levantando. El trabajo en sí era necesario: una capa de asfalto en una ciudad donde la temperatura media rara vez descendía por debajo de los 28° era más una trampa que un inconveniente. Los pies de los bailarines empezaban ya a pegarse. De todos modos, se trataba de una materia casi completamente no degradable. Una vez la arrancaran y se la llevaran de allí, ¿dónde irían a arrojarla? En Riverdale existía una charca subterránea de alquitrán donde esos residuos se metabolizaban lentamente —demasiado lentamente— en anhídrido carbónico y agua por la acción de un organismo denominado *bacillus aliphaticus*, pero la charca estaba llena a rebosar, y la viscosidad del producto hacía que los lodos fueran expulsados hacia arriba como hace una jarra de cerveza con la espuma acumulada en el fondo. No estaba lejos el tiempo en que las cloacas de Riverdale empezarían a dejar filtrar en las encajonadas avenidas no ya los residuos habituales sino unos concentrados malolientes y tan pegajosos que el asfalto sobrecalentado parecería en comparación algo tan inofensivo como el cemento frío. Y el anhídrido carbónico ya no era un subproducto deseable...

Pero por ahora todo aquello importaba poco. Alex llamó a la puerta de *El bote de pesca*, se dio a conocer, y fue introducido. Su pequeña corte le esperaba a la mesa, y varias manos se levantaron en un solemne saludo hacia él. Acababa apenas de divisar a Juliette Bronck en la penumbra cuando Fantasía y ad Parnassum se levantaron ceremoniosamente y lo saludaron:

—Ave, basurero.

Alex se sintió profundamente ofendido, puesto que nadie utilizaba ya ese apelativo, y lo que era peor, se dio cuenta que su actitud podía ser observada. La gente debería darse cuenta que es difícil ser amigo de personas que se niegan a respetar la sensibilidad de los demás. Pero lo peor todavía no había llegado.

—Escuche —dijo Fantasía, con una vehemencia mal contenida—, siéntese. Deje a un lado su pala. Ya no va a necesitarla más.

—¿Por qué no, Fan?

—¿Por qué no? —Fantasía exageró su expresión de asombro, y finalmente añadió—: ¡Cielo Santo, Alex! ¿Acaso ignora *todavía* que el mundo está tocando a su fin?

Oh, así que era eso de nuevo: Fan se había embarcado otra vez en una de sus manías. La comida no iba a ser muy agradable.

—Está bien —dijo Alex, sintiéndose repentinamente cansado. Se sentó y echó una mirada circular, en un intento de irradiar benevolencia. La cosa no tendría que ser difícil. Al fin y al cabo, allí estaban Juliette, una auténtica muñeca, veintiséis años, morena, dimensiones pensadas para el bikini y no mucho más vestida que eso en aquel momento; Will Emsherdder, un tipo alto, de aspecto cadavérico y voz suave, que en una ocasión había montado un espectáculo de participación total y de doce horas de duración titulado *La Filosofía en el Cubo de la Basura*; Rosasharn Ellisam, una de las heroínas culturales de Alex, ya que fabricaba esculturas con ayuda de viejas estructuras metálicas soldadas que de otro modo hubieran debido ser eliminadas Dios sabía cómo; Goldfarb Z, un musulmán blanco que escribía desde hacía nadie sabía cuántos años, con tinta invisible, una epopeya subliminal titulada *aisí mobibisé mcmoonahan*; Strynge Tighe, un irlandés recalcitrante vestido enteramente con hileras de granos de maíz pintados de azul, especializado en una forma poética etrusca increíblemente antigua llamada *txckxrxsm*; Beda Grindford, considerado como el último hombre que abandonó Los Ángeles antes que estallara la fábrica Hyperion, pero que no era poseedor de ningún otro título honorífico; Arthur Lloyd Merlyn, un holgazán sincero y hereditario que pasaba su vida buscando a alguien que quisiera hablar en su favor; Bang Johnsund, que escribía para la trivisión una interminable serie titulada *La Cosa de Allá Abajo*; Girlie Stonacher, una rubia muñequita que había sido *azafata* en la lanzadera que transportaba los viajeros hasta la nave lunar antes que todos los vuelos comerciales a la Luna fueran interrumpidos; la mujer de Fantasía, Gradus, quizá la más hermosa de las mujeres desde Leonor de Aquitania, que iba desnuda por todos lados y era capaz de hacerte rodajas si tan sólo dabas la impresión que te habías dado cuenta de ello; Polar Pons, que debido a su estatura de dos metros setenta era muy solicitado como conferenciante; y, naturalmente, el habitual grupo de jóvenes, que no contaban.

Sin olvidar, por supuesto, la inevitable espina en el flanco de cualquier grupo como aquél, en este caso el propio Fantasía. Siempre había alguien como él. Era un hombre bastante corto de estatura, pero bien proporcionado, de unos cincuenta años,

que exasperaba a Alex; en primer lugar, porque descendía de la estirpe más vasta y más distinguida de toda Norteamérica, un hombre tan distinguido que la sola lista de sus nombres llenaba tres páginas de los registros de cualquier hotel y se remontaba a los días del Imperio Austrohúngaro; en segundo lugar, porque se habían enriquecido de una forma socialmente irreprochable gracias a una serie de invenciones útiles (por ejemplo, había inventado una lata de cerveza, que, una vez vacía, se combinaba con el smog atmosférico para disolverse hasta su base, la cual se convertía entonces en un tazón que contenía aún un sorbo de cerveza, apurado el cual se disolvía a su vez, transformándose en barniz para mostradores); en tercer lugar, porque estaba siempre dispuesto a argumentar en favor de uno u otro aspecto de una cuestión, sin dar nunca la impresión de aferrarse a ninguna opinión por el solo hecho que su argumentación le aseguraba la supremacía (éste era su arte, en aquella reunión de artistas); y finalmente, porque la experiencia había demostrado que tenía razón cada vez (o casi) que Alex había tenido la certeza de atraparle en la enumeración de sus puntos positivos.

Sin embargo, en el fondo le agradaba, y la mayor parte del tiempo se entendía bien con él, aunque se negaba obstinadamente a creer que Fantasía tomara nada en serio. Pero ahora, por primera vez, Fantasía lo había insultado *realmente*; y...

—... el fin del mundo —dijo sombríamente Fantasía.

—Escribe una pancarta y cuélgatela —dijo Alex, tomando el menú con aire casual. Le hubiera gustado comer cangrejo de Alaska, pero la especie se había extinguido: el canal navegable construido en 1980 a la altura de Guatemala había permitido que las grandes mareas del Atlántico penetraran rítmicamente en el Pacífico, con consecuencias análogas a las de la admisión de la lamprea en los Grandes Lagos por el canal de San Lorenzo, pero mucho más graves. El plato del día era langostinos al neón. Sabiendo de donde provenían, Alex perdió repentinamente el apetito. Dejó la carta sobre la mesa y alzó la vista hacia su reciente antagonista.

—¡Por los clavos de Cristo, escuchen esto! —murmuró.

—Alex —dijo Fan, con una especie de inquietante ternura—, no vamos a salirnos de ésta con una comilona, ni siquiera regándola con salsa de mierda. No, no arrugue la nariz. Ha llegado la hora de llamar a las cosas por su nombre. He reflexionado mucho, y sea cual sea el ángulo desde el que lo mire, creo sinceramente que esto se acaba.

Juliette sujetó a Alex por el codo, como queriéndole decir: *No lo escuches, no dejes que te envuelva con sus palabras, yo estoy aquí para reconfortarte*. Pero Alex no tenía elección.

—Adelante —dijo, como le diría la serpiente a la mangosta.

Tras el último jadeo, tras el último esfuerzo por no darse por vencido y abandonar, Alex puso sus pies entre los enroscados cuerpos de los gatos y estaba ya oscilando al borde del olvido cuando Juliette preguntó:

—¿Duermes, Alex?

Suspiró, apartó con la rodilla a un gato que respondía al alucinante nombre de Hausmaus, y se apoyó sobre un codo. A su lado, Juliette irradiaba los aromas entremezclados de su desodorante y del amor, pero su expresión era la de una mujer que se decide finalmente a entrar de lleno en el tema. Clavando en forma vindicativa el dedo gordo de su pie en las costillas del gordo siamés llamado Splat, Alex respondió:

—No, por ahora aún no. ¿De qué se trata?

—¿Crees realmente que Fan tiene razón?

—Por supuesto que no. Tan sólo quería impresionar. Sabes bien que, si hubiera declarado que estaba de acuerdo con él, hubiera cambiado inmediatamente de opinión. Ahora déjame dormir. Mañana tengo trabajo..., al menos yo.

—Pero Alex, parecía tan..., tan..., *convencido*. Y lo dijo muy claramente: *Sea cual sea el ángulo desde el que lo mire*.

—Siempre parece estar muy convencido. Escucha, Juliette, es cierto que la destrucción de los desechos nos plantea cada vez más problemas. Todo el mundo lo sabe, y yo más que nadie. Pero afrontamos el problema y lo resolvemos. Siempre lo hemos resuelto. Hace más de veinte años que la gente predice el desastre, y nunca llega. Y nunca llegará.

—Pero él parece estar en posesión de todas las cifras.

—Y no me sorprendería que fueran absolutamente exactas. Al menos me lo han parecido, en los campos que conozco. Pero lo que Fan no tiene en absoluto en cuenta es la simple masa de la Tierra..., incluidos mar y aire, lo cual da una buena cifra. No se pueden provocar grandes cambios en un cuerpo tan enorme con tan sólo un poco de basura. Para tales cambios hacen falta auténticas eras geológicas.

—¿Estás seguro de ello?

—Por supuesto que estoy seguro. Anda, duerme.

Duerme...

Algunos tipos de detritus —la herrumbre, los cascotes, los productos de la erosión— son metabolizados o restituidos de tal modo que se equilibran dentro del orden general de la naturaleza. Otros, en cambio, no.

Entre los que no son asimilables figuran las latas de aluminio, las botellas de cristal, la cerámica, los recipientes de plástico de cualquier clase. El declive empezó el año 1938, en el que tan sólo en los Estados Unidos se desecharon casi treinta y cinco millones de toneladas de esos objetos indigestos, irrecuperables, incombustibles, imposibles de eliminar. En 1969 el índice era en el país de

setecientos cincuenta kilos por año e individuo —hombre, mujer o niño—, y aumentaba cada año un cuatro por ciento. Aquel año los norteamericanos arrojaron cuarenta y ocho mil millones de latas de aluminio, veintiocho mil millones de botellas y recipientes de cristal, e incalculables miles de millones de recipientes de plástico de todas formas y tamaños..., es decir, en total ciento cuarenta mil millones de toneladas de detritus indestructibles.

En 1989, el total anual alcanzaba los trescientos once millones de toneladas. Y nada de esto había desaparecido. En aquellos momentos, la acumulación, tan sólo por los Estados Unidos, alcanzaba los 7.141.950.000 de toneladas.

Esto no quiere decir que no se hicieran esfuerzos para resolver el problema. Las latas que contenían al menos un cierto porcentaje de hierro fueron recogidas por electroimanes. Una parte del vidrio fue pulverizado en granos más pequeños que el del azúcar en polvo y esparcido en grandes depósitos como el lago Erie, donde, puesto que el cristal era ligeramente soluble en el agua, terminaría por convertirse muy lentamente en un polucionante *disuelto*. Pero como se rompía y se arrojaba el vidrio desde que los fenicios lo inventaran, los aparatos pulverizadores no consiguieron ninguna diferencia sensible en la creciente capa de arena, escorias y cenizas que cubría la Tierra.

Mientras tanto, los «hilos fantasma» de nylon abandonaron las redes de pesca y flotaron permanentemente en las aguas como terribles instrumentos destructores de peces. Las máquinas rasgaban las medias y los calcetines de nylon en fragmentos de veinte centímetros de largo, que pese a todo se negaban obstinadamente a pudrirse. Fuertes concentraciones de polietileno seguían formándose en el suelo de las huertas, gracias a los buenos cuidados de las factorías de tratamiento de residuos que les proporcionaban la tierra de abono. Finalmente se reunió una cantidad de sacos de polietileno y de envases de plástico para quemarlos, pero no se sabía nada de lo que ocurre cuando el plástico arde, y en realidad la mayor parte de aquellas sustancias polimerizadas simplemente se evaporaba, yendo a reunirse con la ya enorme carga de polución atmosférica que en 1969 había alcanzado ya incluso los más altos niveles de la atmósfera gracias a las toberas de los reactores. En 1989, y por efectos de la ley de la difusión de los gases, que ningún Departamento Científico ni Tecnológico de la Casa Blanca había tenido la idea de derogar, el aire de todo el mundo estaba profundamente ionizado y cargado de sustancias letales que iban desde los simples gases industriales tales como el anhídrido sulfuroso hasta los hidrocarburos en constante transformación. El enfisema se había convertido en la causa principal de la mortalidad, seguido muy de cerca por el cáncer de pulmón. El cáncer de piel conocía también un recrudecimiento, aunque no aumentaba excesivamente la mortalidad general; lo que antaño fuera la belleza del cielo se había convertido en un océano de cancerígenos.

Se generalizó el empleo de máscaras, pero naturalmente nadie podía dejar de respirar y de exhalar anhídrido carbónico. En 1980 poblaban la Tierra cuatro mil

millones y medio de seres humanos exhaladores de anhídrido carbónico —y muy pocos representantes de las demás especies—, y se había construido o convertido en desierto una parte tan amplia de la superficie del planeta que hacía tiempo que las plantas verdes habían perdido la batalla de la conversión del anhídrido carbónico en oxígeno y vapor de agua. La combustión de los carburantes fósiles, que se había iniciado en la prehistoria, en las marismas de turba, hubiera podido ser reducida gracias a la invención de la energía nuclear, pero el descubrimiento en 1968 — cuando la explotación de la energía nuclear resultaba aún muy costosa y producía unos residuos tan tóxicos y dotados de una vida tan prolongada que la gente había tenido el extraño buen sentido de sentirse aterrada cuando aún era tiempo de reducir su producción— de los depósitos de petróleo en Alaska, los cuartos de toda la historia en importancia, había hecho fracasar el esfuerzo nuclear y había desencadenado un nuevo relanzamiento de la combustión. Y durante este tiempo la población de seres respirantes seguía multiplicándose: en 1989, nadie sabía exactamente cuál era la cifra de la población mundial..., ya que la mayor parte de las estadísticas del crecimiento demográfico habían quedado sepultadas bajo las estadísticas del crecimiento de los desechos.

El anhídrido carbónico no es un gas tóxico, pero es un conservador indefinido del calor, como lo son todas las demás moléculas pesadas arrojadas en forma de humos a la atmósfera. En forma particular, todos esos gases y vapores conservan el calor solar como lo conserva el techo de un invernadero. Con el tiempo, el casquete helado del Ártico, que en realidad no era más que una delgada capa de hielo sobre un pequeño océano, se derritió, seguido poco después por la capa de hielo que cubría Groenlandia. Actualmente, era el casquete Antártico, mucho más grueso, el que se estaba reduciendo, liberando al océano Antártico, cada vez más caliente, grandes icebergs. Enormes capas de smog giraban en torno al mundo, acelerando el proceso, envolviendo las moléculas de gases más pesados en sus desplazamientos e inmunizándolas contra el ataque del oxígeno, del ozono, y contra los efectos reactivadores de la claridad solar. Las nieblas bajas hedían de alquitranes y arsinas, y eran más densas y más amarillentas que el peor smog que hubiera conocido Londres durante los peores años antes de la adopción de la Ley pro un Aire Puro.

Y el hielo seguía derritiéndose. En 1989, el nivel del mar había ascendido siete metros en relación al de 1938; todos los puertos del mundo habían sido borrados de los mapas, todas las costas se habían transformado, y los hombres de negocios del bajo Manhattan habían tenido que aprender a remar. La temperatura mundial ascendió; nuevos icebergs cayeron al mar de Ross; el último período glacial había terminado definitivamente.

Duerme, niño, y que la paz sea contigo...

3

Por alguna razón desconocida, Alex se despertó poco antes del amanecer. Sintiendo incómodo, fue al baño, bebió un gran vaso de agua, tomó un tranquilizante, acarició el lomo de Splat, que ronroneó ferozmente satisfecho y le mordió, lanzó una mirada concupiscente a Juliette acurrucada en la cama, imaginó las cosas que podría haberle respondido a Fantasía durante la comida si no hubiera estado tan ofendido, y finalmente volvió a acostarse. Pero no sirvió de nada..., estaba fatal y definitivamente despierto.

Entonces recordó: hoy tenía una cita con el secretario De Tohil Vaca, y aquél sería el comienzo de un nuevo período de prueba. Repentinamente todo, las fantásticas hipótesis de Fan, las poses, las manías, los humores y las actitudes de todo el resto de su cohorte, e incluso la propia Juliette, fueron relegados a su justa perspectiva. Estaba de regreso al mundo real, donde nada cambiaba a menos que alguien interviniese, y donde casi no importaban aquellos que no hacían más que hablar. Lo importante era la realidad.

Abandonó a regañadientes la cálida cama y se sentó en su borde, aguardando a que pasara su embotamiento causado por la hipotensión, y luego se levantó y se aseó, se afeitó y se vistió, cortó el timbre del despertador para que no despertara a Juliette ya que él se había levantado antes de la hora, y besó a la mujer en la punta de la nariz. Ella murmuró con voz apenas perceptible: «Limonada», como si estuviera soñando un sueño muy personal, y se giró de lado. De su cuerpo seguía desprendiéndose todavía aquel perfume particular, compuesto, orgánico, que ella le brindaba como un presente, y por unos instantes él sintió desesperados deseos de desvestirse de nuevo y tenderse otra vez a su lado; pero en el mismo momento en que se sentía dominado por ese impulso vio por casualidad el oso de peluche que había sobre la cómoda, que convirtió a Juliette en algo más patético todavía, y devolvió a la estancia sus dimensiones, recordándole de nuevo el mundo material.

Sí, la protegería. Y hacer frente a las realidades del mundo formaba parte de esta protección. A la falsa luz del amanecer, verificó cuidadosamente el contenido de su maletín portadocumentos y luego se marchó, cerrando la puerta sin hacer ruido.

Unos cuarenta y cinco segundos más tarde, intentaba desmañadamente meter de nuevo la llave en la cerradura de la puerta de Juliette. El furor había reemplazado a la ternura en su rostro: había olvidado ponerles la comida a aquellos malditos gatos.

El apartamento de Juliette estaba en el cuarto piso —el único habitable— de un edificio que en sus tiempos había sido de alquiler medio en el barrio de Chelsea. De tanto en tanto el propietario conseguía alquilar a precio reducido un apartamento del tercero a cualquier familia crédula y desesperada, intentando demostrarles que ni siquiera la marea alta llegaba hasta allí; pero los inquilinos raramente se quedaban más de un mes, o se iban desde el momento en que la primera tormenta hacía que las olas golpearan sin la menor piedad sus ventanas.

Afortunadamente, hoy no había ni viento ni lluvia. Alex se ajustó la máscara, se encasquetó el sombrero elástico por encima de ella, y luego avanzó por el corredor. Las ratas huían ante él lanzando agudos chillidos. Cuando se levantara, Juliette dejaría que los gatos vagaran libremente por el edificio, pero las ratas regresaban siempre: contrariamente a los gatos, ellas sabían nadar.

El bote estaba amarrado a unos colgadores amablemente clavados por Fantasía al balcón de la escalera de incendios: Alex era incapaz de hacer ni un simple nudo sin pillarse un dedo en él. Hoy la marea estaba baja, y tras instalarse en el bote necesitó cinco buenos minutos para hacerlo descender prudentemente hasta la grasienta superficie del agua. Sin embargo, una vez lanzado, remó con una cierta habilidad y a buen ritmo Octava Avenida arriba. Aquel arte, pese a que había volcado en numerosas ocasiones, lo había adquirido como un derivado de sus relaciones con Juliette.

Habiéndose levantado tan temprano, aún no había mucha circulación. Incluso las pocas barcazas que cruzaba iban medio vacías, y en todas ellas había los mismos rostros enmascarados que el suyo propio, algo abotagado por haberse levantado tan pronto. A la altura de la calle 32, cruzó una barrecalles que circulaba en el otro sentido, aspirando en su enorme boca de la parte delantera todo lo que flotaba en el agua, excepto las embarcaciones, y expeliendo por su trasero casi tan enorme todo lo que no cliqueteaba, no resonaba, no hacía ruido. La hipótesis que había presidido el nacimiento de aquel monstruo, concebido hacía más de diez años, era que todo lo que no hacía ruido al pasar por sus entrañas podía ser abandonado sin peligro en el agua, para provecho de peces y bacterias.

Claro que en realidad ya no había ningún tipo de peces en ninguna parte, tan cerca de la costa. Y tampoco muchos incluso en alta mar. El canal de Guatemala había ocasionado la destrucción de veintitrés mil especies en el Pacífico, según el proceso de la competencia evolutiva, pero los daños ocasionados al Atlántico no habían sido tan selectivos. Habían comenzado con el envenenamiento del fitoplancton atlántico, que constituía la base de la cadena nutritiva de toda la vida marina, envenenamiento causado por los limos terrestres cargados de insecticidas y de herbicidas. La población del Atlántico de uno a otro polo, desde el boquerón a la ballena, apenas alcanzaba el diez por ciento de lo que había sido en la época en que la barredora estaba todavía en las mesas de diseño. En cuanto a las bacterias, el número de variedades de moléculas que no podían digerir superaba con mucho el de las que podían asimilar.

Alex, sin embargo, dirigió a su paso un gesto amistoso al monstruo. Pasado de moda o no, pertenecía a su propio grupo de trabajo. Los hombres que lo pilotaban agitaron sus manos en respuesta. Aunque por supuesto no podían reconocerle bajo su máscara, sabían que el jefe se dirigía a menudo a su trabajo por este medio: si el pasajero de una lancha les saludaba, era prudente responder. *Sllrrrrppppp... sprrrrstt*, hacía el monstruo.

La ciudad estaba despertando. Lanchas con motores fuera borda, cargadas con hombres llevando ropas impermeables que imitaban trajes de ciudad, empezaron a surgir por las calles transversales, levantando grandes surtidores y siendo perseguidos por las ahogadas obscenidades que les lanzaban los ocupantes de los botes. La mayor parte de esas lanchas atravesaban el Hudson procedentes de Nueva Jersey, que había sido una ciudad de nueva planta bien planificada construida al norte de Newark, en lo que habían sido las marismas de Meadows, pero cuyos costosos y bien cuidados céspedes se habían convertido de nuevo en marismas antes de desaparecer totalmente bajo el agua. Muy pocos de esos habitantes del radio exterior respetaban los semáforos, tras descubrir por experiencia que las pocas lanchas de la policía vacilaban antes de iniciar su persecución..., ya que el oleaje que causarían entonces haría volcar a más barcas y botes que el causado por las fuera borda. Últimamente algunos remeros y pertigueros habían empezado a lanzar proyectiles de todas clases contra esos locos de la velocidad siempre que les era posible. La policía tendía también a cerrar los ojos ante esos actos, aunque no toleraba, por supuesto, el empleo de armas de fuego.

Alex observó escrupulosamente las señales de todos los semáforos, y llegó a la calle 42 sin el menor tropiezo. Allí, antes de virar a estribor, se quitó el sombrero, lo guardó en un envoltorio de plástico, y se ajustó el casco protector.

Gracias a lo temprano de la hora, consiguió también deslizarse rápidamente entre el embotellamiento de barcazas de carga que transportaban los productos de y hacia lo que había sido la Estación de Pennsylvania. Pero con Times Square la cosa era diferente. Apenas amanecía, no había ni un solo instante en que la plaza no estuviera atiborrada por una compacta masa de embarcaciones de todas clases y dimensiones, gran número de ellas equipadas, con total desprecio de la ley, con garfios y picas, la mayor parte de las cuales se hallaban aglutinadas muy a su pesar en conjuntos que parecían enormes balsas, cuyos ocupantes se enviaban mutuamente insultos y luchaban a golpe de remo, pértiga, látigo, bichero y otras armas en forma de *azagaya* construidas por los más astutos y habilidosos. Pero para dirigirse al lugar donde iba Alex no había otro camino que presentara mayores ventajas.

La policía, por supuesto, se concentraba en aquel lugar, lo cual impedía que los actos individuales de violencia degeneraran en verdaderos tumultos, y a menudo conseguía mantener abierto un estrecho canal en uno u otro sentido. Alex permanecía al acecho de esos canales, así como de cualquier otro de los que se producían a veces accidentalmente, con la atención de un marino esforzándose por arrancarse de los míticos laberintos del Mar de los Sargazos. Hacía tiempo que se había dado cuenta que luchar contra los otros botes era una pérdida de tiempo. La única arma que llevaba consigo era una paleta de *ping-pong* recubierta por ambos lados con papel de lija del grano más grueso, con la cual golpeaba las falanges de aquellos que, desde el agua, intentaban izarse a bordo de su bote. Golpeaba sin pasión y sin malicia: sabía, como deberían saber también los que pretendían abordarle, que es imposible subir a

un bote desde el agua sin volcarlo.

No tuvo que encajar más que dos golpes de remo fuera de su casco protector, lo cual era un récord en aquel recorrido. Tras la Sexta Avenida, los canales se ensanchaban y los furros parecían amainar un poco. Cuando llegó a la altura de la Biblioteca Pública —cuyos libros seguían siendo tan inaccesibles como hacía cincuenta años, aunque ahora por otras razones—, se creyó autorizado a quitarse el casco y volver a ponerse el sombrero. Cosa extraordinaria, había penetrado muy poca agua en su bote y sus ropas habían resultado poco salpicadas, lo cual por otro lado tampoco tenía importancia, ya que todas sus ropas eran impermeables y que, una vez llegado a su destino, le bastaría meterse en una de las cabinas de la Red Bell, introducir veinte centavos en la ranura, y dejar que la ducha de agua salada lo librara de toda la porquería recogida durante el camino.

En conjunto, se dijo mientras dejaba el bote en manos de un barquero de la casa Alvis, había sido bueno que no hubiera podido dormir. El trayecto se había efectuado sin ningún tropiezo.

4

El secretario De Tohil Vaca era un hombre barbudo de alta estatura, cabellos rubios y modales distinguidos hasta el punto de hacerse insoportables. Con los dedos llenos de anillos, el cabello engomado, perfumado y maquillado, con su flequillo inamovible y todo su emperifollamiento, sus perlas y sus encajes, mezclaba naturaleza y civilización de una forma tan aplastante, e incluso tan asonante, tan absoluta y contradictoriamente estética, que resultaba un verdadero placer recordar que la esencia subyacente de su encanto oficial, al igual que el almizcle de la sexualidad y el ámbar gris de los perfumes más antiguos, no era más —y Alex pronunció orgullosamente la palabra para sí mismo— que pura mierda.

Tenía su oficina en la última planta —o mejor dicho, su oficina ocupaba *toda* la última planta— del viejo edificio de la Pan Am, el cual era en sí mismo uno de los principales testimonios de cómo lo gratuito se había ido acumulando en los hermosos años de la Era del Desperdicio. El edificio en sí se erguía en la enorme fosa séptica que en otro tiempo había sido la Gran Estación Central, un inmenso depósito en el cual gorgoteaba dos veces al día la marea sin conseguir pese a ello retardar la acumulación de la suciedad en todas aquellas profundas cavernas y conductos subterráneos. La mayor parte del inmenso y feo edificio, que siempre había parecido

una caja dentro de la cual hubiera sido embalada alguna otra construcción, no estaba actualmente ocupada más que por consejeros fiscales, productores de televisión, prostitutas, mosquitos, directores literarios, hombres de negocios, oficinas de apuestas de carreras de salchichas, agencias de relaciones públicas y de viajes, así como por hordas, por verdaderas riadas de ratas grises portadoras de la peste que removían sin cesar sus hambrientos hocicos.

De todos modos, el secretario De Tohil Vaca llegaba siempre a su despacho — cuando acudía— en una salchicha privada, abundantemente acompañado de azafatas y secretarias, al estilo de Girlie Stonacher; incluso a veces se le había visto, cuando iba con mucha prisa, posarse en el techo del edificio a bordo de un polucionante helicóptero. Privilegio de rango, como se decía.

Su oficina, inundada de sol por todas partes —cuando el smog se permitía el lujo de dejarlo pasar—, estaba alternativamente decorado con tapices aztecas y *collages* modernos pertenecientes a la llamada Escuela de los Hallazgos Reconstituidos. El aire era fresco y casi sin olor y, como en aquel momento, dejaba oír a menudo el murmullo de una música ambiental. Como una aparente deferencia —tan sólo aparente— hacia Alex, el aparato interpretaba en aquel instante una partitura para cuatro flautas a escape libre de *Héctor el Basurero*, el himno de la Logia 802, de ochenta años de antigüedad.

Todo estaba meticulosamente preparado, pero Alex no iba a dejarse impresionar por aquello. Sabía no tan sólo lo que quería, sino también lo que necesitaba; en definitiva, era una criatura de su distrito tanto como De Tohil Vaca lo era de la Administración.

—Siéntese, Alex —dijo el secretario afablemente—. Lamento que nuestra reunión haya sido aplazada tantas veces, pero espero que comprenderá que hay asuntos urgentes... —agitó una mano en un gesto vago, sin terminar su frase. Alex creía comprender muy bien: el secretario se esforzaba en dar la impresión que la Administración no consideraba el asunto como algo serio, y que muy bien se podía pasar, si era necesario, sin los servicios de la Logia 802. Ambos sabían que esto era ridículo, pero debían respetarse las formalidades.

De todos modos, ahora, en presencia de la Autoridad, Alex sentía que su diagnóstico empezaba a debilitarse un poco. La expresión del secretario era la de un hombre torvamente divertido por alguna información de orden confidencial, tal como una esposa aceptando las flores de su marido sabiendo las relaciones que éste mantiene con la operadora del terminal. Claro que De Tohil Vaca era un actor consumado, pero de todos modos Alex no dejaba de encontrar aquella expresión desconcertante. Se esforzó en no evidenciarlo.

—Oh, no tiene importancia —dijo automáticamente—. Pero evidentemente comprenderá usted también que el dejarnos tan poco tiempo para las negociaciones significa que deberá aceptar nuestras condiciones tal y como le sean presentadas.

—Oh, no, no, en absoluto. En primer lugar, mi querido Alex, usted sabe tan bien

como yo que una huelga por parte de sus hombres sería ilegal. En el actual estado de nuestra sociedad, podemos permitirle menos de lo que podría permitir una ciudad construida enteramente de madera una huelga de bomberos.

—Estoy dispuesto a ir a la cárcel si es preciso. Pero usted no va a poder meter en la cárcel a todo el sindicato. —Alex se abstuvo de añadir que, si él ganaba en aquella huelga, obtendría al mismo tiempo el puesto de De Tohil Vaca en la próxima Administración. El secretario conocía perfectamente lo que se jugaba allí, y ello explicaba claramente el porqué ninguna negociación podía ser viable: la huelga era inevitable pese a todo.

—No le estoy amenazando, mi querido Alex: estoy tan sólo afirmando. De veras. En realidad, la cuestión ha perdido toda importancia. Se han producido nuevos acontecimientos de los cuales usted no se halla informado. Y son lo bastante graves como para que en este momento nos importe un rábano la posibilidad que sus hombres abandonen el trabajo, incluso que no regresen jamás a él.

—Esto es insensato —dijo Alex—. La única base sólida de una declaración tal sería la puesta a punto de nuevas máquinas que hicieran inútiles a todos mis hombres. Estoy al menos tan informado de la tecnología como lo pueda estar usted, y sé que tales progresos no han sido realizados. Y aunque existieran tales máquinas en teoría, no podría usted fabricarlas lo suficientemente aprisa como para impedir el desastre si nosotros nos declaráramos en huelga..., ni siquiera aunque teóricamente tales máquinas fueran capaces de resolver, una vez en funcionamiento, el problema en su totalidad.

—No estoy avanzando nada de eso —dijo De Tohil Vaca con una calma que parecía ocultar una cierta satisfacción—. No hemos superado el problema de ninguna manera. Es el problema el que nos ha superado a nosotros.

—Muy bien —dijo Alex—. Felicidades por su golpe de efecto. Y ahora, ¿de qué estamos hablando realmente?

El secretario se reclinó en su sillón, uniendo entre sí las yemas de sus dedos.

—De esto —dijo—: Ya no podemos seguir desembarazándonos de nuestros desechos. Han conseguido que el equilibrio geológico se incline contra nosotros. El planeta se está disgregando. El proceso ya ha comenzado, y el mundo se habrá vuelto completamente inhabitable antes que hayan transcurrido diez años.

El secretario observaba atentamente a Alex y, buen actor o no, no pudo impedir que un asomo de decepción cruzara su rostro: Alex se había contentado con sonreír.

—¡Por Cristo! —exclamó el secretario—. ¿Acaso escucha usted cada día afirmaciones como ésta? ¿O simplemente está usted desprovisto de toda imaginación?

—Ni una cosa ni otra. Pero acabo de oír otra afirmación muy parecida a ésta hace menos de veinticuatro horas. No provenía de una fuente tan autorizada, y no creí en absoluto en ella, como tampoco creo ahora en ésta.

—¿Qué cree usted que puedo ganar haciéndosela? —preguntó De Tohil Vaca.

—No lo sé. Si fuera usted otro tipo de hombre, podría tener la esperanza que, creyéndola, yo fuera rápidamente a comunicársela al sindicato, anulando así la huelga. De este modo, cuando se viera que el fin del mundo no acudía en los plazos fijados, mi vida política se vería anulada. Pero usted sabe muy bien que no soy crédulo hasta tal extremo, y yo sé que usted nunca se atrevería a recurrir a tales medios, ya que su vida política quedaría tan anulada como la mía propia.

—Bien, al menos estamos hablando francamente —dijo De Tohil Vaca—. Pero resulta que estoy siendo sincero con usted, y que además tengo una proposición muy concreta que hacerle, aunque no entre en absoluto en el marco de las que pensaba discutir usted al acudir aquí. Pero para empezar, lo mejor será que le exponga mi documentación. Supongo que habrá notado usted los temblores de tierra que se han producido en Brooklyn.

—Sí, y conozco sus causas —dijo Alex, sintiéndose súbita e inesperadamente agradecido hacia Fan por su exaltada exposición de la víspera—. Es una consecuencia de la descarga de residuos en pozos profundos.

El secretario no pudo evitar el dejar traslucir su asombro.

—¿De qué diablos está usted hablando? —murmuró—. Nunca he oído hablar de eso.

—No me sorprende. Hace ya tiempo que no se utiliza ese procedimiento. Pero por los años cincuenta, varias empresas privadas empezaron a desembarazarse de sus residuos líquidos inyectándolos en pozos profundos..., principalmente refinerías y sociedades químicas. La mayor parte de los pozos no descendían a más de dos mil metros de profundidad, y los que los perforaban tomaban todas las precauciones para no alcanzar las capas de aguas subterráneas. Por aquel entonces todo el mundo estaba a favor de este procedimiento, puesto que evitaba la descarga de desechos en los ríos.

»Pero el Ejército perforó cerca de Denver un pozo de *cuatro mil* metros de profundidad. Comenzaron a bombear desechos en él en 1962 y, un mes más tarde, cuando todavía no le habían echado más que dieciséis millones de litros, Denver sufrió su primer temblor de tierras en ochenta años. Tras lo cual se observó que los temblores crecían y decrecían exactamente al ritmo del volumen de bombeo. Existe un principio geológico que explica el fenómeno, llamado efecto Hubbert-Rubey.

—Oh —dijo De Tohil Vaca, que tomaba rápidamente notas—. ¿Y qué ocurrió?

—Bueno, durante un tiempo nada. Más de cien de esos pozos eran utilizados en 1970, principalmente en Louisiana y Texas. Pero en 1966 alguien hizo notar la relación de causa y efecto entre estos dos fenómenos..., hecho bastante evidente puesto que la región de Denver nunca se había visto afectada por sismos antes que el epicentro de los temblores se situara precisamente debajo del arsenal del Ejército... Así que el Ejército dejó de bombear. Los temblores prosiguieron durante dieciocho meses, el más violento se produjo en 1970, pero inmediatamente después empezaron a decrecer.

»Y a esto quería llegar. El sistema de inyección de residuos fue prohibido en la

mayor parte de los Estados, pero quedan todavía ocho de esos pozos en funcionamiento en Pennsylvania, que bombean líquidos en estratos que no son más que parcialmente adecuados, y otro precisamente aquí, en Brookhaven, un terreno que no es en absoluto adecuado. Todos estos pozos forman un lindo círculo en torno a Brooklyn..., y al contrario de Denver, Brooklyn se ha visto siempre sometido a débiles temblores. He aquí pues la respuesta: cierren todos esos pozos y, desde el momento en que hayan recobrado por sí mismos su punto de equilibrio, lo cual no sabemos el tiempo que tomará, ya que los dieciocho meses no pueden aplicarse más que a Denver, los temblores de tierra cesarán tal como vinieron.

El secretario depositó su bolígrafo sobre la mesa y miró a Alex con una admiración no disimulada.

—Vaya —dijo—. Es la teoría más ingeniosa que he oído en años. Creo que en definitiva le he subestimado, amigo Alex.

—Oh, no es enteramente mía —confesó Alex—. El hombre con el que hablé ayer cree que una vez se ha desencadenado una serie de temblores de tierra el proceso ya no puede ser detenido, pero por mi parte pienso que la experiencia de Colorado demuestra que sí es posible.

—Aunque sea posible —dijo De Tohil Vaca—, siento tener que comunicarle que su teoría, por interesante que sea, no puede aplicarse al presente caso. El proceso real es algo completamente distinto..., y por desgracia totalmente irreversible. El responsable es el efecto de invernadero..., y espero que me perdone si leo mis notas de tanto en tanto: yo no soy un científico.

—Adelante: le escucho.

El secretario abrió un *dossier*.

—Usted sabe que el casquete polar ártico ha desaparecido —dijo—. Pero éste es un punto sin importancia: no era más que hielo. El verdadero problema está en el sur. Hay insospechados miles de millones de toneladas de hielo en el continente antártico..., que es volcánico, como lo prueba el monte Erebus. El primer efecto del alivio de la presión de esta masa glaciaria es que el equilibrio isostático de la corteza terrestre se ha visto modificado, lo cual es ya de por sí nefasto. Pero aún hay más.

»Hay algo que se llama la precesión de los equinoccios, que significa que la Tierra no sólo gira sobre su eje, sino que este eje de rotación se desplaza también alrededor de su propio centro, un poco como el movimiento secundario que describe una perinola cuando empieza a perder velocidad.

—Ya lo sé. Esto significa que los polos describen un pequeño círculo, de tal modo que la estrella polar no es siempre la misma. Pero también sé que cada uno de estos pequeños círculos dura veinticinco mil años.

—Sí, pero geológicamente éste es un tiempo relativamente corto. Y no olvide que hacer girar sobre sí misma toda esa concentración de hielo representa una enorme cantidad de energía. Si hacemos fundir esa masa y la repartimos en forma de agua por todo el planeta, ¿dónde irá a parar toda esa energía?

—Yo tampoco soy un científico —dijo Alex—. Pero en mi calidad de ingeniero, diría que se manifestará en forma de calor.

—Así es como se manifestará en parte..., cantidades y *cantidades* de calor. Adiós peces, tan sólo para empezar. Y el aumento del nivel del mar llegará a alcanzar los once metros cuando todo el hielo haya desaparecido. Pero aún hay más cosas, Alex. Además de la precesión, el polo oscila. Antiguamente se le llamó efecto Drayson, pero imagino que todo el mundo se burló de tal modo del pobre viejo Drayson, fuera quien fuese, cuando lanzó su teoría, que cuando se descubrió que el movimiento era *real* se le dio otro nombre: hoy es conocido como la Oscilación de Chalmer. Se manifiesta por una perturbación cíclica del camino polar, el camino del equinoccio.

—¿Y cuál es la duración de ese ciclo?

—Catorce meses.

—¿Catorce meses? ¿Está seguro de esa cifra?

—Eso es lo que está escrito aquí —dijo sombríamente De Tohil Vaca, señalando—. Y desde hace veinte años se sabe que cualquier variación importante de este ciclo es indicio que va a producirse una disminución *muy* importante de la tensión de alguna parte de la corteza terrestre. Últimamente, mi querido amigo, el camino polar se ha movido muy irregularmente por todo el norte del Canadá.

»Lo cual va a traer por resultado una actividad volcánica a una escala jamás vista en la historia humana. Me han señalado que estamos entrando en una nueva era de constitución de montañas, la primera desde que surgieron las montañas Rocosas. *Eso* va a sepultar de un modo expeditivo todas nuestras buenas viejas latas, botellas y coches desechados..., pero no va a quedar nadie en el mundo para alegrarse.

—¡Dios! —dijo lentamente Alex—. Y evidentemente se trata de algo irreversible..., no podemos extraer del aire el anhídrido carbónico y todos los demás gases pesados. Hemos modificado el clima, y aquí están los resultados. El hielo seguirá fundiéndose. Y además cada vez más aprisa, a medida que la energía vaya siendo liberada.

—Exacto.

Alex experimentó un breve e irracional placer ante la idea que ahora podría predecirle a Fan un desastre que convertiría su propia hipótesis en un simple carraspeo. Pero su alegría pasajera se desvaneció para dejar lugar a un horrible y abrumador sentimiento donde se ahogaba cualquier otra emoción humana conocida, a excepción del terror. No podía dudar de las palabras de su antiguo enemigo político: él mismo era capaz de comprender que toda aquella sucesión de acontecimientos se derivaba inevitablemente de una ley tan fundamental como la de la conservación de la energía. Esforzándose por disimular el temblor de su voz, dijo:

—¿Y afirma usted que tiene una proposición que hacerme?

—Así es. Vamos a evacuar a la Luna un cierto número de personas. Disponemos todavía de los antiguos vehículos comerciales, así como de las naves militares, y hemos mantenido conservadas sus bases, sobre todo porque los rusos mantenían

también las suyas en estado de funcionamiento. Claro que no hay ninguna esperanza para que la raza humana pueda prosperar en la Luna, pero será al menos una etapa soportable mientras se intenta organizar un segundo vuelo a Marte, que *tal vez* podamos convertir en habitable.

—Y los rusos, por su lado, ¿hacen algo?

—En todo caso deberán buscar sus soluciones por sí mismos —dijo el secretario—. No vamos a hacerles ninguna proposición, por supuesto. Personalmente, preferiría que nosotros fuéramos los más numerosos cuando todo haya terminado; las bases lunares son terriblemente vulnerables.

—Hmmm... ¿Cómo piensan elegir a la gente?

—En parte según su utilidad, en parte al azar. Queremos gente que haya demostrado su talento y que posea las capacidades necesarias; pero también deseamos reducir al mínimo la deriva genética, que según me han dicho constituirá un peligro real en una población tan reducida. No estoy seguro de comprender de qué se trata eso, pero parece ser importante. Así que hemos decidido elegir un pequeño grupo de técnicos y de líderes reconocidos, y darles a cada uno de ellos diez pasajes que tendrán derecho a distribuir a su gusto.

—¿Sin restricciones?

—Bueno, habrá algunas. La primera es el secreto, aunque no esperamos poder mantenerlo durante mucho tiempo. Otra es el equipaje: diez kilogramos por persona, con un volumen no superior a los dos metros cúbicos. Pero la más importante es que, en cada grupo de diez, deberá haber seis mujeres. En las actuales circunstancias, los hombres apenas tienen importancia. Si no fueran los depositarios principales de la tecnología y de la energía creadora, y las posibilidades de accidentes fueran menos numerosas, habiéramos calculado una relación de nueve mujeres por cada hombre, con la convicción que quedábamos todavía por debajo.

—Nada de niños, supongo.

—Nada de niños. Queremos talento, no genes. Y potencia viril. Siempre podremos engendrar niños más adelante, cuando estemos seguros de poder criarlos. No podemos correr el riesgo de embarcarlos, sean de la edad que sean. Así que, si cualquiera de sus amigos está dispuesto a ceder su pasaje en favor de alguno de sus retoños, habrá que decirle no.

—Me imagino a mí mismo diciendo algo así —murmuró Alex.

—Espero que tenga el valor necesario. Lo siento, Alex, pero debe ser así.

Era una fórmula fácil de adoptar para un homosexual tan evidente como De Tohil Vaca..., o para un hombre sin hijos como Alex. Pero no iba a ser De Tohil Vaca quien tuviera que enfrentarse con aquella situación: había pasado a otros la papeleta. Entre ellos a Alex.

—Es un sistema que reparte bastante bien la problemática moral —dijo Alex amargamente—. Cada uno de esos hombres va a convertirse en un pequeño dios para sus amigos.

—¿Preferiría acaso que fuese la Administración quien los eligiera a todos?

La respuesta era demasiado evidente para decirla.

—¿Y el ganado?

—Oh, esas naves van a ser auténticas arcas de Noé...; animales, semillas, todo. ¿Por qué? ¿Tiene usted algún animal doméstico?

—Dos gatos.

—Vamos a llevar diez. Si los suyos son de sexo opuesto y no han sufrido mutaciones, le entregaré un pasaje también para ellos; es usted el primero en pedírmelo, y para los gatos no buscamos ningún pedigrí: en un solo cruce todos los gatos se vuelven callejeros de todos modos. Naturalmente, deberán sufrir un examen médico, al igual que sus amigos. De hecho, esos pasajes van a ser distribuidos por agencias privadas sin ninguna relación, relación *aparente*, con el gobierno. Este enmascaramiento no va a durar mucho, así que le aconsejo que retire los suyos *lo antes posible*.

—No dejaré de hacerlo. Pero imagino que deberé pagar algo por todo eso. Siempre hay un precio.

—Mi querido amigo —dijo De Tohil Vaca—, le he dicho ya que somos conscientes de su valía. Espero que impedirá usted esa huelga, cuya finalidad es ahora evidentemente inútil; ayúdenos tan sólo a mantener el nivel de las basuras como está ahora hasta que partan las naves, y no nos haga la zancadilla. No hay ningún otro precio excepto el de los billetes, que es el mismo que antes, cuando las antiguas líneas comerciales iban a la Luna: mil dólares, ida y vuelta..., lo cual forma parte también del camuflaje.

—Entiendo. Está bien, gracias. —Alex se puso en pie, sin ver apenas nada de lo que le rodeaba. La música ambiental seguía difundiendo la misma melodía, que siempre había odiado. En la puerta, se volvió para mirar al otro.

—Señor secretario..., usted formará parte del viaje, naturalmente.

—No —dijo De Tohil Vaca, cuyo rostro, generalmente inexpresivo, se volvió de piedra—. Soy el hombre que no ha conseguido impedir este horror, como entraba en mis funciones. Mi presencia en la Luna derretiría la última oportunidad del hombre en la más estéril de las luchas políticas. Bajo ninguna circunstancia introduciría una serpiente así en ese jardín de rocas. —Repentinamente, sonrió—. Además, espero asistir al fin. Cuando llegue Ragnarok, el Crepúsculo de los Dioses, debe haber alguien ahí que sepa apreciar el espectáculo.

Cuando la puerta se cerró tras Alex, éste, además de todos los otros pesos que llevaba encima, sintió que su estatura se reducía al menos en diez centímetros.

Mientras regresaba a su oficina, Alex se sorprendió preguntándose cómo iba a tomarse Fan todo aquello. Casi maquinalmente, había decidido que Fan sería obligatoriamente uno de *sus* tres hombres. No había ninguna otra persona de su propio sexo a quien Alex prefiriera, y además era competente en todos los campos..., casi tanto como se enorgullecía en afirmar. (Hmmm..., John Hillary, el ayudante de Alex, debía partir también: era un experto en presiones y además un buen técnico electrónico, enormemente sociable, y aunque rozaba la cuarentena su vigor sexual era aún sorprendente).

Además, había un ligero toque de ironía en el hecho que Fan fuera obligatoriamente uno de los supervivientes. Su vida había sido sorprendentemente intensa, a partir de la más completa miseria, abandonando su casa a los catorce años sin un centavo en el bolsillo, realizando toda clase de trabajos ocasionales en un mundo donde ese tipo de actividad era prácticamente inexistente, devorando las bibliotecas públicas de todas las ciudades que visitaba, convirtiéndose en periodista de renombre hasta el día en que se había hartado de todas las horas que le ocupaba inútilmente esa profesión, realizando de tanto en tanto inventos mínimos pero útiles a la sociedad, y gozando intensamente de cada instante de todo ello. La vida de la mayoría de los demás, por mucho más tiempo que hubieran vivido, se parecía en comparación al lento progresar de un caracol paralítico. Todo lo que Fan realizara a partir de entonces podía ser considerado como una añadidura.

Y la cuestión tenía todavía otro aspecto que era quizás el más importante. Aunque Alex no tuviera nada de un aventurero, había debido enfrentarse a la muerte al menos una vez, aunque reflexionando sobre ello le parecía ahora que no había sido más que una falsa alarma: un tumor no diferenciado en el mastoideo, de la misma naturaleza general que sufría mucha gente en la actualidad, y que había aterrado por aquel entonces a todos los afectados..., hasta que se había terminado revelándose tan fácilmente operable como la inflamación de la raíz de una uña.

La experiencia de Fan había sido muy distinta: había sido atacado por un virus mutante de la leucemia, que le había roído la médula de los huesos con tanto ahínco como si hubiera sido sorbida por un perro, dejándole finalmente casi desprovisto de todos los tejidos necesarios para la generación de las células sanguíneas. El proceso había continuado —como era absolutamente inevitable— por toda una serie de infecciones secundarias contra las cuales era imposible administrarle ningún antibiótico, ni siquiera analgésicos, ya que su inmunidad natural a esas sustancias extrañas había quedado anulada al mismo tiempo. En cuanto al virus en sí, no existía ningún tratamiento conocido para combatirlo.

La situación no sorprendió a nadie, puesto que nadie dudaba del hecho que Fan iba a morir. Pero la reacción de Fan fue simple y lógica: «No, gracias —dijo—. Todavía no».

Así que no murió. No había para ello ninguna otra explicación que la proporcionada por el propio Fan, que era realmente inverosímil: pretendía haber dado órdenes a lo que le quedaba de tejidos generadores de sangre para que se regeneraran y se activaran fabricando anticuerpos contra el virus, bajo pena de incurrir en su más extrema irritación..., y, naturalmente, le habían obedecido. Si alguien se negaba a creer en esa explicación, entonces Fan le invitaba educadamente a que le ofreciera alguna otra más sensata.

Se convirtió en un caso relativamente famoso, y había un buen número de investigadores en la profesión médica que hubieran pagado lo que les hubieran pedido con tal de obtener algunas gotas de la sangre de Fan y analizarlas para intentar descubrir los anticuerpos. Pero tenían que guardarse sus deseos para sí mismos, ya que cualquier atentado a la sangre de Fan era *verboten*. Durante casi un año después de su restablecimiento, el médico de cabecera de Fan había revoloteado literalmente a su alrededor día y noche, dispuesto a vendar inmediatamente cualquier herida que se hiciera, incluso un simple corte al afeitarse, hasta que Fan se hartó de él y lo envió a curar a alguien que estuviera realmente *enfermo*, demonios.

Hacía ya varios años de todo aquello, pero el resultado era que Alex sabía muy bien que poca gente en el mundo estaba más equipada, por temperamento y por inteligencia, que Fan para hacer frente al inminente cataclismo. Si tuviera que quedarse en la Tierra, Alex estaba seguro que éste observaría el proceso con un indudable interés y muy probablemente con un cierto placer estético. Era muy parecido a De Tohil Vaca, con la excepción que Alex tenía mucha más confianza en la capacidad de Fan de conservar su indiferencia hasta el final.

Aunque quizá fuera mejor dejar a Fan fuera de la nave y rogarle que ordenara a las mareas de rocas que retrocedieran, tal como Moisés se lo había ordenado a las aguas. ¡Lo que iba a divertirse si le obedecían!

Veamos..., ¿quién más debía ir? Juliette, por supuesto. Era una elección motivada exclusivamente porque tenía el poder de elegir y por ninguna otra razón, al igual que un abogado tiene derecho a rechazar un jurado. Pero las mujeres todavía no eran ningún problema, ya que incluso llevándose a Juliette quedaban todavía cinco por elegir.

Sin embargo, teniendo en cuenta que iban a ir Fan e Hillary, no le quedaba más que *otro* hombre. Y ninguno de sus amigos masculinos, pensó torvamente, era realmente bueno más que para pasar un rato divertido con él..., o, para hablar más claramente, para dejar que le divirtiera y halagara a cambio de comer gratis a sus costas. Podía tachar inmediatamente a Merlyn de la lista: no poseía el menor talento, y además su egoísmo sería peligroso en una pequeña comunidad. Grinford era algo más agradable y poseía una bien demostrada aptitud a sobrevivir, pero, ¿qué otra cosa sabía hacer además de eludir los problemas cuando se le presentaban? Absolutamente nada, dejando aparte su irresistible encanto para con las mujeres. Incluso si era cierto todo lo que alardeaba, lo cual Alex dudaba seriamente, un gran seductor sería poco

menos que un fósil viviente en la Luna y bajo las condiciones que había expuesto De Tohil Vaca.

Esos dos eran fáciles de eliminar, pero luego empezaban los problemas. Todos los demás elementos masculinos del pequeño cenáculo eran al menos en una cierta medida creadores..., todos aparentemente de poco valor, todos perfectamente omisibles hasta el momento en que uno juzgaba sus méritos a la luz de la nueva situación. Bang Johnsund por ejemplo: ¿quién podría emplear en la Luna un talento que se limitaba a la escritura de series horripilantes e interminables para la trivisión? La respuesta podía ser: *todo el mundo*. En aquellas circunstancias casi desesperadas, el arte de hacer que la gente se evadiera de sus preocupaciones podía ser de un valor inmenso. Lo mismo podía decirse de Polar Pons: distraía a la gente...; no, mejor aún, les contaba cosas acerca de su mundo que encontraban distraídas siendo en realidad instructivas. El hecho que esquematizara la información que daba hasta tal punto que se prestaba a multitud de interpretaciones erróneas disminuía su habilidad, pero era probable que bajo las presiones de la situación la cosa mejorara..., siempre solía ocurrir así.

El caso de Goldfarb Z y de Tighe eran más fáciles de resolver tan sólo aparentemente. El tema de la obra de Goldfarb era naturalmente desconocido de todos, incluido él mismo, ya que había hecho juramento de no hacer aparecer la tinta invisible con la que escribía hasta que la terminara, tras lo cual la leería y probablemente cambiaría el título, que era provisional, inspirándose en lo que encontrara. Pero era un poeta, que había tenido una buena producción en el pasado, antes de iniciar su obra totalmente hermética. Lo mismo podía decirse de Will Emshredder, aunque se expresara a través de numerosos medios y perteneciera — basándose en el título provisional de Goldfarb Z— a una escuela totalmente opuesta. Era evidente que la colonia lunar necesitaba al menos de un poeta, pero, ¿debía Alex elegir también entre las escuelas o eran tan sólo los genes de la creación los que contaban? En cuanto a Tighe, era un hombre de ciencia, y una propensión al estudio podía resultar también importante, aunque el campo de las predilecciones de Tighe no tuviera la menor utilidad en la Tierra y se convirtiera en totalmente obsoleto en la Luna.

Aunque nunca hasta entonces había reflexionado sobre el asunto, Alex tenía la sensación que los poetas eran unos productos raros, mientras que todo grupo de diez hombres era capaz de proporcionar —literalmente— un *amateur* del conocimiento. Así que, ¿cuál poeta? Goldfarb Z, aunque de naturaleza gregaria, era un hombre tan reservado que llegaba a ser impenetrable. Por otra parte, incluso después de tantos años, Alex no podía decir si conocía mejor a Emshredder, que hablaba tan sólo de tarde en tarde y de forma ininteligible, salvo cuando se hallaba ante las consolas de sus múltiples aparatos. Alex llegó a la conclusión que no podía decidir a cuál de los dos prefería, lo cual constituía una ligera ventaja en el sentido que eso suponía una cierta imparcialidad. Y, de forma puramente instintiva, pensaba que Will Emshredder

era el dotado de un mayor talento. Muy bien: él sería el tercer hombre.

E, inmediatamente después de haber tomado esta decisión, Alex descubrió algo que jamás hubiera sospechado: que en realidad era a Goldfarb Z a quien prefería. Se sintió sorprendido por el agudo dolor que le produjo esta revelación.

El dolor empeoró cuando empezó a estudiar el caso de las mujeres. Rosasharn poseía un reconocido talento, cuyos límites era difícil evaluar, pero había rebasado la edad de la fecundidad y, además, era decididamente fea; llevarla sería una violación de las condiciones fundamentales del éxodo, si Alex había captado bien la idea del secretario De Tohil Vaca. Basándose en las mismas premisas, Girlie Stonacher era joven, hermosa, asequible, y había demostrado su fertilidad; se integraría en la sociedad colonial con la misma facilidad que una llave penetrando en su cerradura, y además experimentaría con ello un inmenso placer. Servía. Lo mismo podía decirse más o menos de Irene Pons, con apenas algunas reservas; ¿pero cómo demonios podía darle un pasaje a Irene negándoselo a Polar? ¿Y partiría Irene sin él? Y si aceptaba, ¿no iba a sentirse culpable de la muerte de su marido durante todo el resto de su vida, aunque no fuera culpa suya, y no odiaría a Alex por haberla obligado a realizar aquella elección?

Y había algo peor aún. Se dio cuenta que había supuesto desde un principio que Gradus, la mujer de Fan, figuraría también entre los elegidos, no exactamente porque era la mujer de Fan, sino porque, entre todas las demás mujeres, poseía la inteligencia más despierta incluso siendo la más hermosa. Pero, bajo esos dos mismos ángulos, Goldfarb Z la seguía de cerca, de modo que debía figurar también en la lista; y la única emoción que Goldfarb Z había manifestado nunca en público era precisamente su devoción a ella. Así pues, Alex se hallaba ante la necesidad de separarlos para siempre, admitiendo en cambio arbitrariamente a su propia Juliette que, si bien era hermosa, dulce y agradable en la cama, tenía un cerebro no mayor que una trufa, y a la que nunca había conseguido descubrirle el menor talento.

El caso era aún más dramático que los de Polar e Irene Pons, no para ellos sino para Alex. Las cifras excluían pura y simplemente a Polar; Alex tenía derecho tan sólo a otro hombre del grupo, y tenía la certeza moral que, habiendo elegido ya a un administrador y a un ingeniero, este tercer hombre debía ser forzosamente un poeta. Y de pronto creyó entrever una salida. ¿Acaso no eran los genes los que contaban? Y Will Emsredder tenía una hija...

Lentamente, con la impresión que él estaba partiendo en dos su propia alma, tachó el nombre de Will Emsredder e inscribió en su lugar el de Goldfarb Z.

Nunca hasta aquel momento se le había ocurrido pensar que la razón por la cual Dios exige el amor de todos es porque debe sentirse terriblemente culpable.

6

El gran hangar subterráneo era ciertamente enorme, pero apenas se escuchaba ningún eco; los Elegidos se mostraban muy discretos mientras eran verificados sus equipajes. Juliette examinaba los *tickets* de embarque del suyo por enésima vez. Diez kilos, dos metros cúbicos, no eran ciertamente una gran cosa, de modo que al final había decidido no llevarse apenas nada excepto algunos recuerdos..., y por supuesto a Splat y Hausmaus, que en este momento se hallaban apretujados en un cesto sobre la mesa de etiquetaje, dejando oír de tanto en tanto un ronco maullido de protesta. El equipaje de Alex, ya expedido, debía haber sido llenado sin la menor duda con un mayor sentido práctico.

El equipaje de Juliette no contenía *realmente* más que recuerdos. También había metido algunas cosas que le habían parecido lo más adecuado para una perentoria necesidad de supervivencia: herramientas de pequeño tamaño, una caja de vendas, mantas y algunas otras cosas, como recipientes de plástico, ya que vaya donde vaya una mujer siempre sabrá encontrarles una utilidad concreta. Esperaba que su oso de peluche no iba a ser descubierto: el fluoroscopio no lo detectaría, a no ser por los ojos, pero había varias docenas de botones surtidos en la misma caja. Sabía que aquel animal relleno de algodón no le iba a servir absolutamente de nada, pero era el único juguete que había tenido nunca.

Bueno, de todos modos, si había olvidado algo importante, ya era demasiado tarde para remediarlo. Dejó los bultos sobre la cinta de transporte que iba a conducirlos a bordo de la salchicha del astropuerto. Los gatos tenían que ir con ellos, pero repentinamente, dándose cuenta que no había nadie a su alrededor a quien conociera, decidió no separarse todavía del cesto.

Y además, ¿dónde estaba Alex? Juliette había confirmado ya su plaza, pero Alex aún tenía que confirmar la suya, y se acercaba ya la hora en que el helicóptero iba a despegar (tan sólo los equipajes viajaban por la salchicha) y ambos debían presentarse a bordo. Alex y las otras ocho personas que había elegido, no sin penas ni trabajos, habían decidido dar una especie de fiesta de adiós a la Tierra, a la cual ella había preferido no asistir porque hubiera sido algo muy penoso. ¿Se habrían emborrachado hasta tal punto que habían olvidado la hora?

No se atrevía a ir en su busca: ¿y si llegaban al último minuto y no la encontraban allí? Pero el tiempo iba pasando, pasaba, pasaba, pasaba, y el enorme reloj del hangar...

Las puertas del ascensor que conducía hasta la pista de despegue del helicóptero se cerraron por última vez aquel día. La cinta transportadora se detuvo. En el hangar no quedaba otro ser humano que ella.

No habían llegado a tiempo para la partida.

Oscilando entre el pánico y la ira, agarró el cesto con los gatos, cuyo contenido había terminado por dormirse pero que se despertó e inició de nuevo su concierto de

maullidos y de gritos desesperados, y se dirigió hacia un teléfono, desde donde llamó en primer lugar al empleado de pasajes. Durante más de media hora no oyó más que una cinta grabada que le repetía que todas las líneas estaban ocupadas. Había esperado algo así. Según las últimas noticias, el secreto aún no había sido divulgado, pero eso no impedía que aquella oficina fuera una auténtica casa de locos: tan sólo el rumor (no se había producido ningún comunicado oficial) que los vuelos comerciales hacia la Luna se habían reanudado había hecho eclosionar a toda una generación de aspirantes a turistas.

Finalmente consiguió comunicar con un empleado de la oficina. No, el doctor Stewart no había confirmado su pasaje. Como tampoco el señor ad Parnassum. Ni ninguno de los demás.

Luego, tras transmitirle el código que le indicaba al empleado que ella estaba al tanto de la finalidad real del éxodo, fue puesta en comunicación con el propio agente.

—Lo siento, señora —le dijo éste—, pero debe comprender usted que tenemos un gran número de viajeros que aguardan para todos los vuelos. Sin la menor duda sus asientos han sido ya ocupados.

—Pero es que usted no comprende. Ya sé que hemos perdido este vuelo. Lo que deseo es que nuestras plazas reservadas sean transferidas al vuelo siguiente.

—Lo siento, señora, pero tenemos instrucciones rigurosas al respecto. En ninguna circunstancia podemos expedir pasajes de reemplazo a los viajeros que no se hayan presentado a su correspondiente vuelo.

—Oh, pero eso es ridículo. Al menos nos hemos manifestado, aunque haya sido parcialmente. Y además nuestros equipajes se hallan ya a bordo de la nave de hoy. ¿Por qué expedir todos esos equipajes y no a la gente que va con ellos?

—Lo siento, señora, pero estoy convencido que las personas que han ocupado sus plazas sabrán hacer un excelente uso de ellos.

—¡Oh, no, seguro que no! —Juliette se echó a llorar, y al menos el cincuenta por ciento de sus lágrimas era sincero—. No, son apenas unos recuerdos. Cosas que no tienen ningún valor excepto para nosotros.

Sin duda el agente debía haberse visto obligado a nadar muchas veces en verdaderos mares de lágrimas.

—Lo siento, señora, pero el reglamento no nos autoriza a entregarles un segundo juego de pasajes.

—¡Oh, al diablo con su reglamento! Escuche, mi..., mi marido está a la cabeza de uno de esos grupos de diez personas. Es el jefe del... equipo.

—Hay centenares de esos... equipos, señora. No estamos autorizados a tratar a ninguno de ellos de forma distinta a los demás.

—Pero no se trata de un jefe de equipo vulgar. El propio secretario De Tohil Vaca estaba enormemente interesado en que *él* partiera. El propio secretario se lo dijo. Personalmente.

—Lo siento, señora, pero cualquiera a quien no puedo ver el rostro puede decirme

lo mismo por teléfono. —Como un rumor de fondo, otra persona estaba reclamando su respuesta por otra línea.

—Si yo fuera cualquiera, ¿cómo cree que podría saber el código del proyecto?

—Bueno, se han producido fugas, señora... Si me permite...

—¡Espere! —gritó desesperadamente Juliette—. ¿Por qué alguien cualquiera reclamaría unos pasajes *precisamente* a esos nombres? Usted tiene que tener una lista de nombres.

—Sí, señora, pero tan sólo para el vuelo de hoy. No podemos conceder una segunda oportunidad.

—Si llama usted al secretario... —y entonces, a mitad de aquella frase, que de todos modos no sabía cómo terminar, recordó que el número de prioridad de Alex era distinto al número de código del proyecto. Afirmando la voz, declaró—: Mi marido posee el número de prioridad FHGR-1.

Hubo un largo silencio, durante el cual no captó más que un inconcreto rumor de fondo. Rogó porque el agente estuviera verificando la exactitud de aquel número.

Finalmente, su voz se dejó oír de nuevo:

—He confirmado esa prioridad, señora. En consecuencia, le reservo dos plazas para el vuelo de mañana.

—¡Oh, alabado sea Dios! Y alabado sea usted también, señor.

—No olvide que es su última oportunidad, señora. Su última oportunidad. ¿Ha comprendido correctamente?

—Sí, he comprendido —dijo Juliette, derritiéndose en agradecimiento. Sentía un alivio tal que, en lugar de bajar la palanca que cortaba la comunicación, bajó la de la ducha, e inmediatamente se vio empapada de agua salada. Pero no le importó.

El pánico la había abandonado, pero seguía sintiéndose inquieta. Después de todo, Alex podía haber sufrido un accidente. Quizás estuvieran todos muertos, u hospitalizados. ¡En la víspera del Gran Éxodo! Señor... Con un estremecimiento, telefoneó a *El bote de pesca*.

¡Y, que el diablo se los llevara a todos, allí estaban! ¡Allí estaban *todos ellos!*

Sintiendo que ahora ya podía dar libre curso a su demencial irritación, dictó un mensaje al propietario del establecimiento para que se lo transmitiera, se encasquetó su máscara de gas, agarró los gatos, y salió a grandes zancadas para hacerle señas a un taxi fluvial.

Allí estaban, los ocho, cuando llegó (tras confiarle el cesto de recalcitrantes gatos al encargado del supermercado de lujo cercano, bajo la educada pero firme súplica del propietario del restaurante)..., los ocho que habían quedado a flote después que Alex jugara al buen Dios: tres hombres (Fan, Goldfarb Z y un hombre al que reconoció vagamente como un ingeniero de la oficina de Alex) y cinco mujeres (Gradus, Girlie, Y —la mujer de Goldfarb Z—, Irene —la mujer de Polar Pons, y Evadne —la hija divorciada de Emsredder).

Tras haber observado aquel sucinto residuo del antiguo equipo y haber registrado

cuidadosamente lo que quedaba de *él*, Juliette comprendió que habían intervenido otros factores aparte el dolor de la elección y las separaciones. Había también una extensa gama de abnegación y sacrificio. Por lo cual su justificada indignación descendió de nivel, convirtiéndose en un simple resentimiento, mucho más fácil de soportar.

Todos habían bebido, realmente, pero no parecían estar ebrios. Por el contrario, su aspecto era firme, calmado y melancólico. En cuanto a Alex, no parecía ni culpable ni contrito: tan sólo inexplicablemente triste.

—¿Qué demonios están haciendo, *sentados* aquí? —dijo Juliette imperiosamente, pero con mucha menos vehemencia de la que hubiera supuesto apenas unos minutos antes—: Alex, he obtenido para nosotros dos otras reservas. He tenido que batallar como un demonio, pero tenemos que ir a buscarlas *inmediatamente*... ¡Pues no vamos a tener otra oportunidad!

—Lo siento, querida —dijo Alex en voz muy baja—. Ve a buscar tu pasaje si quieres. Me gustaría que lo hicieras. Pero nosotros cedemos los nuestros a quienes están esperando.

—¿Qué? —Juliette sintió que la cabeza le daba vueltas—. ¿A los que están esperando? ¿Acaso..., acaso *no quieres ir*?

—No —murmuró él, con voz aún más baja—. Todos nosotros nos quedamos aquí.

Juliette tuvo la impresión que dos afilados puñales de hielo le rasgaban las entrañas. Y finalmente dio curso libre a la crisis de nervios que retenía desde hacía tiempo. Se derrumbó en una silla. Todos intentaron consolarla, más o menos torpemente —tan sólo las mujeres pensaron en ofrecerle sus pañuelos—, pero hacía demasiado tiempo que las nubes se iban acumulando para impedir ahora la lluvia.

—Y yo..., yo que he hecho el equipaje con tanto cuidado..., todas..., todas las cosas que más quería..., todas las cosas que tú me diste...

—Tranquilízate, querida —dijo una voz femenina—. Todo se arreglará.

—¡Nada va a arreglarse! ¡Nada absolutamente! Y ahora no tan sólo vamos a morir..., ¡sino que vamos a morir sin tener siquiera nuestras cosas más queridas para acompañarnos! ¡Oh, Alex! Yo..., yo había elegido un libro para cada uno de nosotros..., nuestros cepillos de dientes..., mi... —la frase se terminó con un aullido incapaz de ser contenido más tiempo. Le dieron palmaditas desde todos lados, lo cual no causó otro efecto que hacerle acurrucarse aún más en sí misma y sollozar con más intensidad. Sabía que había estado a punto de decir: «Mi oso de peluche», y no le hubiera importado que todos se echaran a reír. Pero nadie se estaba riendo.

La voz femenina dijo de nuevo:

—Juliette, querida, nada de eso tiene importancia..., absolutamente nada. Sea cual sea la forma de nuestra muerte, todos moriremos desnudos.

Quizá —nunca podría saberlo— aquella estupidez no le hubiera reportado ningún consuelo si hubiera venido de otra fuente; pero Juliette reconoció por fin aquella voz

como la de Girlie Stonacher, la única persona en aquel mundo agonizante de quien hubiera esperado un consuelo de orden filosófico, incluso de los más convencionales. Se dominó parcialmente, sorbiéndose las lágrimas de un modo que era casi humillante, y dejó que las mujeres le secaran el rostro.

Sólo entonces miró a su alrededor, con unos ojos que imaginó debían estar tan enrojecidos como su nariz. Con un profundo hipido, preguntó:

—Alex, ¿por qué no me previniste? En lugar de abandonarme completamente sola en aquel espantoso hangar, cada vez más asustada..., mientras ustedes estaban aquí sentados tranquilamente con todos los amigos que...

—Te previne, Juliette —dijo él—. Recuerdo que te lo dije muy claramente. Incluso recuerdo dónde y cuándo.

Juliette se sentía aún tan perdida y tan decepcionada que, en otras circunstancias, se hubiera apresurado a creerle. Tras haber alimentado durante mucho tiempo sospechas contra todos los hombres en general, había terminado por creer que Alex estaba dotado de una memoria insólita, principalmente cuando había bebido; mientras algunos de sus antiguos amantes habían tenido convenientes lagunas de memoria o al menos habían sabido borrar de sus recuerdos las poemas que habían hecho, Alex por el contrario recordaba claramente y de forma harto convincente para ambas cosas que jamás habían ocurrido, principalmente cosas que él nunca le había dicho aún sabiendo que hubiera debido decírselas y que en consecuencia reconocía inmediatamente como reales. Para ella había sido una razón de confianza, pese a que muchas veces se había sentido incómoda al tener que explicársela a otra persona, incluso a otra mujer.

Pero las circunstancias, ahora, eran distintas.

—Alex —dijo suave y convincentemente—, no te creo.

Aquello no sorprendió visiblemente a Alex. Sin embargo, y por una sola vez, pareció avergonzado.

—Está bien —dijo—. Realmente, Juliette, no te lo dije. Comprende, realmente quería que te fueras en ese vuelo. Quería que tuvieras tu oportunidad, más allá de lo que yo hubiera decidido para mí mismo. En definitiva, tal vez todos nos hayamos equivocado.

Aquello fue suficiente. Toda la pena y el resentimiento de Juliette desaparecieron. Se sintió de nuevo furiosa.

—¿Equivocarnos en qué? —fulminó, con los puños tan crispados que sus uñas se enterraron en su propia carne—. ¿*Alguien* de este maravilloso equipo podrá decirme *por qué* hemos decidido todos suicidarnos? Me gustaría poder tomar yo misma mis decisiones.

—Te lo dije —hizo notar Gradus a Alex—. Pero no quisiste escucharme.

—Juliette —dijo Alex—, ni yo mismo sabría explicarlo. No poseo la formación adecuada, de modo que no encontraría las palabras. Y no podía decidirme a pedirte que escucharas a Fan, que te hubiera explicado con mi consentimiento cómo iba a

terminar tu vida. Piensa que ya se han equivocado otras veces.

—¿Crees realmente en él, Alex? ¿Lo suficiente como para quedarte?

—Sí.

—Entonces no puedo reprocharles más que el haber pensado que podía partir sin ustedes. Fan, explícame, por favor. Sinceramente, me gustaría saber. Y no estoy sorprendida porque seas tú quien pronuncie nuestra oración fúnebre. Incluso es algo reconfortante. Habla, Fan. Por favor.

—Gracias —dijo Fan—. Procuraré estar a la altura.

Permaneció sentado en el lugar donde estaba, y empezó a hablar con tono pausado.

7

—Lo único —dijo Fan— que desde un principio me intrigó en la teoría de nuestro amigo homosexual De Tohil Vaca (la cual, por otro lado, es perfectamente fundada) es el hecho que él no fuera a la Luna. Eso no encajaba con lo que yo sabía de la naturaleza de ese hombre. Hablé de ello con Alex, puesto que al fin y al cabo yo solamente conocía al secretario por su reputación, y Alex me confió que él también estaba sorprendido.

»Alex concedió al secretario el beneficio de creerle mucho más complicado de carácter de lo que parecía. Yo, por mi parte, no concedo a nadie esta cualidad a menos que se haya mostrado digno de ella a través de toda una vida de reacciones complicadas. Y la historia del secretario no justifica en absoluto esta conclusión: siempre me ha parecido que su vida pública se caracterizaba precisamente por una cierta falta de profundidad. Nunca me ha dado la sensación de ser un mártir.

»De modo que examiné de nuevo su teoría. El secretario había dicho a Alex que él no era un sabio, y en este segundo examen descubrí el por qué había afirmado eso.

»La teoría es exacta, ténganlo en cuenta. *Pero el proyecto Luna es erróneo.* La Luna no ofrece actualmente más seguridad que la Tierra. A medida que el hielo se va derritiendo y que los dos movimientos de precesión del eje terrestre pierden sincronización, el centro de gravedad de la Tierra también se desplaza. Eso hará aún más violentos los temblores de tierra, pero no es de eso de lo que tenemos que preocuparnos por el momento: cada cosa a su tiempo.

»Hay que tener en cuenta que el sistema Tierra/Luna es binario: se trata de un par de planetas gemelos, o al menos los podemos considerar así desde el punto de vista

dinámico. Otros planetas poseen satélites mayores que la Luna: el satélite Titán de Saturno, por ejemplo, que de hecho es mayor que Mercurio. Pero en ningún otro lugar del Sistema Solar hallamos un satélite que posea una cuarta parte de la masa del astro primario.

»Conocemos uno de los resultados de ese fenómeno desde la época de Hegel aproximadamente. La Luna crea mareas muy importantes en la Tierra, es decir que ejerce una considerable cantidad de energía gravitatoria en el mar, en la atmósfera e incluso en la corteza terrestre. Y debemos tener en cuenta que toda acción trae consigo una reacción igual y en sentido opuesto, tal como nos señaló el buen viejo Newton, y esa reacción debe manifestarse en algún lugar. Y se manifiesta. Se manifiesta en el empuje angular de la Luna, de tal modo que ésta se aleja progresivamente de la Tierra desde hace miles de años. He olvidado cuál es su cadencia, sé que es de unos cuantos centenares de metros al año, pero es probable que cometa algún error considerable de magnitud. No importa.

»Lo que sí importa es que bruscamente, *muy* bruscamente, va a haber sobre la Tierra mucha más agua sobre la cual actuar. Y el resultado va a ser que la velocidad de la Luna en su órbita va a aumentar con la misma brusquedad. Midiéndolo a escala de tiempo geológico, va a ser una sacudida infernal.

»Y al mismo tiempo se producirá algo *aún* más radical. Debido a que la masa de la Luna es tan grande con relación a la de la Tierra, nuestro satélite nunca ha girado en torno al centro exacto del planeta madre, sino que por el contrario ambos cuerpos giran en torno a un centro común, situado en el interior de la corteza terrestre, pero no en su centro.

»Esos dos centros, el de revolución de los dos planetas gemelos y el de gravedad de la Tierra, se están desplazando actualmente en forma independiente el uno con relación al otro. Este cambio repercutirá también en la Luna. Y quedan todavía en la Luna restos de actividad volcánica..., los suficientes como para sacudirla duramente, puesto que en comparación con la Tierra la Luna es un mundo de poca densidad y bastante frágil. Así que, mientras aquí se levantan nuevas cadenas montañosas, los picos de la Luna se derrumbarán sobre nuestras colonias..., o al menos sobre aquéllas que aún no hayan sido engullidas por las enormes fisuras que se abrirán en su superficie.

»Sospecho que ese proceso se ha iniciado ya, y es por ello por lo que los vuelos comerciales a la Luna fueron anulados tan brusca y arbitrariamente hace ahora cinco años. O quizá no sea así: se trata tan sólo de una hipótesis. Pero de todos modos, si el proceso aún no se ha iniciado, seguro que no tardará mucho en hacerlo.

»Lamento de todo corazón que no hayamos tenido el buen juicio de poblar uno de nuestros planetas, u otras estrellas, puesto que ello era posible desde hace tiempo. ¿Saben que se habían diseñado ya los planos de una nave interestelar en 1965? Es la pura verdad. Incluso entonces estaba claro para cierta gente que la Tierra era demasiado pequeña y excesivamente vulnerable para poner en juego en su sola

superficie todo el futuro de nuestra raza. Pero pese a ello abolimos completamente los vuelos espaciales..., y éste es el resultado.

»Así que, para terminar, debo reconocer que estoy de acuerdo con Juliette. Si debemos morir, me gustaría morir con mis cosas..., y por mis cosas entiendo mi mundo, mi historia, mis tradiciones, mi raza. No en una madriguera en un mundo desierto que sólo es bueno para convertirse en cantera para lápidas. Venimos desnudos al mundo, pero no todos moriremos desnudos: tenemos la oportunidad de elegir. Podemos morir desnudos en la Luna..., o podemos ir al Infierno con Shakespeare.

»Para mí, la elección no es difícil.

Un pequeño aparato de trivisión en color funcionaba sobre el bar, en un rincón del restaurante, pero Juliette no le había prestado atención. Aunque lo hubiera visto, hubiera imaginado que sin duda estaba retransmitiendo un partido de béisbol, único tipo de programa que puede verse en un bar. Además, el sonido estaba graduado lo bastante bajo como para no molestar.

Pero, en el silencio que siguió a la perorata de Fan, Juliette se dio cuenta que el locutor estaba hablando de la reanudación de los vuelos a la Luna y de la inminente partida. Levantó los ojos hacia el pequeño tubo holográfico y vio la nave a cuyo bordo debería haberse hallado ahora ella, con Alex. Parecía exactamente dos cebollas, la una blanca, la otra roja, unidas por un pedúnculo común. Se le ocurrió que sin duda hubieran funcionado mejor si hubieran sido hervidas antes. La esfera roja, explicaba el locutor con gran abundancia de palabras, era la de los motores, de los que debían ser aislados los pasajeros, a causa de las radiaciones.

Las enormes dimensiones de la nave eran visibles en comparación a la multitud de espectadores. Parecían ser tremendamente numerosos, y los guardias armados se veían en problemas para contenerlos. El ruido de fondo que se desprendía de ellos no tenía nada de gozoso.

Juliette sintió que las lágrimas afluían de nuevo a sus ojos.

—Parece tan cruel —dijo, como para sí misma— lanzar a esas gentes a un viaje tan desesperado. ¡Y qué gasto inútil! ¿Creen que el gobierno ignora realmente todo eso con respecto a la Luna?

—¡Claro que no! Está perfectamente al tanto —dijo Fan. Tendió una mano para tomar su lata de cerveza, pero hacía diez segundos que se había transformado en barniz para mostradores—. Sencillamente no les importa. O quizás están tan acostumbrados a mentirnos desde hace tanto tiempo que se ven incapaces de decirnos la verdad por mucho que lo deseen. —Con aire ausente, limpió con la manga los residuos de su invento.

—Fan, estás trabajando a base de hipótesis —dijo Alex—. Déjame recordarte que yo conozco a De Tohil Vaca mientras que tú no, excepto por su reputación, como muy bien has dicho. Sigo sin creer que sea tan retorcido como pretendes. Él sabe que existe un riesgo, y me lo dijo, como supongo se lo ha dicho a todos los demás

viajeros en potencia..., o al menos eso es lo que imagino. Claro que no especificó su naturaleza exacta, pero si lo hubiera hecho, nadie hubiera querido partir.

—Y quizás espere que al menos alguna de las bases resista después de todo —dijo Goldfarb Z—. Eso explicaría todos estos esfuerzos, tanto gasto, los engaños y todo lo demás. Si no fuera así, ¿crees que se preocuparían?

Fan lanzó un bufido.

—Imposible... ¡*Herr Ober*, otra cerveza para mí! E incluso admitiéndolo..., no, por todos los santos, quiero una botella de *crystal*, algo que no se disuelva..., aún admitiendo que algunas bases sobrevivan, no tendrán ni recursos, ni número, ni valor para organizar un segundo salto hacia Marte. Si quedan supervivientes en la Luna, e insisto que es imposible que queden, simplemente morirán un poco más tarde, por simple agotamiento. La gente no puede conservar la esperanza si no es lo suficientemente numerosa como para apoyarse mutuamente.

—Fan, como psicólogo, me estás haciendo trizas las entrañas —dijo Irene Pons—. Hay que reconocer algo en favor de De Tohil Vaca: ha dado a sus pasajeros la oportunidad de arrojar los dados. Es más de lo que nosotros hemos tenido el valor de hacer. Además, apostarí a que sabía exactamente cuántos de entre nosotros nos deshincharíamos.

—Yo no acostumbro a jugar cuando los dados están cargados —dijo secamente Fan—. Pero puesto que insistes, le concederé un punto a De Tohil Vaca: ha confesado más o menos vagamente que los dados estaban cargados. Es una forma limitada de franqueza, pero sigue siendo pese a todo franqueza.

—Y decencia —dijo Juliette—. E incluso piedad.

—¿Piedad? Juliette, te adoro, pero a veces es difícil seguirte.

—Bueno, resulta que estoy aquí, yo, con Alex y toda la gente a la que quiero a mi alrededor..., incluidos Splat y Hausmaus. Así que las cosas no están tan mal en definitiva. Pero para la mayor parte de la gente que ha emprendido el viaje..., ¿creen que partirían si tuvieran aquí a alguien a quien amar? ¿Alguien que les ayudara a contemplar a la muerte cara a cara? ¿Acaso no es mejor para ellos tener un poco de esperanza? ¿No es mejor que quedarse plantados contemplando el fin, como muñecos de nieve esperando pacientemente el deshielo?

—Dios, Juliette, yo también te adoro —dijo Goldfarb Z en voz muy baja.

—La idea es atractiva —dijo Fan—, pero me temo que pertenece tan sólo a Juliette. Generalmente ese tipo de motivación no empuja a ningún gobierno a gastar miles de millones de dólares en proyectos condenados desde un principio.

—¿Y para qué otra cosa sirven los dólares actualmente? —preguntó Alex—. ¿Qué otro uso mejor podría dárseles ahora? No el incrementar la eliminación de los desechos, puedo asegurártelo, y el secretario lo sabe bien. Me lo dijo, y de una forma más bien brutal.

Fan se alzó de hombros.

—No veo ningún inconveniente en destruir las formas de pensar de todo un siglo

—dijo—. Pero tampoco *me* cuesta nada dar muestras de compasión. ¡Bendito seas, De Tohil Vaca!

Siguió un silencio, subrayado por el sordo rugido de la multitud en el astropuerto, de la que ahora se desprendía una vaga amenaza. Como por un tácito acuerdo, todos se giraron en sus sillas para contemplar la trivisión.

Juliette se sentía tranquila, resignada, vacía. Incluso se sentía interesada por el espectáculo del despegue, y no sólo por el hecho que sus cosas fueran a bordo de aquella nave. Goldfarb Z pidió otra ronda.

Un instante después el suelo se estremeció bajo sus pies, como la piel de un caballo esforzándose en ahuyentar unas moscas inoportunas. Algunas botellas del bar cayeron. La imagen de la trivisión osciló, mientras el rugido de la multitud crecía bruscamente. La mayor parte de los clientes del bar se precipitaron hacia la puerta, y casi todos los amigos reunidos en torno a la mesa se levantaron. Un par de sillas cayeron hacia atrás.

Fan adelantó una mano para sujetar a Gradus por la muñeca.

—Siéntate —dijo—. ¿Dónde piensas ir a salvarte?

—Se trata de un temblor de tierras —dijo ella con tono glacial—, por si acaso no te habías dado cuenta.

El rugido en la trivisión aumentaba de volumen. Juliette vio que la multitud atacaba la nave. Era evidente que el secreto había dejado de serlo. Luego hubo sordas detonaciones de granadas lacrimógenas.

—Francamente, Fan —dijo Goldfarb Z—, es mejor hallarse en el exterior cuando se produce un temblor de tierras. Todo el mundo sabe esto.

—Eso fue cierto durante un tiempo —dijo Fan—. Ahora ya no.

Hubo una segunda sacudida, y la imagen desapareció por completo.

—Oh —dijo Fan—. Me hubiera gustado asistir a eso. Alex, ¿qué altura tiene este edificio?

—Diecisiete plantas, pero los ascensores tan sólo suben hasta la quince. Si es que todavía funcionan.

—La energía aún no se ha cortado.

—¿Pero y si los ascensores se paran mientras estamos arriba? —hizo notar Girlie.

—¿Y? —dijo Fan. Se produjo un silencio—. Girlie, ¿tiene para ti alguna importancia morir en una planta o en otra? ¿No prefieres ver partir la primera nave de los supervivientes, o saber si las sacudidas y la multitud van a dejarla partir, en lugar de correr en círculos por la calle como una rata asustada? ¡Infiernos, seamos seres humanos hasta el final! Yo voy a subir. Ustedes hagan lo que quieran.

—Yo también subo —dijo Juliette, sujetando la mano de Alex en un gesto de resolución.

Bajo ellos se extendía la Tierra, cobijada bajo su vasto cielo, y al sur se erguían las torres de la ciudad. Era un hermoso día: los fugitivos reflejos del sol centelleaban en los canales del bajo Manhattan. Juliette había esperado que se le destrozara el corazón, pero en realidad no experimentaba más que una enorme y libre alegría. Muy pronto todo desaparecería, pero nunca había esperado vivir más tiempo que las cosas. Lo que llenaba su corazón era sorprendentemente algo parecido a la gratitud.

—¡Han partido! —exclamó de pronto Fan, con tono casi alegre. Juliette sintió la mano de Fan en su hombro, haciéndola volverse hacia el noroeste. Una delgada y alta estela de blanco vapor ascendía lentamente por encima del horizonte occidental, subía más alto, más alto... Por un instante hubo algo así como un breve destello metálico. Luego la estela giró ligeramente y empezó a derivar.

Un extraño sonido surgió de las bocas del pequeño grupo en el tejado, algo así como un sollozo y una ovación.

—Lo han conseguido —dijo Goldfarb Z, como si rezara.

Luego el edificio se estremeció como una soga bajo sus pies, y su murmullo colectivo se cortó en gritos, llamadas y roncadas exclamaciones. Juliette cayó al suelo, apoyándose en las rodillas y en las palmas de sus manos. Un rugido se elevó de la ciudad, entrecortado por gritos que sonaban débiles, parecidos a los reflejos del sol en el agua.

—Dios mío, Dios mío, Dios mío —repetía maquinalmente el ingeniero anónimo.

Las manos de Alex sujetaron a Juliette y la ayudaron a levantarse y a mantener el equilibrio. El edificio aún oscilaba ligeramente. Una vez más, todos miraron hacia el sur.

No lejos de ellos, quizás a unas diez o quince calles de distancia, algunos viejos edificios de poca altura se derrumbaban desmenuzándose en ladrillos y polvo, sin ruido en medio del enorme rumor. Juliette apenas les prestó atención, al igual que los otros. Mucho más abajo, tal vez en lo que había sido el barrio financiero de la ciudad, o quizás en las aguas de Red Hook o de Park Slope, una densa columna de humo negro se elevaba hacia el creciente de luna en ascensión, como una demoníaca imitación del rastro dejado por la nave desaparecida. De ella surgía un rumor comparable a toda la gama del más gigantesco de los órganos.

—Una fisura —dijo Fan, en tono perfectamente neutro—. Lamento que mis predicciones se cumplan tan al pie de la letra. Cualquiera podría creer que no poseo ninguna influencia en los medios interesados.

—¿*Tus* predicciones, Fan? —dijo Alex irónicamente.

—Exacto. Esa fisura se ha producido en Brooklyn Heights o en sus alrededores. Allí es donde dije que se produciría si la causa eran los pozos de inyección. Puedes ver que tanto el secretario como yo teníamos razón.

—Es muy amable por vuestra parte —dijo Gradus, por una vez sin ironía en su

voz. Parecía completamente dispuesta a morir desnuda, ya que desde hacía varios años vivía casi de esta forma, pero nadie más parecía estar preocupado por ello. Irene y Evadne lloraban en silencio, sin dar siquiera la sensación de darse cuenta.

Las humaredas negras se elevaban en el brillante cielo. Poco a poco se iban esparciendo horizontalmente a una cierta altura, paralelamente al horizonte, como frenadas por un estrato inferior de la atmósfera. Las estrías se iban abriendo en abanico hacia el oeste, mientras derivaban; el eje parecía estar centrado en alguna parte por encima de la costa más cercana de Brooklyn.

—Una inversión de temperatura —hizo notar Fan—. El último ataque del smog contra Nueva York.

—Omnisciente hasta el final —gruñó Gradus.

—Es curioso —dijo Juliette—. O más bien extraño. Nunca se me hubiera ocurrido pensar en ello.

—¿En qué?

—En que todo puede adquirir una importancia capital cuando una sabe que nunca más va a producirse de nuevo. Incluso el smog.

Las estrías oscuras flotaban en su dirección, y su sombra parecía largos dedos extendiéndose sobre la ciudad que gemía bajo el deslumbrante sol. ¿Eran tan sólo parte de un círculo que se estaba extendiendo? ¿O los vientos dominantes habían cambiado también? ¿O...?

El tejado sufrió una segunda sacudida. Evadne, que era la que estaba más cerca del parapeto, hubiera caído si el ingeniero anónimo no la hubiera sujetado. Un trozo de cornisa se desprendió y cayó girando hasta estrellarse allá abajo, en la calle.

—No habrá ningún vuelo a la Luna mañana —dijo suavemente Fan—. ¡Adiós, amigos míos!

¡Los gatos!

Sin lanzar siquiera un grito, Juliette se lanzó escaleras abajo. Alex la llamó, avisándola del peligro, de la corriente que podía cortarse en cualquier momento, pero ella no le prestó atención.

Estaba casi al borde del desvanecimiento cuando llegó, agotada, a la calle llena de cascotes, embrumecida por una nube de polvo asfixiante, y una nueva sacudida la arrojó de rodillas ante los reventados escaparates del supermercado de lujo. Echando hacia atrás sus revueltos y sucios cabellos, se levantó de nuevo y penetró vacilante en el establecimiento.

—¡Hausmaus! —llamó—. ¡Splat!

Le respondió un sordo grito. En el interior, los cascotes de ladrillo y de yeso hacían el local casi impenetrable, pero resultaba evidente que el almacén había sido saqueado antes del último pánico. Botellas, latas y paquetes formaban una confusa mezcla en las estanterías, y un montón de carros y cestas medio llenas yacían abandonados cerca de la puerta de salida.

—¡Aquí, gatos! ¡Aquí!

Le respondieron tres o cuatro maullidos. Sus ojos, llenos de lágrimas y polvo, irritados por los gases, creían distinguir centenares de gatos. Y casi los había en realidad. El cesto estaba allá donde ella lo había dejado, medio sepultado por un montón de paquetes de cereal, galletas de régimen y un montón de otras mercancías que asomaban fuera de sus reventadas cajas; pero la tapa del cesto estaba abierta, y su interior estaba vacío.

A través del polvo y las lágrimas, consiguió por fin distinguir que todos aquellos centenares de gatos se reducían en realidad a la gata del almacén y cuatro vacilantes cachorros que apenas se tenían en pie. Luego vio a Splat, que había conseguido trepar hasta la parte más alta de una estantería donde aún se mantenían en pie por milagro algunas latas de conserva. Estaba demasiado gordo como para descender por sus propios medios —o al menos esto es lo que parecía estar pensando—, y Juliette decidió dejarlo allí por el momento. En ningún otro lugar estaría más seguro que allí, y aislado de aquel modo al menos sabría donde hallarlo.

—¿Hausmaus? —llamó—. ¿Hausmaus?

La tierra se estremeció otra vez. Toda la fachada del almacén se rajó de arriba a abajo, y los ladrillos cayeron sobre la calle. Sobre su cabeza, paralelamente a la calle, el extremo de una viga reventó el cielo raso y se inclinó hacia abajo, quedando suspendida a media altura. Juliette cambió inmediatamente de opinión: tomó a Splat y lo metió de nuevo en el cesto, agarrando al vuelo a un gatito de ojos alucinados que pasó por casualidad al alcance de su mano antes de cerrar la tapa.

Se preguntó si el almacén tendría otra salida. Sí, debía tenerla: una puerta que diera directamente al vestíbulo del edificio. Allí estaba. El batiente se había rajado de arriba a abajo, dejando ver el otro lado; el marco estaba inclinado en un ángulo de treinta grados.

—¡Hausmaus! ¡Ven aquí, querido!

Se produjo otra sacudida.

—¡Juliette!

Era Alex. Aporreaba desde el otro lado la puerta, que parecía cerrada con llave, o encajada, o ambas cosas a la vez.

—¡Juliette! ¿Dónde estás?

Resonó un golpe más violento, como si alguien le hubiera dado una patada a la puerta. Juliette tiró frenéticamente de la manija, que no cedió.

Alex pateó de nuevo la hoja de madera y, en aquel mismo momento, se produjo otro estremecimiento del suelo. El panel inferior de la puerta se desgajó del marco con un tremendo crujido de madera rota, y Juliette se puso a cuatro patas, y descubrió a Alex al otro lado, en la misma posición. Sin embargo él no podía verla, ya que la sangre corría abundantemente sobre sus ojos de una herida que abría su frente en diagonal para desaparecer en su cuero cabelludo.

—¡Alex, aquí estoy!

Oyó a sus espaldas el ronco grito de Splat, que intentaba trepar desesperadamente

por sus piernas. La tapa del cesto debía haberse abierto sin que ella se diera cuenta.

—¡Juliette!

Tendió su mano hacia Alex. En el momento en que alcanzaba la mejilla del hombre, hubo una nueva sacudida, y el extremo libre de la viga empezó a deslizarse de lado, muy lentamente al principio. Juliette sintió la conocida presión de las patas de Hausmaus aterrizando en su percha favorita, el hueco entre sus hombros, y

VAYAMOS A VER EL FIN DEL MUNDO

ROBERT SILVERBERG

¿Qué mejor forma de cerrar una antología sobre nuestro inmediato futuro (o nuestras posibilidades de futuro inmediato, lo cual es muy distinto), que hablar del fin del mundo? Robert Silverberg se nos muestra tremendamente sarcástico al respecto, y tremendamente amargo también. El mundo en el que se desenvuelven sus personajes, apenas esbozado, pero tremendamente identificado con unas breves pinceladas, es nuestro mundo de hoy. Esos personajes son nuestros personajes de hoy. Sus problemas son nuestros problemas de hoy.

Frente a ellos, frente a su realidad, la posibilidad de asistir como turistas al fin del mundo..., a todos los fines del mundo, de cabo a rabo, como dice Silverberg. En realidad, esto es en último término lo que hemos hecho a lo largo de toda esta antología: ofrecer un abanico de posibles fines del mundo. Fines parciales, fines limitados, pero no por ello menos terribles. La última frase de este relato, la frase que cierra esta antología, es apocalíptica..., y también profética. «¿Y si fuéramos a ver el fin del mundo de cabo a rabo?». ¿Y si acudiéramos a visitar todos los fines del mundo? Lo único que tenemos que hacer para ver cumplido nuestro deseo es aguardar unos pocos años. Sin hacer nada. O haciendo lo mismo que hemos hecho hasta ahora. Sin plantearnos realmente los problemas. Sin buscarles soluciones. Simplemente, convirtiéndonos en turistas. Si hacemos esto, mejor dicho si no hacemos nada, tenemos todas las posibilidades de verlo realizado.

Ojalá me equivoque...

* * *

Nick y Jane estaban contentos de haber ido a ver el fin del mundo, puesto que así disponían de un buen tema de conversación para la fiesta en casa de Mike y Ruby. Es bueno tener algo que contar en una fiesta. Y las de Mike y Ruby eran maravillosas. Su casa era magnífica, una de las más hermosas de la vecindad. Una casa que encajaba con todas las estaciones, con todos los estados de ánimo. Su sala de estar, con su mampostería falsa, era el punto focal de todas las diversiones. Había sido construida toda ella a la medida, con su rincón de tertulias y su chimenea. Tenía también una habitación para la familia, con falsas vigas y una pared forrada de madera. Y un estudio. Sin contar el enorme dormitorio con un armario que ocupaba toda la pared y con su baño privado. Exteriormente, el estilo arquitectónico era achaparrado, dando idea de solidez, con un patio central cubierto. A su alrededor, casi una hectárea de hermosísimos bosques. Las fiestas mensuales que ofrecían Mike y Ruby constituían grandes y anhelados momentos.

Nick y Jane aguardaron a que hubiera bastante gente. Entonces Jane dio un codazo a Nick, y Nick dijo jovialmente:

—¿Sabes lo que hicimos la semana pasada? ¡Fuimos a ver el fin del mundo!

—¿El fin del mundo? —repitió Henry.

—¿Realmente fueron? —dijo Cynthia, su mujer.

—¿Y cómo lo consiguieron? —quiso saber Paula.

—Funciona desde el mes de marzo —dijo Stan—. Creo que es una filial de la

American *Express* la que se ocupa.

Nick se mordió los labios: le irritaba que Stan estuviera ya al corriente del asunto. Pero, antes que éste pudiera añadir algo más, se apresuró a continuar:

—Sí, es algo enteramente nuevo. Nuestro agente de viajes nos sugirió la idea. Te meten en una máquina que parece un submarino de bolsillo, ya saben. Hay una serie de diales y de palancas al otro lado de un panel de materia plástica transparente, para que tú puedas verlo todo pero no puedas tocar nada, y te envían al futuro. Aceptan todo tipo de tarjetas de crédito.

—Debe ser terriblemente caro —dijo Marcia.

—Bueno, los precios bajan aprisa —dijo Jane—. El año pasado tan sólo los millonarios podían permitirse este lujo. ¿Realmente no habían oído hablar de ello?

—¿Y qué es lo que vieron? —preguntó Henry.

—Primero tan sólo pudimos ver como una especie de niebla grisácea —dijo Nick—. Una niebla grisácea que parecía parpadear. —Todo el mundo le miraba fijamente, y Nick se sintió orgulloso de ser el centro de la atención general. Jane, a su lado, tenía una expresión satisfecha—. Y luego aquella especie de niebla se disipó, y una voz surgiendo del altavoz nos anunció que habíamos llegado al límite último del tiempo, a la época en que la vida se había vuelto imposible en la Tierra. Por supuesto, nosotros nos hallábamos protegidos en el interior del submarino hermético. Lo único que podíamos hacer era mirar. Miramos, y vimos una playa. Una playa vacía. El mar tenía un color extraño, de tonos rosáceos. Amaneció. El sol era rojo, como algunas veces al atardecer. Pero cuando alcanzó su cenit seguía siendo rojo. Parecía hinchado en los bordes. Ja, como algunos de nosotros. Brumoso e hinchado en los bordes. Un viento helado barría toda la playa.

—¿Cómo podían saber que el viento era helado si estaban encerrados en vuestro submarino? —dijo Cynthia.

Jane le lanzó una mirada asesina; Nick, sin inmutarse, prosiguió:

—La arena torbellineaba con el viento. Esto daba una impresión de frío. Y además, el océano era gris como en invierno.

—Háblales del cangrejo —sugirió Jane.

—Oh, sí..., el cangrejo. La última criatura viva de la Tierra. Bueno, por supuesto, no era realmente un cangrejo. Tendría una envergadura de unos sesenta centímetros y una altura de unos treinta, y su caparazón era de un color verde luaré. Sus patas debían superar la docena, y se veían antenas ondulantes por todas partes. Avanzaba muy lentamente ante nosotros. De izquierda a derecha. Necesitó todo el día para atravesar la playa. Y al crepúsculo, murió. Sus antenas cayeron, y dejó de moverse. Luego vino la marea y lo arrastró y se lo llevó. El sol se puso. No había ninguna luna. Las estrellas no estaban en sus lugares habituales. El altavoz nos dijo que acabábamos de asistir a la muerte de la última criatura viva de la Tierra.

—¡Fantástico! —exclamó Paula.

—¿Estuvieron fuera mucho tiempo? —preguntó Ruby.

—Tres horas —dijo Jane—. Pagando un suplemento puedes quedarte allí días e incluso semanas contemplando el fin del mundo, pero siempre te devuelven a un punto situado tres horas después de la partida. Para ahorrar gastos de niñera.

Mike le ofreció a Nick un poco de hierba.

—Es algo extraordinario —musitó—. ¡Ir a ver el fin del mundo! Ruby, deberíamos hablarle de esto a nuestro agente de viajes.

Nick aspiró una buena bocanada y pasó el «cigarrillo» a Jane. Se sentía orgulloso del modo como había desarrollado su relato. Todo el mundo había quedado impresionado. Aquel sol rojo e hinchado, aquel cangrejo huyendo lenta y majestuosamente... El viaje le había costado más caro que un mes en el Japón, pero había sido una buena inversión. Jane y él eran los únicos en la vecindad que habían realizado aquella excursión. Era algo importante. Paula lo miraba con un nuevo respeto, y Nick tenía la certeza que su opinión con respecto a él había cambiado diametralmente. Quizá ahora sí aceptara encontrarse con él en un motel el martes, a la hora de comer. El mes pasado había recibido un olímpico rechazo, pero ahora había nuevos elementos de atracción de por medio. La miró de soslayo. Cynthia apretaba las manos de Stan. Henry y Mike estaban acuclillados a los pies de Jane. El hijo pequeño de Mike y Ruby —doce años— entró y se acercó al rincón de tertulia.

—Acaban de pasar un comunicado —dijo—. Unas amebas mutantes han escapado de un centro de investigación estatal y han alcanzado el lago Michigan. Son portadoras de un virus que licua los tejidos, y los habitantes de los siete Estados limítrofes deben hacer hervir toda el agua potable que utilicen hasta nueva orden.

Mike miró severamente a su hijo, con el ceño fruncido.

—A esta hora tendrías que estar en la cama, Tommy.

Tommy salió. Llamaron a la puerta. Ruby fue a abrir. Regresó en compañía de Eddie y Fran.

—Nick y Jane fueron a ver el fin del mundo —anunció Paula—. Nos lo han contado todo.

—¿De veras? —dijo Eddie—. Nosotros también. Fuimos el miércoles por la noche.

Nick sintió como si le dieran un mazazo en la cabeza. Jane se mordió el labio y, en voz baja, le preguntó a Cynthia por qué Fran llevaría siempre unos vestidos tan horriblemente chillones.

—¿Y también lo vieron todo? —dijo Ruby—. ¿El cangrejo y todo lo demás?

—¿El cangrejo? —dijo Eddie—. ¿Qué cangrejo? Yo no vi ningún cangrejo.

—Ya debía estar muerto —dijo Paula—. Murió cuando Nick y Jane estaban allí.

—Hemos recibido un envío estupendo de Cuernavaca Lightning —dijo Mike—. Toma, prueba, fuma uno.

Eddie se giró hacia Nick.

—¿Cuándo fueron ustedes?

—El domingo por la tarde. Creo que fuimos de los primeros.

—Es algo sensacional, ¿eh? Claro que un poco lúgubre. Sobre todo cuando la última colina desaparece bajo el mar.

—Nosotros no vimos nada de eso —dijo Jane—. Y ustedes no vieron el cangrejo. A lo mejor no hicimos el mismo viaje.

—¿Qué es lo que vieron ustedes? —preguntó Mike a Eddie.

Eddie rodeó con sus brazos a Cynthia, que le daba la espalda, y respondió:

—Bueno, te meten en una especie de cápsula con un gran visor y...

—Todo esto ya lo sabemos —interrumpió Paula—. Lo que queremos saber es lo que vieron.

—El fin del mundo. El agua sumergiéndolo todo. El sol y la luna estaban allá en el cielo los dos al mismo tiempo...

—Nosotros no vimos ninguna luna —hizo notar Jane—. *No había* ninguna luna.

—Estaba a un lado, y el sol al otro —prosiguió Eddie, como si Jane no hubiera dicho nada—. Y estaba mucho más cerca de lo que debiera haber estado. Y tenía un color extraño, con tonos bronce. Y el océano lo cubría todo. Dimos media vuelta al mundo sin ver otra cosa que agua, salvo en un lugar. Allí había como una especie de colina de pequeño tamaño surgiendo del océano. El guía nos informó que era la cima del Everest. —Eddie se giró hacia Fran e hizo un gesto grandilocuente con la mano—. ¡Imagínense, flotar así casi al nivel de la cima del Everest! Apenas surgían diez metros de ella. Y el agua no dejaba de aumentar de nivel. Subía y subía..., hasta que finalmente lo recubrió todo. ¡Glop! Ni un centímetro de tierra firme. Debo reconocer que era algo más bien decepcionante, de no ser por la noción misma del viaje, claro. ¡Cuando uno piensa en la ingeniosidad de la mente humana, capaz de inventar una máquina para enviar a la gente a millones de años en el futuro y luego hacerlos regresar! Desgraciadamente, allí no había nada que ver excepto el océano.

—Realmente singular —dijo Jane—. Nosotros también vimos un océano, pero había una especie de horrible playa, y aquel cangrejo paseándose, y el sol..., un sol enteramente rojo. ¿El de ustedes también era rojo?

Fue Fran quien respondió:

—No. Más bien era verde pálido.

—¿De qué están hablando, del fin del mundo? —Era Tom quien preguntaba. Harriet y él estaban en la puerta, quitándose sus abrigos. El hijo de Mike debía haberles abierto. Tom tendió su abrigo a Ruby y avanzó hacia ellos—. Realmente, un espectáculo extraordinario.

—¿Ustedes también han ido? —preguntó Jane, con una voz que sonaba un poco falsa.

—Hace dos semanas. Mi agente de viajes me llamó y me dijo: «Adivine el producto que estamos proponiendo ahora: ¡el fin de esta mierda de mundo!». Hicimos cálculos: incluso con todos los suplementos, no resultaba tan caro como pudiera parecer. Así que nos precipitamos a la agencia. El sábado creo que fue. Aunque quizá fuera el viernes... Bueno, no importa. Lo que sí recuerdo es que fue el mismo día de

la gran manifestación en la que incendiaron Saint-Louis...

—Entonces fue el sábado —dijo Cynthia—. Recuerdo que volvía del centro comercial cuando oí por la radio anunciar que estaban utilizando armas nucleares.

—Sí, fue el sábado —confirmó Tom—. Dijimos en la agencia que estábamos preparados para ir *ya*, y nos enviaron. Nos metieron en una cápsula y, ¡hop!, al futuro.

—¿Vieron una playa con cangrejos o un mundo sumergido bajo las aguas? —quiso saber Stan.

—Ni una cosa ni la otra. Se trataba de algo así como una súper era glacial. Los hielos lo recubrían todo. No se veían ni océanos ni montañas. La Tierra no era más que una enorme bola de nieve. Dimos una vuelta completa en torno a ella. La cápsula llevaba proyectores, ya que el sol era invisible.

—Bueno, yo estoy segura que todavía se podía distinguir el sol en el cielo —dijo Harriet—. Algo así como una esfera de cenizas. Pero el guía nos dijo que no era posible, que nadie podía verlo.

—¿Cómo es posible que cada uno pueda asistir a un fin del mundo distinto? —dijo pensativamente Henry—. Normalmente no deberían existir treinta y siete fines del mundo distintos. Quiero decir..., una vez que las cosas llegan a su fin, éste se produce de tal o cual manera, pero una sola vez.

—¿Y si todo fuera un truco? —sugirió Stan.

Todas las miradas se centraron en él. El rostro de Nick se puso rojo. Fran tenía un aire tan furibundo que Eddie tuvo que soltar a Cynthia y darle unas palmadas para calmarla. Stan se alzó de hombros y murmuró, a la defensiva:

—Tan sólo me hacía una pregunta.

—A mí me pareció terriblemente real —dijo Tom—. El sol extinto. La Tierra convertida en una inmensa bola de hielo. Incluso la atmósfera estaba helada, si comprenden lo que quiero decir. Realmente era el fin de esta mierda de mundo.

Sonó el teléfono. Rudy acudió a responder. Nick propuso a Paula que comieran juntos el martes.

—De acuerdo —dijo ella.

—Nos encontraremos en el motel —añadió él, y ella sonrió.

Eddie había vuelto a ocuparse de Cynthia. Henry, con aire completamente ausente, hacía esfuerzos por mantenerse despierto. Llegaron Phil e Isabel. Oyeron a Tom y Fran referirse a su viaje al fin del mundo, e Isabel anunció que ellos también habían ido, hacía apenas dos días.

—¡Dios santo! —exclamó Tom—. ¡Todo el mundo ha ido! ¿Cómo les fue a ustedes?

Ruby apareció de nuevo en aquel momento.

—Era mi hermana llamando desde Fresno, para decirme que estaba bien. El terremoto no ha llegado hasta allí.

—¿Qué terremoto? —preguntó Paula.

—El que ha devastado California este mediodía —dijo Mike—. ¿No lo sabes?

Los Ángeles ha quedado arrasada casi por completo. Y prácticamente toda la costa ha sido devastada hasta Monterrey. Se dice que han sido los efectos secundarios de la explosión subterránea experimental efectuada en el desierto de Mojave.

—Ese tipo de terribles catástrofes siempre han sido normales en California —dijo Marcia.

—Y aún ha sido una suerte que el asunto ese de las amebas se haya producido en el este —dijo Nick—. Sólo hubiera faltado que ese problema se hubiera añadido en Los Ángeles a todos los demás que deben tener.

—Quizá no tarde en llegarles —hizo notar Tom—. Dos amebas de cada tres se reproducen por esporas aéreas.

—Como esos gérmenes de la tifoidea del pasado mes de noviembre —dijo Jane.

—No fue la tifoidea —rectificó Nick—. Fue el tifus.

—Precisamente le estaba explicando a Tom y a Fran que habíamos asistido al fin del mundo —dijo Phil—. El sol transformándose en nova. La cosa estaba organizada de un modo muy inteligente. Ya que, por supuesto, es imposible asistir al fenómeno *in situ* debido al calor, las radiaciones duras y todo lo demás. Pero nos ofrecieron una buena visión periférica del fenómeno. Una solución tremendamente elegante, en el sentido macluhaniano del término. En primer lugar, nos llevaron a un punto situado aproximadamente a dos horas antes de la explosión, ¿comprenden? No sé a cuantos miles de millones de años de aquí está situado ese momento, pero debe ser muy lejos, ya que los árboles eran totalmente distintos. Tenían algo así como escamas azules, y sus ramas eran cordadas. En cuanto a los animales, eran unas cosas extrañas que daban saltos sobre una sola pata...

—¡Oh!, no creo ni una palabra de esto —dijo Cynthia con voz afectada.

Galantemente, Phil hizo como si no hubiera oído nada.

—Y no vimos ni la menor huella de seres humanos —prosiguió—. Ni una ciudad, ni una casa, nada. Así que supongo que la raza humana debía haberse extinguido desde hacía tiempo. Nos dejaron mirar durante un buen rato. Claro que, evidentemente, no estábamos autorizados a salir de la máquina temporal, puesto que al parecer aquella atmósfera no era respirable. El sol empezó a aumentar de tamaño progresivamente. Empezamos a ponernos nerviosos..., ¿no es así, Isa? Quiero decir..., ¿quién nos aseguraba que no habían hecho mal los cálculos? Esos viajes son algo totalmente nuevo, y es muy fácil un error. Bueno, como iba diciendo, el sol fue aumentando progresivamente de tamaño. De repente, algo parecido a un brazo surgió de su lado izquierdo, un inmenso brazo de llamas que se tendió hacia nosotros a través del espacio, que se acercó, se acercó cada vez más... Teníamos que contemplarlo a través de unos cristales ahumados, como cuando uno observa un eclipse... Tuvimos derecho a dos minutos completos de explosión, y ya comenzábamos a notar el calor cuando dimos un salto adelante y nos hallamos dos años después. El sol había recuperado su forma normal, y amarillo. Y, sobre la Tierra, todo estaba reducido a cenizas, pero era más pequeño y blanco en lugar de ser más

grande y amarillo. Y, sobre la Tierra, todo estaba reducido a cenizas.

—Cenizas —dijo Isabel con voz fuerte.

—Me recordó Detroit tras las bombas atómicas lanzadas contra Ford por el sindicato. Pero mucho peor. Cien veces peor. Montañas enteras se habían fundido. Los océanos estaban desecados. No había más que cenizas por todos lados. —Phil se estremeció y aceptó el «cigarrillo» que le tendía Mike.

—Aquellos animales con una sola pata... —murmuró ésta—. Seguro que fueron aniquilados. —Comenzó a sollozar. Stan se vio en la obligación de consolarla.

—Me pregunto —dijo— por qué es distinto para cada uno de los que van allá. La glaciación. O la subida de los océanos. O el sol que estalla. O lo que Nick y Jane vieron.

—Estoy convencido que la experiencia que cada uno de nosotros ha tenido del futuro es auténtica —dijo Nick. Tenía la sensación que él necesitaba reafirmar de alguna manera su autoridad sobre el grupo. Todo había ido tan bien cuando ellos habían contado su historia, antes de la llegada de los demás—. Es decir, que el mundo es víctima de toda una gama de calamidades naturales. No existe un solo fin del mundo. Así que eligen unos cuantos y envían a la gente a asistir a diferentes catástrofes. Pero ni por un instante dudo de la autenticidad de lo que yo he visto.

—Tenemos que ir —dijo Ruby a Mike—. Tan sólo dura tres horas. Les llamarás por teléfono el lunes a primera hora y contratarás un viaje para el jueves por la noche.

—El lunes son los funerales del presidente —hizo notar Tom—. La agencia de viajes estará cerrada.

—¿Han detenido ya al asesino? —preguntó Fran.

—No han dicho nada en las informaciones de las cuatro —respondió Stan—. Estoy seguro que quedará impune, como el anterior.

—Lo que no acabo de comprender es que todavía haya gente que quiera ser presidente —dijo Phil.

Mike puso un poco de música. Nick bailó con Paula y Eddie con Cynthia. Henry dormía. Dave, el marido de Paula, charlaba con Isabel. Tom bailó con Harriet, pese a que él era su marido. Hacía poco que ella había salido de la clínica, tras su trasplante, y él la trataba con una ternura infinita. Mike bailó con Fran. Phil bailó con Jane. Stan bailó con Marcia. Ruby se unió a Eddie y Cynthia. Luego, Tom bailó con Jane y Phil con Paula. La hija pequeña de Ruby y Mike se despertó y bajó a dar las buenas noches. Mike la envió de nuevo a la cama. Se oyó el ruido lejano de una explosión. Nick bailó de nuevo con Paula pero, no queriendo que ella se cansara de él antes del martes se disculpó y fue a charlar con Dave, que tenía a su cargo el control de la mayor parte de sus inversiones.

—¿Telefonarás a la agencia de viajes al día siguiente de los funerales? —preguntó Ruby a Mike. Mike se lo prometió, pero Tom dijo que había muchas posibilidades para que el nuevo presidente fuera asesinado a su vez y tuviera que celebrarse otro funeral. Todos aquellos funerales desorganizaban de tal modo la

producción, ya que las empresas tenían que cerrar continuamente sus puertas, que al final del año el producto nacional bruto iba a resentirse terriblemente, observó Stan. Cynthia despertó a Henry y le preguntó secamente si pensaba llevarla a ver el fin del mundo. Henry pareció azorado. En Navidad, su fábrica había volado por los aires como resultado de una manifestación pacífica, y todo el mundo sabía que tenía problemas financieros.

—Puedes pagar lo que vale —le dijo Cynthia, con una voz que dominó el murmullo de las demás conversaciones—. ¡Y es algo tan hermoso, Henry! El hielo, el sol que estalla. *Quiero ir.*

—Loy y Janet debían ir también esta tarde —dijo Ruby a Paula—. Pero su hijo pequeño les ha regresado de Texas con ese nuevo tipo de cólera, y han tenido que anularlo.

—He oído decir que una pareja vio como la Luna se hacía pedazos —dijo Phil—. Se acercó demasiado a la Tierra y se hizo añicos. Sus fragmentos caían como meteoros, aplastándolo todo. Uno de los grandes estuvo a punto de destrozarse la máquina temporal.

—No me hubiera hecho ninguna gracia —murmuró Marcia con voz inconcreta.

—La excursión que hicimos nosotros fue deliciosa —dijo Jane—. Ningún fenómeno violento. Tan sólo aquel enorme sol rojo, la marea, y el cangrejo en la playa. Nos sentimos profundamente emocionados.

—Es sorprendente lo que la ciencia es capaz de hacer hoy en día —dijo Fran.

Mike y Ruby llegaron a un acuerdo para intentar organizar un viaje al fin del mundo inmediatamente después de los funerales presidenciales. Cynthia, que había bebido demasiado, se sintió repentinamente mal. Phil, Tom y Dave hablaron de la bolsa. Harriet le contó a Nick su operación. Isabel flirteó con Mike. A medianoche, alguien conectó con las informaciones. Tuvieron ocasión de ver algunas vistas del terremoto, y una advertencia recomendando a las personas que vivían en las regiones afectadas hervir toda su agua. Luego apareció la viuda del presidente visitando a la viuda del presidente anterior para informarse de algunos detalles relativos al funeral. Luego hubo una entrevista con un dirigente de la sociedad de viajes temporales.

—Nuestra cifra de negocios es fantástica —dijo éste—. El año próximo el viaje temporal va a ser la principal industria de nuestro país.

El entrevistador le preguntó si la sociedad preparaba alguna otra cosa para el futuro además del viaje al fin del mundo.

—Más tarde quizá sí —respondió el hombre—. Pero de momento nuestra excursión funciona estupendamente. La demanda es enorme. No puede usted llegarlo a imaginar. Evidentemente, en los tiempos que corren, hace falta algo apocalíptico para conseguir un éxito de mercado.

—¿Qué entiende usted por *los tiempos que corren*? —preguntó el entrevistador. Pero una cuña publicitaria cortó la palabra a su interlocutor en el momento en que éste abría la boca.

Mike apagó el receptor. Nick se dio cuenta que él estaba profundamente deprimido. Sin duda se debía al hecho que un número tan grande de sus amigos hubieran hecho el viaje, cuando creía que Jane y él eran los únicos. Dándose cuenta que estaba al lado de Marcia, intentó explicarle cómo se desplazaba el cangrejo, pero Marcia se limitó a alzarse de hombros. Nadie hablaba ya del viaje temporal. La conversación había superado esta etapa. Nick y Jane se fueron pronto. Se acostaron, y se durmieron casi en seguida, sin haber hecho el amor. A la mañana siguiente, el periódico dominical no fue distribuido a causa de una huelga y la radio anunció que las amebas mutantes estaban siendo más difíciles de neutralizar de lo que al principio se había supuesto. En aquellos momentos habían alcanzando ya el lago Superior, y todos los habitantes de la región debían hervir *obligatoriamente* toda el agua potable. Nick y Jane se miraron y se interrogaron acerca de sus próximas vacaciones. ¿Dónde podían ir?

—¿Y si fuéramos a ver el fin del mundo de cabo a rabo? —sugirió Jane. Y Nick se echó a reír, y su risa reverberó por toda la casa durante un buen momento.